EL GALLO PITAGÓRICO.

COLECCION DE ARTICULOS

CRITICO-POLITICOS Y DE COSTUMBRES

Por el Sr. Lic.

D. Juan B. Morales.

Nueva edicion corregida y revisada por su autor, precedida de un prólogo del mismo, acompañada de una noticia biográfica del Sr. Morales escrita por D. FRANCISCO ZARCO, é ilustrada con 100 grabados hechos en Paris por los mejores artistas, conforme á las instrucciones del autor.

Edicion del Siglo XIX.

MEXICO.

IMPRENTA DE IGNACIO CUMPLIDO,

Calle de los Rebeldes núm. 2.

1857.

EL SEÑOR

D. JUAN BAUTISTA MORALES.

Cuando se admiran las producciones de un escritor, el público esperimenta una viva necesidad de conocer los mas íntimos detalles de su vida, no por satisfacer una pueril curiosidad, sino porque instintivamente amamos à quien nos instruye ó nos recrea, y porque es un estudio importante bajo muchos aspectos, seguir el desarrollo de una inteligencia privilegiada y ecsaminar la influencia de los acontecimientos en las producciones del genio. Esto es sin duda, lo que en nuestra época ha dado tanta estension á los estudios biográficos de grandes escritores, y lo que hace que hombres tan eminentes se consagren á este género de literatura.

En la Europa literaria, admira como se acumulan deta-

lles, como se reunen datos, como se arreglan las obras póstumas, y asombran tambien los paralelos, las observaciones perspicaces, las apreciaciones de hechos y circunstancias que á primera vista parecen insignificantes. Allí el público, que considera los buenos libros como uno de los mas brillantes y duraderos timbres de las glorias nacionales, gusta de los ensayos biogràficos, que son por lo mismo mas fáciles, pues el biógrafo cuenta con abundantes datos que le facilitan otros escritores, las familias y hasta las personas que parecen mas agenas á la carrera de las letras. En México no hay estas facilidades, en México, donde hay afan en decir que la literatura no pasa de naciente, donde hace pocos años el estro poético pasaba por estravagancia, donde las discordias civiles preocupan los ánimos, donde la maledicencia mancha las mas puras reputaciones, es árdua tarea escribir la vida de alguna de nuestras notabilidades literarias.

Bien lo sabemos nosotros, que durante algunos años no hemos podido completar los datos necesarios para escribir ensayos sobre Quintana Roo, Mora, Gorostiza, Otero, Zavala y otros de nuestros prominentes escritores. Es triste contemplar tanto abandono, tanta indiferencia hácia la memoria de mexicanos ilustres, y desalienta en verdad encontrarse con que á veces sus mas íntimos amigos, sus propios descendientes, hasta ignoran que fueron escritores.

Esta esperiencia debia en verdad habernos retraido de contraer à la ligera con el público, el compromiso de dar al frente de esta edicion del *Gallo Pitagórico* una noticia biográfica de D. Juan Bautista Morales. Pero aunque imperfecto é incompleto este trabajo tenemos que cumplir nuestra promesa, debemos pagar un débil tributo á la memoria de nuestro ilustre amigo, aunque nos reservamos continuar nuestras investigaciones, hasta poder consagrar

á su memoria una obra mas digna, que nunca lo será bastante la que salga de nuestra pluma desaliñada.

Si no hemos reunido cuantas noticias apeteciamos, tenemos la ventaja de haber conocido al Sr. Morales desde nuestra infancia, de haber disfrutado de su amistad, de haber podido estudiar su escelente carácter, y de habernos unido à él mas de una vez en los duros trabajos del periodismo, sacando provecho de las lecciones de su esperiencia y de su ilustrado patriotismo.

El cuadro de su vida es sereno y apacible; su ecsistencia es la del sabio y la del justo. Su biografia no puede tener ese atractivo de las aventuras novelescas, porque en él pudo mas la razon que las pasiones, y porque condenado á duras pruebas halló fuerzas no en esa lucha desesperada de los que combaten al destino, sino en esa resignacion sublime de los que confiados se entregan sin murmurar á los designios inescrutables de la Providencia.

Cuando estudiamos la vida de insignes escritores, cuando vemos que el poeta mas espiritual se ha arrastrado en el cieno del materialismo; cuando hallamos á un moralista corriendo en pos de honores y riquezas, ó devorado por la envidia y otras pasiones ruines; cuando descubrimos que el escritor político ha tenido genio, pero no convicciones; talento, pero no dignidad ni desinteres, nos entristecemos por el género humano, tenemos menos fé en los libros y nos aflige la idea de que los que mas han escitado nuestra admiracion, son en el fondo distintos modos de ser del tipo del *Tartufo* de Molière.

No sucede esto con Morales. Por el contrario, era grato encontrar que sus escritos estaban en perfecta analogía con su vida, que no tenia la honradez y la probidad en la pluma, sino en sus actos todos, que su ferviente catolicismo

no era una caña de pescar, sino su mas sincera conviccion, y es admirable ver que el buen juicio y el valor con que distinguió siempre la religion, del fanatismo, no lo abandonara en el momento supremo de su agonía. Su talento, su instruccion, su calma de espíritu, su sencilla devocion, su modestia, su integridad á toda prueba, su influencia en la cosa pública, sus trabajos literarios, ya como profesor, ya como escritor, su vida privada consagrada á la familia y su misma pobreza, forman un conjunto apacible, dan un colorido interesante y tierno á su ecsistencia, y hacen, como deciamos antes, que en él se admire el tipo del sabio y del justo á la vez.

Nació en Guanajuato el 29 de Agosto de 1788, de una familia pobre, que sin embargo lo dedicó pronto á los estudios. D. Francisco Diozdado era el único que entónces enseñaba en aquella ciudad la lengua latina, y fué maestro de Morales, que al fin del curso obtuvo el premio de retòrica, la mas alta distincion para un estudiante en las aulas de la época.

Los monasterios contribuian todàvia á generalizar la instruccion, no habian llegado al deplorable estado en que hoy se encuentran en todo el pais, y en las provincias eran todavía los focos del saber. Los religiosos franciscanos casi en todas partes abrian sus claustros á la juventud y le enseñaban lo que ellos sabian. El M. R. P. fray Luis Ronda, de grata memoria en Guanajuato, daba cursos de filosofia, tuvo por discípulo á Morales, lo distinguió con su aprecio, y el cursante alcanzó el primer lugar *in recto.*

En 1809 vino à Mèxico con su padre y con su madrastra y siguió las cátedras de jurisprudencia, como *capense* ó alumno esterno en el colegio de San Ildefonso. Distinguióse en breve por su aplicacion, por su disposicion á la bella

literatura y por su estrema miseria. Le faltaban libros, le faltaban á veces alimentos á él y á su familia, y tenia que dar lecciones à otros jóvenes para ayudar á la subsistencia de un padre anciano y de la esposa de éste enferma y valetudinaria. Circunstancias fueron estas que llamaron la atencion del marques de Castañiza, rector à la sazon del colegio y mas tarde digno obispo de Durango. El ilustrado eclesiástico, que fué benéfico protector de la juventud estudiosa, tanto aquí como en su diócesis, concedió á Morales una de las becas de gracia llamadas de Llergo.

El mismo y algunos de sus condiscípulos nos han contado esta época de su vida. Estudiaba con afan, preparaba las cátedras de sus amigos, les esplicaba las materias mas dificiles y pasaba las horas de recreo improvisando versos, castellanos ó latinos, y dirijiendo por decirlo asì una pequeña academia de bellas letras. Su facilidad para la improvisacion era asombrosa y los otros estudiantes la ponian á prueba, ecsigiéndole que recorriera todos los metros, y pidiéndole ya un soneto, ya un sáfico-adónico, ya algunos exámetros. Desde entonces descubrió su aficion al epigrama y á la sátira, siendo sus víctimas los cursantes de inteligencias mas obtusas. Tenia una disposicion admirable para la música, que aprendió sin maestro, y sus horas de descanso las pasaba tocando en la guitarra las piezas mas dificiles y aun componiendo algunas nuevas. Tenia en el arte vastos conocimientos, muy buen gusto, y mas de una vez nos admirò por la esactitud de sus juicios y lo animado de su espresion cuando hablaba de las diversas escuelas y de las producciones de los mas grandes maestros.

La música era su distraccion, lo entretenia los dias de fiesta; pero pronto un deplorable accidente lo privó de su único placer. Si algo habia mejorado su situacion con la

beca de gracia, pasaba grandes angustias con la miseria de su familia; su trabajo no bastaba para la subsistencia de su padre, á quien enviaba sus propios alimentos, y su delicadeza le hacia rehusar los ausilios de algunos de sus condiscípulos. En 1812 fué nombrado para sustentar el acto de estatuto; su asiduidad en el estudio y las privaciones que se imponia, hicieron que pocos dias antes del señalado para la funcion literaria, el hambre, sí, el hambre, lo hicieron sufrir un ataque de insulto. Su vida estuvo en peligro, lo asistieron sus condiscípulos proporcionándole medicinas y alimentos; pero á resultas de la enfermedad, quedó para siempre baldado de todo el lado izquierdo del cuerpo y con una salud siempre débil y delicada. Perdido el tacto en los miembros, quedó privado de poderse dedicar á la música, á su guitarra, que era el solo consuelo de sus amarguras!

Para curarse hubo de salir del colegio, y en parte sus enfermedades y en parte su falta de recursos, lo hicieron no poder recibir el grado de bachiller hasta 1816. Pasó los cuatro años que entónces ecsigia la ley, en la academia teórico-práctica de jurisprudencia, y al concluir se le dió un certificado muy honorífico, encomiando su talento y su aplicacion estraordinaria. La demora que habia sufrido para ser bachiller no fué perdida por él, pues se dedicó con afan á los estudios teológicos y canónicos, y entónces fué, como él decia, cuando se empapó en la Sagrada Escritura y en los Santos Padres. Pero la miseria seguia persiguiéndolo siempre y desde 1812 se hacia de algunos recursos, sirviendo de escribiente al conde de Medina y al Lic. Barron, que nunca le daba sino una escasa gratificacion. Este abogado lo tomó como pasante para la pràctica, y sobre esto tenemos curiosos detalles, referidos por uno de sus amigos.

Barron era uno de esos hombres en quienes la posicion social y las buenas relaciones suplen al talento; su bufete era muy concurrido por litigantes que buscaban recomendaciones mas bien que alegatos; pero en cuanto á sus escritos no hacian mucho ruido en el foro. De repente la cosa cambia; el estilo del famoso abogado se adorna y se embellece, se hace elocuente y aun llega á tocar cuestiones árduas con una filosofia que sorprende á todo el mundo. Fácil es comprender que esta milagrosa metamorfósis se debe á la pluma del pasante, que sin embargo guarda secreto á su patrono y no se atreve á pedir mas recompensa que la de simple escribiente. Uno de los jóvenes amigos de Morales, indignado de tanta injusticia, reclama á Barron, y este se niega no solo á pagar, sino á reconocer el trabajo de su pasante!

¡Cuántas reputaciones hay así, ganadas con manos postizas! ¡Cuàntas veces el pasante sabe mas que el abogado, el subalterno que el general, y el último empleado que los que se dan aires de profundos estadistas! Pedraza, que no se engalanaba como el grajo vano, y que gustaba de decir la verdad, decia: "Sin el ausilio de los empleados subalternos, sin sus advertencias, que á veces parecen impertinentes, cuantos hemos sido ministros nos hubiéramos puesto en ridículo ó habriamos sido arrastrados por las calles."

Morales solo y sin guia se dedicó al estudio de la política leyendo publicistas franceses, que entónces eran en México casi absolutameute ignorados. Mucha sorpresa causò en *su noche triste* al recibirse de abogado, lo versado que estaba en todo género de cuestiones constitucionales, que entónces comenzaban á tratarse con motivo de la restauracion de la constitucion española de 1812.

No fué abogado sino hasta 1820, siempre por su falta de

recursos; hasta que uno de sus condiscípulos que habia marchado como familiar del Sr. Castañiza, vino á cumplir su promesa de costear los gastos de la recepcion de ambos.

Su instruccion, las ideas liberales que habia aprendido en los libros, y la circunstancia de haber Iturbide proclamado la causa de la independencia, inflamaron el espíritu de Morales, que no pensó en hacerse de negocios, sino que fué á ofrecer sus servicios al caudillo de Iguala, acompañándolo en su gloriosa y rápida campaña, y llegando á ser ayudante de Victoria, que fué como entró con el ejército trigarante el memorable 27 de Septiembre de 1821.

Su capacidad literaria comenzaba á ser conocida, y como escritor sirvió á la causa de la independencia redactando algunos de los documentos notables de la época.

Admirador de Iturbide no fué sin embargo *iturbidista;* republicano sincero reprobò altamente el establecimiento del imperio, y su franqueza le valió su primera persecucion política, pasando algun tiempo en la ex-Inquisicion en la bartolina llamada del *Diablo.*

Redactor del *Hombre Libre,* primer periódico que publicó y en el que espuso las teorìas de la democracia en 1823, ya conocido como escritor, tuvo á su cargo por nombramiento del poder ejecutivo la redaccion de la *Gaceta.* Desde entonces puede decirse que no dejó de ser periodista, teniendo parte en muchos de los trabajos de Rocafuerte, Quintana Roo, Gomez Pedraza, Rodriguez Puebla, &c.

Llamado á los círculos políticos de la época, habiendo contribuido con su pluma á generalizar la idea de la repúbiica, desinteresado, franco y entusiasta en la defensa de sus convicciones, fué electo diputado al congreso constituyente y tuvo gran parte en la adopcion del sistema federal, habiendo defendido siempre como único legìtimo el có-

digo político de 1824, sin negarse sin embargo á sus reformas.

Espedida la constitucion que él esplicaba y defendia por la prensa, fué electo senador al primer congreso constitucional, y de allì por eleccion de la càmara de diputados, por no haber habido mayoría absoluta en los votos de las legislaturas, pasó á ejercer el cargo de fiscal de la suprema corte de justicia, en el que se distinguió por su probidad, por el interes con que vió los intereses del pais, sufriendo á menudo miserias que le recordaban las de los primeros años de su juventud.

Miéntras rigió el sistema federal, y siempre que gobernaban liberales de buena fé, fué muy á menudo llamado á los consejos del gabinete y á las comisiones de las cámaras, inspirando medidas conciliadoras y oponiéndose á toda inconsecuencia con los principios democráticos.

En 1835 obtuvo por oposicion la cátedra de derecho canónico del colegio de San Ildefonso, dividiendo desde entónces su tiempo entre el profesorado, la magistratura y el periodismo, ú otras tareas literarias de mas importancia.

Derrocado el sistema federal, aunque jamas prescindiò de sus ideas federalistas, fué respetado por el partido vencedor, que siempre reconoció su buena fé y su probidad, y en 1837 como prueba del respeto con que era considerado, fué nombrado magistrado de la suprema corte, continuando con el cargo de fiscal. La escasez de recursos, el abandono con que nuestros gobiernos ven el poder judicial, lo obligaron en 1839 á renunciar la fiscalía para abrir al público su bufete; pero los ministros todos del tribunal le instaron vivamente para que no insistiera en su dimision y hubo de resignarse á seguir en la magistratura, sacrificándose al deber, pues en aquel tiempo no vivia mas que del escaso sueldo de catedrático.

Consumada la caida de la administracion del general Bustamante y convocado el congreso constituyente de 1842, cuyas elecciones ganó el partido liberal, enviando á los escaños legislativos á los representantes de la idea federalista, Morales fué nombrado diputado por el Estado de su nacimiento, y trabajó activamente por el restablecimiento del sistema federal y por el desarrollo del principio democrático.

Aquel congreso sucumbió ante un *golpe de Estado* que fué el perjurio de los que habian proclamado la revolucion. No quedó mas que la 7.ª base de Tacubaya, la virga férrea de la dictadura, pesando sobre el pais, y el simulacro de representacion que se llamó asamblea de notables y que espidió las Bases Orgánicas de 1843. Morales, lleno de vida y de vigor, elocuente y persuasivo, se declaró enemigo acérrimo de la dictadura, la combatiò siempre, y unido á La Rosa y á Otero se apoderó del *Siglo XIX*, periódico recien fundado y órgano de los liberales vencidos en la asamblea por las bayonetas. Desplegó entónces una actividad estraordinaria, trataba con calor las cuestiones políticas del dia, mantenia serias polémicas con los papeles ministeriales, comenzaba entonces los artículos del *Gallo*, que fueron un verdadero acontecimiento en el pais por su gracia, por su oportunidad, y sobre todo por su audacia, y se preocupaba mas que nada, de la cuestion de Téxas, oponiéndose á la guerra, demostrando sus inconvenientes y augurando sus tristes resultados, sin arredrarlo el temor de perder su popularidad. Su mas notable artículo en esta cuestion, vió la luz en el *Siglo XIX* en 1842: en èl decia durísimas verdades y provocó las iras del dictador, que entre soldados lo mandó conducir á la cárcel, atropellando su elevado carácter de magistrado. Si muchos liberales no participaban de las ideas de Morales en la cuestion de Téxas, todos admi-

raban su valor civil y lo consideraban como uno de los representantes mas firmes de la idea democrática. Así, pues, su prision fué una derrota para su perseguidor. Fué llevado casi en triunfo á la cárcel, y los hombres que reprobaban el despotismo, y los que condenaban los escándalos y las dilapidaciones de Santa-Anna, hicieron una especie de manifestacion ruidosa y espontánea en favor de Morales, acudiendo en masa á visitarlo en su prision, y á ofrecerle sus servicios. Esta manifestacion libre, enérgica, hecha por las clases todas de la sociedad, pudo ser para Santa-Anna un aviso saludable del estado en que se encontraba la opinion; pero el dictador, como siempre, solo se entregó á su despecho, sin cambiar de conducta.

Este acontecimiento y la valentía con que Morales siguió combatiendo al despotismo, hicieron del *Siglo XIX* en aquellos dias una arma importante para el partido liberal, que asido como de una áncora de las Bases Orgánicas, tuvo un órgano de oposicion constitucional. Morales como para descansar de sus importantes trabajos, seguia sus diálogos entre *Erasmo Lujan* y el *Gallo*, siendo las víctimas de sus sátiras y de sus burlas, los ministros y los favoritos de Santa-Anna. El ridículo cuando es merecido, es la última arma á que resisten los malos gobiernos. El folletista los pinta como odiosos, pero les deja alguna grandeza al combatirlos; el satírico los hace despreciables y los nulifica. ¡Ay del gobierno de quien todos se rien! A veces un epigrama si es merecido, es golpe mas rudo que un pronunciamiento.

Cuando se vió que las Bases Orgánicas, constitucion *octroyée* como la dada por Luis XVIII, no era mas que una burla sangrienta, un manto en que queria envolverse la dictadura; cuando se vió claramente que el gobierno buscaba ávidamente pretestos para destruir el órden legal, y

establecer un régimen de vivac y de cuerpo de guardia, el pais se cansó de tanta tiranía y se organizó aquella oposicion que serà célebre en nuestros fastos parlamentarios, que tenia por gefe en el senado á Gomez Pedraza, y en la cámara de diputados á La Rosa y al malogrado Llaca; aquella oposicion que se llamó despues partido *decembrista*, y que sin embargo, por nimias consideraciones no llevó la revolucion á su completa consumacion. Morales fué uno de los órganos mas acreditados de ese partido, y hacia cuanto podia por inclinarlo al federalismo, y fué quien redactó el famoso manifiesto de la cámara de diputados, aceptado por unanimidad, é impreso en la casa del diputado Cumplido, único tipógrafo que en los momentos de la disolucion del congreso, puso sus prensas á disposicion de los representantes del pueblo.

Su inteligencia, su pluma esforzada contribuyeron muchísimo al glorioso movimiento del 6 de Diciembre, que hizo ver que aun habia espíritu público en México y que la opinion basta para derrocar á la tiranía.

Restaurado el órden legal, convenia que en los Departamentos cesara el dominio absurdo y tiránico de los bajáes del centro, y que hombres ilustrados y probos regularizaran el movimiento del pais, encaminándolo al restablecimiento de la federacion. Esta idea, que mas tarde no supo llevarse á cabo, fué la que presidió al nombramiento de gobernadores, hecho, conforme á la constitucion, á propuesta en terna de las juntas departamentales. Morales fué enviado á Guanajuato, y durante su corta administracion, procuró estender la instruccion pública, atendió á las mejoras materiales, introdujo órden y economía en las rentas públicas, y se distinguió por su sencillez republicana, que le valió reproches de ese vulgo que no comprende á la autoridad si no está rodeada de pretorianos y de

sayones, y que prefiere el fausto à la virtud, la magnificencia al decoro, y se lamenta de que el funcionario pueda ser visto por el último ciudadano.

Durante su gobierno lo alarmaba la indolencia de los poderes generales, y en su correspondencia epistolar era uno de los que señalaban como favorable à la reaccion, el mando del ejército confiado al general Paredes.

Sus temores se realizaron, la defeccio dscann ealosa de San Luis Potosí dejó el pais abierto al invasor americano, haogó en su cuna á una revolucion que no se atrevió à desarrollarse y crió aquel órden de cosas que fué la demostracion mas elocuente de la ineptitud y de la pequeñez del partido conservador. Dióse entonces aquella famosa convocatoria del congreso *por clases,* obra de Alaman, y en 1846 Morales, el demócrata, el federalista, fuè nombrado diputado por la clase de la magistratura. Como La Rosa, que fué nombrado por los propietarios, se rehusó á tomar parte en aquella farsa ridícula y miserable.

En el mismo año de 1846 se desplomó como castillo de naipes el gobierno de Paredes; Morales desconfió siempre de Santa-Anna que volvia restaurando la federacion; sobrevino la guerra estrangera, y perdida la capital, Morales siguió al gobierno á la ciudad de Querétaro, donde como consultor del ministerio nombrado por el presidente Peña y Peña, asistia casi siempre á las deliberaciones de aquella administracion, y muy especialmente al despacho de La Rosa. Opinó desde luego porque la paz era indispensable, porque no habia otro medio de salvar la nacionalidad, y fundó el periódico *Los Debates,* para generalizar estas ideas. Sus escritos de esta época son notables por su vigor y por lo incontrastable de sus raciocinios, y los ùltimos á que dió el brillante colorido de sus producciones juveniles.

Deploró la debilidad del gobierno del general Herrera, se decidió por la candidatura de La Rosa contra la de Arista, y se dignó ayudarnos en la redaccion del *Demócrata*, siendo suyos algunos de los artículos en contra del ministro de la guerra.

Desde que se fraccionó el partido republicano, Morales quedó en el lado *moderado*, pero con menos desden y mas tolerancia que sus coreligionarios. En el fondo estaba de acuerdo con los *puros*, diferia en los medios de ejecucion, pero no les oponia el *no es tiempo*, y á veces, como en la cuestion de fueros, iba mas léjos que los mas avanzados progresistas. Aunque ya no se dedicaba al periodismo con grande asiduidad, se ocupó empeñosamente en contrariar la pretendida fusion de puros y conservadores, especie de quimera que poralgun tiempo tuvo cabida en la cabeza volcánica de Rejon. Morales fué de los que contribuyeron á hacerla imposible, demostrando que era un absurdo y evitando así al partido liberal una mancha y un terrible desengaño.

En 1850 Morales fué nombrado por la cámara de diputados presidente de la suprema corte de justicia, y continuó sirviendo en la magistratura, hasta que el llamado gobierno de Lombardini le concedió su jubilacion, dejando à su voluntad que usara ó no de ella. Pero Santa-Anna, que venia rencoroso y vengativo, que no tenia mas programa que satisfacer sus antiguos odios, lanzó de la corte á Morales, lo mismo que à otros dignos magistrados, y sus ministros tuvieron la impudencia de hacerse nombrar en su lugar.

Morales, enfermo, envejecido, mas por el trabajo que por los años, se refugió en la vida doméstica, creyéndose espuesto á las iras del dictador, que solo por recuerdos de lo pasado desterraba á ancianos y á tullidos.

Triunfa al fin la revolucion de Ayutla, estalla en la ca-

pital el movimiento del 13 de Agosto, y Morales es llamado al consejo de gobierno nombrado por el general Diaz de la Vega y que eligió presidente al general Carrera. Morales votó á este último, lo ausilió con sus consejos y lo apoyó por la imprenta, volviendo á hacerse periodista. En el desconcierto de aquellos dias, anhelaba que hubiera un centro de union que salvase al pais de la anarquía, y á esto se dirijieron todos sus esfuerzos. Hoy suele formularse como cargo entre los liberales haber reconocido al general Carrera. Ademas de que así lo ecsigia la necesidad imperiosa del momento, de que el plan de Ayutla, como todos los planes revolucionarios, se prestaba á mil interpretaciones, y de que Carrera no dió un solo paso contrario al partido democràtico, creemos que el cargo se desvanece con recordar que Morales y La Rosa estuvieron por aquel gobierno provisorio, y que el segundo aceptó el cargo de gobernador de Puebla.

Siempre recordarémos que en aquellos dias críticos y agitados en que se trataba de consumar la revolucion, de salvarla de estravíos y de transacciones, dos hombres venerables se llegaron casi simultàneamente á nosotros, à ofrecernos su cooperacion en la redaccion del *Siglo XIX*. Estos hombres eran Morales y La Rosa. El primero creia indispensable volver à esponer las teorías democráticas, casi olvidadas por un largo periodo de despotismo; el segundo queria preparar la opinion á las reformas, y suyos fueron aquellos artículos eruditos y elocuentes, en que se comenzó á revelar hasta donde llegaban los abusos del clero en Mèxico.

Morales fué nombrado presidente de la suprema corte de justicia por la administracion del general Alvarez, nombramiento que fué una medida de reparacion, y siguió entregado al perio dismocon un ardor infatigable, que nacia

de su vivo deseo de no ver una vez mas frustradas las promesas de una revolucion democrática.

La ley-Juarez fué recibida con alaridos de furor por las clases privilegiadas; el fuero fué defendido con mas calor que las verdades del dogma, y de aquí se quiso sacar ocasion para confundir las verdades del catolicismo con los intereses mundanales del clero. Habiamos ya entrado en la polèmica que se suscitó por la prensa, cuando Morales quiso seguirla, diciéndonos: "Las respuestas de los clérigos van à ser razones teológicas y apellidar hereges á sus adversarios; á mí no me pueden enseñar teología y nadie los creerá cuando propalen que no soy católico." Batió à los fanàticos hasta en sus últimos atrincheramientos, calificó la ley de medida á medias, porque no suprimia el fuero en lo criminal, ilustró la cuestion, y su firma, puesta al calce de sus artículos, contribuyó poderosamente á tranquilizar á las masas, y á vencer al partido del retroceso. Desde que Morales defendió la ley-Juarez, nadie creyó que ella afectaba à los intereses de la religion.

La reaccion de Puebla acaudillada por D. Antonio de Haro y Tamariz, fué tenazmente combatida por Morales, que arrancó la máscara à los sublevados, presentándolos en toda su deformidad. Ademas de los artículos de fondo que Morales escribia para el *Siglo* y el *Republicano*, compuso los últimos artículos del *Gallo Pitagórico* y arregló la edicion de la *Defensa de los pueblos contra la tiranía de los reyes*, de Gerónimo Spanzotti; siendo de su pluma el opúsculo que le precede con el título de "Prólogo de los Editores." Varios de sus artículos quedaron inéditos, porque la precipitacion con que marchaban los acontecimientos, les quitaba la oportunidad del momento que debe tener el peódico.

En esta última época, su salud sin cesar quebrantada,

su escasa vista, su cansancio de trabajos intelectuales, en nada disminuian la lucidez de su génio; pero sí se notaba alguna decadencia en su estilo, y mucho descuido en su manera de espresar el pensamiento. El mismo lo conocia y nos decia sonriéndose: "Corrijan mis artículos, no soy como el arzobispo de Granada." Si son ciertos estos lunares en sus últimas producciones, es admirable la fuerza y el vigor de las convicciones que ellas espresan, y era notable la fecundidad y el entusiasmo con que el anciano escritor se empeñaba en atacar las preocupaciones, en destruir los privilegios, y en defender la independencia de la autoridad civil.

Aunque moderado por caràcter, en la postrera época de su vida, creyó que el momento era favorable á las reformas mas avanzadas, trabajó incansablemente por la union del partido liberal, y no temia la ecsaltacion en los principios, sino la ignorancia en la eleccion de los medios. Queria solo cierta prudencia que evitara trastornos é hiciera fructuosas las medidas progresistas. Sus escritos y sus conversaciones llamaron mucho la atencion del clero; varios eclesiàsticos se le acercaron suplicándole que abandonara la pluma; pero él, que obraba con la mas sana intencion, perseveró en sus tareas, miéntras tuvo fuerzas para ello. Los órganos del partido retrógrado huyeron de la discusion erudita à que Morales los provocaba, se limitaron á censurar los descuidos de su estilo, y queriendo hacerlo aparecer como inconsecuente, reprodujeron su disertacion contra la tolerancia de cultos, publicada hacia veinte años.

En cuanto á los descuidos de su estilo, son innegables, pero tienen sin embargo, una disculpa, que si bien no es muy literaria, debe tenerse en consideracion. Si á veces empleaba locuciones que parecen tribiales, lo hacia con el

fin de ser perfectamente comprendido de las masas, de las clases del pueblo, y descendia por decirlo así abandonando las pretensiones literarias con la mira de ilustrar el espíritu del pueblo.

Sus adversarios, que como hemos dicho, huyeron de la discusion, no pudieron ni siquiera dirigirle ataques personales, porque nada podia decirse contra el católico ferviente que seguia de una manera escrupulosa todas las pràcticas devotas.

Agobiado por el trabajo y por el sufrimiento, su salud llegó à quebrantarse y á no dejarle ún momento de reposo. En medio de sus dolencias no perdió la serenidad de su espíritu y lo preocupaba sin cesar la cosa pública; pero poco á poco se agotaron sus fuerzas y presintiendo que se acercaba su fin, arregló todos sus negocios y pensò solo en la salud de su alma.

Tuvo el mayor empeño en ser trasladado á la Villa de Guadalupe, á cuya imágen tenia antigua devocion, y allí llamó á todos sus hijos, se despidió de ellos tiernamente lo mismo que de su esposa, y sus últimas palabras fueron: "Bendigo á mis hijos como Jacob."

Despues de una lenta agonía dejó de ecsistir el 29 de Julio de 1856, causando su muerte una penosa sensacion en todas las clases de la sociedad.

El mismo dia dábamos en el *Siglo* tan infausta nueva en los términos siguientes:

"A las nueve de la mañana del dia de hoy ha muerto el Señor Licenciado Don Juan Bautista Morales, presidente de la suprema corte de justicia, despues de haber sufrido una larga y penosa enfermedad.

"La muerte del Señor Morales, honor de nuestra magistratura, es una pérdida para la república, porque era uno de sus mejores hijos.

"En su juventud no bien habia concluido su brillante carrera literaria, cuando se unió á los insurgentes, tomando parte muy activa en la independencia. Sincero republicano, no quiso contribuir al restablecimiento del imperio, y desde entonces fué el blanco de injustas persecuciones, que sufrió con resignacion y constancia. Establecida la república figuró en el congreso constituyente de 1824, defendió la libertad y los derechos del pueblo, y jóven todavia, por el voto de los Estados, fué elevado á la magistratura.

"Consagró su vida entera al servicio de su pais con desinteres y desprendimiento, y decirse puede, que no tuvo un dia de descanso. Como magistrado y como abogado defendió en el foro la justicia y dispensó amparo paternal á todos los desvalidos. Como legislador, se distinguió por la firme consecuencia de sus principios y por la invencible energía de su carácter Como catedrático difundió la instruccion en la juventud, disipando las preocupaciones y enseñando con asiduidad y empeño la jurisprudencia, los cánones, la teología, la filosofia, la retórica y las bellas letras. Como literato dió honor al periodismo, jamas esquivó la responsabilidad de sus producciones, ilustró las mas árduas cuestiones, combatió contra todas las tiranías; difundió la libertad, el progreso y la religion; fué muy notable como escritor de costumbres; se hizo popular con su *Gallo Pitagórico,* sacrificando tal vez algo de su misma fama; acomodó su estilo á las inteligencias mas medianas, porque segun decia, escribia para el pueblo, y nunca espresó sino sus mas íntimas convicciones. Antiguo redactor del *Siglo,* á pesar de su edad avanzada y de sus dolorosas enfermedades, vino en nuestro ausilio al triunfar la revolucion de Ayutla, para defender los buenos principios, para contrariar las tendencias de la reaccion, y la respetable autoridad de su nombre tranquilizó á los espíritus tímidos, dió prestigio á ciertas

medidas, defendiendo la abolicion del fuero eclesiástico y las grandes reformas que proclama el partido progresista. Nos ilustró siempre con sus consejos; nos guió con sus advertencias; y la imperturbable serenidad de su espíritu en medio de las crísis mas tremendas, nos sirvió siempre de consuelo y de esperanza.

"Católico ferviente, fiel observante de todas las prácticas religiosas, como hombre privado era un modelo de esposos y de padres de familia. La honradez sin ostentacion, la resignacion y la fé formaban el fondo de su carácter, en el que habia algo de candor y de inocencia infantil.

"Este hombre, que como profesor hubiera hecho su fortuna en cualquiera otro pais; que como escritor pudo traficar con su pluma; que como magistrado pudo acumular tesoros en épocas de corrupcion, vivió siempre pobre, pero contento; en la miseria, pero gozando de la tranquilidad de una conciencia sin mancha. El primer funcionario en el órden de nuestra magistratura muere sin dejar á su numerosa familia mas legado que el de su fama y el de su gloria.

"Cuando se estingue una de estas ecsistencias que fueron todas de prueba y de trabajo; cuando descansa en la tumba uno de estos apóstoles de la libertad y de la civilizacion, no hay mas consuelo que la fé en una vida mejor.

"Tal vez mas adelante consagrarémos algunas páginas á la memoria del ilustre amigo que acabamos de perder.

"¡Séale la tierra leve!"

No podemos dejar de decir dos palabras acerca de un desagradable incidente ocurrido en los últimos momentos de Morales. Hemos dicho ya que sus escritos hicieron que algunos eclesiásticos le suplicaran que abandonara las tareas periodísticas, ó que al ménos no se ocupara de las cuestiones que estaban á la órden del dia. Morales se resistió á estas insinuaciones, porque creia que con la difusion

de la verdad, hacia un servicio á la Iglesia y al Estado, y mièntras mas redoblaban las súplicas y las intrigas, mas se empeñaba en aconsejar al clero que se apartara de los negocios políticos, y esclusivamente se dedicara à su apostólico ministerio. No pudiendo haberlo vencido en sana salud, se creyó conveniente aprovechar el momento de su agonía para arrancarle una retractacion y dar con ella un golpe terrible à la reforma intentada por el partido liberal.

El mismo dia en que murió Morales salió de las sacristías un rumor siniestro asegurando que el insigne escritor se habia retractado solemnemente de sus últimas producciones, condenándolas como contrarias á la fé católica é implorando la misericordia divina para obtener el perdon de su irreligioso estravío. El rumor se fué estendiendo poco á poco, y segun se nos ha asegurado, la noticia llegó á darse en un pasquin impreso.

Los amigos de Morales temieron que hubiera sido víctima de una violencia, y su familia por razones de delicadeza guardaba profundo silencio. Al fin el escándalo llegó á tal punto que el gobierno hubo de pedir informe á la viuda de Morales y entònces se aclararon los hechos. Morales en su agonía conservó toda la fuerza de sus convicciones y tuvo suficiente entereza para negarse á dar la retractacion ó las esplicaciones que el doctor Cano le ecsigia. Un momento de debilidad hubiera bastado para empañar su memoria, y habria dado al clero una arma terrible para alarmar las conciencias, contrariar la reforma y encender la guerra civil; miéntras al contrario su firmeza ha servido, para consolidar las reformas y ha ejercido una saludable influencia en los ánimos de las personas mas escrupulosas y timoratas. Morales, pues, que consagró al servicio de su

pais su vida entera, debia hacerle otro muy importante en el momento supremo de su agonía.

Absteniéndonos de todo comentario y no queriendo enardecer los ánimos, nos limitamos á insertar aquí los documentos relativos á este incidente, y nuestra imparcialidad nos obliga á no omitir el informe del doctor Cano.

Hé aquí estos documentos.

"Ministerio de justicia, negocios eclesiásticos é instruccion pública.—Escmo. Sr.—Con fecha 2 del actual se dijo por esta secretaría á la Sra. D.ª Mariana Velazquez de Leon de Morales lo que copio.

"El Escmo. Sr. presidente sustituto ha tenido á bien determinar se pida á V., como lo verifico, un informe circunstanciado acerca de la especie que corre en el público, de que en los últimos momentos del Escmo. Sr. D. Juan B. Morales, presidente que fué de la suprema corte de justicia, se presentó el presbítero Dr. D. Silvestre Cano, con la pretension de que S. E. retractara los escritos que publicó durante su larga y laboriosa vida en defensa de los principios liberales, y que se sirva V. igualmente referir los medios de que el mencionado doctor se valió para procurar arrancar esa retractacion, y la respuesta que el Sr. Morales dió á tales pretensiones."

"La espresada señora en la misma fecha ha dado la respuesta siguiente.

"Escmo Sr.—He recibido el oficio que con fecha de hoy se sirvió V. E. dirigirme, previniéndome de órden del E. Sr. presidente sustituto que informe acerca de la especie que circula en el público asegurándose que el Dr. D. Silvestre Cano tuvo la pretension de que mi difunto esposo el E. Sr. Lic. D. Juan B. Morales, ya prócsimo à morir, se retractara de los escritos que publicó en defensa de los prin-

cipios liberales. Tan solo por cumplir con el deber que se me impone, y apremiada por la órden de V. E., así como el interés natural de que el buen nombre de mi esposo quede sin mancilla, paso á referir el hecho tal cual aconteció. De otra manera jamas hubiera dicho una sola palabra.

"El 28 de Julio último á la mitad del dia, el Dr. D. Silvestre Cano se presentó en mi casa manifestándole á mi esposo que sus escritos últimamente publicados sobre materias eclesiásticas, se habian recibido en el concepto general de las personas cristianas y timoratas, como ofensivos á la religion católica; y procurando convencerlo de que por tal causa debia retractarse, dando una satisfaccion al clero y á la Iglesia toda, en los términos que V. E. verá en el adjunto papel, que como un borrador à propósito para el caso llevaba escrito. Por una verdadera casualidad me impuse de lo que se trataba y pude escuchar la respuesta de mi moribundo esposo, asegurando que habia escrito con su conciencia, y que aunque en los momentos en que se hallaba eran los precisos para arrepentirse de las faltas cometidas durante su vida, no reputaba entre estas sus convicciones en materias eclesiásticas, manifestadas en sus escritos. Que no habia ofendido ni al clero ni á la religion, y que persuadido de que habia obrado cual cumplia à su deber, como escritor público, no podia retractarse.

"A pesar de que á nadie mejor que á mí le consta la energía de mi esposo, tuve sin embargo el temor de que su estremada debilidad fisica y la angustia necesaria en el que está prócsimo á espirar, le perturbaran la razon. Comprendia lo molesto que le era una conferencia de tal clase, y mezclándome entónces en el asunto, á pretesto de leer el borrador, me quedé con él, emplazando al doctor Cano pa-

ra mas tarde. Al siguiente dia, cuando este señor vino á mi casa, en esta ciudad, mi esposo habia ya muerto y las cosas quedaron en tal estado.

"Tal es el hecho, y creo de mi deber manifestar á V. E. que pasò al siguiente dia de haber recibido mi esposo los ausilios espirituales."

"Todo lo cual trascribo á V. S. I. de órden del Escmo. señor presidente sustituto, adjuntando copia autorizada del borrador á que se refiere la señora viuda, á fin de que ecsaminando el caso con la diligencia que se requiere, aplique V. S. I. al Dr. Cano la pena á que se haya hecho acreedor, para evitar que se repitan esta clase de escándalos. Así lo espera S. E. de la conocida eficacia de V. S. I., é igualmente que dará aviso á este ministerio de la providencia definitiva que V. S. I. dictare sobre el particular.

"Dios y libertad. México, Agosto 4 de 1856.—*Montes.* —Illmo. señor arzobispo de México.

"Es copia.—*Ramon I. Alcaráz.*

"*RETRACTACION que se negó á suscribir el Escmo. Sr. Lic. D. Juan B. Morales.*

"Habiendo llegado á entender que los escritos que he publicado últimamenre sobre materias eclesiásticas, se han recibido en el concepto general de las personas cristianas y timoratas, como ofensivos á la religion católica, al venerable clero, y á la disciplina eclesiástica: como mexicano católico, apostólico, romano, quiero dar una satisfaccion pública á toda la Iglesia, à sus venerables ministros, y al comun de las personas ofendidas, protestando, como protesto, que siempre he vivido y quiero morir en el seno de la Igle-

sia católica, á cuyo efecto *retracto todo lo que se ha recibido en el sentido dicho,* particularmente en lo que haya podido entenderse como depresivo á la religion católica (única verdadera), al decir que los paises católicos son los mas atrasados, que el clero mexicano carece de instruccion para dirigir á los pueblos; y al defender las últimas leyes sobre fueros y bienes eclesiásticos, en lo cual, como en todo lo demas que se contiene en mis referidos escritos, me sujeto enteramente al supremo juicio y decision de la Santa Iglesia católica, apostólica, romana, y del Sumo Pontífice su cabeza visible."

Es copia. México, Agosto 4 de 1856.—*Ramon I. Alcaraz.*

El informe del doctor Cano es el siguiente:

"*DECLARACION que en toda forma rindió ante el Illmo. Sr. arzobispo, el presbítero Dr. Silvestre Cano, sobre su conducta observada en los últimos dias del Escmo. Sr. presidente de la suprema corte de justicia D. Juan B. Morales, ratificándola por escrito y presentada debidamente el dia 6 del presente Agosto á su Illmo. prelado, conforme á su superior órden de 5 del espresado mes.*

Illmo. Sr.

"Cumpliendo respetuosa y debidamente la superior órden de V. S. Illma., relativa á que declare en toda forma sobre mi conducta observada en los últimos dias del Escmo. Sr. Dr. D. Juan B. Morales (que en la paz del Señor descanse), procedo á hacerlo, espresando desde la causa que motivó mi ida á visitarlo, la noche del 25 de Julio pròcsimo pasado, hasta el dia de su fallecimiento.

"Illmo. señor: Con el finado Sr. D. Juan B. Morales, me ligaban las distinguidas relaciones de ahijado, de compadre y de un señor que me distinguió por su bondad con particular amistad, é igualmente mediaban los respetos que me merecia como maestro que lo fué desde que abrió su cátedra de Derecho canónico en el colegio de San Ildefonso, por los años de 46 á 47.

"Por un caso, fuera de mis usos de respeto á las personas que considero, me determiné felicitar en persona por su dia, á la señora esposa de mi padrino la víspera de su cumple años, verificándolo en la noche del 25 de Julio prócsimo pasado. Presente en la sala de su casa, recibí aviso de la enfermedad del señor mi padrino, y habiendo tomado asiento, á poco rato por la misma señora su esposa se me hizo pasar á saludar al señor Morales: entónces dicho señor me informó del quebranto de su salud, al grado que el dia inmediato se iba à administrar, que la única dificultad que habia era que se proporcionara quien lo hiciera temprano; á esta manifestacion me espresé como correspondia, y aceptó que yo le llevara el Sagrado Viático á buena hora: y habiendo estado antes en su casa para informar que me dirigia ya à la parroquia de San Sebastian, volvì á la casa con el Santísimo, de tres cuartos á ocho de la mañana del dia 26, proporcionándome por un testimonio de empeño, un coche particular para administrarlo, y ademas la cera necesaria que facilité á una indicacion de la señora su esposa, quien tuvo á bien comunicarme desde la noche anterior el motivo que tenia para que no fueran solemnes los sacramentos, y en lo que estuve conforme.

"Administrado y oleado por mí el señor mi padrino el dia 26, estuve en la noche de este dia à saber de su salud; y á la conversacion que tuvo conmigo haciendo gratos re-

cuerdos de uno de sus mas antiguos amigos y concolegas, recibió con satisfaccion que le aplicara un Santo Evangelio, enterneciéndose tanto, que me pidió la mano, tributando el respeto que merecen á las personas timoratas, los sacerdotes por su alta dignidad. Me indicó al despedirme, el señor mi maestro, que viera à un eclesiástico que le mereciera mucha confianza; al dia siguiente cumplí con tan interesante encargo; mas como se me mandó preguntar por el mencionado eclesiàstico si á mi aviso debia ocurrir prontamente, ó el tiempo permitia concurrir en la tarde, natural mente para resolver la ecsigencia de la concurrencia, estuve en la casa del señor mi padrino el dia 27, al medio dia, y preguntándole si era indispensable su entrevista con la persona eclesiástica que me habia indicado citara para verlo, me contestó que no, sino que su deseo era lo encomendara á Dios Nuestro Señor, de cuya resolucion dí aviso oportuno en el mismo dia personalmente.

"Al dia siguiente 28, dadas las once de la mañana, estuve á informarme sobre la salud del señor mi maestro y padrino; desde este momento, Illmo. Sr., comienza lo mas grave del caso que espongo, dirigido por la conciencia, que en tales circunstancias debe presidir. Preguntándole al señor mi maestro si se le ofrecia alguna cosa, si deseaba comunicarme algo para tranquilizar su conciencia, si de alguna manera le podia ser útil en aquellos momentos, á mis palabras fijó su vista en mí y me dijo: he comprendido à vd., ahijado; ya sé sobre lo que me llama la atencion, sobre lo que he escrito; pero no he escrito una heregía.—Es verdad, señor, contesté yo, que es así, y no obstante que comprendo las ideas de vd. sobre lo qne ha escrito, tengo dificultad en hablar porque soy eclesiàstico; mas ya que vd. se ha manifestado tan espontáneamente conmigo, diré que los

escritos de vd. referentes á las tres proposiciones que le han impugnado en la *Cruz*, tales proposiciones no han sido bien recibidas por las personas timoratas y cristianas, y muy particularmente ha llamado la atencion aquella proposicion sobre que los paises católicos son los mas atrasados en civilizacion; tambien sobre lo que han entendido demeritando la instruccion del clero para instruir á los pueblos. Cierto es lo que digo, Illmo. Sr., que reanimado el señor mi maestro, me contestó: pues bien, hágame vd. favor de redactar una esplicacion del sentido en que le hago saber á vd. he escrito, pues he llegado á entender que algunas personas timoratas han recibido en mal sentido mis escritos, bien que yo siempre de buena fé he escrito, por conviccion; mas nunca he tenido ánimo ni intencion de ofender al clero ni atacar á la religion que profeso; pero como el error puede haber precedido mi discurso, me sujeto en mis escritos al juicio decisivo de la Santa Iglesia. (Estas son las palabras del Sr. Dr. Morales.)

"Sin embargo del concepto que tuve con el señor mi maestro, sin merecerlo, era de mi deber no aceptar el cargo de redactar en el acto una manifestacion tan seria bajo todos aspectos, y muy grave por sus consecuencias; por tan poderoso motivo supliqué al señor mi maestro, que otra persona sabia y discreta, mediara en tal asunto, que yo no era suficiente para desempeñar tal comision, que si lo tenia à bien consultaria con persona docta, proponiéndole en nuestra conferencia dos; y aunque insistió el señor mi maestro en que yo fuera el autor de la redaccion que se propuso en tales momentos, elegí para asesorarme con aprobacion del señor mi maestro, á N. (permítame V. S. I. este modo de espresarme en el caso) persona respetable que fué de su aceptacion: como antes de esta conferencia me habia sig-

nificado el señor mi padrino la devocion que tenia à la sagrada Imágen de Nuestra Señora de Guadalupe ántes de ir á desempeñar la comision que sobre mí pesaba, fuí primero à casa à traer un cuadrito de la espresada advocacion de María Santísima, que lo acompañó en su viage à la Villa, y à continuacion recibiendo el señor mi maestro este cuadrito y besándolo reverentemente, fué colocado en su lugar, me fuí á consultar el caso dificil que se me presentó y que procuré resolverlo segun mis cortos alcances.

"Me dirigì á la casa de la persona con quien á juicio del señor mi maestro, debia conferenciar sobre el particular, y obrando con prudencia segun lo dificil del caso, invité à otra persona, á mi juicio instruida, para que despues de una seria conferencia que duró cosa de dos horas, se eligieran los puntos sobre los cuales debia yo llamarle la atencion al señor mi maestro, y dándole alguna forma à los conceptos tocados en dicha conferencia, los escribí en un pequeño papel y dirigiéndome á la casa del Sr. Dr. D. Juan B. Morales, llegué como á la una y media del dia 28, y tomando asiento en el comedor de su casa, entré á verlo porque se me instó para que entrara: presente yo á mi maestro, me preguntó sobre el encargo que me habia confiado, y entónces para darle la formalidad debida à un hecho bien grave, espontáneamente propuse, pues estaba à solas con el señor mi maestro, que era muy conveniente que la señora su esposa fuera sabedora de lo que iba à practicarse, y que ademas era preciso un testigo de calidad por los intereses de la familia y por los mios.

"Entónces fué invitada su señora por mí, y tomando asiento cerca y frente de la cama en que reposaba el Sr. Dr. Morales, su esposo, hice una breve introduccion, en que esplicando que solo por conservar el buen nombre del

señor mi maestro (desde este momento Illmo. Sr., debe en testimonio de la verdad, declarar la señora viuda de conformidad conmigo), y llenando un deseo que tenia de satisfacer á juicio del señor mi maestro, á las personas timoratas que habian recibido mal sus escritos sobre materias eclesiàsticas, que solo por este motivo (dirigiendo la palabra á la señora) habia aceptado consultar á persona docta y prudente, la que nombré entónces por su apellido, para que prévio un maduro juicio, se llamara la atencion del señor mi maestro, sobre los puntos principales de sus escritos; á fin de que esplicara sus ideas como le pareciera mas conveniente en las graves circunstancias del momento, y al efecto, presentaba aquel pequeño papel escrito por mí, para que la señora misma lo leyera á su esposo, y maestro mio; á los pocos renglones que leyó la señora me hizo entender con firmeza que las ideas del señor mi maestro en materia de religion, eran muy bien conocidas, y entónces me invitó la señora para que un señor licenciado de la casa tomara parte en nuestra conferencia, lo que no estimé oportuno. Continuó la señora leyendo hasta la conclusion mi pequeño papel, y estas fueron las espresiones del finado señor mi maestro: "Todo está muy bueno, y solo quiero que se agregue que yo he escrito por conviccion y que no tuve ánimo de ofender al clero ni atacar á la religion; pero que como el error puede presidir el discurso de los hombres, mis escritos los sujeto al juicio de la santa Iglesia."

"Lo espuesto, como cierto debe afirmarlo la señora viuda del finado E. Sr. Dr. D. Juan B. Morales, y tambien debe sostener que yo me encargué de leer por la segunda vez al señor mi maestro lo escrito en mi pequeño papel, con el objeto de que la adicion ó modificacion que debieran hacerse, me las dictara el señor mi maestro: acto continuo las

comencé á escribir en mi pequeño papel á vista de su señora; tomando ya la pluma y comenzando la anotacion indicada, que oimos muy bien la señora y yo de los lábios del Sr. Dr. Morales, me ocurrió aquella resolucion que nace de la nobleza de una accion practicada con buen fin: me parece, dije al señor mi padrino y á la señora su esposa, que no proponiéndome dirigir en este asunto al señor mi maestro, sino solo espresarme como era de mi deber, por el cargo que yo acepté, la manifestacion de que se trataba para que fuera grata á los ojos de Dios y satisfaciera en la parte que se deseaba à los hombres, yo entregaba mi pequeño papel escrito por mí á la señora su esposa y que con plena libertad el Sr. Dr. Morales redactara la manifestacion que queria hacer como mejor le pareciera, pues yo habia llenado hasta aquel momento los deberes mas grandes que ecsigia la amistad, y obrando de conformidad con lo deseos del señor mi maestro, tales conceptos, dichos en testimonio de la verdad, deberà ratificarlos la señora, único testigo de lo que espongo.

"A continuacion prescindiendo del negocio para cuya claridad del principal hecho creo haber espuesto lo que es de mi deber, se trató de llevar á cabo la resolucion del señor mi maestro para conducirlo á la Villa de Nuestra Señora de Guadalupe; aunque temia yo un resultado desgraciado, no hablé sino lo que debia, y era ofrecerme á acompañarlo en el camino por el riesgo en que consideraba su importante vida: se aceptó mi propuesta tanto por el señor mi padrino como por la señora su esposa, y retirándome cerca de las tres de la tarde á mi colegio, dije à la señora que á la hora oportuna me mandara avisar, como de hecho se me envió un mozo al colegio para que se me diera parte que ya era hora de la marcha á la Villa; inmediatamente

me dirigí á la casa del señor mi padrino y habiéndoseme facilitado la entrada hasta su recámara, le hice presente el sentimiento que tenia yo de que lo fueran á mover estando su salud tan quebrantada; reconocí que recibió á bien mis palabras, mas no insistí en que permaneciera en su casa, porque ya estaba todo dispuesto para su salida hasta la Villa; me retiré hasta el punto indicado, asociado con las personas que tan de cerca vigilaban por su salud, y habiendo llegado á la Villa, y colocado el Sr. Morales en su recámara me dispensó unas palabras de bastante confianza que no es del caso referir; pidió entónces que un Santo Cristo que le habian puesto distante se lo colocaran en la cabecera de su catre, y ademas noté que tenia sobre la cabeza de su cama el hermoso cuadrito que yo le llevè la mañana del 28, poco ántes de comenzar mi tarea en el negocio que dá lugar á esta declaracion, espresándose con la verdad, que es la única que puede salvar á los hombres en los casos dificiles como el presente.

"Poco ántes de las siete de la tarde del dia 28, manifesté á la señora esposa del Sr. Dr. Morales, mi maestro, que por mis muchas ocupaciones que tenia pendientes me era indispensable regresar á México; pues sin tales obligaciones lo acompañaria esa noche; pero que pareciéndome que habia mejorado en su salud el señor mi padrino, al dia siguiente estaria á verlo á buena hora; á estas palabras, que dirigí á la señora esposa, tantas veces citada, fueron contestadas de conformidad; y despidiéndome del señor mi maestro, al salir de su recámara me dijo su señora: no le hablo à Morales de este negocio porque ha llegado muy fatigado; mañana le hablaré: entónces contesté que al dia siguiente estaria en la casa, dejando á su prudencia tal negocio; en efecto volví al dia siguiente, cierto de la muerte del señor mi

maestro por el informe que habia oido el dia anterior del facultativo que le acompañó à la cabecera en su viage à la Villa y con quien me regresé à México en el citado dia 28 á la hora espresada: el desenlace fué como me esperaba, llegué á la Villa el dia 29 dadas las nueve de la mañana y ya habia fallecido el señor mi maestro: [que en la paz del Señor descanse.]

"Esta es, Illmo. Sr., la declaracion que debidamente estiendo, relativa al motivo que tuve para entrar á la casa del finado Escmo. Sr. presidente de la suprema corte, Dr. D. Juan Bautista Morales, mi respetable maestro, la noche del dia 25 de Julio del prócsimo pasado, y de la conducta que observé bajo las relaciones con que me consideré muy obligado para con el señor mi maestro, padrino, compadre y señor que me dispensó mucha estimacion y muy particularmente como sacerdote; bien persuadido de mis deberes en el caso dificilísimo tal cual se me presentó y que en testimonio de la verdad respetuosamente espongo, para el superior conocimiento de V. S. Illma. conforme à su superior órden, que en conciencia y sumisamente cumplo.

"En conclusion, Illmo. Sr., suplico rendidamente ante su notoria justificacion reciba á bien que sobre este asunto no haya vertido una palabra ni aun informado á V. S. I. àntes de tiempo, no obstante que se ha escrito con equivocacion públicamente; pues el deber que en mi conciencia llené muy particularmente como sacerdote (aunque indigno) me hizo formar resolucion, para sobrellevar los resultados aun los mas funestos à que pudiera quedar sujeto por una obligacion que debia satisfacer, aun con sacrificio grave; y como en semejante caso mi conviccion era solo hablar cuando resultara cargo ante mi juez competente, solo ante V. S. Illma. espreso en toda forma lo que debo,

para su superior conocimiento, cumpliendo así debidamente, y en todas sus partes, su suprema órden, que se me ha comunicado.

"Illmo. Sr.—Seminario Tridentino, Agosto 6 de 1856.

"Es copia fiel de la que presenté al Illmo. Sr. arzobispo el dia 6 del corriente Agosto.—*Dr. Silvestre Cano.*"

Repetimos que sobre estos hechos es inútil todo comentario. La energía de Morales frustró la piadosa estratagema, cuyo fin no era sin duda la salvacion de un alma, sino dar un escándalo que fuera una arma contra el gobierno civil. Ignoramos hasta hoy qué resultado tuvieron las órdenes del ministro de justicia.

Morales como escritor trató toda clase de cuestiones políticas, administrativas y económicas.

Defendió siempre los buenos principos, purgando al periodismo del carácter de personalidad y de diatriba que tuvo en los primeros años despues de la independencia. Fué redactor del *Hombre Libre,* de *La Gaceta,* de la *Aguila mexicana,* del *Siglo XIX,* del *Monitor,* de los *Debates,* del *Demócrata,* del *Republicano* y de otros varios periódicos políticos y literarios. El *Semanario judicial* fué obra suya esclusivamente y en él anotó el *Catecismo de jurisprudencia.*

Escribió un notable opùsculo contra la tolerancia religiosa, creyéndola estemporànea, y una obra titulada *Facultades pontificias,* que dedicó á la legislatura del Estado de Zacatecas en 1828.

Escribió ademas algunos otros opúsculos científicos y literarios, siendo de los mas notables los que presentó la seccion de ciencias morales del Atenéo Mexicano.

La obra que mas lo ocupó fué *El año cristiano mexicano,* en cuya ordenacion empleó muchos años, procurando

que obra tan importante fuera digna del catolicismo y estuviera libre de errores y de absurdas consejas.

Entre sus obras merece ocupar un lugar distinguido el *Gallo pitagórico*, coleccion de artículos que le dió la mayor popularidad y que es notable entre los pocos escritos de este género que ha producido nuestra literatura nacional.

Hizo ademas varias versiones del latin, del frances, del ingles, del italiano y del portugues.

Es dificil juzgar tan gran número de producciones, y el crítico se siente arredrado ante la fecundidad del escritor.

Como escritor político sostuvo la causa de la independencia nacional, popularizó las doctrinas liberales, dió á conocer el sistema federal y fué hábil comentador de la carta de 1824, oponiéndose siempre à los escesos del despotismo y de la demagogia. En las cuestiones esteriores defendió la dignidad del pais y dió pruebas de la mas alta prevision, sin adular nunca al pueblo para estraviarlo, distinguiéndose sobre todo por el tono con que trató las cuestiones de Téxas y las que siguieron entre México y los Estados-Unidos. Comprendió cual era el triste estado del pais, y desgraciados acontecimientos vinieron á justificar sus pronósticos.

Hizo cuanto pudo por mejorar la administracion pública y consagró sus afanes à las cuestiones mas arduas de jurisprudencia y de legislacion.

En materias económicas si procedió con la mayor buena fé, incurrió en el gravísimo error de defender el sistema prohibitivo, oponiéndose à la libertad de comercio. Profesaba los principios de Ferrier, cuya obra tradujo y aun hizo que se estudiara en los colegios. Acompañado de otros hombres que acaso no tenian su misma buena fé,

contribuyó à hacer de la cuestion de prohibiciones una especie de cuestion nacional en que se creia afectada la misma independencia. El *Siglo* fué en su primera época la bandera de los proteccionistas contra el libre cambio, y una gran parte del partido liberal entonces incurrió en la monstruosa inconsecuencia de estarse oponiendo á la baja de aranceles y à la libertad del comercio. Morales tuvo gran parte en este estravío de la opinion y esto solo prueba que las mas privilegiadas inteligencias no están esentas de dejarse dominar por las preocupaciones y el error. Pero Morales proeedia de buena fé: no era de los vendidos al interes de los fabricantes y de los contrabandistas cuyas especulaciones favorecen los altos derechos. Morales participaba de las ideas erróneas de la época colonial y no comprendia que el numerario es una mercancía como cualquiera otra, y que la competencia es el mejor estímulo para el desarrollo de las artes y de la industria.

Pero una de las pruebas de la buena fé de Morales, la tuvimos nosotros mismos en la última época en que se hizo voluntariamente colaborador de nuestros trabajos. Entónces de vez en cuando se suscitaba en nuestras reuniones la cuestion de aranceles y de libertad comercial. Morales abogaba por sus antiguas ideas; discutiamos con la mayor libertad y al fin èl cedia à nuestras insinuaciones, y si no se daba por vencido, prescindia gustoso de la propaganda proteccionista, creyendo que habian cambiado las circunstancias y retrayéndolo sobre todo los bastardos intereses que se ponian en juego.

Como escritor religioso difundió las sublimes verdades del cristianismo, estudiando las Sagradas Escrituras y los Santos Padres, y enseñando la moral mas pura, la que se deriva de la fuente del Evangelio. No solo con la pluma sino con el ejemplo, enseñaba las virtudes cristianas.

Como escritor de costubres tenia chispa, gracia y originalidad, no faltàndole esa malicia inofensiva que da gracia à la sàtira, aunque en sus escritos nunca se encuentra la amarga hiel de la malevolencia. Describe à veces como el Curioso Parlante, y si no tiene la escéptica filosofia de Fígaro, ni la ecshuberancia festiva de Fidel, lo distinguen una perspicacia y un candor que lo asemejan al célebre Swift, con cuyo genio tiene mas de una analogía.

Erasmo Lujan amaba sus diálogos con el *Gallo Pitagórico* y en sus últimos dias preparaba y corregia la edicion que hoy ofrecemos al público cumpliendo su voluntad y pagando un débil tributo á su memoria. El mismo recorriendo el testo y sonriéndose agradablemente, daba al dibujante la idea de los numerosos grabados que ahora damos á luz.

No podemos entrar en el ecsámen crítico de todas sus producciones, que andan sueltas y dispersas y merecen muy bien ser libradas de las garras del olvido; pero sí podemos asegurar por el conocimiento íntimo que tuvimos de su carácter y por el que tenemos de nuestro estrecho mundo literario, que Morales fué uno de los escritores mexicanos mas notables por su buena fé, que jamas escribió lo que no estaba en sus convicciones y nunca traficó innoblemente con su pluma, defendiendo intereses bastardos. En cuanto al mérito intrínseco de sus producciones, vistas bajo el punto de vista puramente literario, las hay muy notables por la correccion de su estilo y por su clásica erudicion, particularmente en las que publicó en la época de su juventud y de su edad madura. Condenado al periodismo, á este tonel de las Danaides que es un abismo sin fondo, que es menester llenar sin cesar, le sucedió lo mismo que le sucede á todos los que se dedican á tan penosa profesion; tuvo dias de tédio, de amargura, de cansancio,

de debilidad, de agotamiento, y.... de desesperacion íbamos à decir, olvidando que la virtud y la resignacion lo libraban de este deplorable estado del ànimo. Cuando el espíritu sufre, no es posible ecsigirle serenidad ni perfeccion en sus obras.

Prescindiendo de estas circunstancias, que no dependen de la voluntad sino que son consecuencia de la vida literaria de nuestra época y de las agitaciones civiles, enmedio de las que tocó vivir à Morales, su instruccion clàsica, su génio, su fecundidad y la variedad de sus conocimientos, lo constituyen un escritor digno en verdad de la patria de Ruiz de Alarcon y Sor Juana Ines de la Cruz; de Clavijero y de Alzate; de Calderon y de Rodriguez Galvan.

A pesar de lo violento de nuestros odios de partido, Morales gracias á sus relevantes virtudes, mereció el aprecio y la consideracion de sus mismos adversarios, y puede decirse que nunca tuvo enemigos.

Gozando de consideraciones y ocupando puestos públicos de la mas alta importancia, jamas lo envanecieron los honores y vivió siempre con la mayor modestia y sencillez. Influente en épocas demasiado dificiles, activo é incansable en el trabajo, murió pobre y jamas tuvo sino lo preciso para su subsistencia. Su vida privada era apacible y sencilla. En su juventud hizo grandes sacrificios para cumplir con sus deberes filiales. Despues fué modelo de esposos y de padres de familia, entregàndose afanoso à los goces y à los cuidados del hogar domèstico. Aunque pobre, fué siempre amparo del desvalido y protector generoso de la orfandad.

Amigo escelente, de un carácter amable, dulce y humilde, no habia afectacion en su virtud y se hacia amar de cuantos lo conocian, siendo su trato agradable, instructivo

y entretenido. Poseía el raro talento de la conversacion. Sabia narrar con gracia, tenia una escelente memoria, mostraba sus pretensiones, su vasta erudicion, y si en todo género de negocios daba pruebas de la mayor prudencia, en sus relaciones íntimas era festivo, á veces punzante en sus chistes, y de mucha oportunidad en sus *reparties*. No era de esos viejos que censuran todo lo que no se refiere à los dias de su juventud. Por el contrario, reconocia el progreso del pais y cuando evocaba sus recuerdos, hacia caricaturas de la época colonial. Su buen humor no lo abandonaba en la adversidad ni enmedio de sus dolencias.

Se consagró todo entero al servicio de su pais: hombre sin ambicion, no tuvo mas mira en sus trabajos que procurar el bien y el engrandecimiento de la república, y ha bajado à la tumba sereno y tranquilo, llorado por sus compatriotas, respetado por todos, y ni los rencores de partido han proferido un solo reproche à su buena memoria. Ella se conservarà pura y brillante miéntras tenga un culto la virtud, miéntras en los corazones se agite la fibra del patriotismo, y miéntras sea un objeto de veneracion la vida de prueba que ántes de perderse en el seno de Dios tiene en la tierra el sábio, el justo, el hombre de buena voluntad que se distingue por el ardor de su fé y por al amor á sus semejantes.

Ojalà y un dia plumas mas dignas se ocupen del estudio de su vida y de sus obras! Nosotros solo hemos querido en estas pobres líneas pagar un débil tributo á su memoria y suscitar mas importantes trabajos acerca del venerable amigo cuyos consejos recibiamos como los de un maestro, y evitaron mas de una vez los errores de nuestra inesperiencia.

Su vida de escritor puede servir de modelo á los qu

abrazan tan dificil profesion, movidos de su patriotismo y sin mezquinas ambiciones, y el conjunto todo de su ecsistencia en sus diversas fases ofrece la elocuente eleccion del ejemplo de la virtud, pues con el cuidado con que se cumplen los deberes religios, desempeñó sus obligaciones para con la familia y para con la república. Probo, patriota, liberal, justo y sabio, su vida, ya se le contemple en el hogar, ya en la cátedra, ya en las asamblea; legislativas, ya en el foro, ya en la cumbre de la magistratura tiene algo que hace olvidar la decadencia de nuestros dias, y la inmoralidad de nuestros trastornos, y hace la impresion de los virtuosos patricios de los buenos tiempos de la república romana.—Si, como dice Montesquieu, la virtud es la base de las repúblicas, si el cielo nos diera muchos ciudadanos como Morales, México se habria salvado.—1857.

FRANCISCO ZARCO.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Establecido el Siglo XIX *en el año de* 1841, *proyectaron sus editores marcar aquellos acontecimientos que podian formar época en nuestra república. Al efecto pensaron en establecer un periódico, que se publicase dentro del mismo* Siglo, *y que con solo su nombre llamara la atencion de los lectores; pero este periódico no podia tener términos designados para su publicacion, así como no los tenian los acontecimientos que debian servirle de materia. Las revoluciones no se efectúan en épocas determinadas, ni las grandes variaciones de gobierno, y así es que el periódico ha seguido esa ecsistencia incierta de los objetos de que debia ocuparse.*

El periódico proyectado se llamó El Gallo, *célebre invencion de su autor para poder estender la crítica hasta donde gustara. Se ha observado estrictamente el proyecto, de suerte que de los grandes sucesos acae-*

cidos en nuestra república, únicamente la invasion de los americanos no ha sido criticada por El Gallo, *á causa de que el autor por razon de su empleo, tuvo que estar fuera de la capital todo el tiempo que duró la invasion, y mucho despues. Lo mismo sucedió al impresor del* Siglo, *el que desde mucho antes habia pasado á Europa, y no regresó sino hasta mucho despues; de manera que cuando ambos volvieron á la capital, ya habia pasado la circunstancia oportuna.*

Hemos dado la idea en general del periódico, réstanos ahora dar razon del motivo de cada número, para la inteligencia de nuestros lectores, advirtiendo que dos números que no llevan el nombre del Gallo, *que son,* El congreso de los dioses, *y* El sermon de Fray Supino, *no por eso dejan de pertenecer al periódico, y de ser obra del propio autor, porque le pareció que la crítica salia mejor como la hizo, que no valiéndose de la metáfora del* Gallo.

Se estendió el prólogo de este, como se vé, para dar una idea de lo que habia de contener, sin decir cuando habia de salir.

Despues se publicó el número 1, *en que se criticaron los defectos comunes de estrangeros y nacionales, y fué con el que se desarrolló la alegoría que habia de ponerse en práctica.*

El número 2 *se escribió en tiempo en que el gobierno de Santa-Anna se desentendió casi enteramente de la subsistencia de los empleados, principal-*

mente de los del ramo judicial, al que pertenece el autor, y todo el tesoro se gastaba en pagar y vestir lujosamente soldados, en los agiotistas y en favoritos del gobierno, y en uniformes para ciertos empleados, cuando otros morian de hambre; por esto se volviõ El Gallo *sastre, para dar ã cada uno el vestido que le correspondia, y que diese una idea de lo que era. Como Santa-Anna entrõ en ese gobierno por una revolucion, tambien se criticõ, y de ahĩ se conoce que los que iban de México ã Veracruz, y de Veracruz ã Guadalajara, eran los agentes de Santa-Anna, que andaban preparando la revolucion. Los que por un cabello caminaban, arrastrando artillerĩa, caballerĩa &c., son los gefes, que con cualquier pretesto fũtil se pronunciaban por Santa-Anna. Los nombres de esos gefes eran conocidos, y bastaba la mas pequeña insinuacion para que se distinguieran. Nombrarlos en el dia seria inútil, porque la mayor parte ya no ecsiste.*

La nacion se constituyõ perfectamente en el año de 1824; *pero por intrigas de los monarquistas, y por el atentado de la Acordada, se desacreditó la federacion sin un motivo justo, y no pudo volver á ponerse en corriente. Los monarquistas que estaban apoderados del mando en* 1835 *y* 1836, *hicieron una constitucion central, contenida en* siete leyes, *las que puede decirse que fueron la segunda constitucion de la república. Habiéndose ya dado*

el pésimo ejemplo de haber echado por tierra la primera constitucion recibida con un entusiasmo asombroso, ¿qué deberian esperar las siete leyes, *puestas con solo el gusto de los monarquistas, y con el disgusto general? La nacion se pronunció contra ellas, y vinieron á tierra. Santa-Anna en el año de* 1842, *como resultado de un plan formado en Tacubaya, reunió un congreso, en que se juntaron los hombres mas patriotas, y de mas grandes talentos, los que conociendo que á la nacion no convenia otro sistema de gobierno que el federal, lo desarrollaron en su proyecto de constitucion; pero como á Santa-Anna no gusta sino el mando despótico, luego que vió el proyecto disolvió al congreso, y nombró una junta de notables, para que hicieran la constitucion. En esta circunstancia se publicó* El congreso de los Dioses *número* 3, *cuyo único fin fué advertir á la nacion no necesita de una constitucion muy estensa, sino de pocos artículos; pero que comprendieran los puntos principales de un gobierno.*

Por un efecto de las continuas revoluciones, cayó la nacion en una especie de apatía política, y era necesario reanimarla, y esto fué lo que se procuró con el sermon de fray Supino, que es el número 4, *como claramente lo manifiesta su contenido.*

Llamó mucho la atencion pública la guerra de Téxas, porque poco mas ó menos preveían los mexi-

canos el resultado que habia de tener, y ademas veian que la conservacion de ese Estado costaba á la nacion en gente y dinero mas de lo que valia, pensaban muy juiciosamente queriendo que se vendiera á los americanos una vez que ellos querian comprarlo. ¡Ojalá y así se hubiera verificado! El autor del Gallo, *que á la sazon era ministro de la suprema corte de justicia y diputado, escribió dos artículos, insertos en el* SIGLO, *aconsejando la venta de ese terreno, y haciendo ver al gobierno los males que traia su conservacion. Santa-Anna, que afectaba una decision absoluta por sostener la guerra de Téxas, y que á todo el que de algun modo se oponia á ella, daba el nombre de traidor, mandó aprehender al autor y lo puso en la cárcel pública. Sus favoritos y sicofantas, que muy bien conocian que la guerra no debia hacerse, afectaban tambien estar decididos por ella. Estas circunstancias dieron materia al número 5.*

Cayó por fin el ominoso gobierno de Santa-Anna. El general Paredes con una division regular se pronunció contra él en lo interior de la república, Santa-Anna salió de la capital á atacarlo con trece mil soldados; pero luego que se alejó un poco, se pronunciaron allá contra él, regresó Santa-Anna, pero porque no lo cogieran á dos fuegos, porque desconfió de la tropa, ó por otra causa, no quiso atacar á la capital que se habia puesto en defensa, y se fugó. Generalmente se creyó, que Santa-Anna ha-

bia muerto políticamente para siempre, y se le juzgó á él, á sus ministros y favoritos, en el número 6, *con que concluyó* el Gallo.

Nadie volvió á acordarse de Santa-Anna, pero cuando sucedió la invasion de los americanos se presentó voluntariamente á servir á la patria. Su conducta hasta hoy es un enigma; pero sea lo que fuere, lo cierto es que las acciones de armas se perdieron, y cuando vió la cosa perdida, dejó el mando, y se retiró. Por resultado de una revolucion que hubo, volvió á aparecer en la república. Algunos monarquistas y unos pocos partidarios suyos estraviaron el camino del plan que se habia formado, y de la noche á la mañana apareció Santa-Anna invitado y llamado por la revolucion. Se hizo correr la voz de que estaba muy enmendado, porque los trabajos que habia pasado le habian enseñado el verdadero camino de hacer feliz á la nacion. Siempre que se ha llamado á Santa-Anna se ha dicho otro tanto, y Santa-Anna cada vez ha sido peor; pero entónces muchos creyeron que la esperiencia lo habria hecho sabio; ¡pero cuánto se engañaron! Vino peor que nunca, su sistema fué establecer en México una gran apariencia de aristocracia, á costa de la ruina de la nacion. Se le sufrió mucho, y si hubiera tenido un gobierno regular, y ménos orgullo personal, sin duda que habria hecho el bien de la nacion; pero solo hizo mucho mal, de suerte que hostigada se pronunció contra él, y al fin salió en la realidad pró-

fugo, aunque con apariencia de presidente. Entonces el Gallo, *que ya se creía que no hubiera tenido materia para escribir, la tuvo y continuó saliendo.*

Dió el número 7, *en que se criticó algo de la conducta de Santa-Anna, de sus favoritos, y se habló de los principios de la revolucion.*

Despues se dió el número 8, *en que mas detalladamente se habló de su conducta, de la de sus ministros, y de las aspiraciones del primero, que no son otras que las del mando absoluto, y la suma codicia para sacar cuanto dinero puede. Tambien se trató del temor qne le causó la revolucion, la que al principio no le dió cuidado; pero cuando vió que se formaba con seriedad y generalidad, temió que se le cogiera y tal vez se le decapitara, y por lo mismo ántes de que le obstruyeran el camino de Veracruz, salió para allá con cualquier pretesto, dejando á sus ministros comprometidos, y cuando ménos se esperaba se embarcó, y terminó su fatal carrera.*

EL GALLO PITAGÓRICO.

I.

EL PERIODISTA.

DIALOGO ENTRE UNO DE ELLOS Y UN AMIGO SUYO.

AMIGO.—¿A dónde vas tan de carrera?

PERIODISTA.—A la calle de los Rebeldes.

A.—Sin duda irás á tomar asiento en el teatro de Nuevo-México, para ver á la noche la *Pata de Cabra.*

P.—Yo no pienso por ahora en patas ni en patos, sino en patacones.

A.—Esplícate un poco mas.

P.—Voy á la imprenta de Cumplido para que me formen el presupuesto de un periódico que voy á redactar.

A.—¿Tú vas á meterte á periodista?

P.—¿Y por qué no? ¿Acaso carezco de las cualidades necesarias para serlo? No es por alabarme; pero ya quisieran mas de cuatro poseer siquiera la mitad de las que me sobran para desempeñar perfectamente el oficio.

A.—Así lo creo; pero es tan delicado..... tan espuesto á contratiempos.... tan recargado de incomodidades....tan....

P.—¿Tan qué? acaba por Dios.

A.—Tan dificil de desempeñar con dignidad del que escribe y utilidad del que lee, que sin una vasta instruccion, un discernimiento fino, un estilo correcto, una prudencia, una moderacion á toda prueba, mas vale meterse á cargador que á periodista.

P.—Yo opino de un modo contrario: hasta los cargadores teniendo las cualidades que yo tengo, pueden meterse á periodistas.

A.—Pero hablando en confianza, ¿cuáles son esas cualidades que tienes? Mira: tú fuiste un gramático muy *chambon:* en filosofia no pudiste hacer letra; a la mitad del curso *destripaste* para seguir la carrera de empleado: desde que entraste de meritorio al ministerio hasta la época presente, no te has dedicado á otros estudios sino á leer novelitas, por lo regular inmorales y mal traducidas al castellano, que en vez de dar alguna instruccion, solo sirven para corromper el corazon y el idioma,

leer los periódicos que mandan al ministerio, y algun otro impreso de los muchos con que diariamente nos refinan el gusto, escritores ignorantes ó apasionados: hé aquí toda tu ciencia: ¿y así piensas redactar bien un periódico?

P.—Sí señor; porque á esa vastísima instruccion que dices que tengo en gramática, filosofia, novelas y periódicos, debes añadir lo siguiente: *no dejo de ignorar* algo de traducir francés, pues en fuerza de leer sin entender los periódicos que hay en ese idioma en el ministerio, he adquirido un hàbito intelectual infuso, de no quedarme en ayunas de la mayor parte de lo que dicen: *no dejo tambien de ignorar* la traduccion de muchos pedazos de las óperas italianas, aún de las palabras mas dificiles, como por ejemplo: *il mio core*, que quiere decir, mi corazon; *buona notte*, buena noche; *mi sento morire*, me siento morir, &c.

A—¡Brava prueba me has dado de tu habilidad en traducir el italiano!

P.—Todavía no es eso lo mas. A esa relevante fuerza mental, debes igualmente añadir estas notabilísimas prendas: una lengua muy suelta para hablar desvergüenzas, un atrevimiento sin semejante, y una socarronería estremada; de suerte que aunque me digan judío, herege, tonto, ignorante, saltimbanqui, para mí lo mismo que si me dijeran cara de rosa. ¿Dime ahora si adornado de estas

circunstancias no podré redactar cincuenta periódicos, y si me cambiaré por los editores del *Cosmopolita*, del *Siglo XIX*, y ni aun por los mismos mismísimos *diaristas*? (*)

A.—Ya se vé que no; ni ellos se cambiarian por tí, aunque les dieras una docena de botellas de champaña de ribete.

P.—Pues siga cada cual la fuerza de su estre-

(*) Los redactores del *Diario del gobierno.*

lla, porque yo he de ser periodista de *ma façon*, es decir, á mi modo.

A.—Pero no reflecsionas que esos periódicos á tu modo, desacreditan á sus autores y perjudican al público? ¿Sabes lo que es un buen periódico?

P.—¡Toma! ¿pues no he de saberlo? Un impreso de á pliego, grande ó chico, segun las proporciones del editor. Debe comenzar por las sesiones de las cámaras, de la junta consultiva, ó de cualquiera otra corporacion legislativa ó semi-legislativa: luego la parte oficial, en que van las órdenes del supremo gobierno, los bandos, las comunicaciones de los comandantes militares y demas autoridades civiles y eclesiásticas: con esto se llena la mitad del periódico sin trabajo alguno, porque se copia de otros. Sigue la parte literaria, en que se inserta un retazo de libro que trate de ciencias y artes: continúan las variedades, donde se encaja un versito de algun amigo enamorado, zeloso ó ausente, que nunca faltan, porque esta es fruta de todo el año, pues no hay *catrin* de los que van á la Alameda, al café de Veroli, (*) ó á misa de once, que no tenga su *Clori* ó su *Filis*, y si no hay verso, se pone una anecdotita, que miéntras mas satírica ó inmoral, tanto mejor, con lo que se llena otra cuarta parte. Entra despues, como anillo al dedo, el edi-

(*) Antiguo café que ecsistia donde hoy está la *Sociedad del Progreso.*

torial sobre política, y aquí vienen como de molde las desvergüenzas, concluyendo todo con las entradas y salidas de buques, avisos de modistas, dentistas, peluqueros, &c., y por fin de fiesta los lugares de dentro y fuera de la capital en donde se reciben las suscriciones. Hé aquí un periódico pintiparado; y que me desmientan la mayor parte de los periodistas de nuestra república si son hombres.

A.—Es verdad que casi todos se componen de las partes que has enumerado; pero te has contentado con referir lo material de ellos y no la sustancia. Esta consisteen la eleccion de materias, en la oportunidad de las noticias, en la sensatez de las observaciones que hagan los editores, ya á las disposiciones legislativas, ya á las gubernativas, ó ya para la instruccion y utilidad públicas. Un buen periódico debe seguir en sus editoriales un sistema, y jamas los ha de ensuciar con desvergüenzas; ántes ha de brillar en ellos la prudencia y moderacion: ha de....

P.—Vaya, vaya: tú estás delirando. Si vieras cuántos editores conozco peores que yo, que no se paran en pelillos, ni se ocupan de tantos reperiquetes, te admirarias, y sin embargo, sus periódicos tienen un espendio mayor que el que tenia el maiz en la alhóndiga, ahora que andábamos en la batalla del cobre. (*)

(*) La reduccion de la antigua moneda de cobre á la mitad de su valor.

A.—Tales periódicos solo puede sostenerlos el espíritu de partido; mas nunca su mérito, y así tú eres el que deliras, y no yo. Y para que veas que nada pongo de mi cabeza, oye lo que se dice en este tomo de un diccionario nuevo, que por casualidad traigo: "Desde el momento en que se " proclamó la libertad de manifestar los pensa- " mientos, aparecieron los periódicos: nacieron jun- " tamente con la tribuna para servirle de eco, de " ausiliares, y tambien para combatir sus errores. " El gobierno representativo es su verdadero ele- " mento: bajo este gobierno gozan de todo su po- " der, de todos sus derechos, y de todas sus prero- " gativas, y se da á conocer su importancia.... " En los Estados constitucionales, es en donde to- " dos los ciudadanos deben ser representados, y " en donde la accion del gobierno se ejerce, por " decirlo así, á la luz del dia, y todos los actos de " la administracion están sujetos ecsámen, à hacen " los periódicos un papel notable y elevado. Ellos " son la centinela avanzada de la opinion pública, " y les pertenece dar el primer grito de alarma " que manifieste las necesidades del país, denuncie " los abusos, aclare las discusiones para el ecsámen " de ellas, proclame la verdad, y evite los estra- " víos del gobierno en la senda constitucional que " debe seguir. Es fácil conocer entónces la alta " mision de un periodista: ¡qué talento, qué probi-

" dad, qué intencion tan sana, qué juicio tan recto
" requiere! Así es, que las prensas han sido mu-
" chas veces llamadas el cuarto poder, los hombres
" políticos las han servido con sus luces, y ellas
" no han sido ingratas con los talentos que les han
" dado esplendor, pues mas de un hombre de Esta-
" do debe su fortuna á la prensa, y se han visto
" simples periodistas llegar hasta el ministerio.
" Los Estados en donde reina el despotismo la han
" temido, el mismo Napoleon la sofocó; sin em-
" bargo, aun restringida, se hace lugar al través
" de los obstáculos que se le oponen. Mas, lo re-
" petimos, en los Estados constitucionales es don-
" de el periódico adquiere todo su poder, y viene
" á ser una necesidad general." ¿Has oido?

P.—Sí, señor, sin perder palabra.

A.—¿Qué dices?

P.—Lo que Sancho Panza á D. Quijote, que tú y el autor de tu libro podian tomar, no un púlpito en cada mano, sino dos en cada dedo é irse por esos mundos de Dios predicando lindezas. ¡Quedaba yo fresco con ponerme ahora á dirigir la opinion pública, dar avisos al gobierno, y ser útil á la nacion!

A.—Luego tú vas á escribir, y salga lo que saliere.

P.—No, no tan salga lo que saliere; porque precisamente ha de salir dinero para mí; por lo demas,

poco me importa que se lleve el diablo á la opinion pública, á la nacion y al gobierno.

A.—¡Qué periodista tan filantrópico y patriota!

P.—Sí, amigo mio, *primerum mihi*, *secundum mihi*, y *tercerum mihi.*

A.—¿Mas no adviertes que poca ó ninguna utidad pecuniaria puede darte un mal periódico?

P.—¡Malo! Pues *no te digo!* Bueno, y muy bueno, y muy rebueno. Mira: tú no sabes mas que tus filosofias; pero ni una *jota* entiendes de mundo. Los periódicos como el mio son los que hacen las grandes revoluciones, los que sostienen á los pronunciados, los que dan de costillas con los gobiernos, los que levantan otros nuevos, y los que elevan á los periodistas al *fastigium* de los empleos y la riqueza.....

A.—Y tambien los que los mandan á Acapulco de cuenta del supremo gobierno.

P.—Hijo, *con algun riesgo se alquila la casa.* Pero ahí entra la habilidad del periodista. Este es puntualmente el *busilis* de la dificultad, conocer hasta qué punto se puede atacar al gobierno y yo para esto me pinto. Ademas, como estoy en el ministerio, observo bien el tiempo que corre, y no hay sastre en México, ni Mr. La-Forgue, que voltee una casaca tan perfectamente como yo. ¿Ves este fraquecito raido que es todo mi ajuar? Pues si se trata del gobierno español, lo convierto en una

famosa chaqueta; si de sansculottes, en un zarape saltillero que no hay otro igual; si de aristocracia, en un galoneado y brillante uniforme; si de regeneracion, en un *paleteau* reg ene rador, monísimo.

A.—Pero ¿cómo podrás hacer esas variaciones sin esponerte al odio, ó por lo ménos, al desprecio de todos los partidos y aun de todas las personas?

P.—Con el *eme o mo*, *de o do*, observando las reglas siguientes. Mas ante todas cosas te encargo el secreto; porque si el periodista descubre mucho la hilaza de que es tegido, adios, ya no pudo caer *parado*. Solo á tí porque nos hemos visto como hermanos, te puedo hablar con tanta confianza, y estoy persuadido de que nunca me descubrirás.

A.—Debes en efecto estarlo con toda seguridad.

P.—Eh bien! Pues como digo de mi cuento, siempre el pueblo y el gobierno están de uñas, y por consiguiente unas veces está aquel de alta y este de baja, y otras al contrario. El editor debe observar atentamente la posicion de ambos, y segun ella, dirigirse, corriendo del pueblo al gobierno y del gobierno al pueblo, como si dijéramos de Heródes á Pilatos. Si el pueblo está de alta, entónces á proporcion que va perdiendo terreno el gobierno se va apretando el ataque, hasta *desprestigiarlo* enteramente y dar con él en tierra. Al efecto se murmuran, critican y calumnian las palabras, obras y pensamientos del presidente, de sus

ministros, y de todo mandarin que sea de su partido, ménos las cámaras. Si el presidénte es tardo en el obrar, se dice que ès un *zote;* si es activo, que es un déspota. Así tambien poco mas ó ménos á los ministros. Si se descuidan los reemplazos del ejército, que nos quieren entregar al estrangero; si se cubren y aumenta la tropa que se trata de dictadura y algo mas. Por otra parte, jamas han de faltar de la boca ni de la pluma del editor, las palabras *garantías*, *libertades públicas*, *derechos imprescriptibles del ciudadano*, y à cada cuatro renglones del editorial ha de repetir: *federacion*, *ó muerte*, *odio eterno á los tiranos;* y sobre todo aquel famosísimo verso de Virgilio que dice: *Malo periculosam libertatem quam quietum servitium*.....

A.—¡Qué Virgilio, ni qué verso, ni qué calabaza! Hombre, tú no puedes hablar mas que disparates; mas procura siquiera que no sean tan garrafales. Esa sentencia que has dicho, ni es verso, ni es de Virgilio.

P.—¿Pero es sentencia, no?

A.—Ciertamente.

P.—Pues esto es lo que interesa á los sansculotes, y poco les importa la haya dicho Virgilio ó el Pensador Mexicano. Vamos adelante.

A.—Vamos: ensarta, Sancho.

P.—Prosigo. Si el pueblo está de baja, entónces se le echa *cuero duro y parejo.* Eso sí, jamas ha

de confesar el editor que es servil, nunca, nunca, ni al pié de la horca: siempre se ha de jactar de liberal; pero liberal moderado: y á pretesto de contener á los ecsaltados, no ha de dejar títere con cabeza. Si el pueblo se queja de que se aumenta el ejército mas de lo que sufren las rentas nacionales, se dice que es preciso que haya un ejército brillante para sostener la respetabilidad de la nacion: si unos ciudadanos andan rotos y otros galoneados, se responde que la distincion de clases, cuando tienen por base el mérito, no se opone á la libertad: si se hace de cuenta que hay mas bandas en las barrigas de los militares, que en las calles por donde pasa el córpus de la Merced ó del Càrmen, se contesta que la patria está en obligacion de premiar á sus hijos, que la han salvado de la opresion y le han restituido la libertad. Si se lamentan los pobres de la parcialidad de los jneces, se les refiere aquella sentencia de San Agustin: *subditi estote sublimioribus potestatibus:* si se trata de forma de gobierno se dice, así como quien quiere y no quiere decirlo, que es mejor el gobierno de uno, que el de muchos, porque, como dice San Juan Crisóstomo: *Per me reges regnant*, ó como decia Cárlos XII, rey de Suecia: *No hay mejor gobierno que el despótico, cuando el despótico es bueno.* Para no cansarte, siempre que hay un tumulto en que se apedrean los léperos de San Pablo con los de San

Sebastian, encaja perfectamente aquella sentencia de Séneca: *Odi profuum vulgus, et arceo.....*

A.—Perdona que te interrumpa. Ya que tienes prurito en acomodar sentencias, vengan ó no vengan al caso, no nombres á los autores, porque todo lo echas á perder; ni una sola de cuantas has

referido es del autor á que la atribuyes. Tú has oido cantar al gallo, y no sabes dónde.

P.—Ese puntualmente es el nombre de mi periódico.

A.—¿Cuál?

P.—El Gallo, el Gallo.

A.—Y ¿no me dirás de donde te ha venido ese furor repentino de meterte á periodista?

P.—Te lo diré en confianza y con la misma reserva que te he manifestado lo demas. Ya sabes que hace cosa de quince años que estoy en el ministerio, que mi sueldo no es muy crecido, gracias á las injustas postergaciones que han hecho los ministros de mi mérito, por colocar ahijados. Sabes tambien que me casé con una jovencita no de *malos bigotes*, y que tengo dos chiquillos, á los que se puede aplicar literalmente aquello que cantan las chichihuas á los niños: *Piden pan, no se lo dan; piden queso, les dan un hueso*, y con razon, porque no tengo que darles: ántes mi muger se pasa de buena, porque no hace lo que otras muchas con ménos motivo que ella. Pues ahí tienes tú, que desde por allá por el dia de Muertos, me mandaron dar media paga, tres partes en cobre y una en plata, la que no he visto hasta el dia, de suerte que, en resumidas cuentas, solo he recibido tres octavas partes en cobre que por la inaudita caridad y singular beneficencia de los comerciantes, se me convirtió en menos de la mitad. Ya te harás cargo de las aflicciones y hambres que hemos pasado. Anoche estábamos muy tristes, mi muger y yo, cuando oimos gritar: *La segunda parte de las quejas de los mexicanos*. ¡Tuviera yo

medio para comprarlo! esclamé; ¿pero de dónde si no tenemos para vela? Entonces mi muger me dijo: Tú tienes talento, y hablas á veces de una manera que encanta; ¿por qué no escribes algunos papelitos, los imprimes, y remediamos nuestras necesidades, á lo menos miéntras se ponen los sueldos en corriente? Un rayo de luz disipó las tinieblas de mi entendimiento. Sentí toda la fuerza de una *inspiracion.* Dí un abrazo muy apretado á mi muger, y le dije: *El consejo de la muger es poco, y el que no lo toma es loco:* mañana soy periodista. Al momento encendí un cabo de vela que habiamos reservado por si lloraban los chicos á media noche: saqué un sobrescrito que llevaba en la bolsa, de los legajos que van al ministerio, y escribí el prospecto siguiente que leí á mi muger, y le gustó tanto, que hasta un beso me dió de gala. Ahora le oirás; pero antes quiero decirte que este periódico, llamado *EL GALLO*, ha de llevar uno sin cola pintado arriba: del pico le ha de salir un *epitalamio*. . . .

A.—¿Cómo epitalamio?

P.—Sí, hombre: ese rengloncito que llevan los periódicos en la cabeza, como el *Post nubila Phoebus* que tenia el apagado *Sol.*

A.—Ese se llama *epígrafe*, no *epitalamio.*

P.—¿Pues qué es *epitalamio?*

A.—El canto con que se celebran las nupcias.

P.—Ahí tienes como yo no iba muy errado: porque en primer lugar, las dos palabras comienzan con *epi*, y así es muy poca la diferencia: lo segundo, porque yo quiero que mi periódico sea el cura castrense que me case con la bolsa del prójimo para que seamos dos en una carne, y así no será estraño que mi Gallo cante el *epitalamio.*

A.—Sea como tú quieras; ¿y cómo dice ese *epitalamio ó epígrafe?*

P.—Gane mi Gallo, aunque sea rabon.

A.—Famoso epígrafe por cierto.

P.—Ya se vé que es famoso, y tambien significativo. Mira, en su sentido metafórico, porque entre paréntesis, todavía me acuerdo de algunas figuras retóricas, quiere decir, que ha de dar guerra á todo el mundo, á pesar de que el editor no es doctor, licenciado, y ni aun bachiller en filosofia siquiera. En su sentido rigorosamente literal, significa, que como yo saque el dinero que necesite, nada me importa que me llamen herege, judío, tornadizo, &c.

A.—Perfectamente esplicado: y ¿de qué ha de tratar el *Sr. Gallo?*

P.—De cuanto hay en el cielo, en la tierra y todo lugar. Yo tengo algunos libros viejos y truncos que me quedaron de mi difunto padre, tan maltratados quo no les he podido vender ni por papel viejo. ¡Quién creeria que esos libros van á

dar de comer á mí, á mi familia, y á ilustrar al público, al gobierno, á los jueces y á todo el mundo! Qué bien dijo aquel sabio: *Ninguno sabe para quién trabaja!*

A.—Déjate de sentencias, y veamos el prospecto.

P.—Con mucho gusto; dice así:

"*Messieures* mexicanos. El estado de ignorancia y barbarie en que os hallais, me *hace lástima*, y quiero sacaros de él. *Es por esto* que he determido guiaros por la senda del progreso, y poneros al nivel de las luces del siglo.

"*El Gallo*, periódico enciclopédico-arqueológico-moderno, es un *gefe de obra*, que va à *donar* instruccion á los ignorantes, consuelo á los afligidos, proteccion á la inocencia, ataque al vicio, elogios á la virtud, y todo, todo, ménos pagas de sueldos y dinero á los arrancados.

"No bien la tierna vírgen, el añoso anciano, el desvalido jóven, el oprimido cliente, la famélica viuda sentirán algun desaguisado, cuando *sobre el campo* les ministraré el antídoto. Pero ¿quién podrá calcular ni aun algebraicamente los *inenarrables* bienes que va á *generar*, concebir y secundar este Gallo? *Sea suficiente de saber*, que volará desde los dorados palacios hasta las humildes chozas, para difundir *bastante de consuelo* y alegría en todas partes.

"*Esto es en vano*, que yo os haga formar *bien de la idea* sobre la utilidad que va á traer este periódico *en casa* de vosotros, sin que yo *ame á ser otramente* recompensado, que con que *tengais de la amistad por mí*, y que esteis persuadidos *que os rindo mis deberes en* buen patriota y ciudadano.

"*Es con el objeto de* que en *un golpe de ojo* os

hagais cargo de lo que teneis *á esperar de él*, que paso á formar en *detalle* el programa de todas las materias de que se ha de ocupar, *sobre* la inteligencia de que todas mis promesas serán *ellas* cumplidas, y de que yo *á jamas me haré un placer* de engañaros.

PROGRAMA DEL GALLO.

"*Interior.* Parte oficial.—Se pondrán las sesiones de la junta consultiva, circulares del gobierno, sentencias de la suprema corte de justicia, de la marcial, tribunal superior, jueces &c., y las comunicaciones de la plana mayor, comandantes y demas autoridades, incluso el parte de los serenos sobre *canicidios*, y de los cabos de guarda-faroles sobre *desbaratamiento* de fandanguitos.

"*Esterior.*—Se darán todas las noticias estrangeras, tomadas de los periódicos mas recientes, que aun vienen chorreando el agua del Sena, como el *Courrier francais.* Y no tan solo se estractarán las noticias de los periódicos franceses, ingleses y alemanes, sino de cuantos se escriban en las sesenta y doce lenguas de la torre de Babel.

"La parte literaria incluirá tambien las variedades, y comprenderá los ramos siguientes.

"*Geología.*—Se tratará de muladares, banquetas, empedrados, muñecos de barro del portal, ollas, cazuelas, jarros y demas que tenga conecsion con la tierra.

"*Hidráulica.*- De las canales de las casas, charcos de las calles, atargeas, acequias, y de cuanto tiene relacion con el agua.

"*Astronomía.*—De las frescas mañanas de Abril, de las noches de luna, y de todo lo que pertenece á este astro y al sol, como el paseo de las cadenas de Catedral, los asientos de sol y sombra de la plaza de toros, y otros fenómenos celestes."

"*Acústica.*—De las campanas, tambores, cornetas, gritos de los billeteros, chillidos de los niños de pecho en la iglesia, boruca de los muchachos en las calles, y ruido de los coches en la calle de San Francisco los domingos por la tarde.

"*Diplomacia.*—De los uniformes de la suprema corte de justicia y demas empleados del ramo judicial, como tambien de nuestros enviados diplomáticos cerca de las potencias estrangeras, como Yucatan.

"*Arqueología.*—De los viejos catrines enamorados, y de las viejas idem, que para engañar al marchante tienen unos rostros blancos, blancos como un albayalde, y unos lábios encarnados, encarnados como un carmin, ambas cosas en toda la estension de la palabra.

"*Geometría.*—De la figura regular ó irregular de los frac-levitas, y de los pentágonos, ecságonos, ó polígonos, de las sombrillas y gorritos de las señoras."

"*Aritmética.*—Esta ciencia se ha anticuado entre los empleados desde que no hay dinero que contar, y por eso no tengo que dar en ella sino *la pobre cuenta de mis ricos males.*

"*Algebra.*—Ecuaciones de quinto grado para averiguar cuántos tlacos hacen diez pesos, y cuánto se paga á los señores usureros por el real en cada peso, 3 por 100 mensual, y por el 30 ó al descuento.

"*Estrategia.*—De las emboscadas de las patrullas disfrazadas para coger desertores y hacer levas.

"*Estática.*—Reglas de equilibrio para caer *parado* en las oscilaciones políticas.

Poesía.—De vez en cuando darémos *un soneto al bostezo de Elisa, al resbalon de Ines otro soneto.*

"¿Qué tal? ¿Es moco de pavo lo que os ofrezco? Pues todavía falta lo mejor. En la política ¡oh! ahí es donde me *arrisco* el sombrero, y juro por la laguna Estigia, que nos han de oir los sordos. Perseguiré al despotismo hasta su último atrincheramiento, *lo batiré en brecha*, y no dudeis que de Oriente á Poniente, y de Sur á Norte, *questa anima forte saprà triunfar.*

"Concluyo, pues, diciendoos que si *sois de aviso de meter á provecho* mis sábias instrucciones, conseguiréis *completamente y perfectamente* vuestra sóli-

da felicidad, como os lo desea vuestro *trés* apasiodo compatriota.—*Erasmo Lujan.*"

¿Qué te ha parecido mi prospecto?

A.—Magnífico, brillante, sorprendente.

P.—¡Hola! ¿con que te ha gustado?

A.—¿A quién no ha de gustar ese aguacero de desatinos?

P.—Vaya, me la *pegaste;* creí que en efecto te habia agradado.

A.—No, hijo, no estoy tan dejado de la mano de Dios, que me agrade ese fárrago de disparates, escrito la mitad en un idioma que parace francés y la otra mitad en uno que no parece castellano.

P.—Pues sean disparates franceses ó castellanos, ellos se han de imprimir hoy, mal que te pese.

A.—¿Con que estás resuelto á meterte á periodista?

P.—Sí, señor, periodista andante he de ser, y periodista andante he de morir, si place al Altísimo, á pesar de los follones malandrines que impedirlo quisieren.

A.—Que te haga buen provecho....Adios.

P.—Sí, adios....y....oye....Esconde la mano, no te la pique el Gallo.

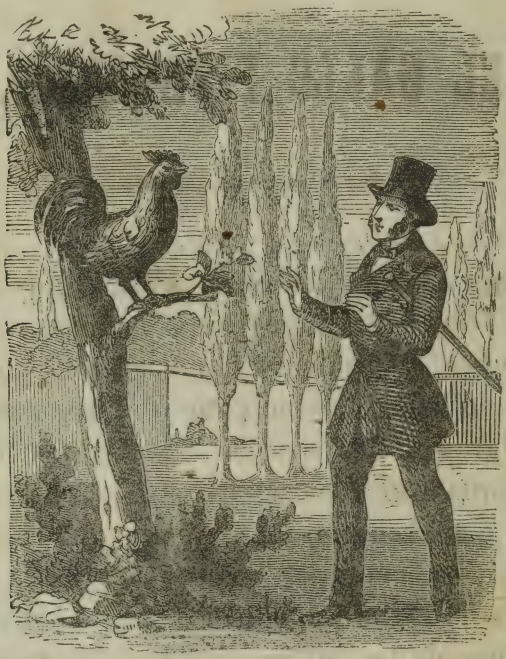
(Inserto en el Siglo XIX de 26 de Enero de 1842.)

II.

EL GALLO PITAGÓRICO.

Señores editores del *Siglo XIX*.—Muy señores mios: Vdes. sabrán muy bien, como tan instruidos que son, que hubo en la antigüedad un filósofo llamado Pitágoras, inventor del sistema de la transmigracion de las almas. Esta doctrina se reducia á que nuestros espíritus despues de nuestra muerte, quedan algun tiempo en el aire, y vuelven á animar otros cuerpos. Hasta hoy nadie ha habido que no tenga por rídiculo semejante sistema. Yo era uno de los que mas me burlaba de él; pero me ha hecho suspender mi juicio acerca de su verdad ó falsedad, cierto caso que ha ocurrid , y que paso á referir à vdes. por si quisieren insertarlo en su apreciable periódico, quedando de vdes. servidor afectísimo.—*Erasmo Lujan*.—Abril 12 de 1842.

Paseaba yo una tarde por la *Viga*, y por casualidad me detuve junto á un corral, en donde habia algunas gallinas y un gallo. Me divertia en ver á aquellas y á éste pepenar los restos de unas *coladuras* de maiz, cuando observé que el gallo se encaraba hácia mí, con una espresion que no pu-



do ménos de llamarme la atencion; olvidó su comida y sus gallinas, y manifestaba como que queria reconocerme. Por fin se puso de un brinco sobre la punta de un palo en que estaba yo recargado y me dijo con voz clara y terminante: *¿Eres tú Erasmo Lujan?* Vdes., señores editores, se ha-

rán cargo de mi sorpresa al oir hablar al gallo. Maquinalmente y sin saber lo que decia le respondí:—*Yo soy, el mismo, un servidor de vd.;* á lo que me contestó:—Yo lo quiero ser tuyo, y aun tú, amigo, si me lo permites, no te espantes de que me oigas hablar, cómprame y llévame á tu casa, y cuando aclares este misterio, cesará tu sorpresa.

A pesar de esta protesta, yo acá para mí creí que tenia el diablo en el cuerpo; pero la curiosidad pudo mas que el miedo. Me informó él mismo de de quien era su dueño: le supliqué me lo vendiera, se hizo del rogar para vendérmelo á buen precio: en efecto, se lo pagué bien en clase de gallo: aguardé á que oscureciera, tomé mi gallo debajo del brazo, y marché con él á mi casa. Lo coloqué en mi propio gabinete: le puse una cazuelita con maiz, y otra llena de agua limpia, y

En el silencio de la noche cuando
Ocupa el dulce sueño á los mortales (*)

me contó su historia en los términos siguientes:

Dentro de este gallo que tienes delante, está encerrada el alma de Pitágoras. ¿A ver si ahora ries de mi sistema? Vdes. los ignorantes siempre se burlan de lo que no entienden.—¿Pues cómo, le dije, has venido á dar á este pais?—Te lo diré bre-

(*) *Cervantes.*—Novela del Curioso impertinente.

vemente, me respondió. Cansado de animar cuerpos de griegos, viéndolos que ya ni aun sombra son de lo que fueron mis contemporáneos, determiné viajar por la Europa culta, habitando en cuerpos de individuos de varias naciones. En efecto, pedí licencia al *Mónade* para pasar á Europa,

y me la concedió. Oí decir que los ingleses eran los mayores filósofos de estos tiempos modernos; pues aquí entra bien mi oficio, como decia vuestro D. Quijote; héme aquí encajado en el cerebro de uno de los mas cogitabundos ingleses, que me hacia pensar bastante todos los momentos, que no eran pocos, que no estaba con la *chispa*.

INGLESES.

No puede haber peor habitacion para el alma de Pitágoras que la cabeza de un ingles. ¿Qué me pareceria que mi patron se engullera dos veces ca-

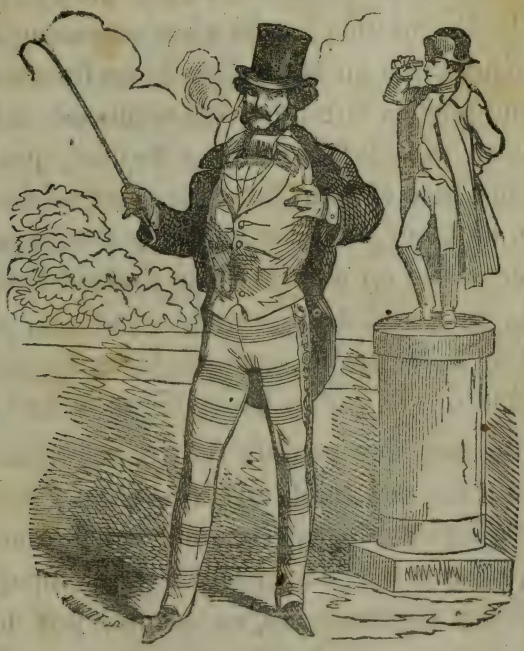
da dia, media vaca sancochada, muy *confortable*, cuando yo en mi escuela tenia prohibido á mis discípulos que se alimentaran de carne? Pues

agrega á esto, que cada cinco minutos me encontraba sumergido en una nube de vapores de té, que beben por agua del tiempo. Pero sobre todo, yo no sé cómo puede vivir á gusto una alma que á cada momento está con el *Jesus en la boca*, esperando salir del cuerpo por el agugero que le hagan con un pistoletazo en un desafio, ó por el que él mismo se abra el dia que se le antoje hacer algo nuevo.

Por otra parte, me moria de tristeza: yo creo que los dioses, permitiendo que habitase el cuerpo de un inglés, me castigaron por el silencio de cinco años que imponia á mis discípulos. Semanas enteras se me pasaban sin hablar una palabra. Allá cada ocho dias, solia mi huésped pronunciar un *very well*, ó un *yes*, y pare vd. de contar. Su muger era una muchacha linda y confortable; pero son tan adustos los ingleses, que no oí que el mio le dijera un *mi alma*, ni aun en el dia de la boda. Por fin, una mañana que se levantó con el *spleen* mas negro que otras veces, tuvo la bondad de plantarse en una sien un pistoletazo tan *confortable*, que no hube menester mas para verme libre por esos aires de Dios.

FRANCESES.

Descansé algunos dias, y habiéndome acordado de que los franceses son en todo diametralmente opuestos á los ingleses, inferí que pues me habia



ido tan mal en la cabeza de un inglés, me iria perfectamente en la de un francés; pero, amigo mio, hice la cuenta sin la hüespeda, y conocí por mi

propia esperiencia que todos los estremos son malos. El dia que me fastidié de hallarme en la atmósfera inglesa, que fué muy pronto, porque el humo del carbon de piedra, los vapores del Támesis, y las nieblas diarias, la hacen tan densa, que positivamente se masca; dí un brinco, atravesé el canal de la Mancha, y héme aquí en la atmósfera de la turbulenta Francia.

Elegí un cuerpo bien formado, y me metí dentro de él. En mi vida me he visto en una agitacion mas continua que en el cerebro de un francés. Para que me puedas entender, me esplicaré en la frase que usan vdes. los mortales, y te diré, que cuando Dios me hizo el gran favor de sacarme de aquel presidio, *no tenia hueso sano*, y me estuve mas de un año acostado en un rincon de la atmósfera, descansando do tantas fatigas como sufrí con mi patron. Los franceses lo emprenden todo, se mezclan en todo, y lo que es peor, disputan de todo.

Su pronunciacion es muy fuerte, su idioma muy nasal; cada frances habla mas que ocho locos: dos franceses disputando, meten mas ruido que diez perros que siguen á una perra. La comparacion entre estos y los franceses es esacta, por lo que respecta á su modo de ladrar y hablar; pues así como los perros cuando se pelean mantienen un gruñido constante, que interrumpen de trecho en trecho con un ladrido agudo, así los franceses, man-

tienen un sonido confuso y nasal constante, que cuando se ecsaltan en la conversacion, interrumpen còn unos gritos capaces de taladrar, no diré los oidos de un animal de carne, sino los de uno de bronce, como el del caballo que conservan vdes. en su Universidad. (*)

No habia ópera, comedia, concierto, paseo ni espectáculo público que yo no presenciara, y concurriera, con mi contingente de vivas, aplausos y aun versos; porque no hay una nacion debajo de las estrellas, mas propensa á la diversion que la francesa. Y ¿qué diré de la galantería? Jamas pierde un frances la ocasion de requebrar á una dama, aunque siempre todo el gasto lo hace la lengua y ninguno la bolsa: *Beaucoups de bons mots* y *point d'argent.* Y ahí me tiene vd. continuamente aguzándome para ministrar bastante material á la tarabilla de mi patron, á fin de que pudiera enamorar á cuantas cómicas, operistas, casadas, viudas frescas y doncellas encontraba al paso. Yo mismo reia unas veces y otras me escandalizaba de las enormes mentiras con que procuraba interesarlas en su correspondencia. Son naturalmente afectuosos, y cuando están apasionados, no hay hipérboles que les parezcan ecsageradas, ni promesas que juzguen impracticables.

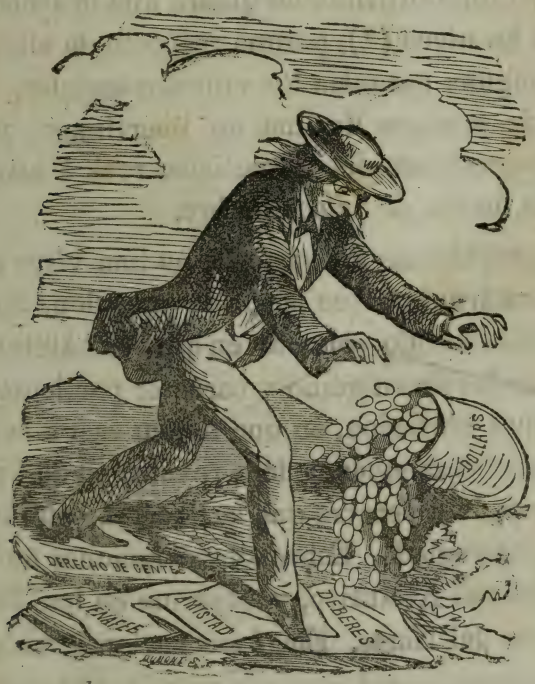
(*) La estátua ecuestre de Cárlos IV, que hoy se halla en el Paseo Nuevo.

Los franceses en su mayoría, no solo aman, sino que veneran con cierta especie de fanatismo á Napoleon, principalmente si alguno de ellos ha tenido la imponderable dicha de servir, aunque haya sido de pito ó de tambor, en el ejército imperial. Julio César, en concepto de cualquiera de estos, no pasaria en las filas de Bonaparte de un cabo de escuadra, y Alejandro Magno de un sargento. Esta fué precisamente la causa de la muerte de mi huésped. Tuvo acerca de su héroe una disputa con un ingles, que para aquí entre nos, pensaba lo mismo que yo, que el tal Napoleon habia sido en sustancia un malvado con fortuna, que deslumbró con apariencias, como todos los conquistadores afortunado. A pocas palabras se ecsaltaron nuestros disputadores, y concluyó la cuestion por el desafio de costumbre. Disparó el frances, erró; la bala del ingles pasó el corazon de mi huésped, y yo volví á los aires á descansar de la movilidad continua en que me tenia mi desgraciado huésped.

ANGLO-AMERICANOS.

Como te dije ántes me estuve un año reponiendo del cansancio, y tuve suficiente tiempo para pensar en la habitacion que debia elegir en lo ve-

nidero. Viendo que me habia ido tan mal en las dos naciones mas cultas de la Europa, se me quitaron las ganas de recorrerla toda, y me propuse pasar á América. Allí, decia yo, se ha comenzado á plantar la libertad; esos gobiernos se han de con-



formar mejor con mi genio y mi primera educacion, que estas viejas monarquías, en las que no se encuentran mas que apariencias de hombría de bien y una religion superficial. Acá los hombres aparentan tener alguna creencia, no porque estén convencidos de su verdad, sino porque les es útil

para sus miras temporales. Se ha hecho un punto de etiqueta no parecer incrédulos, y de aquí es que por fuerza ha de pertenecer un individuo á una religion, si no quiere ser mal visto en la sociedad. Pues ya sabes que el mismo Locke, patriarca del tolerantismo, no quiere que la sociedad admita á los ateos (*), porque respecto de ellos no tienen ninguna garantía los vínculos sociales. La libertad de muchos declina en libertinage, y no faltan sostenedores del despotismo real, á los que arrastrala fuerza de la costumbre.

En las repúblicas nuevas, que no han visto mas formas monárquicas que las de la opresion, como que todas han sido colonias, en que los hàbitos no pueden ser los de su génio y carácter particulares, sino de pura imitacion, en que tienen casi á la vista las desastrosas escenas de la revolucion de Francia, es muy de esperarse que la libertad esté bien dirigida y arreglada. Estas consideraciones me hicieron pasar el Atlántico, y situarme en los Estados-Unidos del Norte. Elegí esa nacion ántes que la tuya, porque creí que estuviérais padeciendo aquellas oscilaciones que son consiguientes á la variacion, no solo de un gobierno, sino de opiniones y costumbres. Quise dejar que el primero se consolidara, que las segundas se rectificaran, y las

(*) *Carta sobre la tolerancia.*

terceras se formaran originales y que perdiérais las de imitacion.

Hé aquí que me planté de patitas en el cerebro de un anglo-americano. Jamas he llevado mayor chasco. Observé que el cerebro de mi huésped se iba endureciendo á proporcion que crecia, hasta llegar á metalizarse completamente. Este fenómeno me sorprendió, y mucho mas cuando ví, que igual transformacion habia sufrido su corazon. Procuré indagar la causa de esto, y averigüé que todos los anglo-americanos tienen el corazon y el cerebro de plata, porque á fuerza de no amar otra cosa que al dinero, ni de pensar en otra cosa que en el dinero, llegan á metalizarse sus cerebros y corazones, y es una providencia de Dios que ellos no sepan esas metamorfósis, porque si las supieran se matarian unos á otros, y aun á sí mismos por sacarse del pecho ó de la cabeza un *dollar*.

En efecto, no pudo ménos de repugnarme infinito ese desenfrenado apetito de dinero. Este es el único dios que adoran, y la que sacrifican todos sus deberes. Allí no hay buena fé, no hay generosidad, no hay hospitalidad; el engaño, la intriga, la falsedad, todos los medios lícitos ó ilícitos se ponen en movimiento para adquirir caudales. Nunca se indaga la procedencia de estos, ni las cualidades de las personas. Unicamente se pregunta ¿cuánto vale Fulano? y la respuesta á esta

pregunta es la que constituye el mérito ó demérito de una persona. Si es acaudalada, aunque sea la de un asesino ó ladron que se haya levantado con los bienes agenos en otros paises, nada importa, es un hombre escelente; pero si es pobre, es un bribon despreciable, aunque posea las virtudes mas relevantes, y mucho mas si fuere negro, aun cuando sea rico; porque por una anomalía inconcebible y una contradiccion monstruosa, en el pais que debe reputarse por el emporio de la libertad y de la igualdad, es donde se halla mas marcada la diferencia entre los negros y los blancos. Horroriza á cualquier hombre sensible, no solo el trato que los primeros reciben de los segundos, sino el que haya leyes que lo autoricen. En ninguna parte es mas infeliz la suerte de los negros que en los Estados-Unidos del Norte. Tal es el carácter de los anglo-americanos.

Ellos son los contrabandistas natos del Seno Mexicano, que es uno de los ramos de industria con que hacen bastante dinero. Mi huésped se apoderó de una goletita que estafó á unos pobres alemanes, que con toda su sinceridad y honradez andaban comerciando en ella, la cargó de efectos prohibidos, y nos dirigimos á la costa de esta república: navegamos con viento en popa hasta avistarlas: los americanos conocen mejor vuestras costas, que vosotros los contornos de vuestras hacien-

das. Esperamos la noche para anclar en una rada, y descargar en la playa: llegó la noche, pero con un fuerte norte y una espantosa borrasca nuesta goleta fué encallada en un banco de arena, las olas la hicieron mil pedazos, todos los que venian en el barco se ahogaron: yo dejé el cuerpo de mi huésped que se disputaban dos tiburones, y por entre las olas me escapé á la atmósfera de tu república, abominando á los anglo-americanos.

MEXICANOS.

Determiné quedarme en este pais, pues aunque lo consideraba todavia en la época de las revoluciones, que siempre preceden á la consolidacion de un gobierno, y mas en una nacion nueva, en que la falta de esperiencia es preciso que la haga incurrir en mil defectos en política; como tenia, y en efecto conservo, una alta idea de la generosidad, de la hospitalidad, del desinteres, de la dulzura del carácter de los mexicanos, supuse que con nna poca de constancia, y amaestrados por la esperiencia de vuestras mismas aberraciones, llegaria el dia en que ocupaseis en el mundo civilizado, el distingui-

do lugar que mereceis por vuestras virtudes, y por los elementos de vuestro suelo, cuyo desarrollo promete una prosperidad sin límites. Hé aquí mi historia hasta llegar á vuestras costas.

—Muy agradable me ha sido oirla, le respondí; pero falta sin duda una gran parte de ella. Si mi curiosidad no te es molesta, querria saber ¿por qué motivo te has metido en el cuerpo de ese gallo, pudiendo haber elegido otra mejor habitacion?

Esto es lo que yo no queria decirte, porque ya sabes que yo soy muy ingenuo. Adular seria para mí un gran crímen: hablarte la verdad me parece impolítica, porque estoy muy obligado á las almas de tus paisanos, y no querria saliese de mi boca la menor palabra que pudiera interpretarse en contra vuestra; por lo que te suplico me dispenses de continuar mi narracion. Por otra parte, si tuvieras la imprudencia de publicar algunos pasages de nuestra conversacion, podrias acarrearte el odio de algunas personas; porque los malvados, que de todo se espantan, y en las palabras mas sencillas y vertidas sin la mas ligera intencion de zaherir á persona determinada encuentran alusiones, y tal vez retratos perfectos de sus vicios, creen que el autor no ha tenido otro ánimo que satirizarlos, cuando ellos mismos son los que se aplican el cuadro que el autor trazó en un puro ideal: de suerte que sus mismos defectos son los que ajustan

el saco que le viene, no porque el escritor lo cortó espresamente para ellos. Si fueran virtuosos, no se encontrarian retratados; así como no se encuentran en las sátiras de Horacio, Perseo, Juvenal Quevedo, Padre Islas, Boileau, ó Amato Benedicto, los que no han incurrido en las faltas que estos autores critican.

No creo, respondí, que mis paisanos sean tan necios; saben que en todas las clases del estado son siempre, y en todas las naciones del mundo, mas los malos que los buenos; y así, cuando se escribe contra una clase en general, ya se sabe que se habla de sus malos respectivos, no de toda la clase, ni mucho menos de los buenos que hay en ella. ¡Dios nos libre de que si se hablara como habla Quevedo contra los jueces, los abogados y los médicos, encontraran su retrato perfectamente acabado todos y cada uno de nuestros jueces, abogados y médicos; que si se tratara de malos patriotas ó funcionarios, no hubiera uno solo de nuestros patriotas ó funcionarios, que no pudiera ponerse el vestido como si se lo hubieran cortado á su medida! Así que, bien saben mis paisanos que esas sátiras generales tienen muchas escepciones y ¡dichoso aquel á quien su conciencia lo incluye en la escepcion y no en la regla general!

Con que, bajo este aspecto, no seas tan escrupuloso. Respecto de tu delicadeza, para no hablar conmigo de los defectos de mis paisanos, á quienes

te confiesas muy obligado, tampoco debes tener escrúpulo, porque á mas de que yo conozco sus faltas, quizá esta conversacion servirá á muchos de leccion para que las corrijan, y sean como deben ser, y no como son. Ya ves que en lugar de hacerles con tus verdades un agravio, les haces un gran servicio; porque ¿qué mayor puede hacérsele á un hombre que volverlo bueno, de malo que era?

—Tienes razon, me contestó; y confiando en el buen juicio de tus paisanos, continuaré la relacion de mi historia. Me quedé, como te decia, en la atmósfera de tu república: anduve vagando algunos dias por aquí y por allí, hasta encontrar el lugar en que se hallaban juntas las almas de los que mueren en este pais, esperando cuerpos en que volver á introducirse. Llegué por fin á donde estaban, y me recibieron con tanta cortesía, afabilidad y dulzura, que cuanto habia oido acerca de la generosidad de los mexicanos, me pareció poco en comparacion de lo que yo misma esperimentaba, y á sus consejos debo hallarme en este cuerpo de gallo.

—¡Cómo así! le interrumpí, pues qué, ¿no encontraron otra habitacion mas digna de tí que proporcionarte?

—No te precipites, me respondió: escucha, y no empieces á culpar à mis queridas amigas las almas de tus paisanos.

Jamas he visto tanta multitud de almas reunidas como en la atmósfera de México: no pude ménos de preguntar la causa. Consiste, me dijo una alma de un aspecto interesante, pero que manifestaba estar poseida de un grave dolor, en que nosotros parece que hemos dedicado todos nuestros conatos á destruirnos mas bien que á reproducirnos. Oajaca, Tolome, la Acordada, los Pozos del Carmen, el Gallinero, el Alamo, San Jacinto, *la gloriosa jornada* del 15 da Julio de 1840, la regeneracion de 1841, &c., &c., han poblado de almas este lugar; de suerte, que si nos convirtiéramos en pesos al salir de nuestros cuerpos, la hacienda pública de México tuviera cada año un *superabit* en vez de un *deficit*. Yo, que naturalmente soy pacífica, lamento la suerte de los mexicanos, y pido á Dios con ansia que venga un gobierno que no piense en soldados, sino en labradores y artesanos, y que no se ocupe de la guerra, sino de la poblacion y colonizacion: miéntras que esto no suceda, ha de haber un remanente de almas que en cada revolucioncita se ha de aumentar, y llegará el caso que hasta nosotras nos pronunciemos unas contra otras, para apoderarnos del primer cuerpecito que veamos formado.

—Triste idea me das de tu pais, le respondí, y poca esperanza me queda de colocarme en algun cuerpo.—Eso no, me contestó: nosotros los mexicanos somos muy generosos. A mas de que, apre-

ciamos mucho á los estrangeros y acaso mas de lo regular, principalmente si vienen de Lōndres ō Paris. Tú serás preferida, te cederēmos el lugar, te acomodarás primero que nosotras, aunque nos quedemos en el aire *per omnia sœecula sœeculorum;* y no solo esto, sino que te cedemos la eleccion. Escoge el cuerpo que mas te agrade, y desde ahora te lo cedemos.

Dí gracias á una alma tan generosa, y á las demas, que convinieron con toda sinceridad en lo que ella me habia ofrecido, y en seguida les dije: Almas nobles, que acreditais el concepto que en todas partes se tiene de la generosidad y beneficencia de los mexicanos: ya que tan bien dispuestas estais en favor de este estrangero, que ningun mérito tiene para hacerse recomendable á vosotras, yo os suplico y os conjuro por vuestra misma bondad, que me sirvais de consejeras para buscar habitacion. He llevado muchos chascos en los cuerpos donde he vivido, por haberme entrado de rondon en el que segun las apariencias, ō el juicio que habia formado de su nacion, me parecia escelente. Pero ¡cuánto va de lo vivo á lo pintado No quisiera que me volviese á suceder lo mismo en vuestra república, porlo que os insto de nuevo para que os digneis servirme de guia.

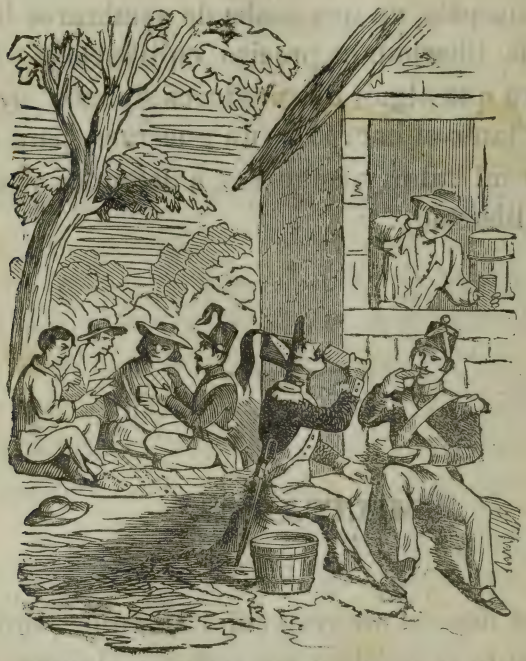
Con mucho gusto, respondieron todas, *nemine discrepante* protestándome que no abusarian de

la confianza que yo hacia de ellas y que me dirian ingénuamente la verdad, aun cuando fuera en contra de sus propios paisanos. Con esta seguridad me espliqué en estos términos: Seria yo una ingrata si no procurara en cuanto esté en mi arbitrio corresponder á vuestras bondades. Advierto que estoy en un pais, en que acaba de sembrarse la semilla de la libertad: es preciso cultivarla y protegerla, para que algun dia produzca ópimos frutos. Elijo por tanto el cuerpo de un guerrero, para ayudaros con mi valor y esfuerzos, á defender vuestra naciente libertad.

MILITARES.

¡Loables deseos! me respondió una alma, en cuyo semblante se dejaban ver todavía algunos rasgos de la desesperacion con que habia salido del último cuerpo en que habitó; pero ¿sabes lo que pretendes? ¿Crees por ventura que nuestros guerreros son de la raza de tus Leonidas, Epaminondas y Temístocles? No les falta valor y disposiciones para imitarlos; pero la corrupcion de

las costumbres dificilmente les permitirá conseguirlo. Aquí la estrategia está reducida á la intriga. *El que limpio juega, limpio se va á su casa*, ó lo que es peor, limpio y desnudo queda muerto en el campo de batalla. Dígalo mi último patron,



que por meterse á héroe y pelear con *espada blanca*, fué muerto por sus mismos soldados.

¿Cómo así? le pregunté asustada. ¿Pues de qué modo se hace la guerra entre vosotros?—Del siguiente, me contestó. Aunque entre nosotros hay diversos partidos, siempre los beligerantes se en-

cierran en dos, *el gobierno* y *los pronunciados:* cada uno de estos procura engrosar el suyo, fundiendo en él á aquellos con quienes tiene mas simpatías, y procurando neutralizar á los contrarios. Si las aportunidades son favorables al gobierno, ganó este; pero si son favorables á los pronunciados, perdió indefectiblemente, aunque lo venga á sostener el mismo Aquíles. Nuestra estrategia se pone en obra mas bien en los preliminares que en la campaña abierta. Me esplicaré.

Se comienza por desacreditarse mútuamente en los periódicos ministeriales y de oposicion. Así que se logra que uno de ellos haya perdido el prestigio, comienzan las intrigas, se seduce á la tropa prometiendo grados y empleos: se reparte el dinero que se puede entre los agentes subalternos y emisarios, para lo que los agiotistas abren sus arcas, aunque por el *moderadísimo* precio de un 5 ó 6 por 100 mensual. Luego que está la cosa *frita y cocida*, como suele decirse, que se sabe á punto fijo los gefes y cuerpo de tropa que se han de pasar, la hora en que se han de pronunciar los sargentos (alféreces ó tenientes *in fieri*), y han de amarrar á su comandante si no quiere seguir su partido; entonces, *arma, arma, guerra, guerra; à ellos, á ellos, valeroso Cortes.* Se forma una escaramuza, en la que bailan una contradanza los que se pasan de un partido á otro, y *victoria por Federico.*

Al dia siguiente, primera remesa de premios,

que consiste en grados. Los sargentos aparecen de alféreces, los alféreces de tenientes, estos de capitanes, &c.; las barrigas que ayer no tenian color aparecen hoy rojas, las rojas verdes, y las verdes azules. A continuacioa se hace una iniciativa á la cámara, para que apruebe los grados, reconozca la deuda contraida con los señores agiotistas, y que ademas conceda una cruz ó un escudo, para los que se han distinguido en la campaña. Todo se concede *como lo pide*, y queda formada la segunda remesa de premios.

Agraciados de este modo los que prestaron un servicio positivo de armas, entran las solicitudes de los *altiqueños*, que componen la tercera remesa. Yo estaba en el ministerio, y revelaba las órdenes y disposiciones mas reservadas, por lo que el pobre gobierno no podia hacer letra: yo interceptē un correo muy interesante: yo remití al partido vencedor tantos fusiles, seduje tal número de tropa: yo hice esto; yo hice aquello. A cada uno se va dando su premio segun sus obras. Hē aquí nuestra estrategia. ¿Quē te parece?

Horrible, ciertamente, respondí. No sē cómo tienen vdes. tan poca filantropía (perdōname, alma noble, este lenguaje), que se premien por haber teñido sus manos en la sangre de sus hermanos en guerras civiles. Luto deberian ponerse los vencedores y ecsequias fúnebres deberian ce-

lebrarse, en vez de *Te-Deum* y repiques. Pero lo que mas me hace fuerza es, que se premie al crímen, y á un crímen tan detestable, como el de faltar á la confianza de sus superiores y vender sus secretos. Es verdad que en la guerra, alguna ocasion es necesaria esta medida; pero el alma baja que sirve de instrumento, conténtese con dinero, satisfágase su codicia en lo reservado; mas nunca aparezca en público como un mérito, lo que es un positivo y feo delito.—Pues amiga mia, me dijo el alma de aquel desgraciado guerrero, aquí no se conoce otra estrategia.—Siendo eso así, contesté, jamas me veréis en las filas de vuestros militares. Elijo el cuerpo de un patriota, para formar una junta de escelentes patriotas, pronunciarme por la verdadera libertad, y enseñar á vuestros paisanos à ser republicanos, á ser héroes, y merecer, no parches ni grados, sino coronas cívicas y laureles que nunca se marchitan.

PATRIOTAS.

Magna petis Phaeton, me contestó una alma pensativa, que segun supe, habia animado el cuerpo de un fiel patriota.—¿Pues qué, le pregunté

tampoco hay patriotas en vuestra tierra?—Amiguita, me respondió, nuestro patriotismo va á la par con nuestra estrategia. No hay aquí muchos, ni

pocos Arístides, ni Scévolas. Hace algun tiempo que estuvo aquí una alma paisana tuya, que nos contó que las de Hidalgo, Allende, Morelos y otros grandes patriotas promovedores de la independencia, no habiendo hallado despues de su muerte en la república, cuerpo que les viniera, habian marchado á Grecia, creyendo que los encontrarian en el pais de los héroes; pero por algunas conversaciones que tuve con ellas, supe que se habian llevado allá el mismo chasco que tú acá.

¿Piensas que porque hay tantos revoltosos, hay muchos patriotas? ¿Crees que todos los que gritan *¡viva la libertad, muera el despotismo, federacion ó muerte!* están animados de sentimientos desinteresados, y movidos únicamente por el bien público? No, amiga mia, *no es oro todo lo que reluce.* Uno se pronuncia, porque ha quebrado con la caja de su regimiento; otro, por ver si saca algun partido en sus pretensiones; otro, por hacer dinero y vivir á costa agena; otro por adquirir rango en la sociedad y darse tono; y todos por mejorar de suerte. ¡Ah! ¡Si no fuera por las revoluciones, cuántos personages que figuran en los primeros puestos de la república estarian desfigurados!

Con miras tan innobles no es mucho que lo sea tambien su conducta. Las inconsecuencias mas monstruosas se ven en ella. Hoy sostienen una opinion que ayer impugnaban. Hoy atacan á un

gobierno que ayer defendian. Hoy le llaman déspota y tirano, cuando ayer le nombraban paternal y justo. Hoy califican de eminentes patriotas, á los que ayer de *sansculottes* intolerables, y al contrario! En fin, habrá muy pocos gefes de revolucion que no puedan aplicarse á sí mismos estos versos:

Ce qui semble forfait dans un homme ordinaire,
En un chef de parti prend un aspect contraire:
Vertueux ou méchant au grè de son projet,
Il doit tout rapporter à cet unique objet.

Il doit se conformer aux mœurs de ses complices
Porter jusqu'à l'éxcès les vertus et les vices. (*)

Este es el carácter de la mayor parte de nuestros pronunciados y de sus caudillos: la virtud y el vicio solo son medios de que se valen para llevar adelante su empresa: en nada reparan, nada los detiene, salgan con su intento, consigan su fin y que arda Troya poco les interesa. ¿Se necesita por ejemplo la proteccion del estado eclesiástico? Se besa la mano con mucha reverencia á los señores sacerdotes, se defienden sus bienes, se les conceden prerogativas. ¿Interesa congraciarse con

(*) *Crébillon.—Catilina.*

el partido anti-eclesiástico? Los frailes son unos holgazanes zaragates, sus bienes son cuantiosos y pertenecen al público: sus prerogativas son abusos insufribles en un gobierno liberal. ¿Qué tal?

Peor está que estaba, dije yo. Estoy desengañado de que las revoluciones y los pronunciamientos, no son las escuelas en que se ha de aprender ni enseñar el patriotismo. Me meteré en un cuerpo destinado á la diplomacia, á ver si llego á ser ministro, y no con las armas, sino con sabios consejos, ilustro al gobierno, y consigo fijar la felicidad en esta república.

MINISTROS.

Si eso no mas solicitas, me dijo una alma enjuta, que sin duda lo habia sido de algun ministro, bien puedes quedarte con nosotras, sin tocar á cuerpo humano alguno hasta la consumacion de los siglos.—¿Pues qué, tan dificil es ser buen ministro en este pais? le pregunté.—No, no es tan dificil serlo: la dificultad consiste en que dure un ministro siendo bueno. Entre nosotros no hay

anomalías. La estrategia, el patriotismo y la política, hacen un terno que no parecen sino hijos de una propia madre. Casi es un milagro que se sostenga por largo tiempo un ministro recto y justo. Son muchas las personas con quienes tiene que

contemporizar, los genios que tiene que estudiar, y los avances que debe reprimir.

No le basta adquirir ascendiente sobre el gefe de la república; es indispensable que lo adquiera sobre el partido que influye en el gobierno. Ese partido es casi imposible que falte, porque el ecle-

siástico, ó el militar, ó el *sansculotte*, ó el liberal moderado, ó el federalista, ó el centralista, ó el comerciante, &c., han de tener, no solo simpatías, sino interes directo en el gobierno, y han de influir en sus determinaciones. Para que se remediara este mal, seria necesario que todos esos partidos se fundieran en uno, que diese por resultado la amalgama de todos sus hombres de bien respectivos; pues no hay partido, por infeliz que sea, que no tenga algunos. Pero esto es *pedir peras al olmo.*

Aquí tienes, que si el presidente de la república es inclinado al despotismo, es necesario repetirle frecuentemente:

Che assoluto despotico governo
E buono per l'estate é per l'inverno (*).

Si se inclina al sansculotismo, es preciso decirle lo propio en otros términos. El mayor atentado que imagine se ha de aprobar; mas con este principio, *salus populi suprema lex esto.* Si es afecto á los estrangeros, se han de sacrificar á sus pretensiones los derechos y bienestar da los nacionales. Si le agrada la muchedumbre de tropas, se han de sacar soldados hasta de los hormigueros, como si fueran mirmidones &c.

(*) *Casti. Gli animali parlanti.*

¿Pero juzgais acaso que con esto habeis asegurado vuestra permanencia? Nada ménos que eso. Es preciso contemporizar con el partido dominante. Si el minlstro de guerra no concede todas las bandas grados y empleos que solicitan los militares que hicieron la revolucion, abajo ministro. Si el de hacienda niega la entrada á los agiotistas influentes, ó no paga sus sueldos á ciertas personas, abajo ministro. Si el de relaciones no se doblega á las solicitudes del estrangero, abajo ministro. Si el de justicia no toma providencias eficaces en ciertos negocios, para que su resolucion sea favorable á ciertos personages ó á sus ahijados, abajo ministro.

Todavia no es esto todo lo peor, sino que ya en la escala de las revoluciones es costumbre que se comience por pronunciarse contra el ministerio; sea porque éste firma los decretos, sea porque se teme que se desvirtúe la revolucion, atacando de frente al presidente de la república, ó sea porque se quiere que entren al ministerio personas adictas al partido revolucionario, el primer pronunciamiento es contra los pobres ministros; y ahí tienes á muchos, que tal vez sin merecerlo, sufren los primeros ataques.

¿Te parece que ya he concluido? Pues falta lo mejor. ¡Infeliz del ministro que con justicia ó sin ella tiene por enemigo al congreso! Y ¿qué no

cuesta tenerlo por amigo? Cada diputado quiere que á su departamento se conceda tal ó tal cosa, y pronto, y bien. Que se confieran los empleos en ellos á las personas que designa, que se remueva á las que le desagradan, &c., &c.; y el ministro que no tenga mucha prudencia y tino para librarse de estos compromisos, tendrá cada lúnes y mártes una acusacion, y se verá obligado á andar buscando votos que lo absuelvan en al gran jurado. ¿Quieres todavía ser ministro?

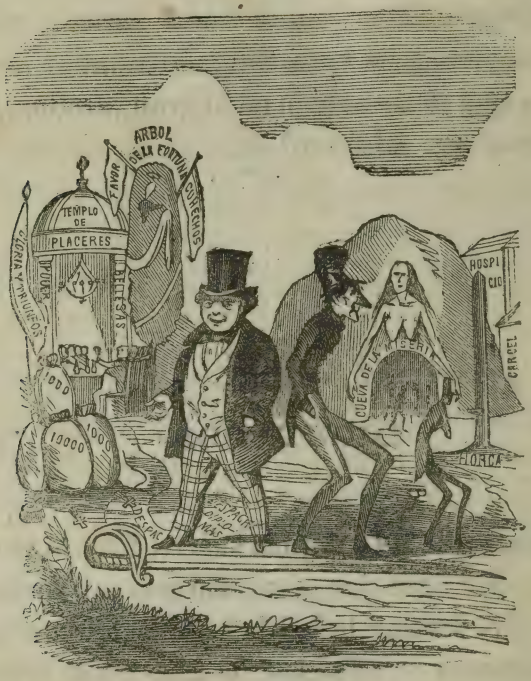
DIPUTADOS.

No, respondí, de ninguna suerte; pero sí seré diputado. Hé aquí que escudado con mi inviolabilidad, podré hablar la verdad en cualquiera asunto, y promover la felicidad de este pais, á quien tengo un amor sincero, y por el que me anima un deseo vivo de su prosperidad.

¿Qué es lo que pretendes? me contestó una alma que sin duda habia animado el cuerpo de algun diputado, pues aun conservaba una energía y entusiasmo para hablar, que no parecia sino que pe-

roraba en la tribuna. ¿No sabes, añadió, que un diputado, en el acto de pisar el pavimento del salon de las sesiones, en un *Alcide al bivio?*

Ignoro, le dije, lo que quieres darme á entender con esta espresion.—¿No te acuerdas, respondió,



de que Metastasio en una de sus óp as, nos pone á Alcides jóven entre dos caminos; el uno, de los placeres sembrado de rosas, el otro sembrado de espinas; aquel del vicio; éste de la virtud: el primero se nos brinda con toda suerte de delicias, en

el otro nos aterra toda suerte de penalidades? Pues esta es la posicion de un diputado. Del salon del congreso salen dos caminos; el uno muy corto que solo tiene unas cuantas varas, y termina en el gabinete del gobierno; el otro largo, larguísimo, pues se estiende y ramifica por toda la república.

El primero está sembrado, no de flores, que esas abundan en las chinampas de la Viga y Jamaica, sino de otras cosas de mas sustancia. Ese camino, aunque tan corto, está lleno de mayodormías de monjas, asesorías de comandancias generales ó tribunales especiales, de administraciones, contadurías y tesorerías de aduanas marítimas; de oficialías de los ministerios, de gefaturas de hacienda, de prefecturas, de comandancias generales, de capitanías, coronelatos, bandas &c., &c. Allí no tienes mas que hacer, sino tomar lo que mejor te acomode, véngate ajustado al cuerpo ó no te venga. Pero sobre todo, lo que hay mas especial es, una cornucopia derramando pesos nuevecitos, nuevecitos, de los que cada mes te echas en el bolsillo tu sueldo íntegro, amen de otros percancillos.

La pintura que me has hecho de ese camino, y la ironía con que has hablado, le dije, me están anunciando que sin duda tiene alguna nulidad de gran tamaño.

No, me contestó; es una friolerilla. No tienes otra cosa que hacer sino *secundar* toda iniciativa del gobierno, aunque sea en contra del interes ge-

neral, y del bienestar de la nacion: estar pronto y preparado para conceder facultades estraordinarias aunque sea para echar á pique la república: abrirle de par en par las arcas nacionales, para que las gaste en lo que quiera: si estas no bastan, imponer contribuciones, aprobar préstamos y contratos á roso y velloso: si el gobierno pide facultades para levantar veinte mil soldados, añadir un piquillo corto de otros treinta mil, aunque para pagarlos sea necesario gravar à la nacion mas de lo que sufran los caudales de los ciudadanos: en fin, absolver á todo ministro, aunque sea mas bribon que *Pillo Madera.* (*) ¿No es verdad que esto no pasa de bagatela?

En efecto, le contesté siguiendo la ironía, no pueden darse cosas mas insignificantes, ni mas bien recompensadas.—Pues todavia falta, me dijo, la parte honorífica del premio, porque solo te he manifestado la fisica. Aquella consiste en que el diputado que obra de la manera indicada, es tenido por hombre de bien, amigo del órden, timorato, religioso, prudente, y sobre todo gran patriota. Los aristócratas no tienen embarazo en igualarlos á ellos aunque pertenezcan á la hez del pueblo; encompadra con grandes personages; y en una pa-

(*) Ladron famoso á quien la tradicion atribuye delitos en que el descaro compite con la destreza.

labra, es el *totus homo* del gobierno, el director del congreso, y el consejero nato del ministerio. ¿Qué tal?

Magnífica cosa, respondí; pero quisiera que me hablaras algo del otro camino.—Ese, me contestó aquella bendita alma, no merece ni nombrarse entre la gente decente. Está sembrado de Acapulcos, de Perotes, confinaciones, destierros; y en lugar de hospederías y cornucopias, solo encuentras la horrorosa cueva de la necesidad, y abrojos que en vez de dar dinero, sacan la sangre de las venas. Los que andan por ese camino son sansculottes, jansenistas, irreligiosos, impíos; enemigos del órden, anarquistas, demagogos: aun cuando pertenezcan á la mas alta aristocracia, los repudia esta, los desconoce, y se avergüenza de que uno de sus individuos ande por un camino tan infame, en que se enseñan y sostienen los principios de la libertad individual, los de la imprenta; en que no se permite que los funcionarios traspasen los límites de las facultades que les han impuesto las leyes; en que se procura hacer efectiva la responsabilidad á los que las quebrantan, y otras necedades semejantes.

Todo sufriria yo de buena gana, respondí, con tal de que triunfaran esas que llamas necedades.—No tengas esa esperanza, repuso, porque aun con el mismo pueblo, con los propios por quienes te

sacrificas, te desacreditarán los que van por el otro camino. A fuerza de gritar que eres anarquista, revoltoso y libertino, se lo harán creer á todo el mundo. Ellos nunca se dan su verdadero nombre de serviles, sino el de liberales moderados, porque para poder engañar á los hombres, es necesario que el vicio se disfrace con el ropage de la virtud. En las cosas indiferentes, y que en nada afectan à su plan de operaciones, los verás ponerse de parte del pueblo con ecsaltacion, y aun atacar de cuando en cuando al ministerio con la mayor vehemencia. Con esta conducta alucinan á la multitud, persuadiéndola de que ellos son los verdaderos liberales que miran por su bien, y que los otros son sus enemigos, que con sus ilimitadas pretensiones, impiden los progresos de la libertad nacional, y de la felicidad comun.

De este modo hacen infructuosos los sacrificios de los que realmente son patriotas y no hipócritas, y que caminan por la senda del trabajo. Ademas, como esta es tan larga y se ramifica por todas partes, porque el buen patriota dirige su vista á toda la estension de la república, y no á un solo punto de ella; como los malos son siempre mas en número que los buenos, procuran desacreditar á éstos en todos los Departamentos, de suerte que si no lo consiguen en unos lo logran en otros; y así el pobre diputado patriota, apénas será conocido y

apreciado entre un corto círculo de individuos que lo conozcan personalmente.

El resultado es, que cuando los que van por el camino ancho se colman mútuamente de elogios, se dan fama unos á otros, disfrutan toda suerte de comodidades, jamas divisan siquiera la cara de la necesidad, y entre el ruido de los banquetes, y una atmósfera cargada de los gases del champaña, cantan alegremente:

Alma incaute, che solcate
Della vita el mare infido,
Questo il porto, questo il nido,
Questo il regno é del piacer (*)

Los míseros diputados que marchan cabizbajos, muertos de hambre, y cubiertos de oprobio por la senda angosta, en un tono fúnebre como en el que se cantan las lamentaciones de Jeremias la Semana Santa, entonando entre suspiros:

Alme belle, fuggite prudenti
Quel piacer, che produce tormenti:
Alme belle, soffrite constanti
Quei tormenti, onde nasce il piacer.

Hé aquí todo su consuelo en vida; y ¡su premio el que despues de su muerte, alguno de sus amigos haga su biografia, y la inserte en los periódicos

(*) *Metastasio.—Alcide al bivio.*

con rayas negras al màrgen: "aquí paz, y despues gloria."

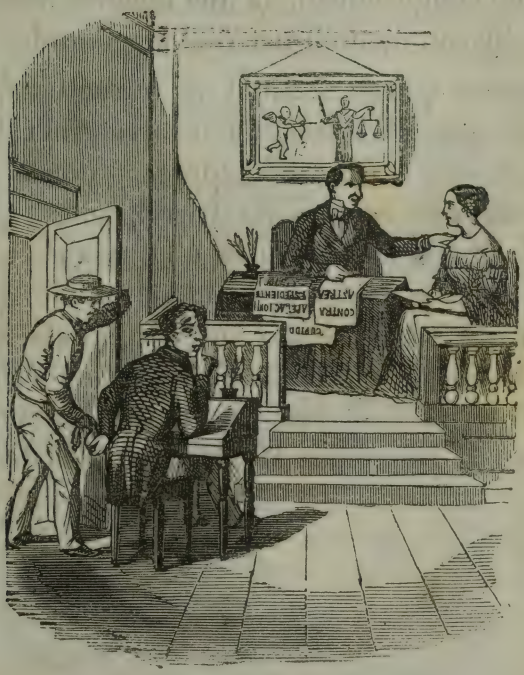
Amén, respondí: ya me has quitado las ganas de ser diputado. Mas si no puedo serviros como político, os serviré siquiera aplicando rectamente las leyes, y administrando justicia con imparcialidad. No hay remedio, voy á meterme en el cuerpo de un juez ó de un magistrado.

JUECES Y MAGISTRADOS.

En verdad, me dijo el alma macilenta de un magistrado, que bajo cierto aspecto te convendria ese empleo, porque aquí los que siguen la carrera de la judicatura, tienen que meterse precisamente á pitagóricos, aunque sean mas carnívoros que un inglés, y aun mas antropófagos que un caníbal. El juez ó el magistrado debe hacer profesion de un riguroso ayuno perpetuo, que consiste en *abstinentia a carnibus, et unica comestio.* Esta comida única no puede ser sino de verdolagas, quelites ó frijoles, muchas veces cocidos en agua y sal, porque no hay con que comprar manteca para freirlos. Así que,por esa parte se te *caerá la so-*

pita en la miel; mas en cuanto á administrar justicia, puede ser que se te caiga en la *hiel.*

Apenas hay ladronazo ó facineroso que no tenga protectores de alto coturno. Si se trata de contrabandistas, sobran padrinos; y si el contraban-



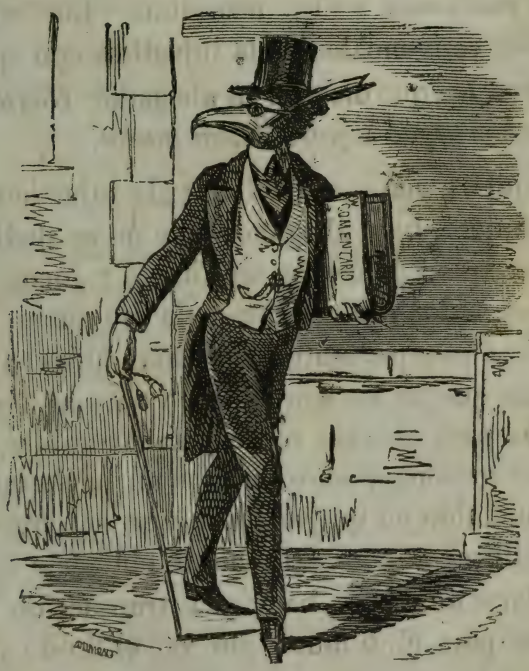
dista es estrangero, no bien comienza á hablar la primera palabra en el juicio verbal, cuando ya está en el ministerio de relaciones la nota diplomática de la legacion respectiva quejándose del juez, del administrador de la aduana, de los guardas, de los

denunciantes, y de cuantos han tenido parte en la aprehension, y la han de tener en la prueba y en la sentencia. Si se trata de negocios civiles, agobia con empeños al pobre juez el litigante que pelea injustamente; de suerte que cada asunto grave que se trata en un juzgado ó tribunal, es un atolladero de compromisos, de que muchas veces no puede salir con bien el juez ó el magistrado.

Lo peor es que su rectitud es infructuosa; porque luego que cobra fama de incorruptible, lo recusan todos los litigantes cavilosos, y queda reducido á juzgar en chismes de barrio, sobre que la casera le dijo la *mala palabra* á la vecina, que le ha de *hacer bueno* delante de su marido lo que le gritó en público, &c. Así que, amiga mia, si quisieres ser un juez tan justificado como Minos ó Radamanto, vé á ser juez en el infierno poético, porque en la República Mexicana no has de hacer letra.

ABOGADOS.

Ya que no puedo administrar justicia, le respondí, la defenderé contra la injusticia: me introduciré en el cuerpo de un jurisconsulto, y haré resonar



en el foro mi voz contra la usurpacion y el crímen.—Resonará en efecto tu voz, me contestó el alma de un abogado; pero la sentencia saldrá en

tu contra, si no cuentas con otras armas para defender la justicia, que tenerla y saber demostrarla.—¿Pues qué, dije, se necesita de otra cosa para obtenerla?—Toma! me respondió, lo mejor te falta, que es saber ganar en lo particular á los jueces y magistrados. Señora mia, los clientes que tienen justicia, y están persuadidos de ella, gastan su dinero con economía, y no se valen de intrigas, porque realmente no las necesitan. Los clientes que están convencidos de la injusticia con que litigan, son los que dicen á su abogado: *Gaste vd. á talega abierta, no se pare vd. en gastos.*

De aquí es, que como defender la injusticia es lo que da dinero, hay abogados que no se dedican á otra cosa, que á cohechar escribanos y jueces para tenerlos á todos por amigos, y de ese modo hacer perdedizos los espedientes, suplantar hojas en ellos, quitar las que no les convienen, y formar escrituras falsas para obtener sentencias favorables, ó por lo ménos prolongar años enteros un juicio que estaba concluido en un par de meses: en una palabra, hostilizar al contrario hasta obligarlo á que por *quitarse de ruidos*, haga una transaccion poco ventajosa para él, ó muere sin ver el fin de su negocio.

Esto es en cuanto à los trámites ó incidentes del curso de ellos: en cuanto á la sustancia, no es ménos dificil sostener la justicia. Tenemos por

desgracia una multitud espantosa de comentadores, que en vez de aclarar nuestra legislacion, la han embrollado de manera, que entre las leyes y sus comentarios se ha formado un laberinto, de que el talento mas sutil no puede encontrar la salida ni con el hilo de Ariadna. Ademas, tenemos casi sin echarlo de ver, una pésima costumbre en el foro, y es, que muchas ocasiones hacemos mas caso de las opiniones de los autores, que de la letra de las leyes. Va un abogado instruido con una que terminantemente decide el negocio en su favor: se presentan en estrados; informa victoriosamente, y cuando cree que va á lograr el triunfo, y que su contrario no tiene una sola palabra que objetar, oye con asombro que este alega que es verdad que la ley parece á primera vista que habla del caso en cuestion; pero que no es así, porque Vela hace tales y tales escepciones, Castillo lo entiende de otro medo, Molina de aquel; en fin, el abogado que iba confiado en su ley como en un invencible Aquíles, ve que se le vuelve polvo y ceniza entre las manos, y tiene el dolor de perder el pleito, porque así lo quieren Vela, Castillo, Molina, y los jueces que han acatado mejor á las opiniones de estos autores, que á la letra de la ley.

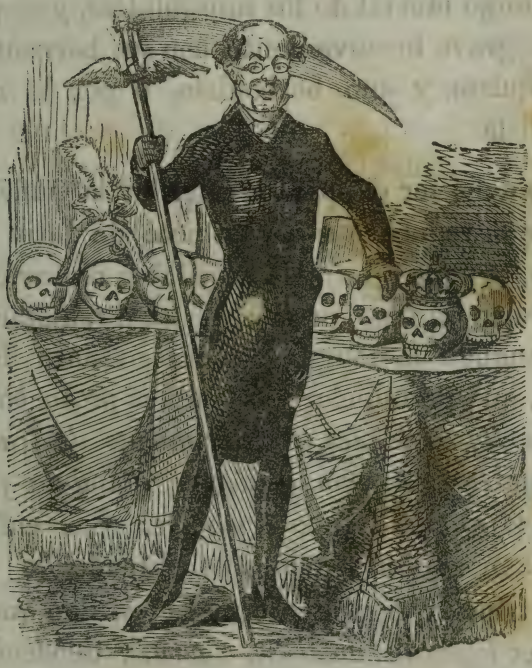
¡Ojalá y cuando nuestro gobierno actual mandó que se fundaran las sentencias en ley, cánon ú opinion de autor, hubiera mandado que no se juzgase nunca por opiniones de autores, sino por le-

yes espresas! Es increible lo que conduciria al buen despacho del foro, cerrar la puerta á los comentadores. Estos han perjudicado á la legislacion de dos maneras: la una, comentando é interpretando las leyes españolas por las romanas, procurando siempre arreglar aquellas á éstas aunque sean diametralmente opuestas; la otra, haciendo combinaciones de las españolas con ellas mismas, y prevalidos del principio *jura juribus interpretamur*, se han metido á casuistas forenses, ampliando ó restringiendo las disposiciones mas terminantes, segun los casos que suponen y á que las aplican. De aquí es que muchos abogados, y acaso la mayor parte de los de nombradía, se dedican al estudio de los comentadores, mas bien que al de los códigos. Estos son nuestros abogados: ¿quieres entrar en la carrera?

MEDICOS.

De ninguna suerte, dije; mas ya que desespero de curar vuestros males políticos, curaré los fisicos. Seré médico.—Gran profesion para medrar, me

respondió una alma que todavía olia á ungüento amarillo, si te determinas á seguir mis consejos. Un gran médico lo primero que ha de tener es un coche de última moda, brillantemente charolado, ha de vestir con mucho aseo y tambien á la últi-



ma moda, aunque duerma en un *petate*, y coma en una *cazuelita de á tlaco.* Ha de visitar á sus enfermos á horas estraordinarias, para dar á entender que está muy recargado de visitas. Ha de contar en ellas curaciones maravillosas; como que

le ha cortado la cabeza á un rico agiotista, á un general de division, ó á otro personage; que la volteó al reves, la limpió y se la tornó á pegar; que la operacion concluiria cerca de las seis de la tarde, y á las ocho de la noche dejó al *descabezado* bueno y sano en la ópera. Item: ha de ser aristócrata, enemigo mortal de los sansculottes, y si puede ser sin grave inconveniente, con sus barruntos de monarquista, y aun borbonista, ó por lo ménos iturbidista.

Este debe ser el aparato esterior: la suficiencia interior se reduce, á saber un poco de latin y de frances, aunque no sepa una palabra de castellano. Un médico de tono, primero se ha de sujetar á que le arranquen la lengua con unas tenazas hechas ascuas, que pronunciar las palabras *pecho*, *barriga*, *espinazo*, *baño de piés*, *reconocimiento del cadáver*, sino estotras: *esternon*, *abdómen*, *glàndula pineal*, *pediluvio*, *autopsia cadavérica &c.* Sus enfermos jamas han de estar malos del hígado, de fiebre en las tripas y demas enfermedades, sino que han de tener *hepatitis*, *gastritis*, *enteritis*, *duodenitis*, *etceteritis.*

Inmediatamente que llegue á sus manos un sistema nuevo en cualquier ramo de medicina, y mucho mas si el autor fuere francés, lo adoptará sin otro ecsámen sino que es nuevo y de moda, aunque el sistema sea el mas ecsótico que pudiera inven-

tarse. Así que, unas veces no aplicará remedios que no sean estimulantes, otras calmantes; unas ocasiones todo se ha de curar con ópio, aguardiente, y comer mucha carne; otras con dieta rigurosa, sangrias y agua caliente, como el Dr. Sangredo. Si los parientes del enfermo son tan necios, que permitan que hagan añicos á un pobre febricitante, se planchará á éste como si fuera camisa limpia; y si ni aun de ese modo se *anunciare el calórico en la epidermis*, lo pondrá en una parrilla como á S. Lorenzo, y á fé que el enfermo quedará bien caliente.

He aquí, amiga mia, la conducta que ha de seguir un médico que quiera brillar en el mundo. El que procurare curar con medicamentos sencillos, que llamamos *caseros;* el que en lugar de las drogas de Europa, se dedique á indagar las virtudes de las infinitas plantas de que abundan nuestros campos, y de los minerales de que tambien abunda con profusion nuestro pais; el que llame barriga á la barriga, baño de piés al baño de piés, y dijere á los que cuidan al enfermo, que no manden á la botica por los medicamentos, sino que los hagan en casa, advirtiéndoles los simples de que se componen, á fin de que les cuesten ménos y los hagan con mas cuidado, ¡pobre de él! jamas pasará de médico de barrio, no habrá quien le ocupe, y apénas tendrá una que otra visita de á *peseta.* ¿Estás conforme con ser médico?

AGIOTISTAS.

No lo estoy, respondí, y pues no encuentro camino por donde ser útil directamente al público, lo seré aunque sea indirectamente. He oido de-

cir que hay unos ciudadanos que se llaman agiotistas, los cuales emplean sus caudales en prestar á los pobres, y son el úuico recurso que estos tienen

muchas veces para comer, juntamente con sus familias. ¿Parece á vdes. bien que me entre en un cuerpo de agiotista?

En tal caso, me dijo el alma de un empleado, seria bueno que esperases á ver si resucita Neron, y te metieras en su cuerpo.—¿Tan mal concepto tienes de los agiotistas? le repliqué.—*Operibus credite*, me contestó.—Estos misericordiosísimos señores, es verdad que dan de comer á un individuo un dia; pero á cambio de dejarlo sin comer veinte. —¿Qué tal?—Esplícate, le dije.—Poco tiene eso que esplicar, me respondió. Comprar en seis ó siete, y aun en menos, lo que vale ciento. El necesitado efectivamente se alimenta un dia y alimenta á su familia; pero á costa de vender una alhaja, ó un recibo que vale cien pesos, en cinco ó seis. Tú sin duda has conocido en Europa otra clase de agiotistas, muy diversa de los que se usan en esta república.

Allá se forman por medio de compañías, especulaciones de comercio, y cuando algun sócio, ó algun acreedor de la negociacion, quiere vender su accion ó su crédito, lo verifica, y el precio de aquellos sube y baja, segun están solubles los fondos, ó las esperanzas de progresar en la especulacion son mas ó ménos fundadas. Entre nosotr s no hay nada de eso. El agio casi tiene por objeto esclusivo, hacer préstamos al gobierno cuando

se halla apurado por dinero. De aquí es que entre nosotros todo agiotista es usurero, aunque no todo usurero es agiotista. La razon es clara, pues todos los que prestan dinero al gobierno, sacan la principal utilidad, de que el préstamo se haga en dinero y papel, para ser pagados en dinero: con este motivo, mientras mas barato compran el papel, mas ganancia logran.

Por ejemplo, prestan 200.000 ps., mitad en dinero, mitad en papel: si los cien mil pesos en papel les cuestan solo ocho mil, van á utilizar en los 200.000, 92.000, aunque no recibieran premio ninguno. ¿Ves ya con toda claridad cómo los agiotistas son usureros? Mas en el dia se confunden esos dos nombres, que en la realidad convienen en lo que es *pelar al prójimo*, aunque varían en el modo. Hay usureros que compran recibos, no à fin de hacer préstamos directamente al gobierno, sinó porque tienen valimiento para que les paguen en aduanas marítimas, en la tesorería, comisaría ú otras oficinas. Los hay que solo comercian en alhajas, prestando sobre ellas con un real en cada peso por mes, y el usurero que solo presta con medio, es digno de que lo saquen en procesion por las calles mas públicas.

De estos préstamos resultan que se quedan con alhajas valiosas y con fincas pingües en una friolera; porque prestan una cantidad corta, por alha-

ja ó finca que vale diez tantos mas. Si el que empeña paga fielmente las usuras cada mes, bueno para el usurero, porque mensualmente recibe una cantidad muy considerable; si no paga con puntualidad, mejor para el usurero, porque va capitalizando los réditos, y dentro de tres ó cuatro años, se hizo por 20.000 ps. de una finca que valía 100.000. Estos son esos señores agiotistas: este es el modo con que dan de comer á los pobres. Eso sí, siempre haciendo protestas de hombres de bien, de generosos, de francos: siempre el gobierno les paga mal, porque los desatiende en los pagos, cuando le han hecho tales y tales servicios importantísimos, todos de la naturaleza de los referidos. Ellos son puntualmente los ingratos. ¿Cómo con unos capitales rateros de 15 ó 20.000 ps., se habian de hacer de 300 ó 400.000 en dos ó tres años, sino sacrificando al gobierno y á los particulares?

Pero los oirás quejarse amargamente contra el gobierno, respecto de los préstamos y contratos: el que lo celebra se lamenta de que pierde, ó cuando ménos de que nada va á utilizar, porque nunca ha hecho el gobierno un trato mas ventajoso: los que fueron pospuestos á este, por el contrario, dicen que el ministro de hacienda no entiende palabra de economía política; que el contrato ó préstamo que ha celebrado es muy ruinoso al erario; que estos despilfarros han de acabar con la nacion; que ellos le proponian otros ventajosísimos en que iban

á perder mucho dinero, no mas por servir al gobierno y ser útiles á la república, porque son filantrópicos, hombres de probidad, de carácter, que jamas andan con raterías, y que solamente emplean su dinero en socorrer al necesitado; pero

Haec ubi locuntur foenerator Alphius;

Omnem relegit Idibus pecuniam
Quaerit calendis ponere (*)

Despues de aquel sermon y aquellas protestas, cobra lo que le deben, y vuelve á colocar al cuatro ó cinco por ciento mensual, ó compra escrituras ó recibos al seis ó al siete: ¡viva el agotista filantrópico! No, ciertamente no; el cuerpo de un usurero no es digna habitacion para el alma de Pitágoras, que en sus *Versos dorados*, que nos ha conservado su discípulo Lysis, nos dejó escrito: "Si puedes hacer bien, debes hacerlo: la posibilidad en este caso es vecina de la necesidad,"

(*) *Horacio. Epod.* 2.

COMERCIANTES.

En efecto, dije, una vez que los agiotitas son como me los has pintado, su conducta es contra mi doctrina, y yo jamas podré avenirme con aquella. Seré comerciante.

Puede ser, me contestó el alma de uno de ellos, que habia sido hombre de bien en vida, que respecto de los comerciantes te suceda lo que respecto de los agiotistas, y te hayas formado una idea poco esacta de los nuestros. Tú has estado en In-

glaterra y en Francia, en donde hay comercio nacional: aquí no ecsiste, todo es estrangero. Los que lo son, por de contado que tienen mas interes en su pais que en el nuestro: lo que les importa es sacar plata; y adelante ó no adelante la nacion su industria, nada les interesa; y aun si se ecsamina la cosa con imparcialidad, encontrarémos que tienen interes en que no progrese. Miéntras ménos recursos tengan los mexicanos para remediar sus necesidades con los arbitrios que les proporciona su suelo, mas necesitan del estrangero, y estos tienen mas artículos de consumo.

Los comerciantes nacionales son regatones de los estrangeros, y así están amalgamádos en intereses. De aquí es que la codicia, el egoismo, que son los vicios comunes en los comerciantes, los poseen los de nuestro pais, tanto nacionales como estrangeros, en grado heróico. Luego que cualquiera de ellos abre su cajon ó su almacen, jura por el caducéo de Mercurio, que es su dios tutelar, *meter por alto* cuantos efectos pueda; y esto no pienses que con remordimiento de su conciencia, porque tienen una moral particular en este punto. Los verás oir misa, rezar el rosario, y aun ser hermanos de la santa escuela; y sin embargo no se les hace escrúpulo cohechar al guarda, suplantar guias y facturas, y otras travesurillas de ingenio, propias de la vara de medir. Con razon la antigüedad les

dió por deidad protectora al susodicho Mercurio, porque no podia ser dios de los ladrones sino un gran ladronazo.

Pero eso sí, todos, lo mismo que los agiotistas, brotan honradez, probidad, buena fé; y lo que es mas, patriotismo por todos los poros de sus cuerpos. Sin embargo, á pesar de esas relevantes virtudes, si el pobre gobierno lleno de apuros establece una contribucion, por pequeña que sea, ahí te quiero ver; entónces entra perfectamente el

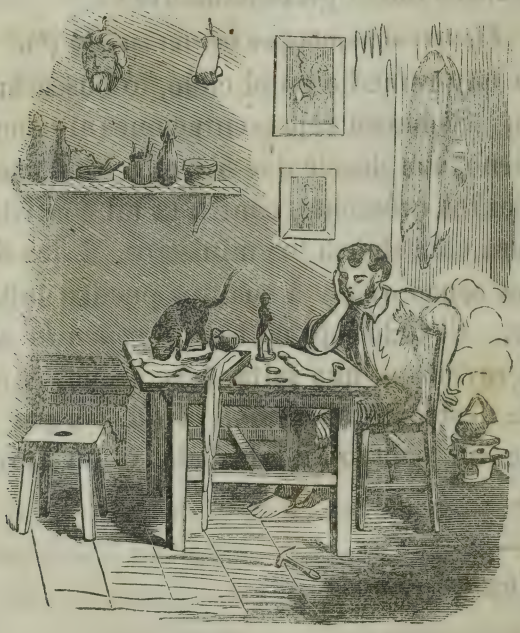
Flectere si nequaquam superos movebó (*).

Si no hay remedio en el cielo, lo buscarán en el infierno. Se hacen representaciones al congreso y al gobierno, con doscientas ó trescientas firmas de comerciantes *cabezones*, contra la tal contribucion: se procura cohechar á los ministros, á los diputados, á los senadores, y á cuantos pueden influir en su favor. Si todo esto no basta, *ponen la espuela* á algun revoltoso que salta á la arena, y son capaces de destronar al *sursum corda*, porque no se aumente un octavo de alcabala ó un tercio de *platillas*.

(*) *Virgilio.—Eneida.*

ARTESANOS.

Detesto á semejantes comerciantes, respondí, y para hacerles contrapeso, voy á entrar en el cuerpo de un artesano industrioso.—*¿Quae te de-*



mentia cepit? ¿Qué locura se te ha metido en la cabeza? me dijo el alma de un artesano que ecshalaba dè cuando en cuando unos profundos suspi-

ros: ¿no sabes, continuó, que la suerte de un artesano industrioso, es la misma que la del reo que está en capilla para que lo ahorquen? Cada reforma del arancel ó de la pauta de comisos; cada ley, decreto, reglamento ú órden del gobierno que se anuncia relativa al comercio, basta para alarmarlo, y tenerlo sin comer ni dormir muchos dias y muchas noches. Mejor quisiera un dueño de telares ver en sus manos el cordel con que lo habian de ahorcar, y la mortaja con que lo habian de enterrar, que una madeja de hilaza estrangera, ó una vara de manta inglesa.

Sí, amiga mia, el pobre fabricante siempre está con el Jesus en la boca, esperando por momentos su ruina: cada peso que introduce en su negociacion, hace de cuenta que lo mete en un azar mas contingente que el de la lotería. Por desgracia es la industria el ramo que ménos se toma en consideracion entre nosotros. Aun entre los escritores públicos verás que uno ú otro solo se contenta con escribir generalidades, como que la industria de nuestro pais, se debe proteger; pero ni dicen cómo, ni procuran manifestar los obstáculos, ni facilitar los medios para conseguirlo.

No sucede lo mismo respecto de sus enemigos los comerciantes. Como estos pagan bien lo que les tiene cuenta, sobran abogadillos barbiponientes, y algunos de edad provecta y duros espolones, que, ó

por ganar dinero, que es lo mas probable, ō por hacerse escritores de moda, ō por el prurito de adoptar cuantas doctrinas vienen allende los mares, escriben en los periōdicos, publican cuadernos impresos, forman representaciones en que sostienen el comercio libre, atacan el sistema de prohibiciones (entre parēntesis, con que ha progresado el comercio europeo), y adoptan, amplifican y apoyan muchos principios de economía política, que aūn en la misma Europa han sido vistos con desprecio por los gobiernos y los hombres sensatos. De este modo estravian la verdad, y ¿cuál es el resultado?

Dicho y hecho. Vino un permiso para introducir gēneros prohibidos, se anularon tales artículos del arancel, se concedieron tales introducciones; adios máquinas, adios telarcitos, adios pobre fabricante; vē á vender tus palos á las *atolerías* para que hagan leña, y quēdate ā pedir limosna. Lo mas sensible es, la falta de espíritu de corporacion que hay entre los fabricantes: no procuran hacer causa comun en sus pretensiones; el fabricante H es habilitado por el comerciante N ō por el estrangero R, y así, no puede componerse en nada á las pretensiones del comercio: á los fabricantes tales ō cuales, se han pagado anticipadamente sus máquinas, ō se les han prometido grandes indemnizaciones; á otro se va á dar un empleo en una aduana marítima: pues viva el número uno y perezcan

mis compañeros. ¿Podrá progresar la industria de esta manera en nuestra república?

Ciertamente que no, respondí. Muy desconsolada estoy de que despues de haber recorrido todas las clases de la sociedad civil, no encuentre una en que pueda seros útil. ¿Qué he de hacer? Me entraré al estado eclesiástico. Voy á meterme luego luego en el cuerpo de algun ordenado.

ECLESIASTICOS.

Poco á poco, me dijo una alma hipocondriaca que lo habia sido de un eclesiástico ilustrado. ¿Sabes, me preguntó, algo de la disciplina eclesiástica, de teología dogmática y de historia? ¡Y cómo que sí sé! le respondí. Con mi inglés cursé la universidad de Edimburgo, con mi francés los principales colegios y la universidad de Paris; con mi anglo-americano los establecimientos de los Estados-Unidos del Norte: en la cabeza del primero sostuve muchas disputas de controversia entre los pontificios y los protestantes: en la del segundo, aprendí las libertades de la Iglesia galicana: en la del

tercero, tuve conocimiento de la infinita multitud de religiones que hay en su pais.

Entre todas ellas, aunque yo en mi principio fuí gentil, me he inclinado siempre á la Iglesia católica romana, porque es en la que encuentro el ver-

dadero modo de cumplir con toda perfeccion aquellos principios que me enseñó la luz natural, y que consigné en mis *Versos dorados* de que antes me has hablado. Ya te acordarás que comienzan de esta manera: "Reverencia á los dioses inmortales, esta es tu primera obligacion. Hónralos co-

mo la ley manda. Respeta el juramento. Respeta á tu padre, á tu madre y á tus parientes próxsimos." Si yo cuando era gentil, y que apenas dislumbré la ecsistencia de un Dios creador único y soberano del mundo, establecí por el primero de mis principios que se le tributase el homenage debido, y aun á los demas dioses subalternos que venerábamos entonces, ¿cómo no querré adorar ahora á aquel Dios que me ha enseñado la religion cristiana.

Confiésote ingénuamente que á pesar de los librotes que me hacian estudiar mi inglés y mi anglo-americano, desde que leí la Historia de las variaciones de las Iglesias protestantes, escrita por el gran Bossuet, no me quedó duda de que la única religion verdadera es la católica romana, y las demas no son otra cosa que estravíos de la razon, ocasionados por el interés personal, el capricho ó las pasiones. Lo que yo deseo vivamente es, que aquella santa religion quede purificada de ciertas opiniones, que llamamos ultramontanas, que ya en el dia no hay hombre instruido que no las impugne, y que supongo que no tendrá cabida en una república libre é ilustrada como la tuya.

Pues amiga mia, me contestó, si eso es no mas lo que quieres, tén sabido que has venido á caer en el costal *de las aleznas*. Aquí los eclesiásticos no solo han de ser ultramontanos, sino *plusquam*

ultramontanísimos. Cualquiera que siga las opiniones.... ¿Qué digo seguir las opiniones? Cualquiera que siquiera lea por encima del forro á Pedro de Marca, Van Espen, Cavalario, la Defensa de la declaracion del clero galicano por el Sr. Bossuet; cualquiera que bajo algun aspecto pueda considerarse poco favorable á los jesuitas ¡pobre de él! será llamado, tenido y declarado por un herege, cismático, impío, materialista, diablo asado, y lo que es peor que todo, jansenista.

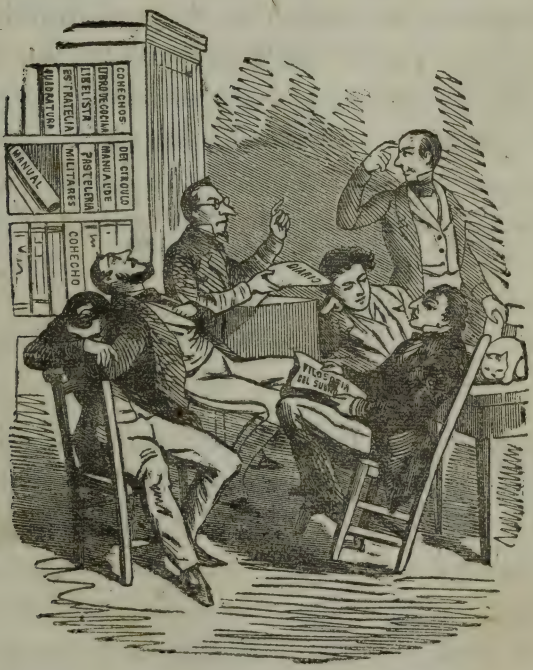
Para el cismontano jamas hay cátedras, curatos, vicarías de monjas, canongías, ni obispados. Los que obtengan estos empleos han de ser ultramontanos en toda la estension de la palabra; porque has de saber, que aquí el ultramontanismo no admite parvedad de materia; así como el que quebranta uno de los diez mandamientos de la ley de Dios se condena, aunque guarde perfectamente los demas; así sucede respecto de las opiniones ultramontanas: el que no creyera enseñore, y defendiere la mas pequeña

Nunquam in gremio Doctorum intrare merescit (*)

(*) *Iriarte.—Metrifica invectibalis contra studia modernorum.*

PERIODISTAS.

Salgámos de la iglesia, dije; pero ¿á dónde, á donde iré à dar?.....Anda con dos mil de á caballo, esclamé: hasta que encontré con un vestido



que me viene de molde. ¿No podré ser, almas amigas mias, muy útil á vuestros paisanos en el noble ejercicio de periodista? Escribiré los verdaderos

principios de la política, de la economía; manifestaré las bases de una buena constitucion para la república; apoyaré la justicia de los litigantes que la tengan; enseñaré la sana jurisprudencia, tomada de las fuentes de ella, que son el derecho natural y de gentes; declamaré contra los malos comentadores de las leyes, contra los malos abogados y los malos médicos; haré descubrimientos en la química, mineralogía y botánica, haciendo esperimentos con los minerales y plantas de esta república, ó publicaré los que se hagan en otras partes; simplificaré los medicamentos; promoveré la formacion de un comercio nacional; sostendré la industria del pais; atacaré fuertemente á los usureros y agiotistas; finalmente, combatiré el ultramontanismo, y promoveré la restitucion de la disciplina de la iglesia á su antiguo esplendor; atacaré al vicio, tributaré alabanzas á la virtud, y caiga quien cayere.

¿Acabaste? me dijo el alma de un pobre impresor. Sí, respondí, he concluido. Pues te falta que añadir lo mejor, continuó. Verás tu imprenta hecha pedazos á sablazos, y pedradas: irás entre cuatro soldados y un cabo á hospedarte en los calabozos de la Acordada; y por fin de fiesta, te mandarán á echar un paseo por cuatro ó seis años á Acapulco ó Californias. Tú piensas que estás en un pais en que la libertad de imprenta es respetada y

protegida, como uno de los principales derechos de ciudadano. Aquí van las cosas de otro modo.

Es necesario persignarse y encomendarse á Dios de todo corazon para escribir un editorial ó publicar una noticia. Los periodistas juiciosos é imparciales tienen que andar buscando rodeos y circunloquios para indicar la verdad, que en otras naciones estaria dicha en dos palabras. Es necesario pesar y repesar cada una de estas en las balanzas de la prudencia. ¡Si tal espresion parecerá alarmante! La cambiarémos en estotra; pero puede calificarse de irrespetuosa; vaya esta; puede interpretarse por una sátira contra tal personage, corporacion ó partido: mudémosla en esta; pueden calificarla de impía. Vaya, vaya, no tienes idea de la tortura en que se pone á cada número del periódico el entndimiento del miserable redactor à quien toca cubrir el dia.

Pensó, meditó, sudó; se comió las uñas, y creyó que habia salido felizmente del paso cuando ahí tienes que viene un amigo el dia siguiente y le dice muy reservadamente; el gobierno ha leido con mucho disgusto el editorial de ayer: los militares están *chillando*, los comerciantes han *brincado* y *saltado* de cólera. Cuidado, cuidado, es preciso irse con mucho tiento, no vayan á plantar à vd. una *desterrada* cuando ménos lo piense, ó quitarle su empleo, ó *encajarle* en las espaldas una buena pali-

za. En vano el editor apela al testimonio de su conciencia. Lo mejor seria, responde el amigo, que vd. se quitara de escribir, porque de lo contrario se espone á llevar un *codillo*. Esta es la suerte de los periodistas y demas escritores públicos; esceptuando siempre á los que están por el órden, es decir, á los ministeriales y á los que son órganos del partido dominante. Estos sí tienen facultad para impugnar, contradecir, desmentir, atacar, insultar, y hacer otras cosas peores á los demas periodistas y escritores: estos sientan principios en política magistralmente, aunque sean horrendos disparates: en una palabra, estos son gallos que pelean con las navajas, cuando aquellos pobres pollancones tiran con los piés encogidos. Otros periodistas y escritores hay que no temen á rey ni á roque, solo tratan de hacer dinero, y como por desgracia nuestra, los papeles mas desvergonzados y calumniadores son los que mas salida tienen, echan el pecho al agua y escriben cuanto les viene á la boca; impugnan á los demas periódicos, sean ministeriales, de oposicion ó imparciales: su alimento es la polémica política, porque sacándolos de las frasecitas de novela, de las desvergüenzas, y de cuestiones las mas veces de nombre, ya no saben palabra en otra cosa. Ad que, en mi concepto se puede aplicar á todos los escritores y periodistas políticos, entrando los del

Siglo XIX, lo que segun Casti (*) dijo el perro al puerco: que despues de haberse metido á político se echó á dormir á la larga.

Sdrajati porco mio, sdrajati e dormi.
E ¡oh! se tanti politici tuoi pari
Fosser su questo punto á te conformi,
E, in vece di trattar publici affari,
Dormisser, come tu, sonno profundo,
¡Oh! ¡quanto piu sarai tranquilo il mondo!

En efecto, harian un gran servicio al público muchos periodistas y escritores políticos, si se echaran á dormir á *pierna suelta*, como unos marranos, y se quitaran de aquel oficio. Mas de cuatro revolucionarios se ahorrarian á la república, si esos señores no se metieran á formar la opinion, cuando ellos no la tienen fija en nada, y acaso están prontos á cambiarla, y aun á contrariar la que ayer sostenian, si así conviene á sus intereses personales. Pero, ¿qué hemos de hacer, si nuestra mala educacion, y nuestra falta de moralidad y decencia pública, no nos permiten ser mejores, á lo menos por ahora? No hay mas sino paciencia y barajar, como decia Lanzarote.

(*) *Gli animali parlanti.*

COTORRONAS. (*)

Pues almas amigas y señoras mias, ya que en ninguna clase de vuestra sociedad puedo tener cabida de una manera que os sirva de algo, me contentaré con ser padre de familias y nada mas. Quiero ser casado: porque á la verdad la vida de un soltero es muy insípida, y mas como para una alma como yo, que fuí afecta á la sociedad y á ser de cualquier modo útil á mis semejantes, y por eso viajé por todas las naciones cultas de mi tiempo, estudié, aprendí y enseñé cuanto pude; pero como la prudencia, mas bien que el gusto, ha de arreglar nuestros matrimonios, estoy resuelto á meterme en el cuerpo de un simple particular, y buscar para casarme una muger que ya esté en una edad madura, v. g., entre los treinta y cinco y cuarenta años; me dedicaré al cuidado de mi muger y de mis hijos, y me quitaré de camorras.

Pero, ¿qué mas camorra que una cotorrona? me dijo el alma de un jóven, que sin embargo de ser-

(*) *Así se llaman vulgarmente á las mugeres de edad madura.*

lo, manifestaba el abatimiento de un viejo. Mírame, prosiguió, hecho víctima de una de esas harpías. Estoy rabiando por volver al mundo, para andar gritando por las calles sin cesar de dia y de noche:

Ad mea, decepti juvenes, pracepta venite. (*)

¡Oh jóvenes sin esperiencia, escuchad mis sabios consejos! ¡Si tú supieras quienes son estas cotorronas! Cuarenta muchachas de quince años no tienen tantas ganas de casarse como cualquiera de ellas: no pienses que no se casan por virtud, sino por necesidad, porque no encuentran con quien casarse. De aquí es que están siempre como las arañas, atisbando si cae un mosquito en la red. Ya la tienden por aquí, ya por allí, ¡miserable del jóven que llega á meter siquiera un dedo en ella! son peores que los molinos de azúcar, que metiendo un dedo entre los cilindros se va irremediablemente todo el cuerpo por entre ellos.

Comienza la tal *nana señora* á obsequiar al jóven; trencitas de pelo para el relox, pañuelos blancos con puntas bordadas para la mano, corbatas de moda, almuerzos de guajolote y pulque de piña, meriendas, paseos en Ixtacalco. El jóven, que no

(*) *Ovidio.—Remedium amoris.*

conoce el fin, ni la intencion de esos regalos, se muestra agradecido, y este agradecimiento lo va dirigiendo sábiamente la cotorrona hasta convertirlo en estimacion, que es lo mas á que puede estenderse un jóven, pues eso de amor es una cosa contra la naturaleza. Cuando ya la cosa se halla en este punto, procura la vieja dar la última mano á su obra, y avanzar hácia el matrimonio.

Unas veces hace presente á su pretenso que su honor ha padecido demasiado, porque sus amigas, vecinas y conocidas, han creido que hay algun compromiso ilegítimo entre los dos; que separarse seria dar mas en que maliciar; continuar visitándola, fortificar las sospechas; la consecuencia es que seria mejor un enlace legítimo: otras ocasiones se queja de que no tiene quien cuide sus intereses, y que necesita indispensablemente de un hombre de bien; pero por temor á las *malas lenguas*, no puede encargar sus asuntos á ninguno, que no tenga el título de su marido. Con estos y otros ardides ataca diariamente al jóven hasta que logra que, tal vez por cortesía, profiera alguna palabra que pueda interpretarse en favor de la aceptacion del matrimonio.

Al punto recoge aquella palabra la cotorrona y la fecunda con su astucia: se divulga el casamiento de mi señora doña Fulana con Zutanito, y el pobre se ve comprometido ante el público, casi sin saber

por qué motivo. Pero ya es tarde, ya no puede volver atrás: una palabra inconsiderada lo ha perdido, y no hay arbitrio para recogerla sin esponerse á pasar por un bribon, que falta á sus promesas, engañando con ellas á las señoras honradas. Sus amigos le dicen: ¿hombre, en qué piensas? ¿Con que te vas á casar con ese cotorron? Vaya: buen viage has echado: que siendo tan jóven hayas ido á caer con esa vieja! El pobre, casi con las lágrimas en los ojos, responde: Qué he de hacer, amigos, voy á ser infeliz para toda mi vida; en mala hora se me escapó una palabra.... pero soy hombre de honor y no puedo dejarlo en descubierto. Ténganme lástima y no me imiten.

Se verifica el casamiento: anda con mil diablos! Ahora sí que la cotorrona afianzó lo que queria: ya logró tener marido, y jóven. Seria bueno que se contentara con tenerlo, y nada mas; pero aun falta lo mejor del cuento. ¡Si las vieras qué *mononas!* Se hacen *chiquititas*, *chiquititas:* quieren que se les trate con un amor, con una pasion, con un ardor, como si fueran unas niñas de trece años. Son mas zelosas que la diosa Juno. Apénas detiene la vista el marido en una hermosa jóven un par de minutos, cuando la maldita vieja està hecha ascuas; y para colmo del descaro, en las agrias reconvenciones que le hace, le echa en cara que la sedujo, que le hizo perder su tranquilidad, que ella jamas habia querido casarse, hasta que por su des-

gracia se rindió á sus instancias. ¿Habrá paciencia para sufrir esas imposturas, cuando el seducido, el engañado y el dado á Barrabás ha sido el jóven marido?

Esto es, señora mia, lo que pasa diariamente en la república mexicana, y si no lo quisieres creer, dígalo el hijo de mi madre. Aquí me tienes que yo fuí uno de esos mentecatos, víctima de una cotorrona; poco mas ó menos mi casamiento se verificó por los trámites que te he contado: yo era de veintidos años, mi amada mitad de treinta y ocho, largos de talle; y despues que fué mi muger, en lugar de dar á luz un hijo, me dió treinta y ocho quintales de zelos, de imprudencia y de capricho; me mortificó en grado heróico, y ahí tienes que me avejenté antes de tiempo; me melancolicé; y me morí, de lo que me alegré mucho por salir de aquella maldita vieja. Tú dirás si con bastante razon, cuando yo vuelva al mundo, no deberé en caridad estorbar esos casamientos disparatados. Yo te aseguro que cuando vea algun jóven que está para caer en la red de una vieja, así como el pajarito atraido por el hálito venenoso de la serpiente, le gritaré con mas fuerza que Laocoonte à los troyanos: *Equo ne credite Teucri.* ¡Oh jóven incauto, no te fies de ese cotorron!

NIÑAS.

Escuché atentamente cuanto me dijo aquella alma, y esclamé: si tales defectos tienen las mugeres de edad madura, cuya conducta debia consi-

derarse arreglada por la prudencia, ¿qué deberémos esperar de las niñas incautas é inocentes?—¿Cómo incautas é inocentes? me respondió el al-

ma de un solteron. Nuestras jovencitas mexicanas, á la edad de once años saben mas que las culebras. Mira, para que no vayas á pegarte un chasco con una de estas *coquetillas*, te instruiré en sus costumbres y conducta. Yo fuí muy inclinada al matrimonio desde que llegó mi patron á la edad en que se piensa con algun juicio. Ya habrás oido decir la multitud de muchachas que hay en México; pues con todas mis ganas y buena disposicion para casarme, al cabo enterraron á mi cuerpo con *palma y corona* á los cincuenta años de su edad.

¿Tan dificil es, repliqué, encontrar una buena novia?—¡Ah! amiga mia, contestó, es mas fácil encontrar un diamante que pese una libra, que una jóven de que pueda formarse una buena consorte. No niego que las haya; pero son tan raras, que es una *chiripa* de las mayores encontrar con alguna. Oyeme, y dirás si tengo razon en verter esas proposiciones que parecen muy avanzadas. La educacion elemental de nuestras jóvenes se reduce á leer y escribir mal, ó cuando mas razonablemente, nada de contar, ni de otra cosa: la educacion especial á bailar waltz, cuadrilla ó contradanza, bordar en canevá, tocar mal unas piezas en el piano, y *balbucir* una ú otra aria (perdone D. Tomas de Iriarte la palabra *balbucir*, que tanto impugnó; pero aquí venia como anillo al dedo): la educacion

que podemos llamar de perfeccion, está reducida á leer cuantas novelas, buenas ó malas, morales ó inmorales, pueden haber á las manos, y tienes ya completo el curso de su educacion. ¡Oh! si la niña traduce algo de frances, y hace unos cuantos versos, entónces es el prodigio de los prodigios!

¿Qué cosa buena podrá salir con tal educacion? Todas las muchachas se afectan de los caracteres que leen en las novelas, y son mas conformes á su genio y complecsion. La una da en romántica: procura estar siempre pálida, aunque sea á costa de no comer, y de alimentarse de ácidos: en las tertulias está continuamente con la cabeza apoyada en el brazo, á guisa de pensativa y distraida: en los bailes nunca se presta á la diversion, afectando que no ha ido por su voluntad, sino por dar gusto á mamá.

Otras dan en sensibles, que es cualidad de moda: de todo se afectan, de todo lloran, de todo se asustan. Otras que han formado un gran concepto de su hermosura, suelen dar en soberbias: siempre haciendo gesto á cuanto se les dice y se hace por ellas, nada les gusta, nada les acomoda, y todo lo ven con desprecio. Otras dan en coquetas: no hay comedia, baile, paseo, procesion ni diversion alguna en que no estén en asiento delantero, meneando la cabeza continuamente, abriendo y cerrando el abanico sin descansar un momento, mur-

murando á cuantas personas ven, y charlando con cuantas se les proporciona.

¿Has escuchado lo que te he dicho? pues todo es tortas y pan pintado respecto de una fea *leida y escribida.* No hay paciencia para sufrirla, habla mas que ocho locos: como las mugeres tienen una propension innata à manifestar sus gracias, y las feas no tienen otra que el talento, venga ó no venga al caso, te hablan del congreso, del gobierno, de economía política, de jurisprudencia &c., las mas veces diciendo disparates garrafales; pero en tono magistral y decisivo. Líbrete Dios de que te empiecen á alabar una muger por sus manos primorosas para cuanto hay, por su bella índole, por su talento y su virtud: este prólogo va á terminar sin duda en una tarasca. No sé qué te diga respecto de la preferencia entre una bonita tonta, y una fea ilustrada. Yo te confieso mi culpa; en caso apurado, estaria mejor por la primera que por la segunda.

CASADAS.

Pues yo ni por una ni por otra, respondí, y ya me van quitando vdes. las ganas de casarme.—No harás cosa mejor, me contestó una alma, que librar

tu cuello de la coyunda matrimonial; y mira que te lo dice el alma de un marido *acuchillado* en este asunto. Las muchachas, continuó, son todas tales

cuales te las ha pintado el alma preopinante; pero como ella, ó por mejor decir su patron no llegó á casarse, lo mejor se le quedó en el tintero. Ya concluiré la pintura.

En la corte no se casan las mugeres por amor, sino por conveniencia. Esto produce dos grandes defectos, la hipocresía y la coquetería. No hay niña que no procure tener una multitud de pretendientes, para elegir aquel que le proporcione mas ventajas. Antes que de sus buenas ó malas cualidades se hace el balance de sus bienês. Si son empleados, ¿cuánto sueldo tienen? Y ¿son empleados en oficina recaudadora ó en otra? ¿Tienen escala? ¿Están prócsimos á ascender? ¿Cual será el mayor sueldo que llegarán á conseguir? Si son comerciantes, se indaga cuanto tienen de capital; si en efecto son capitalistas, ó simples comisionistas. Si son propietarios, cuánto montan sus fincas, si están muy gravadas ó libres, si son fructíferas ó infructíferas &c.

Elegido ya el novio, entra la hipocresía, ¡qué *tesoros de virtud* se presentan á la vista! Verás una de esas mosquimuertas, que parece la misma sencillez y candor en abstracto; pero, ¡qué agallas tienen! Apenas se casan, cuando diablo como todas; y mientras mas de *tono*, mas diablo! Ya se ve, el género de vida que llevan no es para otra cosa. Se levantan á las diez ó las once de la mañana al

tocador: del tocador á recibir visitas á la asistencia hasta las tres de la tarde: á comer: al paseo: á refrescar ó tomar chocolate: á la ópera ó la comedia: si es noche de baile ó tertulia, al baile ó tertulia hasta las cuatro de la mañana, y á dormir hasta las diez ó las once. Esta es la vida diaria, sin quitar ni poner, de las familias de tono.

Los hombres que hacen la corte á una señorita de las indicadas, y que llevan una vida esactamente igual, ¿qué otra cosa pueden ser sino unos holgazanes predispuestos á la galantería? Lo mismo que las mugeres; pues una disipacion tan constante, ¿qué puede producir sino el vicio? Como este género de vida es de moda, viene tambien á ser de moda la corrupcion de las costumbres; y así no hay que admirarse de que

.....jura, pudorque
Et conjugii sacra fides,
Fungiunt aulas. (*)

En efecto, ¿qué fidelidad conyugal, qué pudor, qué recato podrá encontrarse en una posicion en que hay muchos alicientes para el vicio, y ninguno para la virtud? Convertida en moda, semejante conducta, se aumenta en gran manera el mal, porque muchas jóvenes que con ejemplos buenos serian honradas, arrastradas del malo y de la fuerza

(*) *Séneca el trag.—Agamenon.*

de la moda, se alistan en las banderas de la prostitucion para no ser ménos que las otras. De suerte que nos viene á suceder lo que cuenta Ramsay (*) que sucedia en la corte de Ecbatana en tiempo de Astyages, que se tenia por despreciada la señora que no encontraba quien procurara seducirla; en lo que tú estarás mejor impuesta que Ramsay, como que viviste en aquellos tiempos.

¡Ay amiga mia! Si hablaran las bancas y los palcos del coliseo, las paredes de las grandes casas, y las de los lugares de diversion, como Tacubaya, San Angel, San Agustin de las Cuevas; si esos árboles de la Alameda; si esas canoas y chinampas nos contaran lo que han visto y oido ¡cuántos pobres maridos agacharian las orejas y saldrian con la cola entre las piernas! ¡Y qué pocas Lucrecias y castas Susanas se encontrarian!

No hablemos mas, le dije: estoy decidida á no casarme; pero ¿qué haré conmigo? ¿Permaneceré eternamente en la atmósfera? ¿No encontraré algun cuerpo en que meterme, aunque sea de prestado?—Escúchame, dijo una alma de muy buena pasta; te he cobrado bastante aficion, y quiero darte un consejo saludable. Entre las infinitas metamorfósis que he tenido, estuve en cierta ocasion en el cuerpo de un gallo. Jamas me he pasado

(*) *Viages de Ciro.*

mejor vida: como nosotras cuando estamos en un cuerpo de animal seguimos la suerte de estos, ni el derecho natural, ni el de gentes, ni el divino, ni el humano, nos prohiben la poligamia.

Ahí tienes que á un gallo se le pone inmediatamente su harem de gallinas, se le dan sus coladuras de maiz, vive como un sultan. Yo estoy determinada á volver á ser gallo, y si quieres seguir mi consejo, no harás cosa mejor. Pero no has de ser gallo chisgaraviz y valenton, porque entonces en las primeras tapadas de Tlalpam puedes encontrar otro gallo mas valiente que te tuerza el pico. Ademas, que esa vida inquieta de gladiador, esperando matar ó ser muerto en cada funcioncita, no es para un gallo filósofo. Tú debes ser un gallo de buena alma, bonazo, socarron y pacífico, y verás qué gran *vidurria* te pasas.

Por otra parte, puede ser muy útil esa trasformacion. La república está actualmente en la crísis peligrosa de su regeneracion. A los mas duchos en política se les ha *enredado la regla*, y no saben *á cual carta ir* (*). Dejemos que se reuna el congreso constituyente, que se forme la constitucion, y á ver qué giro toma la cosa pública. Tú desde la cresta de tu gallo puedes estar en atalaya observando cuanto pasa, y adquiriendo esperiencia,

(*) El convocado en 1842, que fué disuelto por un *golpe de Estado*.

para que cuando dejes el cuerpo de tu animalito y vuelvas á esta atmósfera, obres con conocimiento de causa, y tomes un cuerpo en que puedas poner en ejercicio tus ideas filantrópicas en servicio de los mexicanos á quienes tanto aprecias.

Perfectamente dicho, esclamé: has hablado como un santo padre: gallo seré: no hay remedio, vuélvome gallo. Y hé aquí, amigo Erasmo, que diciendo y haciendo me metí en un huevo que acababa de poner una gallina. A pocos dias salí pollito, crecí, y luego que fuí grande me toparon con otro gallo para ver qué tal pintaba: yo era robusto, bien formado y emplumado, como me ves todavía: pude con un espolonazo despatarrar á mi contrario; pero observando religiosamente los consejos de aquella bendita alma, al primer encuentro cacarée y eché á correr; mi amo me agarró con mucha cólera de la cola, me dijo unas cuantas injurias por mi cobardía, y terminó toda la escena con estas palabras: "Este maldito gallo no está bueno para otra cosa sino para echarlo á las gallinas: toma, muchacho, llévalo al corral." Santa palabra, dije yo acá para mi sayo, y desde aquel dia permanecí en el corral en que me encontraste. —He concluido mi historia.

—No puedo esplicarte el gusto con que la he oido, le respondí; pero ya son dadas las tres de la mañana; nos hemos desvelado, sin echarlo de ver. A tí no te hará fuerza, porque dicen los muchachos

que una hora duerme el gallo, dos el caballo, &c.; pero yo que no soy gallo ni caballo, necesito dormir lo menos siete horas, y así te suplico que no me cantes muy temprano.—Te lo prometo, me dijo; pero ántes que te retires, quiero que hagamos un convenio.—¿Cual es? respondí.—Que me des noticia, continuó, de cuanto sepas en adelante sobre la cosa pública: yo por mi parte haré lo mismo; y al efecto, me mandarás á todos los parages públicos, y aun si pudieres me introducirás en los ministerios, en el congreso, en los tribunales, pues como nadie se ha de escusar de hablar delante de mí, te impondré en cuantos asuntos secretos se trataren en mi presencia.—Acepto el partido, de muy buena voluntad, le contesté; y, adios, hasta mañana. Cuidado con cantar fuera de tiempo.—No tengas cuidado, replicó, que yo mando en mi pico, y sé cuándo y cómo he de cantar.

III.

EL GALLO PITAGÓRICO.

DIALOGO ENTRE ERASMO LUJAN Y EL GALLO.

Erasmo.—Buenas noches, amigo Gallo.

Gallo.—Las tengas muy buenas, amado Erasmo.

E.—Hace mas de mes y medio que con mi beneplácito y santa bendicion te paseas por todo México, segun el convenio en que terminamos nuestra anterior conversacion. Supongo que habrás aprovechado el tiempo, y que tendrás el buche lleno de noticias y observaciones, dignas de servir de comentario al tratado que escribió Quevedo, titulado: *Libro de todas las cosas, y otras muchas mas.*

G.—No llega á tanto mi vanidad; pero no faltan algunas cosillas con que divertirnos á costa del prójimo.

E.—Me escandalizo de oir hablar en estos términos á Pitágoras. ¿Cómo? Divertirse á costa del prójimo....?

G.—¡Toma! y aun destrozarlo, como vamos á hacer ahora nosotros.

E.—Jamas, jamas haré yo semejante cosa.

G.—No seas tan escrupuloso, ó mejor decir, tan necio. Escucha. Es un crímen imperdonable murmurar del prójimo, tomando por asunto de la conversacion ó de la crítica, el crédito, el honor, la conducta de una persona determinada; pero es una virtud atacar los vicios en general. Es cierto que al pintarlos ó reprenderlos, muchas personas se encontrarán retratadas ó reprendidas; mas esta no es culpa del que pinta ó reprende, sino del criminal que con su conducta se ha colocado en el número de los viciosos. En un sermon se declama contra la embriaguez, contra el robo, contra el adulterio, y nunca se ha tenido por malo, sino por muy escelente, predicar contra esos vicios. Y si en el auditorio hay borrachos, ladrones y adúlteros, tanto mejor; para esos puntualmente se predica, con el fin de que se enmienden. Lo mismo hacemos nosotros: hablamos y escribimos contra los vicios políticos comunes en el pais en que vivi-

mos; si entre nuestros oyentes ó lectores se hallan algunas personas á quienes comprenda nuestra crítica, tanto mejor; acaso se enmendarán.

E.—Quedo convencido de que no cometerémos delito alguno, si en nuestra conversacion no determinamos individuos, sino que nos contraemos á los defectos que observamos como notorios y comunes.

G.—Pues para que ni aún el menor escrúpulo te quede de que podemos hacerlo lícitamente, atiende á este ejemplito. Yo en mis *Versos dorados* dije lo siguiente: "Los hombres mismos son los ar-
" tífices de sus propias desgracias. ¡Desdichados!
" Ellos no ven los bienes que tienen bajo sus
" ojos; sus oidos se cierran à la verdad que les ha-
" bla. ¡Cuán poco conocen los verdaderos reme-
" dios de sus males! Este es el modo con que el
" destino hiere al entendimiento de los humanos.
" Semejantes á cilindros frágiles, ruedan acá y
" allá: se chocan sin cesar, y se rompen los unos
" contra los otros."

E.—¡Escelente mácsima! cuya verdad confirman nuestras revoluciones domésticas, nuestros partidos, y nuestras opiniones. Mas si esa sentencia admirable fuera original de algun pobre redactor del *Siglo XIX*, quizá no faltaria quien la calificara de anárquica, subversiva, escandalosa, enemiga del órden, anti-regeneratrix, *piarum, aurium offensiva*, prócsima á heregía, &c. &c.

G.—Pues ahí entra perfectamente mi reflecsion. Cuando escribí esa mácsima, no solo carecia del menor conocimiento de tus paisanos, sino que ni se soñaba en el antiguo continente que ecsistiese este nuevo en que hoy habitamos. ¿Pude yo ofenderlos porque muchos se encuentran comprendido en mi sentencia? Pues lo propio debé ser, aunque no yo, sino tú, ó Perico de los palotes la dijese; conque así, fuera escrúpulos, y vamos adelante.

E.—Sí, vamos, y ante todas cosas dime: ¿qué has oido decir de nosotros?

G.—¡Oh! *Mirabilia.* Unos con sus alabanzas nos suben hasta las nubes; otros con sus vituperios nos ponen *cual digan dueñas.* Principalmente éstas, revientan de cólera contra nosotros; y si cogieran al pobre Gallo entre sus manos, cuando mejor librado saliera de la refriega, quedaria sin cola y sin cresta. ¡Pobrecitas! Son disculpables: yo les perdono para aquí y para ante la presencia de Dios; pues bastante castigadas están con sus amoríos, porque como dice sabiamente Guarini:

> Non é pena maggiore,
> Che'n vechie membra il pizzicor d'amore (*)

E.—Es verdad: no puede haber mayor tormento

(*) *Il pastor Fido, att.* 1 *sc.* 1.ª

que sentir la fuerza de una pasion amorosa, y no poder inspirarla, ni saberla vencer. Yo tambien perdono de todo corazon à mis *nanitas;* sin embargo de que nos habrán hecho gran perjuicio, pues las mugeres son enemigos temibles por el influjo que tienen sobre los hombres, y sin duda habrán logrado que tu *amarrador* no haya podido vender un solo gallo, y ya no querrá amarrar otros, lo que refluirá en nuestro daño, porque ya no se atreverá á sacar á plaza esta segunda conversacion, la cual quedará oculta por toda la eternidad.

G.—Eso no, aunque mi *amarrador* hubiera tenido una gallera tan grande como la plaza de toros, se habria quedado hasta sin una pluma, segun la demanda que ha habido de gallos. Así que, no hay miedo de que nuestra conversacion no llegue á oidos del respetable público.

E.—Me has vuelto el alma al cuerpo: buen susto habia llevado, y una vez que se han vendido tantos gallos, es señal de que no han sido recibidos con disgusto, aunque hayan dado sus piquetillos à algunas personas. Vamos, pues, entrando en materia. Dime algo de lo que hayas oido sobre forma de gobierno, bases para la futura constitucion, caracteres y opiniones de los diputados que hasta ahora se han reunido, pretensiones del gobierno &c.

G.—No estoy en este momento templado á lo político y diplomático. Nos entretendrémos con

cosas mas agradables. Bastante tiempo queda para ocuparnos de esos objetos, como lo harémos alguna vez, y Dios quiera que sea con la risa en los labios y no con las lágrimas en los ojos. Vamos haciendo colacion con un pedacito de prójimo: pues ya te dije que cuando no se tira á persona determinada, no hay riesgo alguno en declamar contra los vicios. Los críticos han de ser como los cazadores que tiran al aire: arrojan el tiro á una multitud de perdices que vienen volando; la que cayó cayó, y adelante. Así los críticos: descargan el tiro de la sátira contra la masa del pueblo, y el individuo que cayó, *requiescat in pace.*

E.—Bien dicho: comienza por donde gustes.

G.—Pues si yo he de comenzar, te pregunto, ¿si viste la procesion del Corpus?

E.—¡Qué habia de ver! Si gracias al aprecio con que se ve á los empleados, ese dia casi no tenia que comer: de suerte, que aún á tí mismo si te hubiera encontrado, acaso en vez de ponerme á conversar contigo, te hubiera torcido el pico para almorzarte en compañía de mi familia.

G.—¡Bendito sea Dios que no me encontraste! No hubiera sucedido que cayeras en la tentacion de comerme. Pero no sé con qué mayor aprecio se puede ver á los empleados, cuando en la procesion iban muchos con ricos uniformes flamantes, la tropa vestida de nuevo, y algunos gefes con un lujo asiático, tanto que cuando la tropa daba vuelta por

las esquinas de las calles, formaba un arco-iris, segun los diversos colores que presentaba, y se hacian mas visibles con el brillo de las armas. Yo hacia dentro de mí esta reflecsion: Ese arco-iris de la tierra es el antiperístasis del que resplandece en el cielo, pues cuando este es el mensagero de la paz, aquel es el funesto nuncio de la guerra.

E.—Gallo mio, para estos se hizo la independencia, como vulgarmente se dice: los empleados de oficinas recaudadoras y el ejército predilecto, son los únicos que no sienten la miseria en que yacen los demas funcionarios, principalmente los del ramo judicial, que siempre han sido muy desatendidos.

G.—En efecto, esa misma queja he oido aun á empleados de alto rango: y ciertamente que es una monstruosidad, que no da idea muy favorable de la distribucion de las pocas ó muchas rentas de una nacion, el que unos empleados estén sumergidos en la mas espantosa miseria, cuando otros nadan en la abundancia. El hambre ó la comida debian repartirse á prorata. Ahí tienes; ¿cómo han de caber esas cosazas ni aun en el buche de un gallo? es preciso echarlas fuera, ó reventar.

E.—Y en verdad que si no reventamos de congoja y desesperacion, no reventarémos jamas de hartura. Te aseguro que ya no sé qué partido tomar.

G.—El mejor seria que abandonases una profesion en que has gastado tu vida y salud, y que te es tan poco productiva, no por culpa tuya, sino de los que debian cuidar de tu subsistencia, una vez que sirves al público.

E.—Pero, ¿qué carrera he de tomar al cabo de la vejez?

G.—Métete á sastre. Si quieres, yo te enseñaré el oficio.

E.—¿Cómo? ¿Tu sabes hacer vestidos?

G.—Ahora lo sabrás. Habiendo visto en la procesion tantos uniformes, me dieron ganas de hacer algunos para ciertas personas, á las que voy á regalárselos y que sirvan de muestra; á ver qué tal lo hace el *maestrito.* Con tal objeto anduve por las calles y me metí en las casas pepenando trapitos, y en los ratos ociosos he hecho algunos vestidos, que ahora verás, pues todos los he guardado en ese cajon vacío que tienes debajo de tu mesa.

E.—Veámoslos: pues que me has picado la curiosidad con esa nueva habilidad tuya.... Aquí está el cajon....Vaya, vaya, ¿qué vas á vestir muñecos del portal? Estos vestiditos parecen juguetes de niño.

G.—Aunque los ves tan chicos, están encantados. Con uno solo basta para vestir innumerables personas, y ademas se agrandan, achican, se ensanchan y estrechan segun el cuerpo que se los po-

ne, de suerte que cualquiera de ellos viene pintiparado á cada individuo de su clase. Ya conocerás si soy buen oficial.

EGOISTAS.

E.—Y cómo que lo serás, si es cierto lo que me aseguras. Saquemos el primero. ¡Qué bonito está! Es un vestido de última moda de raso tornasolado que varía de colores segun le hiere la luz. El sombrero es magnífico; pero en lugar de plumas trigarantes tiene una veleta. Para quién es este vestido?

G.—Para una multitud de hombres *prudentes*, que no tienen opinion fija en nada, si no es la de medrar, sea como fuere. Estos han seguido por sus pasos contados la escala de las opiniones, y aún de las personas. Han sido monarquistas, federalistas, centralistas, borbonistas, iturbidistas, guerreristas, bustamantistas, santanistas, y si cayera la república en manos de Herödes ó Pilatos, serian tambien herodistas ó pilatistas, porque *no se tientan el corazon*, ni se paran en pelitos.

E.—Detestable conducta!

G.—Así dicen muchos estoicos como tú; mas no tienen razon en lo que dicen, y aunque los llamen egoistas y pancistas, para mí no son otra cosa que unos hombres *sensatos*, que procuran conformarse

con aquel principio de derecho natural, que nos obliga á mirar por nuestra propia conservacion. ¿No es así?

E.—Muy irónico estás, Gallo mio. Si la conservacion ha de costar á un hombre el sacrificio de su honor, de su conciencia y de su patria, mas

vale no ecsistir que conservarse á tan caro precio. Yo, aunque me llames estóico, siempre diré que semejantes animales bípedos son egoistas y pancistas, porque enseñado por Boileau,

J'appelle un chat, un chat, et Rollet un fripon (*),

que traducido á nuestro idioma quiere decir:

Yo llamo á un gato, gato.
Y á *fulano* un bribon.

En lugar de la palabra fulano puedes poner multitud de nombres, que se acomodan perfectamente sin que se altere la medida del verso, ni la verdad de la proposicion.

G.—Ahí está tu equivocacion. Esos hombres ningun sacrificio hacen; porque no tienen honor, ni concienia, ni patria. Su persona es su patria, su honor es su dinero, y su conciencia su comodidad.

E.—Pero, ¿cómo han de ser hombres, entes que carecen de aquellas circunstancias?

G.—Son hombres, y mucho que lo son; mas de aquellos á quienes les viene de molde la definicion que dió al hombre cierto filósofo allá de mi tiempo: *animal de dos piés, sin plumas.*

(*) *Sátira* 1.ª

E.—Ahora bien, si no son hombres mas que en la figura, pero en realidad animales bípedos, no repruebo su conducta. A ver otro vestido.

RICOS IMPROVISADOS.

G.—Helo aquí. Es un saco negro, con un cucurucho puntiagudo del propio color, y una varita.

E.—Se parece á los vestidos que sacan en las comedias los mágicos.

G.—Puntualmente eso es: un vestido para los encantadores.

E.—Pues qué, ¿los hay entre nosotros?

G.—Sí, señor, los hay, y á puños y á manojos.

E.—Siempre tú has de manifestar los resabios de las necedades del paganismo.

G.—Tú y otro como tú son los necios. Se les meten las cosas por los ojos y no las ven. Dime: un hombre sin patrimonio, sin giro ó negociacion conocida, que no vemos que trabaje en nada, que siempre ha sido un *arrancado*, que cuando mas disfruta de un sueldo, que aun estirándolo mucho, solo alcanza para vivir con alguna comodidad, y

que de la noche á la mañana aparece con fincas rústicas y urbanas, coches, muebles, vestidos, todo magnífico, y haciendo gastos de un príncipe, ¿no dirémos que esto no puede ser sino por vía de encantamiento? Si estamos cansados de ver hom-

bres hábiles y trabajadores, que despues de muchos años de fatiga, apenas consiguen algun descanso para su vejez; ¿de qué manera esplicarémos esos fenómenos de riqueza improvisada, sino apelando á la magia negra y á los encantamientos?

E.—Tienes razon. Confieso que soy un bolo..... Pero, ¿y esa varita es de puro adorno, ó constituye parte esencial del vestido?

G.—¡Toma! Esa varita es puntualmente lo principalísimo, lo esencialísimo del trage. Tocando con ella las compras, las ventas, en una palabra, todos los negocios en que interviene el mágico, le producen cuanto quiere.—Varita de virtud por la virtud que Dios te ha dado, que de este asunto me resulte un buen coche. Al instante parte de Lóndres un escelente landó, con un par de frisones arrogantes, que atraviesan rápida y magestuosamente el Atlántico, de modo que al verlos dirias que era la concha de Anfitrite, tirdaa por sus caballos marinos. Anda, y anda, y nada, hasta que se planta de paticas en la puerta del zahuan del encantador.—Varita de virtud, por la virtud que Dios te ha dado, que me des una hacienda de campo, una casa, ricos muebles. Como lo pide.—Varita de virtud, dame dinero para gastar á talega abierta en cuanto se me antoje. Como lo pide. Las arcas del encantador se llenan de numerario, cuando las bolsas de los ciudadanos, y principalmen de los empleados que no son los susodichos, se hallan tan vacías, que si les echaran una *nadita* de gas hidrógeno, se inflarian como un globo, y caminarian con sus dueños por esos aires de Dios, así como camina *D. Simplicio en la Pata de Cabra.*

E.—Muy productible es la magia negra. Seria bueno que se abriesen escuelas públicas de ella. ¿No sabes el nombre de algun profesor á quien pudiera encomendarse la enseñanza?

G.—No lo sé, porque todos tienen un mismo nombre, pudiendo decir cada uno de su propia persona:

Yo soy Merlin aquel que las historias
Dicen que tuve por mi padre al diablo:
Mentira autorizada de los tiempos (*).

En efecto, dice la leyenda que Merlin no fué hijo del diablo, sino que supo dos dedos mas que él; (†) y yo no lo dudo, porque entre nosotros hay algunos Merlines, que saben no dos dedos, sino tres cuartas mas que el diablo; pero él les dará el pago: buen provecho les haga: yo miéntras se pasean en sus coches y se divierten en sus convites, me divertiré tambien cantando aquellos versos de una letrilla de Góngora:

Da bienes fortuna
Que no están escritos:
Cuando pitos flautas,
Cuando flautas pitos.
¡Qué diversas sendas

(*) *Cervantes.*
(†) *El mismo en su Quijote, seg. parte.*

Se suelen seguir
En el repartir
Las honras y haciendas!
A unos da encomiendas,
A otros sambenitos:
Cuando pitos flautas,
Cuando flautas pitos.

--- ---

Porque en una aldea
Un pobre mancebo
Hurtó solo un huevo,
Al sol bambolea;
Y otro se pasea
Con cien mil delitos:
Cuando pitos flautas,
Cuando flautas pitos.

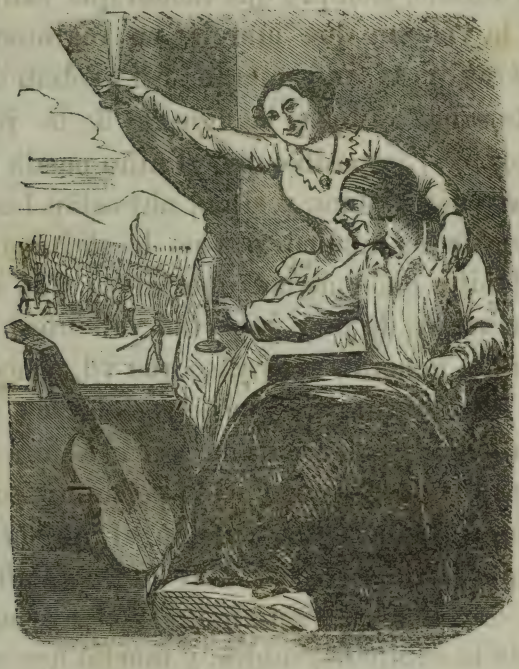
Dejémosles que gocen de su Abril y Mayo, y veamos otro vestido.

MILITARES.

E.—Este es un uniforme de papel blanco, blanco, lleno de divisas militares. ¿A quién le viene este saco?

G.—A una multitud de campeones, cuyas hoja de servicio se hallan tan limpias y tersas como las de que hice el uniforme.

E.—Pues ¿cómo han podido obtener ascensos militares, si no los han merecido ni ganado?



G.—Ahí està el busilis. Hay algunos hijos de Marte á quienes la desgracia jamas ha permitido manifestar en el campo de batalla que lo son. Su valor deja muy atras á los doce pares de Francia, á Bernardo del Carpio, al Cid Campeador... pero,

¿qué digo....? Cada uno de ellos es un Pyrgopolinices (*), aquel furibundo soldado que de una puñada hacia pedazos el muslo de un elefante. ¡Qué hazañas no habrian hecho en la compaña! Pero su mala suerte les ha impedido llenar el mundo de sus gloriosos hechos. Parece que el diablo lo hace adrede: siempre que tienen que salir á la guerra, la víspera que marche su regimiento se enfermáran y se enfermáran, así podian decirse misas de salud en todas las iglesias de la república. Nada.... imposible que el niño pueda ni aun levantarse de la cama; y si no, ahí están las certificaciones de los médicos que no le dejarán mentir. ¡Maldita enfermedad, que privas á la nacion de los esfuerzos de unos hijos tan valientes! Señor comandante general, es preciso que vd. conceda su licencia al enfermo para que se restablezca, que él promete bajo su palabra de honor, ir á unirse á su regimiento *tan luego* como se lo permitan sus enfermedades: promesa que cumple al pié de la letra, porque aunque no sea mas que á *Tlalnepantla* á encontrar á su regimiento cuando viene de vuelta de la campaña, saldrá, y mucho que saldrá, así podian llover chuzos.

E.—Todo estará bueno; pero lo cierto es, que

(*) *Significa* vencedor de torres y ciudades: *nombre irónico que da Plauto á un soldado fanfarron que es el protagonista en una de sus comedias titulada:* Miles gloriosus.

sea por enfermedad, ó por lo que quisieres, él no prestó servicio alguno que merezca recompensa, y solamente con buenos deseos no se gana el cielo, si no se reduce á práctica.

G.—Eso es el cielo; mas aquí estamos en la tierra, y se trata de ganar charreteras y bandas. Ademas ¿qué culpa tuvo el héroe putativo de que la enfermedad no le permitiese descabezar ciento ó doscientos enemigos del órden con su brillante y tajadora espada?

E.—Yo estoy en mis trece. No hay razon para premiar al que nada ha hecho.

G.—Pues para que te apees de tus trece y aun de tus catorce, y veas que esos premios no se han concedido *tan ainas* á ese militar, registra las bolsas del uniforme.

E.—Regístrolas..... Aquí hay muchas cartas y certificaciones. Bien: ¿qué significa eso?

G.—Significa que aunque la hoja de servicios esté mas blanca que un armiño; y que cuanto en ella consta puede escribirse con letras de misal en el ala de una mosca, sobra la mitad, el espediente en que se refieren las constancias de los méritos levanta dos dedos larguitos. Allí verás, que cuando el referido militar estuvo de guarnicion en tal parte, de comandante en tal otra, *fué*, *hizo*, *tornó y volvió* cosas que no están escritas. Por aquí tantas certificaciones de ayuntamientos, prefectos, jueces, &c., en

que consta que sofocó una multitud de conspiraciones: por allí otras de que por sus sabias providencias impidieron que tales y cuales revoluciones hicieran progreso en el feliz pueblo que tuvo la dicha de que le sirviera de egide: por acá otras en que trabajó para que las elecciones de diputados, senadores, presidente de la república, recayeran en estas ó aquellas personas: por allá..... pero ¿para qué es cansarnos refiriendo uno por uno sus inmortales hechos? Vdes. los que todavia huelen á la táctica y ordenanza del gobierno español siempre que se trata de probar el mérito de un soldado, van saliendo con el vegestorio de la hoja de servicios, como si no hubiera mas que un solo camino para acreditar el mérito y los servicios militares: vaya, vaya: por vida de....

E.—No levantes golilla, Gallito mio, me has tapado la boca: doime por vencido: verémos otro vestidito. Aquí saco uno que parece de arlequin. ¿A quién toca?

EQUILIBRISTAS.

G.—A ciertos maromeros políticos, que hacen unas piruetas que ya parece van á dar de costillas

contra el suelo, cuando hételos que caen parados como los gatos.

E.—¡Hola! ¿con que tambien tenemos maromeros en la escena?

G.—Y buenos.... ¿qué digo buenos....? sorprendentes, admirables. ¡Subir desde el foro á la cazuela guiando un carrito por una cuerda delgada! (*) ¡Bonita hazaña! Eso lo hace cualquier aprendiz de nuestros equilibristas políticos. Marchar á paso redoblado por un cabello flojo; por ejemplo de palacio á la ciudadela ó de la ciudadela á palacio; arrastrando trenes de artillería, escuadrones de caballería, batallones de infantería con sus músicas, tambores y chirimías, para que todo acabe en *ia*, esta sí que se la doy al mas pintado.

E.—Son suertes inimitables, no hay duda.

G.—Pues ¿qué me dirás cuando sepas que se camina por un cabello de la manera referida, no solo por unas pocas cuadras, como las que hay de palacio á la ciudadela, sino por muchas leguas; v. g.: de México á Veracruz, de Veracruz á Guadalajara, y aun á otras partes mas distantes.

E.—Digo que es un portento mayor, ó por lo ménos tan imposible, como volar un buey.

G.—La esperiencia desmiente esa comparacion. Hasta ahora nadie ha visto volar á un buey; y sí se han visto y se ven cada dia famosos equilibristas que hagan las suertes que te he contado.

E.—Mas ¿cómo pueden guardar tan perfecta-

(*) *Se alude á unas suertes que se hicieron en el coliseo.*

mente el equilibrio, que no se inclina á uno ó á otro lado mas de lo que convenga, y vayan á dar al suelo de cabeza?

G.—Porque se sirven de un timon, con cuyo ausilio no hay riesgo de perder el equilibrio. Ese timon se forma de una madera que se llama inconsecuencia: en el uno de los estremos tiene un contrapeso de cierto metal muy sonoro que llamamos adulacion, y en el estremo opuesto otro contrapeso de metal brillante, que se llama descaro. Con este instrumento en las manos puede caminar por encima de un cabello, con tanta facilidad como por una sala alfombrada.

E.—Y ¿en dónde se vende esa madera y esos metales?

G.—En eso es en lo que consiste el secreto de los equilibristas. Solo ellos saben donde se venden esos utensilios, y tambien el tamaño del timon y la cantidad de metal que han de tener los contrapesos. Ademas, es necesario conocer la calidad del caballo sobre que se camina, como tambien la influencia que sobre él tenga la atmósfera; porque unas veces conviene correr por encima á todo escape, otras ir con una marcha muy pausada; unas es preciso avanzar, otras retroceder, para que no se rompa la cuerda; pues si esto sucede, ¡adios, pobre maromero! te estrellaste los cascos, ó á buen componer te *despernancaste*, y tendrás que andar á gatas por mucho tiempo hasta medio enderezarte, y

acaso en toda tu vida podrás volver á levantar cabeza. En evitar estas desgracias debe emplear su ciencia el buen equilibrista.

E.—Abomino de todo corazon semejante ciencia: no quiero ni aun volver á hablar de ella. Saquemos otro vestido.... ¿Dónde fuiste á pepenar estos andrajos? Sin duda los hallarias tirados en el *Factor.* (*)

EMPLEADOS.

G.—No, amigo mio. Este es el uniforme de los empleados; se entiende esceptuando á los de oficinas recaudadoras y á los militares.

E.—Pues no hay duda de que es muy brillante el uniforme.

G.—Y para servirte, este es el de gala. El diario es el de la naturaleza pura; no la de que tratan los teólogos, sino, hablando *claris verbis*, el pellejo mondo y lirondo: por lo que algunos empleados no salen muchas ocasiones de sus casas para no llamar la atencion del público con un trage tan ele-

(*) Lugar en que se vendian la ropa y muebles usados, y en que hoy está construido el Teatro de Iturbide.

gante. Pero dejemos ese vestido de *deshabillé*, y ecsaminemos el de gala, el cual sirve para asistir á la oficina, para el baile, la tertulia, el paseo, el campo &c. Míralo bien: ¿no adviertes que parece uniforme militar?

E.—En efecto.... No habia yo parado la atencion en su corte y adornos. Y ¿qué quiere decir eso?

G.—Quiere decir que yo, como estrangero, debo arreglar mi conducta á aquel proverbio: *Dum*

fueris Romae, romano vivito more: ó lo que es lo mismo: *A la tierra que fueres, haz lo que vieres.* Lo que yo veo en la tuya es, que todo, todo se militariza; los gobernedores de los Departamentos están militarizados, porque ó los gobernadores son militares, ó los comandantes generales gobernadores, que todo sale allá, pues lo mismo son ocho reales que un peso: las oficinas de hacienda se hallan en cierto modo militarizadas, habiéndose hecho á los comandantes inspectores de ellas: á algunos gefes de rentas se ha concedido tambien algo de militar; hasta las causas de los ladrones lo están, y ¡plegue á Dios que no se declaren militarizada la imprenta! que segun me da por las narices, no falta el grueso de una uña para que le *suceda el sucedimiento*, y

¡¡¡Miseros nos si tale declararetur!!! (*)

Pues como te iba diciendo. Procurando arreglarme á la moda de este pais, determiné militarizar á todos los *arrancados y arrancadas.* Observa el uniforme. Tiene su par de charreteras. la una formada de papel citatorio de un alcalde, para que el empleado comparezca con su hombre bueno, que por lo regular es otro militar de la misma calaña, á contestar á la demanda del carnicero

(*) Iriarte. *Metrif. invectiv.*

por lo que le ha fiado de carne. La otra se compone de una carta del casero en que le dice que, como le desocupe la casa en el dia, le perdona lo atrasado. La banda está tejida de los boletos en que constan las prendas que tiene empeñadas en las tiendas. La vaina de la espada, de papelitos sueltos en que no hay otra cosa que cobros de sus acreedores. El sombrero, de los memoriales y cartas suplicatorias, dirigidas á sus superiores y demas personas de quienes solicita el remedio de sus necesidades. En fin, el cordon y borlas del baston, lo he formado del cordel con que se ha de ahorcar el dia que le falte la paciencia. ¿Qué tal?

E.—Escelente uniforme. Mas se romperá pronto segun está maltratado.

G.—¡Qué se ha de romper! Es mas duro que un *tepehuage;* sin embargo de que no para un instante, pues anda de mano en mano. Ya se lo pone el empleado, ya el retirado, ya el inválido, ya el pensionista, ya el cesante, y vuelve á comenzar la *rueda:* hasta las viudas se lo ponen, y les sienta mejor que un túnico de punto. Medio México usa de este uniforme, y ahí lo tienes *tieso que tieso.*

E.—Ciertamente es una pobreza mas que franciscana la de esas pobres gentes. Mejor para ellas: porque no hay cosa mas sosegada que una bolsa sin dinero.

G.—Es verdad; pero tambien lo es que no hay

cosa mas inquieta que unas tripas vacías. Todo el dia y toda la noche gruñen; mas ni por esas. Para ellas nunca hay paz, ni tranquilidad. Bien sea que el armígero Marte en su sanguinoso carro recorra los campos del Anahuac; bien sea que la encantadora paz, sentada en la nevada cumbre del *Popocatepetl*, dirija sus vivificadoras miradas por la vasta estension de la república, las barrigas de las mencionadas personas siempre están en guerra *intestina*, segun la espresion de Fray Gerundio (*), pronunciándose en contra del hambre, y en favor de la comida. ¡Infelices! Está decretada vuestra suerte en el libro de los destinos.... Moriréis de muerte *adminícula y pésima*. Planes van, planes vienen; revolucion va, revolucion viene, y ahí te estás..... Ahora sí..... á ver si quiere Dios que en este pronunciamiento varíe nuestra suerte..... ¡Esperanzas burladas! Escuchad, escuchad vuestra sentencia: Jamas, jamas saldreis de *perio perro*.

E.—Muy romántico estás, Gallo mio. Deja romanticismos: vamos al grano.

G.—De eso puntualmente se trata, del grano; pero á los hambrientos empleados no toca ni la paja. Ademas, ¿cómo quieres que no aventaje en elocuencia al mismo Ciceron, cuando me toca mucha

(*) *Periódico satírico de España.*

parte del ramalazo? Tú sabes que cuando no te dan prorateos, ó alguna cosa á cuenta de lo atrasado ó de lo corriente, no me compras mi maicito, y hago penitencia como un anacoreta de la Tebaida: de suerte que á no ser por el cariño que te profeso, yo me hubiera vuelto á mi corral de la Viga á pepenar mis coladuras.

E.—Agradezco mucho tu afecto, y me es muy sensible que por estar en mi compañía te haya alcanzado mi mala suerte: tengamos paciencia: quizá ahora llegará la regeneracion hasta nuestras tripas.

G.—Creo en efecto que necesitan las hagan de nuevo enteramente, porque ya casi están consumidas del todo por inanicion ..... pero dejemos esas ideas funestas, y divirtamos siquiera el hambre con alguna cosita alegre..... Tomemos un vaso de agua fresca de esa tinaja que tienes en la ventana, por si el hambre fuere de calor, y continuemos nuestro escrutinio..... ¡Ah! qué linda está el agua!..... Oye como luego que la tomamos nos hacen las tripas *gur*, *gur*, *gur*, *gur*.... Mira qué vestido de máscara tan *mono:* es de oropel, y cualquiera creerá que es de oro. Parece de soldado, de diplomático, de oficinista, de paisano, y es de todo y de nada. Mira qué chula careta.

POCRITAS.

E.—Por cierto que está muy bonita la máscara, mitad blanca y mitad negra.

G.—¡Máscara!..... Así llamaban tus abuelos á las caretas: nosotros los modernos llamamos caretas á las máscaras. Pero.... si es gana.... no

caminarán vdes. por la senda del progreso, aunque los aguijoneen con dos garrochas.

E.—Vaya: dejemos cuestiones de nombre, pues ni somos periodistas, ni estamos discutiendo algun asunto en cuerpo colegiado. ¿Para quién es ese vestido?

G.—Para una inmensa multitud de individuos, aun mayor que la de los arrancados, que es cuanto se puede ponderar. Son innumerables las personas que ocultan su cara verdadera bajo la máscara que ellos, ó el diablo, ó por mejor decir, que el diablo y ellos han formado. ¡Oh! ¡Si se les cayera la máscara! ¡Qué diversos de lo que son aparecieran! Falsedad, engaño, traicion, superchería, es lo que encuentras por todas partes. No parece sino que estamos en aquella época, en que se hallaban las costumbres en el triste estado que nos pinta Bartolomé de Torres Naharro, en estos versos:

Virtud en el mundo no cabe ni mora;
Razon ni bondad no se usan agora;
Palabras sin obras se venden barato,
Faltar à cada hora, mentir cada rato,
Burlar de los justos se llama de porte;
Ser viles traidores prevalen en corte;
Falsarios veréis robar beneficios,
Ladrones à furia comprar los oficios.

No hay hombre de nos que piense en el cielo,

Ni quien haga caso del siglo futuro,
El mal va por bien, el aire por muro,
Lo negro por blanco, lo turbio por claro,
Virtud por estiércol, maldad por reparo,
Lo sucio por limpio, lo torpe por bueno,
La ciencia por paja, doctrina por heno,
Justicia en olvido, razon desterrada,
La fé es fallecida, y amor es ya muerto;
Derecho está mudo, reinando lo tuerto.

E.—Triste, verdaderamente triste es el cuadro que has bosquejado. ¡Infeliz del que vive en tiempos tan calamitosos!

G.—Lo peor es que á nosotros ha tocado vivir en ellos. No parece sino que el tal Torres Naharro habló en profecía, adivinando el estado de nuestras costumbres en el siglo XIX. Ahora ya el ponerse la máscara de amigo para estafar á un rico su dinero, ó seducir la muger ó la hija de un marido honrado, como lo hacen áquellos pérfidos protectores de los casados pobres, aludiendo á los cuales, dijo un poeta de cuyo nombre no me acuerdo:

En cas de los hombres pobres
Visitas de caballeros;
Si los pobres son casados,
Raras veces son à ellos.

Todo es una bagatela: son pecados de monja: hazañas de hipocritillas por menor, principiantes en la facultad. Los hipocritones por mayor, los padres graduados en la ciencia, ¡oh! esos tienen otro mo-

do de cantar. Yo entiendo algo de fantasmagoría, y te representaré en ella las escenas que pasan originales en el mundo

¿Ves á aquel personage con una cara de patriota ecsaltado? Pues no es mas que un servilon de *marca.* Míralo embaucando á aquellos patriotas bonazos, ecsaltando sus pasiones, escitándolos á la revolucion, proponiendo planes, buscando prosélitos, blasfemando del gobierno: todo eso es falso: está de acuerdo con él, y cuando haya cogido en su red á cuantos incautos pueda, *los echa por la cabeza:* los denunciados son perseguidos y castigados. A él, *para hacer la desecha,* lo mandan desterrado por ocho dias á Ixtacalco, al tiempo que los otros infelices van á Acapulco, Perote y aun mas léjos: pasan algunos dias y de repente ves á mi hombre con un buen ascenso en la milicia, un destino pingüe en una aduana, ó gastar mucho dinero sin saber por donde le vino.

Mira aquel otro: se pone la máscara de popular y dice al pueblo, que el gobierno lo oprime con tal y tal medida, y que aun trata de esclavizarlo enteramente con tales y cuales que tienen proyectadas; que si no procuran atacarlo con tiempo, serán sin duda sus víctimas. Vélo cómo en seguida se quita la máscara de popular y se pone la de *amigo del órden,* se dirige al gobierno y le dice: que si no ahorca, ó por lo ménos destierra á esos malditos

sansculottes, *ya puede componerse*, porque cuando ménos piense bajan rodando de cabeza por las escaleras de palacio, el presidente, los ministros, lo s oficiales mayores, los menores y hasta el congreso. Con esta conducta introduce la desconfianza entre gobernantes y gobernados, y aun entre funcionarios de distintos poderes; mantiene á todos en estado de alarma; no hay seguridad ni paz, y á rio revuelto ganancia de bribones.

Mira á aquel hombre adusto, con una cara de Caton Censorino, predicando prudencia y paciencia á los liberales, aconsejándoles que cedan á las circunstancias, y que se contenten con poco para no perderlo todo: que esperen otras mejores oportunidades, porque es necesario *sufrir para merecer*. ¿Piensas acaso qué es un gran político un hombre verdaderamente moderado, que solo tiene por norte el bien de su patria, y evitar perjuicios á los liberales? No hay nada de eso. Es un hombre que quiere estar bien con los que mandan, porque así conviene á sus intereses particulares; pero no quiere perder el concepto de gran patriota, y al efecto se disfraza con la máscara de la moderacion y prudencia.

Mira á aquel otro, hecho un energúmeno contra el gobierno, criticando hasta las providencias mas justas: observa como de repente se quita la máscara de patriota y se pone la de ministerial ecsaltado, defendiendo aun las medidas notoriamente

despóticas. ¿En qué ha consistido eso? En que le ha dado el gobierno un empleo ó ascenso. Mas por el contrario; ecsamina bien á aquel que sigue y manifiesta una conducta enteramente opuesta al anterior. Era un panegirista hecho y derecho aun del mismo despotismo: repentinamente se convirtió en su enemigo irreconciliable. Es la causa que el gobierno se ha negado á una pretension ecshorbitante que tenia pendiente en un ministerio.

E.—Basta, basta: no me muestres mas copias de unos hombres tan falsos y venales, porque estoy haciendo cóleras *sin qué ni para qué.*

G.—No, esos hombres no son venales, sino *tripales;* porque de lo que tratan es de sacar su tripa de mal año y caiga quien cayere.

E.—Llámalos como quieras, yo siempre les daré el nombre que cierto autor, de que tampoco me acuerdo, que comparando á los hipócritas con Bel, ídolo de los babilonios, que por fuera parecia de pulido metal y por dentro era de barro grosero, dijo:

Bel mihi semper erit, qui mitem calidus agnum
Finxerit exuperet cum feriiate lupos.
Bel erit, externe tumuli, qui candidus instar.
Interius tamen vile cadaver habet.

G.—¿A qué viene esa ecsaltacion? Yo te juzgaba mas filósofo:

E.—Aunque tuviera uno la barriga llena de magnesia ó de carbonato de sosa, ¿á quién no se le irritaria la bílis viendo las escenas que me has presentado, y que por desgracia nuestra nada tienen ménos que ficticias? ¡A cuántos originales no convienen tus retratos! ¡Bribones!

G.—¿Y por eso te has de incomodar? este es el mundo, Erasmo. Conozcamos los perversos; ecsaminemos sus facciones morales y políticas, para procurar no parecernos jamas á ellos. Lloremos la flaqueza humana como unos Heráclitos; pero riamos de los males en particular como unos Demócritos. ¿Quién no se lamenta de que el juicio, este Mentor que nos ha dado Dios para qué nos dirija, se halle tan espuesto à perderse, que á veces aun las sensaciones mas ligeras bastan para perturbarlo, y volverlos dementes? Sin embargo, reimos de las ocurrencias estravagantes de los locos; pues lo propio hemos de hacer respecto de los despreciables bichos de que hemos hablado, y de otros de que hablarémos. Destierra, pues, de tu semblante ese aire sombrío, recobra tu jovialidad y mira este vestido, que no parece sino que es para la petimetra mas remilgada. Es un hermosísimo túnico guarnecido de flores dé hortensia. ¿A que no adivinas para quién es?

E.—Supongo que será para alguna señorita que tenga que presentarse en alguna tertulia.

ESCRITORES PUBLICOS.

G.—Nada de eso, es para hombres.

E.—Solamente que sea para un hermafrodita que quiera vestirse de muger.

G.—Así es efectivamente. Este vestido está cortado para ciertos hermafroditas políticos, que han tomado el oficio de módistas. Es para los es-

critores públicos, principalmente para ciertos periodistas. Hay escritores que, perdona la comparacion, son como los caballos, que si los monta cristiano, pelean contra los moros, y si los monta moro, pelean contra los cristianos. Tales escritores, mas bien que gabinetes y bufetes debian tener sus tiendas de modas con sus pulidos mostradores en las calles de Plateros, en donde despacharra escritos segun la moda, como qu e solamente á ella se arreglan para escribir. Està, por ejemplo, de moda la república: se les manda hacer un vestido. —Sí, mi alma, con mucho gusto, responden; y al momento sacan del armazon una pieza de tela llamada *libertad*, toman para adornarlo unas cuantas varas de libertad de imprenta, y unos florones de garantías individuales, y hé ahí el vestido muy brillante. Pasa la moda, y se usa monarquía, ó alguna otra cosa equivalente.—Madama, un vestido á la moda.—Sí, *mi vida*, *tres-volontiers*. Se dirige al otro lado del armazon, saca un buen corte de tela fuerte, aunque no muy fina, que llaman despotismo y para adorno unas cintas ó fajas azules, verdes y moradas, unas flores grandes de oro y plata que parecen charreteras de oficiales, muchos galones y bordados de ambos metales, y queda formado un vestido que bien podia ponérselo el califa de Bagdad en dia de gala.

¿Está en moda atacar al gobierno? Las providencias mas justas se presentan vestidas por se-

mejantes modistas con el ropage de la iniquidad. ¿Está en moda adularlo? Los decretos mas tiránicos y opresivos de la libertad se visten con el trage de la justicia. ¿Está en moda la hipocresía? Todos los escritores salen con sobrepelliz, bonete é hisopo en mano, echando ecsorcismos hasta contra la misma. ¿Está de moda el descaro y el libertinaga? En cada escrito se presenta una Tais.

Si la moda ecsige que se alabe á un tonto, se le reviste de retazos de vidas agenas; ya se le compara con Pitt, Canning, Colbert ó Necker, si pertenece al ramo diplomático; ya se le coge una alforza al vestido de Ciceron, si pertenece á la elocuencia: ya se le calza el sofocleo coturno, si á la poesía &c.; cuando la moda pide que se alabe á un malvado, se forma su vestido de virtudes ó hazañas, de que no solo carece, pero que ni aun es capaz de imitar. Si es soldado, se le acomoda el vestido de Napoleon; si financiero, el del célebre economista Smith ó el de Say; si juez, el de Minos ó Radamanto, y así de los demas.

Si está en moda alabar y adular á los estrangeros, todo el mundo ha de andar barriendo el suelo con túnicos largos á la inglesa, ó descubriendo desde la cintura arriba, con túnicos escotados á la francesa. Si se halla en moda lo nacional, hasta el M. R. arzobispo ha de decir misa pontifical con enaguas de castor, llenas de lentejuela y *rebozo de la Calandria.* Estos son nuestros escritores, y sobre

todos, los periodistas. Mira si no les viene perfectamente una tienda de modas, y el vestido de modista que les he hecho, adornado de hortensias, que son flores que varían el color segun el tiempo, así como aquellos varían sus producciones segun la opinion que está en moda.

Todavía se parecen en otra cosa los escritores á las modistas. No hay una que, que por mas fea, ridícula é incómoda que sea la moda, confiese que lo es; por el contrario, siempre le encuentran alguna bondad y hermosura. Así los escritores: el despotismo es escelente para dar energía á la nacion, concentrar las fuerzas, y hacerla respetable. El sansculotismo es inmejorable para que la plebe adquiera costumbres finas y modales caballerescos; pues como tienen los sansculotes que ocupar puestos visibles, se ven obligados á dejar las calzoneras, zarape y sombrero jarano, tanto del cuerpo como del alma; y tomar el frac, la capa y el sombrero montado, tanto en el alma como en el cuerpo; es decir que sus almas se han de desnudar de los modales que por lo comun son correspondientes á aquel vestido, y tomar los propios á éste. Un ejército numeroso es verdad que se chupa toda la sustancia de los pueblos; pero tambien los hace temibles à sus enemigos. La falta absoluta de tropa es muy conforme á la libertad individual, y ¿qué importa que no haya ni una pequeña escolta para las

diligencias, y que los salteadores roben á los viajantes de los caminos? ¿Hay moda en que los delincuentes queden impunes? Es mejor que suceda esto, que no él que la inocencia se esponga á ser víctima de la calumnia. ¿Hay moda en oprimir al pueblo? La seguridad de éste ecsige aun el sacrificio de la inocencia. ¿Hay libertad inmoderada de imprenta? Protéjase el progreso con la difusion de las luces; sin embargo de que se cometan grandes abusos. ¿Se restringe aquella libertad mas de lo que sufre la razon? Se echa mano de Rousseau, haciendo ver con uno de sus discursos, que la ilustracion sirve mas bien para corromper las costumbres que para mejorarlas, y así de los demas objetos; de suerte, que las obras de una gran parte de nuestros escritores, son polémicas abundantes en que tienen tratados en pro y en contra todos los asuntos políticos, no solo en un mismo tomo, sino en un propio capítulo; porque si les coge la moda en la mitad de uno, procuran concluirlo con arreglo á la presente; así como al vestido viejo se le hace una compostura para que parezca nuevo. De estas raras habilidades, que acaso tú llamarás inconsecuencias, porque ya te conozco, están llenos muchos periódicos. Es un gusto ver à un periodista que ayer estaba acabando de surcir sus hábitos clericales, aparecer hoy de pantalon y paletó; al que estaba concluyendo su vestido de luto, presentarse con el nupcial; á otro que ya no le faltaban sino algunas

puntadas para acabar su hábito de beato de San Francisco, ponérsenos delante con su mameluco y su turbante hecho un turco. ¿No te parecen bien estas modas? ¿No te diviertes con esas variaciones de trages, que nos representan una comedia permanente, en que unos mismos personages hacen todo género de papeles?

E.—No, amigo. Yo no entro en esas modas. Mi alma no se ha de vestir sino del trage que la haya hecho mi razon, sea moderno ó antiguo.

G.—Pues ¡pobre de tí! Te espondrás á que te silbe y ridiculice todo el mundo.

E.—Te responderé á lo Sancho Panza: *Ande yo caliente, y ríase la gente.* Vístame yo como debo, y nada me importa que me critiquen.

G.—Así sucederá probablemente, porque el vestido de hombre de bien se usa tan poco, que ya se hace ridículo el que se lo pone. Veamos este otro.

GENIOS BENEFICOS.

E.—Este es el trage del judío buhonero ó *mercachifle*, como vulgarmente se dice, que saca en la

Urraca ladrona el que desempeña aquel papel. ¿A quién vas á acomodarlo?

G.—A ciertos mercachifles usureros. ¿No has oido que vulgarmente se les llama *judios tristes*? Pues por eso quiero que lleven su vestido con arreglo á su nombre. Mas no trato por ahora de los usureros comunes que prestan y cobran dinero, sino de otra clase de usureros que ponen á réditos sus beneficios.

E.—Esplícate un poco mas, porque no te entiendo.

G.—Hay ciertos genios benéficos, que lo son de nombre solamente y en la apariencia; pero en la realidad son unos comerciantes que venden sus beneficios. Tal hombre rico ó de influjo, proteje á una familia. Admirarás la profusion con que derraman su beneficencia; pero tal es la recompensa que ecsige de la madre ó de la hermana. Aquel pobre casado sustenta á su muger y á sus hijos á espensas de la caridad del Sr. D. Fulano de tal. Mas, no sé qué comezon siente en la cabeza junto á las sienes al salir de su casa, mucho mas si el tal D. Fulano ha quedado en ella, imponiéndose de las necesidades de la familia, con el único y piadoso fin de remediarlas, y con tal motivo se encierra con Madama, porque bien sabes que á nadie gusta que sepan sus necesidades. Ya ves que no puede haber un beneficio mas gratuito que el de sostener una familia, nada mas que por conversar un rato con la señorita; y aún eso tan solo para imponerse de las urgencias de aquella.

Un gefe se pronuncia por la libertad de los pueblos: venga el dinero de los estanquillos, de las aduanas ó receptorías, de las colecturías de diezmos; con algo se ha de mantener á la tropa pronunciada. ¿Las cuentas? Las del gran capitan. En lanzas, palas y azadones, catorce millones. Los pueblos han quedado arruinados; sus ciudadanos hasta sin camisa; *pero libres*. El libertador con uniformes bordados, quitrines, frisones. Es hombre económico: los ahorros de sus sueldos le han proporcionado ese corto capitalillo de ciento ó doscientos mil pesos en un par de meses. Y ¡luego se dirá que no hay genios benéficos en el mundo! ¡Lenguas viperinas! ¿aun os atreveréis á ajustar cuentas y á dar á los ahorros económicos el odioso nombre de robos?

Pues ved à ese otro gefe: á mas de sus ahorros, ecsige una sumision de los libertados aun mayor que la que prestaban en el tiempo de la opresion de que los ha librado; pero esto es por el mismo bien de los pueblos, para que no revolucionen unos con otros, para que se concentre la accion y obre con mas eficacia y energía. Algun funcionario *generoso se desvive* por la felicidad de la nacion: ni come, ni bebe, ni duerme: la suerte de sus conciudadanos ocupa continua y enteramente su pensamiento. Acaso de aquí proviene una suma distraccion respecto de otros objetos, y por esta causa al to-

mar su sueldo, agrega inadvertidamente unos cuantos miles de pesos, como Gil Blas cuando se retiró de casa de D. Matías, luego que éste murió en el desafío, que sobrecogido con el susto, metió *por equivocacion*, en su maleta algunas alhajas de su amo.

Mira aquellos periodistas afanados por ilustrar al público.....

E.—¡Cuidado, Gallo mio, con lo que vas á decir, no te vayas á chamuscar la cola!

G.—Si me quemo, soplaré, y este consejo doy á todos los que se chamusquen con nuestras conversaciones. Mis palabras no son de fuego; si alguno las inflama y se las aplica, ¡buen provecho le haga! Como iba diciendo: ¿ves aquellos periodistas interesados en difundir las luces y en sacrificarse por la ilustracion pública? Pues á fé que si no les dieran tantos reales por sus periódicos los suscritores de la capital, y tantos mas los foráneos, dejarian al respetable público sumergido en las tinieblas del caos, sin que por eso les diera jaqueca de pensar en lo que habian de escribir.

E.—Pero si no tienen proporcion para dar sus periódicos de balde, ¿cómo quieres que á mas de contribuir con su trabajo mental, se arruinen?

G.—Ya se ve que no quiero eso: lo que quiero es, que no vendan á peso de oro al gobierno la adulacion: que no estravíen la opinion pública en lugar de rectificarla, no mas que por vender con

seguridad y sin responsabilidad sus escritos, cuando hay riesgo en escribir en el sentido que se debe: que no corrompan la moral y las costumbres, escribiendo personalidades y calumnias contra ciertas personas que no lo merecen, no mas que por congraciarse con algun potentado, ó porque el mal gusto del pueblo hace que se vendan mejor y se saque mas ganancia de los escritos injuriosos, y mucho mas si se les agrega alguna cosilla ménos honesta. De estos periodistas hablo; porque estos son puntualmente los que mas cacarean su amor al órden, su respeto á la moral, y sus esfuerzos por la reforma de costumbres; beneficios que todos se reducen á escritos de *pane lucrando*, y nada mas. ¿Podrá haber unos beneficios mas útiles y desinteresados?

ENAMORADOS.

E.—No sé qué responderte, pues no atendí mucho á lo último que hablabas, porque me distraje viendo otro vestido. Se parece á los que usaban los antiguos guerreros romanos.

G.—Es en efecto, de esta clase.

E.—¿Qué? ¿Vas á presentar la tragedia de Caton en Utica, de Pompeyo, ó de Catilina?

G.—No, Sr. D. Erasmo: ese vestido es para los enamorados.

E.—¡Para los enamorados! Y ¿de cuando acá los has vuelto guerreros?

G.—Ellos son los que se vuelven. No pensaba yo que fueras tan tonto. ¿Ignoras que Ovidio dejó escrito (*):

Militat omnis amans, et habet sua castra Cupido?

E.—¡Anda con dos mil de á caballo! Con lo que me vas saliendo. ¿Quién habia de adivinar que habian de hacer papel en nuestra conversacion los enamorados? Déjalos que se rasquen con sus uñas.

G.—Mejor es que los rasquemos con las nuestras.

E.—Pero ¿qué, me vas á meter en la cabeza toda la elegía de Ovidio? No te tomes ese trabajo, porque me acuerdo muy bien de ella.

G.—No me juzgues tan necio que te repita lo que sabes; Ovidio manifiesta teóricamente las *simpatías en general* (este es el lenguaje de moda) que hay entre los soldados y los amantes, y yo voy á

(*) *Amorum lib. eleg.*

referirte las observaciones que he hecho en los dias que me has permitido ir por esas calles indagando la vida del prógimo segun la práctica que he visto.

E.—Eso ya es otra cosa: vamos, cuéntame lo que has observado en tu tropa.

G.—En la milicia, lo mismo que en el amor, no se atacan las plazas ni se dan las batallas de un mismo modo, sino segun se presentan las circunstancias y la posicion del enemigo. Hay amantes que solo pueden dar *albazos* y formar emboscadas, lo cual se practica en la Alameda de esta capital á las mil maravillas.

Es imposible ver á la niña á otra hora que no sea entre seis y siete de la mañana, en que ocurre con su mamá, ó su esposo, á la Alameda á hacer ejercicio, antes de que caliente el sol, porque así se lo ha mandado el médico para que se alivie de las convulsiones de nervios que padece. Pues á las seis de la mañana tienes al enemigo en campaña: sombrero de jipijapa, capa con cuello de nutria, chaqueta y pantalon de lienzo, mascada anudada al pescuezo; ya va, ya viene, hasta que se presenta el ejército contrario, compuesto de una vieja y una niña: comienza el tiroteo con los ojos; pasan algunas mañanas en esta fatiga; se conoce que la enemiga va flaqueando; ahora entra bien propoponerle un tratado de amistad y co-

mercio, ¿por dónde? Por entre las rejas del balaustrado, sin que lo sienta la tierra, ó por mejor decir. sin que lo sienta la vieja, porque la tierra muy bien que lo siente; pero á buen seguro que diga *esta boca es mia.*

Las emboscadas se hacen en la misma Alameda al *pardear* la tarde. Cuando ya todos los *gatos son pardos*, se sitúa el ejército agresor entre los árboles inmediatos al lugar de los coches: miéntras de que el marido, ó mamá, está viendo por el postigo de la derecha al globo que sube con rapidez por la atmósfera, ó al presidente de la república, que con igual rapidez pasa por la calle del Hospicio, Madama, ó Mademoiselle se está batiendo á señas por el postigo izquierdo con el enemigo emboscado.

Otras ocasiones se necesita prevenir los ataques del dia con las avanzadas de la noche para observar la posicion del enemigo al dia siguiente. El amante se engasta en la puerta de un zaguan fronterizo al castillo, que sirve de concha á aquella perla oriental: las ocho..... las nueve.....las diez ..... ¿por qué diablos no abrirán la ventana? Las once..... ya no sufro mas: esto es burlarse de los hombres: me la pagará esa ingrata: le he de poner mañana una carta que le han de *chillar las orejas.* Rum, rum, rum: dejemos que pase ese coche que viene allí.....Anda con mil cuernos, y se rasca la mollera, si puntualmente es el

de ella. ¿Quién se acordaba de que mañana es tal santo y fué á dar los dias á su prima? Vaya, la perdono, yo tengo la culpa por desmemoriado: ahora sí es preciso aguardarla, aunque me amanezca aquí: encendamos un puro para que cuando se asomen al balcon sepan que aquí estoy. Dicho y hecho: ahí está ya ese hermoso lucero.

—¡Jesus! qué calor está haciendo!

—Señorita ¿que no va V. á cenar?

—Vayan cenando ustedes: voy para allá; quiero ántes refrescarme un rato, porque me estoy abrasando de calor.

—Pachito....

—Dulce y querida prenda de mi vida,
Vida de una alma que en tu ausencia pena....

—Deja de requiebros, porque me están esperando para cenar: mañana en la misa de diez, en Santa Clara: adios.

Tambien hay batallas á campo raso, ó mejor dirémos á sala rasa, cuando los enemigos se baten de cerca al arma blanca. Entónces por lo regular son indispensables tropas ausiliares: es preciso llevar un amigo que entretenga por el flanco derecho á la mamá ó al marido miéntras que se bate por el izquierdo á la enemiga. A veces no basta un amigo, son necesarios dos para formar una partida de tresillo. ¿No juega V., Pachito?

—No señora: señora soy muy *chambon* y ademas distraido; hago malas jugadas, y me mortifico mucho de hacer que pierda el compañero: jueguen ustedes; entre tanto, si Conchita me hace favor, gustaria mucho de oir las cuadrillas *del Eco*, ó el wals *Gracioso;* vamos al piano, Conchita.

—Toda la tarde he tocado, estoy rendida, hasta las dedos tengo *dormidos*.

—Vamos un ratito no mas.

—Si está el piano tan desafinado.

—A bien que no va V. á tocar para lucir, sino para pasar el rato.

—Vaya: porque no diga V. que me hago de rogar, vamos. Allí fué Troya. Entre las corcheas y semicorcheas, entran los andantes del romanticismo, las fugas de los zelos, y al fin los alegros amorosos.

A veces no hay otro remedio que tomar la plaza por asalto: asestar la artillería de batir contra los balcones, y no perder la oportunidad de abrir brecha. Esta clase de guerra es muy incómoda para el sitiador, porque tiene que sufrir aires, frios y calores al frente de las trincheras enemigas, y si no coecha algun centinela del ejército sitiado, ó inventa alguna estratagema para entrar al castillo, es necesario una paciencia á prueba de aguaceros.

Otras ocasiones, observando la táctica filantrópica, efecto del progreso de las luces del siglo, no se baten los ejércitos dentro de la capital, sino en los campos de Tacubaya, San Angel, Tlalpam,

Churubusco, Mixcoac &c., en donde los lomos de los burros forman el teatro de la guerra. Un paseo en burros es oro en polvo para los enamorados. ¡Cuántas oportunidades para el ataque no presenta! Que se espantó el burro, que no quiere andar,

que tropezó. ¡Ay, ay, que se resbala Conchita! señores, por Dios ¡que se resbala!

—¡Buen susto hemos llevado! Si no llega Pachito tan á tiempo se hace pedazos la cara contra las piedras.

—Todavía no vuelve en su color.

—Pachito, á ver si hay en esos jacales un vaso de agua.

—Aquí está.

—Bébela, mi alma.

—¿Se te pasó el susto? Pues vamos siguiendo.

Suele tambien sorprenderse al enemigo cuando está mas distraido y divertido, como en los bailes, en los banquetes, en el coliseo. Esta es empresa de los cazadores, que han de andar muy listos para asestar un balazo à tiempo al palco número tantos de los segundos: á veces es necesario *un rifle* para alcanzar hasta la cazuela. Debe tambien el buen cazador estar muy listo al entrar y salir de los palcos, subir y bajar las escaleras, bajar y subir al coche.

—Se atoró el túnico de Conchita en el estribo del coche al bajar: si no le doy la mano y en ella un papelito muy bien doblado que llevaba á prevencion, se hace pedazos la cara contra el entarimado. ¡De buena se escapó Conchita!

E.—Y dime: ¿No hay combates navales en esas guerras?

G.—¡Y cómo que los hay! En la Viga y sus islas adyacentes, Santanita, Jamaica, Ixtacalco &c. Se embarcan en el puente del *embarcadero* á las cuatro de la tarde: los músicos ocupan la popa del barco, Conchita y las demas niñas en medio: Pachito está muy disimulado allá léjos: se desplegan

las velas y comienza la navegacion: llegan á Ixtacalco: Pachito, á fuer de caballero cortes y comedido, salta el primero á tierra para dar la mano á las señoras: llega su turno á Conchita; ¡qué resbaloso està el suelo; ay! que me caigo! Por poco va á dar al agua: si Pachito no la saca de la canoa casi en brazos, se ahoga infaliblemente; pero ya pasó el susto.

—Unas cuadrillitas en el campo.

Aquí comienza el tiroteo pausado é interrumpido segun las oportunidades: tortitas compuestas para merendar, coronas de rosas con que ceñir la frente de Conchita: la que tocó á esta, ofrecida por Pachito, se compone de amapolas blancas y rosas encarnadas.

—La pureza de mis intenciones y el fuego de mi amor, ¡eh! Conchita?

Cañonazo.

—Ya tocaron las oraciones y la noche está algo oscura.

—Hachones de brea.

—A embarcar.

—Cuida, niña, no te vuelvas á caer.

—Si ya sabe V., mamá, que soy muy inútil para brincar.

Dicho y hecho.

—Allá va el resbalon: pero salió con bien, lo mismo que ántes.

—Vámonos, muchachos.

—Vámonos, *siñor amo*, dicen los remeros.

—Conchita, ahí la han de salpicar á V. de agua con los remos.

—¿A ver? Jesus! si tengo el tūnico empapado.

—Venga V. por acá junto á los músicos.

—Sí, sí, porque estos remeros me bañan de piés á cabeza.

—Siéntate, Conchita, junto á Pachito.

—Batallones: por compañías, fuego graneado: ¿ei?

Ya ni los enemigos se entienden segun se ha trabado la pelea.

Por aquí un regimiento de zelos se bate con la mas horrible desesperacion: por allí una brigada de ausencia ecshala tristemente el último suspiro: por allá viene en su ausilio una columna cerrada de promesas y juramentos.... que aquí entre nos, raras veces se cumplen; pues tambien se parecen las guerras amorosas á las verdaderas, en que por lo regular los *tratados* se quedan escritos, y nada mas. ¡Pobres de los que se fian de ellos!

E.—Esto no es cosa nueva: bien te acordarás de que Metastasio ha dicho:

E la fede degli amanti
Come l'Araba fenice:

Che vi sia, ciascum lo dice;
Dove sia, nessum lo sea (*).

Y otro poeta latino aseguró bajo su palabra de honor que

Jupiter ex alto perjuria ridet amantum.

G.—Déjate de latines, y sigue sacando del cajon lo que encuentres.

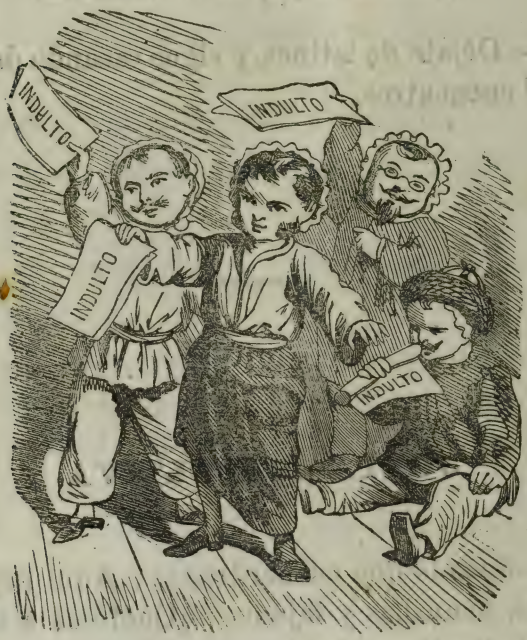
JUNTA CONSULTIVA.

E.—Saco lo que encuentro.... Aquí hay unos pañales, mantillas y fajeros. ¿Qué? vas á ser padrino de bautismo de algun niño? Ya se ve, como acabamos de hablar de enamorados, no es mucho que resulten chiquillos.

G.—No, señor; ántes esos aderezos son para unas criaturas que no han recibido ese sacramen-

(*) *Demetrio att.* 2. *sc.* 3.

to, y están en el limbo sin pena ni gloria. Ellos no son hijos del amor, sino del patriotismo. Hay aquí cierta junta que no tiene nombre característico dado de oficio, sino que convencionalmente se llama *consultiva*. Ella ni *suena*, ni *truena:* está



como te he dicho, lo propio que los niños del limbo, sin pena ni gloria, porque ni ecsige, ni le ecsigen responsabilidad alguna; tampoco premia ni la premian.

E.—Pero, ¿cómo dices que no tiene nombre, pues no se llama junta?

G.—Ese es un nombre genérico: mas no especial que la de signé. Te contaré un cuento. Llegó un caminante á un rancho, y encontró en la puerta de la casa una multitud de perros, y preguntó al dueño, ¿por qué tenia tantos? Respondió: Señor, todos tienen su ocupacion y sirven para algo: este es de presa, ese perdiguero, aquel es el mastin que cuida al ganado, el otro la huerta, estotro la azotea. Y ¿éste? preguntó el caminante. No hallando oficio que darle el dueño, contestó: Este.... este.... este.... no es mas que perro. Aplique V. el cuento aunque es mala la *comparancia*, como dice la gente vulgar. Hay junta de hacienda, junta de ministros, junta lancasteriana, junta de gobierno de San Ildefonso, junta del Hospicio, junta de San Gregorio, &c.; pero la junta de que hablamos no es mas que junta.

Yo quisiera bautizarla: mas en primer lugar no soy el cura facultado para ello: en segundo no es muy fácil caracterizarla, porque si se deduce el nombre de su ocupacion principal, deberia llamarse *indúltera*, pues casi de lo único que se ocupa es de consultar sobre solicitudesde indultos. Pero ya me ocurre una idea. Ella es hija de Tacubaya, y si el plan regenerador, por esa razon se llama y es conocido con la denominacion de plan de Tacubaya, ¿por qué no se ha de dar igual denominacion á la

junta? Mas seria bueno buscar un nombre bonito que manifestara ese concepto.

E.—Compon un patronímico sonoro y significativo, y está vencida la dificultad.

G.—Perfectamente dicho. ¿La llamarémos tacubayaides á la griega, tacubayason á la inglesa, ó tacubayadez á la española? Pues ya sabes que esas terminaciones son notas de patronímicos en sus respectivos idiomas, que equivalen á *hijo de;* así que Tantálides es lo mismo que hijas de Tàntalo; Robertson, hijo de Roberto; Alvarez, hijo de Alvaro. No, no, ninguno de esos patronímicos me gusta: ya me ocurre otro mejor que todos: *Mac-Tacubaya* á la escocesa. ¿No te parece bien?

E.—Lo que me parece es, que ensartas mas que Sancho Panza.

G.—Perdona, amigo mio: como llevo tantos dias de estar con el pico callado, he venido esta noche con ganas de hablar. Y, dispensa mi pregunta: tú que estas instruido en los acontecimientos políticos actuales, ¿quién y hasta cuándo sacará del limbo á esas criaturas?

E.—La constitucion: pues luego que esta se forme y ponga en práctica, vendrá el senado, consejo ó cualquiera otra cosa que sustituya la junta, acabó Mac-Tacubaya su mision, y se retirará á descansar por los siglos de los siglos.

G.—¡Hu, hu, qué largo va eso! Con que apénas hanacido el congreso constituyente, que es el Me-

sías político de la nacion mexicana, que ha de consumar la regeneracion de este pais, vaticinada por los profetas tambien políticos, y deseada de los patriarcas liberales, tú dirás *¿cuándo llegará ese cuándo?*

E.—Con paciencia y constancia en el trabajo todo se alcanza.

G.—Y si ántes que el niño empiece á hacer *pininos*, hay una revolucion, se aparece un Herodes, degüella al tierno infante, ó le obliga á esconderse en Egipto, ¿qué sucederá?

E.—*Ad imposibile uemo tenetur*, dicen los moralistas y los filósofos; pero no tengas miedo de que tal cosa acontezca, pues miéntras que el supremo gobierno provisional lo tome *sub umbra alarum suarum*, estará el congreso constituyente tan seguro como dentro de un baul.

G.—Pues yo, la verdad, te confieso ingenuamente que he temido mucho por esa corporacion legislativa, y por lo mismo me he prevenido de estos arneses para vestir á sus individuos. Vé sacando del cajon.

DIPUTADOS.

E.—Una cota de malla, un peto, un morrion, un escudo, una espada, una lanza. ¿Qué vas á vestir algunos fariseos para la Semana Santa?

G.—Qué Semana Santa, ni qué fariseos. Católicos cristianos, apostólicos romanos, son los que

han de cubrirse con esa armadura, y aun puede ser que tú la necesites.

E.—¿Yo? Dios me libre, sobre que no hay cosa que aborrezca mas que las batallas sean campales ó navales; y he hecho juramento por la laguna Estigia de no reñir con nadie, no digo con espada ó lanza, pero ni á talegazos: ya verás si querré meterme en la vejez á caballero andante de la tris te figura.

G.—*Nadie diga zape hasta que no escape.* Acuérdate que decia ese mismo Sancho Panza con quien poco ha me comparaste: *si un gato acosado se vuelve un leon, yo que soy hombre, sabe Dios qué me volveré.* Ademas, los diputados que quieran cumplir con su obligacion, se han de ver preci sado aun á su pesar, á sostener fuertes ataques: ya tendrán que resistir á *Ginesillo de Parapilla*, y á la caterva de galeotes, ó sansculotes, que todo es lo mismo; ya se verán obligados á acometer á algun *caballero de los Espejos*, á toda la aristocracia y á muchos militares ecsaltados; ya será indispensable que ataquen à unos gigantazos emprendedores, tan grandes como molinos de viento; unas veces será preciso que se opongan á los follones, malandrines y encantadores que traten de paralizar sus trabajos, y tenerlos como encantados, así como á Lanzarote en la cueva de Montesinos: otras se batirán con ejércitos de intrigas que se agolparán en tanto

número que parecerán manadas de carneros: en fin, acaso tendrán que habérselas con álgun rey Marsilio de Sansueña y toda su morisma, que trate de robarse á la hermosa Melisendra, y dejar á D. Gaiferos tocando tabletas, ó lo que es lo propio, ar rebatar al pueblo la constitucion que se le dé, y dejarlo á buenas noches. Esto es si ántes no se presenta en la palestra algun caballero de la Blanca luna, que venciendo en desigual pelea al caballero del *constituyente poder*, le obligue cuando ménos á que guarde clausura en su casa por un siglo, en el que no pueda entrar en lides políticas con nadie.

E.—Eres muy pícaro, Gallito. Descuídate, y cuando acuerdes te encuentras entre las uñas de un gavilan, cantando *victoria*, como el perico de cierto cuento bastante sabido.

G.—El Dios que libró á Daniel de los leones, me librará de los gavilanes, y si su Magestad permite que padezca, *fiat voluntas sua.* Lo único que te encargo para este segundo caso, que Dios no permita, es que hagas mi artículo biográfico, el que terminará con una elegía en que apure la musa Fidel, y que todo lo imprima mi amarrador en el *Siglo XIX*, con su correspondiente viñeta, en que haya pirámide, perro, urna, sauz ó cipres, y una jóven llorando; acuérdate bien que ha de ser jóven, porque declaro y es mi voluntad en este tes-

tamento, que no quiero cotorrona, no quiero, ni en mi cenotafio, ni en mi biografia, ni en nada que me pertenezca.

E.—No está malo el albaceazgo que me dejas, y que Dios permita que no me vea jamas en caso de desempeñarlo; pero no hablemos ahora de muerte, sino de regeneracion y de vida. ¿Qué sistema de gobierno te parece que convendria mejor á nuestra nacion?

G.—¡Conque te dije al principio que no estaba templado á lo político, ni diplomático, y me haces esa pregunta! Sin embargo, para que no me tengas por impolítico, te contestaré alguna cosa, aunque sea así no mas por encima. Para mí cualquier gobierno es bueno, sin esceptuar el monárquico-despótico-tiránico-absoluto.

E.—Ahora sí que me has escandalizado. No esperaba yo oir de la boca de Pitágoras semejante proposicion.

G.—¡Qué fácil eres para escandalizarte! Pregunta el por qué de las cosas, y verás cuántos escándalos te ahorras. Poniendo una condicion á cada forma de gobierno, cualquiera es escelente.

E.—Pues ¿qué condicion pones al federal?

G.—Que no haya sansculotes, ni demagogos, que se evite la ecsaltacion y se trabaje por situarse en el justo medio; sin que la accion de las partes

integrantes se inutilice con la de toda la asociacion, ni ésta se perjudique con aquella.

E.—Bueno: ¿y al central?

G.—Que no haya oligarquía, ni mas tropa que la muy necesaria para guardar los puertos y las fronteras; y contrayéndome á tu nacion, que la residencia de los poderes supremos fuese en un punto central respecto del territorio poblado, como en Celaya, Silao, ú otro pueblo inmediato; proyecto que no es mio, sino de políticos antiguos, anteriores à nuestra independencia.

E.—No está malo. Pero ¿qué condiciones pones al sistema monárquico-despótico-tiránico-absoluto?

G.—¡Oh! una inmejorable. Escúchame con paciencia. En una obra titulada *Las mil y una noches*, se refiere un cuento oriental que se lee en una obra persa, cuyo título es el *Trono encantado.* Allí, pues, se dice (*), que los habitantes de una ciudad de esa nacion eran atormentados por un mal genio, que les causaba muchos males, oprimiéndolos sin cesar de dia y de noche. Aquellos ciudadanos procuraron aplacarlo de todos los modos posibles; pero fué inútil, hasta que estrechados de las circunstancias, celebraron con él la transac-

(*) *Pantheon litteraire.*—Les mille et une nuits, pág. 8, en la nota.

cion siguiente. Habian de nombrar diariamente un rey, el que reinaba por un solo dia, empleándolo en arreglar los asuntos del gobierno; pero en llegando la noche se lo comia el genio. A la mañana se elegia otro rey, que gobernaba por el dia y era comido á la noche, y así sucesivamente. Esta seria la condicion que yo pusiera al monarca. Mira qué bagatela.

E.—No es nada la condicion, y ménos si te tocaba ser uno de los reyes comidos por el *Coco.*

G.—¡Qué disparate! ¿Cómo me habia de tocar ser rey? Eso se queda para los magnates. Comenzaria la escala por los mas elevados; y gracias á la suma fertilidad de tu nacion en producirlos, primero tú y yo moririamos de viejos, que nos llegara nuestro turno de reinar y descender á la barriga del *Coco.* Considera no mas ¿qué son 365 reyes comidos en un año, para tanta multitud de próceres, beneméritos, héroes, generales impávidos y Napoleoncicos que tenemos? Nada: como *quien le quita un pelo á un buey.*

E.—Esa medida seria en perjuicio de la poblacion.

G.—No, porque uno que muere, ¿qué es respecto de tantos que nacen? Ademas, que esa muerte redunda en servicio y bien de la nacion. ¡Quizá las vidas de sus hijos se han sacrificado muchas veces ménos útilmente! Por otra parte: yo podria mode-

rar la condicion propuesta. Con solo seis meses que estuviera vigente, puede ser que no necesitara tu nacion de otra cosa para quedar en paz por toda la eternidad.

E.—Amen. Mas dime, ¿qué pecado han cometido las mugeres que no le has hecho un túnico siquiera. Andarán desnudas por esas calles. ¿No ves que esto seria contra la moral pública?

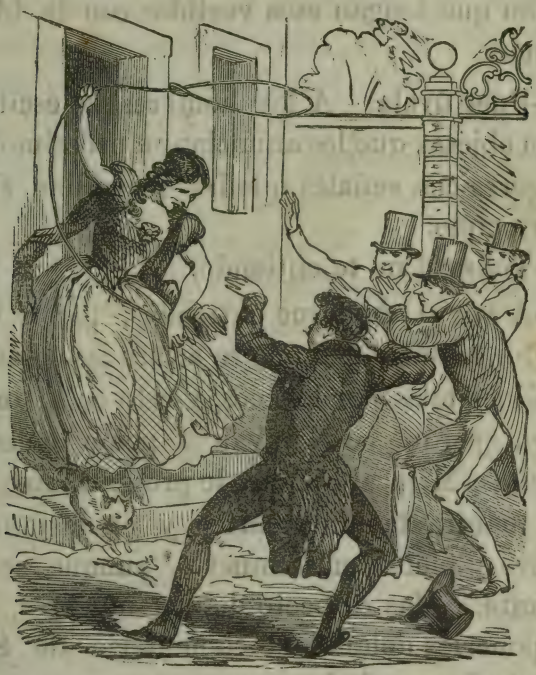
VIEJAS REMILGADAS.

G.—¡Toma. Cómo las habia de dejar como unas Evas! Seria la mayor falta qne podria cometer un gallo generoso. Mete la mano por ese otro lado del cajon y ve sacando.

E.—Aquí salen unas enaguas de tela, un tontillo, unas medias encarnadas y unos zapatos de *palillos.* ¿Qué vas á vestir algunas ninfas de los tiempos del rey Perico?

G.—Cabalmente: este es el trage que conviene á mis *nanitas cstorronas*, las que apénas se acuer-

dan de la época en que logramos nuestra independencia; las que allá muy en confuso se acuerdan del Sr. Iturbide, siendo así que en aquel tiempo no solo eran *casaderas* sino aun *viuderas*. Pero sobre que han dado en que todavía no les obliga el ayu-



no, porque no tienen veintiun años cumplidos: ¿qué hemos de hacer con ellas? No hay otro remedio sino vestirlas con el trage que llevaban siendo niñas. En esto se practica una verdadera obra de caridad y de religion.

E.—¿Qué tienen que ver la religion y la caridad con esos trages?

G.—¿Qué? El recuerdo saludable de la muerte, recuerdo que es el freno de los vicios, y el estímulo para la virtud.

E.—Muy moral estás; pero no encuentro la conecsion que tengan esos vestidos con la idea de la muerte.

G.—Pues óyela. A los hombres se escita esa idea con objetos que les anuncian su prócsimo fin: á las mugeres con señales que les recuerdan su remoto principio.

E.—Todavía no te entiendo.

G.—A ver si ahora me entiendes; ¡buen tonto eres! Es necesario que uno te aclare las cosas hasta introducírtelas por los ojos, y esto es lo que yo no queria, porque no se vayan á poner coloradas mis *nanitas*. Mira, al hombre le presentás una mortaja, le manifiestas un sepulcro, y al instante se conmueve y piensa en la muerte, aunque sea por un instante. Mas respecto de las mugeres, bien podias ponerles delante el cementerio de Santa Paula entero y verdadero, no podrias conseguirlo porque como niegan la partida, no hay modo de ajustar la cuenta. Vaya, dicen, con lo que me sale el padre predicador, con que me acuerde de la muerte, ahora que apénas comienzo á vivir. Háganse esas reflecsiones á las viejas que ya tienen

un pié en el sepulcro, y el otro en un *pan de jabon;* pero á mí, que ayer estaba con el silabario en la mano, ¡no faltaba mas, sino que vinieran á entristecerme en la flor de mi juventud!

¿Qué remedio queda al padre predicador, sino adoptar un órden retrógrado; y en lugar de Crucifijo ó calavera, tomar en las manos ese vestido que sacaste del cajon, y esclamar: Mira, cotorrona empedernida, los adornos que te pusiste el dia de tu boda. ¿No te acuerdas que en tal época (como por ejemplo, cuando vino de virey Revillagigedo, el año del *hambre*, del *cocolixtle*, ó de la última inundacion) estabas recien casada? No te acuerdas que fuiste madrina de bautismo de tata Fulano, que ya està chocheando, y de nana Citana, que ya tiene la cabeza blanca, blanca, porque no se tiñe las canas como tú: y todavía asegurarás que no haces memoria de la época en que comenzó la independencia de México, ni del caudillo que la consiguió? Saca por ahí la cuenta de lo que has vivido, ya que no quieres pensar en lo poco que te falta que vivir, pues todo sale allá..... ¿Qué te parece el sermon?

E.—Escelente: mejor que los de Bourdaloue ó Masillon.

G.—Falta, falta la parte política del vestido.

E.—¿Qué parte política?

G.—Sí: los zapatos de palillos.

E.—¿Qué tienen que ver los zapatos de palillos con la política?

G.—¿Cómo que tienen que ver? Nada ménos que evitar casamientos disparatados.

E.—Cada vez me confundes mas con tus cosas.

G.—Para que no te confundas, te diré, que llevando todas las cotorronas palillos, harán mucho ruido al andar; y luego qne los jóvenes incautos lo perciban, instruidos ya por mis sanos consejos, echarán á correr y se meterán en cualquiera parte, así como los ratones se esconden en el primer agujero que encuentran luego que oyen maullar à un gato: porque, amigo, la comparacion es esacta: lo mismo es un jóven sencillo en manos de una cotorrona, que un raton en las uñas de un gato.

CASADAS.

E.—Bien arañados sean una vez que son tontos..... ¿Mas, qué significa ese vestido de muger á la inglesa, y esa soga? ¿Vas á salir de penitente en la procesion de desagravios?

G.—No señor. Este es el adorno de las casadas.

E.—¡Bonito adorno! ¡Muy buena soguilla de perlas para un cuello delicado!

G.—Te diré lo que esto significa. En la culta

Inglaterra vendian los maridos á sus mugeres que les salian maulas, y aunque niegan los ingleses que esto se haya usado en los tiempos del progreso, todavía se usaba en el año de 1818. Oye lo que escribe una francesa residente en Inglaterra en di-

cho año, á una amiga suya residente en Paris (*).
" No vengais á Inglaterra, mi querida amiga: aquí
" se vende á las mugeres; esta es una verdad in-
" contestable, yo lo he visto. Se me avisó hace
" dos dias que iba á haber una venta de esas en
" Smithfields. Deseaba ver una, porque habien-
" do hablado con varios ingleses sobre este asunto,
" negaban la verdad de un hecho, que coloca á la
" muger en la posicion degradante de una bestia
" de carga; costumbre que aseguraban hallarse
" abolida, y que solo habia tenido lugar en los
" tiempos de barbarie. Todavía me encontraba
" dudosa sobre lo que habia de creer acerca de es-
" to, cuando se presentó un marinero que traia es-
" tirando á su muger de una especie de almarti-
" gon. Yo lo he visto, os repito, y fué comprada
" públicamente en tres shellings. Mucha gente
" concurrió á esta venta: cuando llegaron los ma-
" gistrados con objeto de impedirla, ya era tarde.
" El comprador está obligado á alimentar á la mu-
" ger, y á tener cuidado que nada le falte. Este
" y el vendedor se dirigieron á una taberna, donde
" sellaron el contrato, bebiendo aguardiente y cer-
" veza.» ¿Esperabas este rasgo de filantropía de los filósofos y pensadores isleños?

(*) *Lettres sur l'Angleterre, ou deux annés à Londres, par Mad. M. D'Avot.*

E.—Algo habia oido decir; mas suponia que fueran en efecto costumbres de los tiempos de *Rob-Roy*, y no de estos de las luces.

G.—Para que veas, que *donde uno menos piensa, salta la liebre.* Ajustemos ahora el vestido á las que les vengan. Bien sabes que segun las cuentas de Boileau, habia en Paris tres mugeres honradas (*). Tampoco ignoras que por grande que sea la corrupcion en México, no llega ni con mucho à la de Paris: conque si allá habia tres casadas honestas, no será juicio temerario asegurar que aquí habrá treinta. De aquí es que rebaja esa cantidad de la suma de matrimonios; si á todos los maridos que tienen mugeres maulas, se pusiese en la cabeza venderlas en un mismo dia, y cada una se dirigiera á la plaza con su soga al cuello, pareceria sin duda que de todas partes se encaminaba hácia el mercado una procesion de penitencia; y mas si ellas iban, como es muy natural que fueran con las caritas compungidas y los ojos bajos.

E.—Dejemos ese espectáculo tan triste, y pasemos á otros que nos diviertan:

(*) *Satire X.*

NIÑAS.

G.—Muy bien dicho. Hé aquí un vestido precioso de mucha vista, compuesto de alas de mariposa.

E.—Ciertamente que está muy lucido, ¿y para quién es?

G.— Para ciertas niñas cuyas caras parecen unas rosas de Castilla, sus cuellos y pulmones de

alabastro; sin embargo, se les puede aplicar en toda la estension de la palabra el primer cuarteto de un soneto, de Lupercio Leonardo de Argensola, que dice:

Yo os quiero confesar, D. Juan, primero
Que aquel blanco y carmin de Doña Elvira,
No tiene de ella mas si bien se mira,
Que el haberle costado su dinero.

Hay algunas hermosuras que son como las mariposas. Estas fueron antes feos gusanos, y ahora desplegan en el aire sus vistosas alas. Así hoy muchas bellas, que se acuestan pálidas momias, y se levantan Venus rozagantes. Seria bueno para no llevar un chasco pesado con estas bellezas de *leche virginal y aceite de Venus*, hacer en sus caras lo que hacen los marchantes con las *indianillas*, que les lavan un pedacito y lo ponen á secar al sol para ver si se destiñe.

E.—¡Qué pocas hermosuras habian de salir con bien de esta prueba! Pero, ¿qué significa esto? Aquí voy sacando un vestido muy gracioso y sencillo, en que viene envuelta una talega vacia.

G.—Esta talega es para que sirva de *ridículo* á la dueña de ese vestido.

E.—¿Cómo ha de llevar una señorita en la mano un costal?

G.—Muy bien; porque es el utensilio que mas

les acomoda, y de que tienen mayor necesidad que de otra cosa. Hay niñas que se enamoran del dinero y no de las personas.

E.—Pero dime, Gallo mio, ¿repruebas acaso que una señorita indague si su amante tiene ó no proporciones para mantenerla? ¿Han de preferir siempre á Basilio el pobre respecto de Camacho el rico, aunque se mueran de hambre? ¿Ignoras que la pobreza es el mas temible escollo en que naufragan los matrimonios?

G.—Nada de eso ignoro: y no repruebo las medidas prudentes para asegurar la subsistencia, haciéndola compatible con el amor; lo que detesto y detestaré eternamente, es la conducta de ciertas personitas, que por esplicarme así, mas bien se venden que se casan; es decir, que al elegir ó aceptar un novio ponen la mira en su dinero, sin pararse en que sea viejo ó mozo, feo ó de buena presencia, nécio ó instruido, de modales finos ó groseros, de bueno ó mal génio; esto es, repito, lo que repruebo y abomino: y no sé cómo hay hombres que se prenden de esas niñas interesables, que no tienen otro resorte para contraer sus compromisos amorosos que el dinero, de suerte que no parece sino que tienen escrita en su corazon aquella letrilla de Quevedo, que dice:

Madre, yo al oro me humillo,
El es mi amante y mi amado,
Pues de puro enamorado
De continuo anda amarillo:
Que pues doblon ó sencillo
Hace todo cuanto quiero,
Poderoso caballero
Es *Don Dinero.*

E.—No levantes tanta golilla: cálmate un poco. ¿Para quién es este vestido *mason?*

G.—Para las viudas: es un vestido de luto.

E.—¡Cómo ha de ser de luto, si su color es mezclado de encarnado y negro!

G.—Ese es precisamente el color del luto, ó mejor diré, del gali-luto, que visten ciertas viuditas frescas, que en una mano tienen la urna con las cenizas del difunto, y en lo otra la antorcha de himeneo; á las que les viene como anillo al dedo aquella letrilla, no me acuerdo de quién, que dice:

Que la viuda dé un gemido
Por la muerte del marido,
Ya lo veo:
Pero que ella no se ria,
Si otro se ofrece en el dia,
No lo creo.

E.—¡Pobres mugeres! ¡Cómo las has puesto! Y debieras considerar que al cabo, tengan los defectos que tuvieren, mal nos va con ellas, y peor sin

ellas. El amor es el alma que vivifica y sostiene el universo. ¿Qué seria de los hombres sin el amor? Y ¿cómo podria haber amor sin objetos que lo escitaran? Dijo perfectamente Ercilla cuando escribió (*).

¿Qué cesa puede haber sin amor buena?
¿Qué verso sin amor dará contento?
¿Dónde jamas se ha visto rica vena,
Que no tenga de amor su nacimiento?
No se puede llamar materia llena,
La que de amor no tiene el fundamento.
Los contentos, los gustos, los cuidados,
Son, si no son de amor, como pintados.

G.—¡Hola! tatita, ¿con que todavía *se te menea un pié?* Cnando yr te creí fuera de combate, ¿irémos viendo que estás mal ferido de punta de amor No faltaba mas para que te hicieran una burla muy merecida los enamorados, y principalmente tus enemigas capitales las cotorronas. ¿Cómo se bañarian en *agua rosada*, diciendo que te habia cantado el gallo en la mano?

E.—A buen seguro que yo les dé este gusto. Conozco bien mi posicion, y no quiero incurrir en el anatema que fulminé contra ellas al principio de nuestra conversacion. Por lo mismo que estoy fuera de combate, me hallo en estado de juzgar del

(*) *Araucana.*

amor á sangre fria, y confesar que en todos los tiempos y naciones se ha de verificar aquella sentencia de nuestro padre Adan: *Por esta* (hablando de la muger) *dejará el hombre á su padre y á su madre.* ¡Feliz del que encuentra una consorte que le endulce las amarguras de la vida!

G.—Has hablado perfectamente. ¿Quién se atreverá á negar que tienes razon? En efecto, de las mugeres dependen casi esclusivamente nuestros placeres y nuestros pesares: por lo mismo querria yo que todas fueran escelentes muchachas; porque así como una buena muger contribuye á nuestra felicidad, así una mala contribuye á nuestra desgracia. Bien espresó esta idea Lope de Vega, en un soneto que voy á referirte para empatarte tu octava de Ercilla, porque no me gusta quedar á deber á nada nadie.

Es la muger del hombre lo mas bueno:
Es la muger del hombre lo mas malo:
Su vida suele ser y su regalo;
Su muerte suele ser y su veneno.

Es vaso de bondad y virtud lleno;
A un áspid libio su ponzoña igualo:
Por bueno al mundo su valor señalo;
Por falso al mundo su valor condeno.

Ella nos da su sangre, ella nos cria:
No ha hecho el cielo cosa mas ingrata:
Es un ángel y à veces una harpìa.

Tan presto tiene amor, como maltrata:
Es la muger en fin, como sangría,
Que á veces da salud y á veces mata.—Dixi.

E.—Yo tambien digo que ya es muy tarde. Está de Dios que nos hemos de desvelar siempre que platicamos. Ya se ve, ¡si ensartas mas que Sancho!

G.—Ya se ve, ¡si preguntas mas que un catecismo! Si no quieren que hable, tú, y otros como tú, que no me dén motivo para hablar, ni me busquen el pico.

E.—Dios te lo guarde para diversion mia y castigo del prójimo. Ahí volverémos á vernos una noche de estas.

G.—Cuando quieras, pues ya sabes que estoy á tus órdenes, pronto á cantar en canto llano ó en contra punto, como gustes, porque *al buen pagador no le duelen prendas.*

IV.

EL CONGRESO DE LOS DIOSES.

Sres. editores del *Siglo XIX.*—Su casa, Mayo 24 de 1843.—Mis muy apreciables Sres.—Me acaba de suceder un caso estupendo, y tanto, que quizá nadie habrá que lo crea, si no son vdes., á quienes la esperiencia y observacion ha enseñado á ver los mas raros fenómenos, sin las prevenciones de la ignorancia, y con la sensatez de la sabiduría y prudencia. Vdes., pues, darán al hecho que voy á referir, la fé que merezca ante el tribunal de la razon, y si juzgaren que es acreedor á alguna, á juicio de los hombres sensatos, les suplica que le den un lugar en las columnas de su estimable periódico, su afectísimo servidor Q. B. SS. MM.—*Erasmo Lujan.*

Hay algunas personas á quienes la filosofía llama patriotas, y el egoismo necias, que se afectan de las cosas públicas en gran manera, *sin que les vaya nada en el gallo*, como suele decirse. Yo soy uno de esos necios ó patriotas, y por mas que me esfuerzo á hacer *orejas de mercader* á cuanto oigo, no puedo prescindir de apurarme demasiado, cuando veo que las cosas no van como yo deseo. Es verdad que no deja de influir algo en mi apuracion la bagatela de estarme muriendo de hambre en compañía de mi familia, pues tengo la indecible felicidad de pertenecer á los empleados del ramo judicial, con lo que ya está dicho que soy el antípoda de Creso, pues cada uno de nosotros los consabidos empleados, puede esclamar con toda esactitud: *Iro pauperior*. Si no lo quisiere creer alguna persona, ahí está la suprema corte de justicia y marcial, los tribunales superiores todos de la república, incluso el de México, los juzgados de primera instancia, &c., que no me dejarán mentir. Sin embargo, yo tengo la desgracia de ser uno de aquellos tontos rematados que á veces no escuhan el gruñido de sus tripas vacías con que claman por alimento, ocupados, ó mejor diré, estasiados en la consideracion de los males de la patria.

Una noche, en que se habia apoderado fuertemente de mí el *spleen* patriótico, con motivo de las ocurrencias de estos dias, y no tenia en la cabeza

otra cosa que denuncias, prisiones, pronunciamientos del Sur y de otras partes, guerras de Yucatan y Tejas, contribuciones, préstamo forzoso, miseria universal, alarma, &c. &c., me paseaba pensativo y cabizbajo por la banqueta del atrio de esta ca-

tedral, reconcentrado de tal modo en mis tristes ideas, que ni veía, ni oía lo que pasaba junto de mí. Me sacó de este écstasis un jóven muy bien parecido, que me tomó por el brazo, me detuvo y me dijo: sígame vd. porque tengo que comunicarle cosas importantes. Yo, que aunque no tengo largos bi-

gotes, ni ando acompañado de un sable perdurable con vaina de acero, ni cargo cachorros fulminantes, y ni aun siquiera un cortaplumas, no dejo de tener alguna presencia de ánimo, le pregunté con voz firme:—Vd. ¿quién es y á donde me quiere conducir?—Eso lo sabrá vd. dentro de poco—me contestó.

Varias fueron las ideas que me asaltaron en aquel momento. ¡Si será un denunciante....! ¡Si será un conspirador .....! ¡Si será un oficial que vendrá con sus tres ó cuatro soldados disfrazados á retaguardia para conducirme á la cárcel llamada de la *Acordada*, ó á algun cuartel ó aposento de palacio, en donde las cosas importantes que tenga que decirme sean que quedo preso, incomunicado y con centinela de vista hasta nueva órden!.... Qué haré? Si doy voces, se reune gente, y si no es nada de lo que he pensado, sino alguna friolera, me pongo en ridículo, pues me reputarán por un cobarde espantadizo: si me viene á prender, hago público el hecho: pues lo mejor será hacer de tripas corazon, y seguir á este jóven, mucho mas cuando su aspecto interesa en su favor.—Vamos, le dije, y al instante tomamos la calle de la Moneda.

La anduvimos toda, la que sigue, la otra, de suerte que ya poco nos faltaba para entrar en el llano de San Lázaro. Mis temores se aumentaban á cada momento, y ya imaginaba que era un ladron,

que me sacaba à despoblado para robarme impunemente. Yo, como he dicho, iba desarmado del todo; pero él llevaba en la mano un bastoncito con unos que parecian cordones gruesos, enredados en él. Embebido en estos pensamientos, y sin determinarme á nada, caminaba maquinalmente, de manera, que, casi sin echarlo de ver nos hallamos en despoblado.

Entónces se detuvo y me dijo:

—Hemos venido de este modo para no llamar la atencion del público; pero ahora es necesario que caminemos de otro; porque tenemos que andar algunas leguas èn pocos minutos, y lo primero que hemos de hacer, es salir de la garita sin que nos vean los guardas: esta es una cosa muy fácil, pues si los comerciantes meten y sacan *por alto* unos tercios que hacen mas bulto que nosotros, ¿cómo no he de poder hacer yo otro tanto, que soy el Dios de ellos?

—Peor está que estaba, dije paro mi sayo, sin duda he dado en manos de algun loco. ¿Qué será de mí?

Pero ¡cuál seria mi admiracion cuando ví que aquel jóven se calzó una especie de coturnos, que tenian unas alas á los lados, me tocó el hombro con su varita, y tomándome en brazos, al momento echamos á volar por la atmósfera con mas rapidéz que la de una águila! La sorpresa, la velo-

cidad con que hendiamos los aires, no me permitian aún resollar, ni mucho ménos pedir á mi conductor esplicaciones de todo lo que me pasaba. Habriamos caminado á mi parecer dos ó tres minutos, cuando tomamos tierra: recobré el aliento, dirigí la vista á todas partes, y me hallé sobre un suelo tan sóli- y blanco, que me pareció una roca de alabastro: por todos lados me veia rodeado de una llanura muy profunda y tan estensa que se perdia en el horizonte: sobre ella, pero bajo del nivel de mis piés, rodaban en la atmósfera á diversas distancias unas nubes tan blancas, que figuraban copos de algodon cardado. Mi conductor observaba mi admiracion, y parecia que se divertia con ella. Permanecimos un rato en silencio, y al fin lo rompió y me dijo.

—Conozco tu sorpresa, y para sacarte de ella, sabe que estás pisando la eterna nieve que cubre al rey de los montes de la América Septentrional, es decir, el Popocatepetl, que no reconoce por superiores en el mundo entero, sino á algunos picos de los Andes de la América Meridional, y algunos otros del Thibet. Este es el lugar que hemos elegido los dioses inmortales para tener nuestras reuniones, cuando venimos á tratar los asuntos pertenecientes á tu patria. Esta noche vamos á celebrar una de ellas, de la que mi padre Júpiter quiere que seas testigo: yo soy su hijo Mercurio, el

mensajero celestial, y me mandó que al efecto te condujera á este lugar, como lo he verificado. Vamos al salon de las sesiones.

El alma me volvió al cuerpo ese discurso, y no pude ménos de esclamar: ¡Oh padre Júpiter! ¡Oh celestial Mercurio! ¿Qué espresiones serán suficientes para manifestaros mi gratitud, por los estupendos favores que me habeis dispensado? Asistiré á un congreso donde siempre triunfarán la verdad y la justicia, al mismo tiempo que serán arrojadas al abismo la mentira y la iniquidad, tan pronto como se presenten. Encontraré entre los dioses lo que en vano he buscado entre los hombres. Allí no tendrá influjo el ministerio en las cuestiones que se traten. Allí cuando se vote un asunto de suma importancia, no variarán de modo de pensar los individuos que antes pensaban de una manera contraria, nada mas sino porque un ministro alega el irresistible fundamento de que la opinion del gobierno es favorable ó contraria al artículo. Allí no estarán pendientes las votaciones de la concesion de un empleo. Allí no habrá *capituleros*. Allí no habrá diputados que hagan oficios de correos de gabinete, y se salgan de las sesiones secretas, para ir à dar noticia al gobierno de lo que se trata en ellas. Allí no temerán los individuos del congreso que haya un pronunciamento en Huejotzingo ó San Luis Potosí, para que los disuelva el supremo go-

bierno, por haber desmerecido la confianza pública á juicio de los pronunciados. Allí..... Allí verás eso y mucho mas, me dijo Mercurio; pero no perdamos tiempo porque se hace tarde, y Febo tiene que madrugar para hacer su camino ordinario. Vamos adelante.

Sea en buen hora; pero permitidme, ó divino Mercurio, que descanse unos momentos, porque la carrera tan veloz que hemos traido me tiene todavia medio sofocado. El dios me dió su permiso, y empleé los cortos instantes que me concedió, en ecsaminar con alguna atencion lo que tenia delante de mis ojos. Observé entonces, que la vasta llanura que habia percibido á primera vista, estaba cortada por altas y prolongadas cordilleras de montañas, por rios caudalosos y lagos muy estensos. Me hallaba puntualmente en el límite de dos principales Departamentos de la república: el uno al Poniente, y al Oriente el otro. Ambos parece que han sido rivales en la industria: el primnro es aquel, cuya capital fué designada por una águila que descansaba en un nopal. Aunque el terreno era poco á propósito para el cultivo, los antiguos habitantes de su hermosa capital, formaron de toda ella un delicioso pensil, por medio de jardines flotantes sobre las aguas, que han admirado á los estrangeros, y aun les admiran hoy los pocos que han quedado. Prueba palpable de la industria de los mexicanos.

El Departamento de Oriente ha manifestado hoy, mas que en otros tiempos, la de sus hijos, para hilados y tegidos, peleando á brazo partido la *Constancia mexicana* contra los obstáculos de todo género, que se oponen á cada momento á los progresos de la industria.

Ambos Departamentos se prolongan hasta bañar sus costas en el mar Pacífico, y á su lado dirigiéndose para el Norte, siguen las del Departamento honrado con la gloria de ser patria de los principales héroes que proclamaron, sostuvieron y consumaron el grandioso proyecto que convirtió en nacion independiente, las que antes eran colonias españolas.

Continúa siempre al Norte, regado con las aguas de un lago que ha merecido el nombre de mar Chapálico, el Departamento que fué cuna de la federacion, y por una casualidad bien rara, lo fué tambien del plan de regeneracion de la república mexicana.

Se estienden despues hasta perderse en los desiertos del Norte, dos Departamentos que antes formaban uno solo, tan abundante en las riquezas de la agricultura, como en las de los metales. En una de sus llannras se encontraron granos naturales de oro, y alguno que pesó nueve marcos.

Esos Departamentos sirven por el lado oriental de continente al golfo que lleva el nombre del con-

quistador de la América septentrional, formando el otro lado la península fertilísima que siempre ha sido el objeto de la codicia estrangera, y en donde la república hace poco que recibió un insulto por un comodoro anglo-americano.

Volviendo la vista hácia la porte oriental del Departamento en que me hallaba, sin desviarla por las costas bañadas por el Pacífico, está unido al Departamento industrioso de que ya he hablado, y á continuacion se halla aquel en que se encuentran aún las ruinas del palacio de *Mitla*, y otras varias que escitan la curiosidad de los viageros. Ese Departamento nos recuerda las glorias de un héroe, que habiendo convertido el hisopo en espada, supo conquistarlo en pocos dias cuando era provincia del gobierno español, siendo acaso el primer golpe que hizo conocer á éste, que los mexicanos, aunque novicios en el arte de la guerra, sabian vencer á enemigos formidables. Pero tambien nos trae á la memoria el fin trágico de otro héroe, digno de mejor suerte, y que tuvo la gloria de haber conservado el fuego del patriotismo y amor á la independencia en las inaccesibles montañas del Sur, cuando ya parecia que estaba enteramente estinguido en toda la república. ¡Oh detestable furor de los partidos!

Dirigiendo mis ojos para pasarlos al Oceano Atlántico, ví el Departamento que se halla entre

el de que acabo de hablar, y el que hoy ha sido teatro de la guerra civil. Ese Departamento que sirve de paso entre los dos que he nombrado, es el que tuvo por obispo á un religioso santo, coetáneo con la conquista de la nacion, y que puede decirse fué el primero que comenzó á justificar la causa de independencia.

Pasé de allí al primero que por la parte oriental de la república se baña con las aguas del seno mexicano, que, como dije antes, es hoy teatro de la guerra. De este, corriendo la costa hácia el Norte, se encuentra otro que en tiempo del gobierno español formaba una sola intendencia con aquel, y que en la antigüedad pagaba su tributo á los emperadores de México en cacao, que lleva el mismo nombre del Departamento, habiéndolo éste tomado del *cacique* que reinaba en él cuando lo conquistaron los españoles.

A su lado sigue el Departamento que en los tiempos pasados fué testigo de la accion mas atrevida que presenta la historia de las conquistas, y consistió en haber barrenado los conquistadores las naves en que fueron conducidos, para quedar precisamente en el estrecho de vencer ó morir. Esta accion es original, y no tiene cosa que se le parezca en los anales del mundo; pero formando un contastre bien sensible con ella, vemos á su castillo y pabellon ultrajados por una nacion europea,

que supo aprovecharse de la conducta reprensible de un gobierno, que cuando tenia sobre sus costas á un enemigo formidable estrangero, se ocupaba únicamente en perseguir á los federalistas. Repito con dolor que ¡tanto puede el capricho de los partidos!

Continúa sobre la costa el Departamento que debe servir de escarmiento á los emprendedores. Allí tuvo un fin desgraciado el caudillo que en siete meses lograra lo que en vano se habia pretendido en once años de sangrienta lucha. ¡Ah! ¡Qué reflecsiones no escita este lugar! ¿Será que la Providencia no se alucina, como los hombres, con triunfos y honores mundanos, y que ante ella todos los individuos del género humano son iguales para merecer el premio ó el castigo, y que éste por ser tardo no es ménos seguro? Pero pasemos á los dos últimos Departamentos del seno mexicano, que antes formaban uno solo, y de los cuales en el mas centrional, han sostenido una guerra obstinada algunos colonos á quienes generosamente dió acogida la república, y ahora pretenden separarse de ella.

Volviendo de frente hácia el Norte, ví en el estremo del Departamento que pisaba, colocados entre Poniente y Norte, dos pequeños Departamentos mediterráneos: en el uno se forjaron los planes de nuestra independencia, y en el otro se proclamaron.

Este se halla inmediato á aquel que fué la tumba de la federacion. Departamento digno de mejor suerte; pero que habiendo sido el último baluarte en que se atrincheró aquel sistema de gobierno, ha cargado con todo el odio que le tienen sus enemigos. A su lado ví un Departamento demasiado pequeño, que antes formaba parte de aquel, y del que solamente la rivalidad pudo haberlo separado. El principal tiene al Oriente aquel Departamento en que al principio de nuestra gloriosa lucha por la independencia, un ilustre aventurero español derrotó á sus paisanos, causó la mayor alarma, y dió muy malos ratos á los gobernantes de México, hasta que lograron sacrificarlo.

Al Norte del Departamento donde espiró la federacion, se halla otro célebre entre otras cosas por sus minerales de hierro, semejàndose á este duro metal, la constancia con que siempre han sostenido los principios liberales, no solamente los hombres, sino tambien las mugeres.

Finalmente, entre los Departamentos litorales de uno y otro mar, ví colocados tres que por mucho tiempo han sido presa de los bárbaros en sus fronteras, y aun casi en sus capitales, teniendo el dolor de verse rodeados de tropas que poco ausilio les prestaban, ocupadas en otros objetos á que las destinaban los altos funcionarios de México.

Estaba yo absorto, tanto por la diversidad de objetos, como por la variedad de reflecsiones que

me suscitaban, cuando Mercurio me dijo: Ya has descansado bastante, continuemos nuestra marcha.

Vamos, le respondí: é inmediatamente subimos una pequeña altura que nos faltaba para llegar á la cumbre del *Pico*. Como quien corre una cortina se me presentó á mi vista un espacioso y magnífico edificio. La portada miraba al Occidente, es decir, frente á frente de esta capital. ¿Qué podré decir de ella? Basta asegurar solamente, que allí ví realizado lo que dijo Arriaza del templo de Venus:

De aquel mármol, que al alba en su blancura
Y en duracion al tiempo cederia,
Las columnas, los arcos eran hechos,
Que sustentaban los escelsos techos.

Atravesamos el átrio y entramos en el patio, cuyos cuatro lados estaban cerrados con otros tantos portales y galerías, fabricados de los mármoles y jaspes mas esquisitos. En este patio estaban los carruages de los dioses. La concha de Vénus tirada de blancas palomas: el carro de Juno de oro y marfil, tirado por sus vistosos pavones: el águila en que cabalga Júpiter: el carro de Neptuno con sus caballos marinos: el de Pluton hediendo á trementina y tiznado de negro humo, con sus caballos tambien negros: el de Baco, cubierto de pámpanos y arrastrado por tigres: el de Marte, tirado por cua-

tro frisones alazanes, formado en figura de tambor que parecia el banco en que se pica la carne en las carnicerías, segun estaba manchado de sangre, y tachonado de pedacitos de carne y huesecitos. No pude mĕnos que verlo con horror, y repetir aquella estrofita de Villegas:

El que gusta de parches (*),
Que muchos parches tenga,
Y el que de los escudos (†),
Que nunca los posea.

Ví otros carros de que ya no me acuerdo, y solamente eché de mĕnos al del Sol, aunque sus fogosos caballos estaban atados á unas de las columnas de los portales y cuidados por las Horas.

Pasamos el patio y subimos por una magnífica escalera á una no menos suntuosa galería, en cuya cabecera estaba la puerta que daba entrada al salon de las sesiones. En la puerta se hallaba Hĕrcules de centinela con su clava al hombro. Como á esas concurrencias aun cuando sean de los dioses, no se asiste con armas, estaban arrimados á un lado los rayos de Júpiter, la espada de Marte, la

(*) *Alude á que los poetas llaman al tambor el* sonoro parche.

(†) *Juega con el equívoco de escudos tomados por* rodelas *y tomados por* monedas.

lanza de Palas, el tridente de Neptuno, y aun el triso de Baco, y el caduceo de Mercurio que dejó allí antes de entrar en el salon, porque los dioses en su reglamento declararon que los bastones eran armas, y que de consiguiente no podia asistir nadie

con ellos á las sesiones. Tambien estaban juntos los arcos y carcaxes de Cupido y Apolo; y en otro rincon muy distante los de Diana; y un genio de los que se hallaban de guardia, me dijo que Diana tomaba esta precaucion, porque las armas con que se defiende la castidad, suelen destemplarse cuan-

do se juntan con las del amor; no así las de Apolo, porque enamorados y poetas *pari pasa currunt*, y por eso están casi siempre *juntitas*.

Entramos al salon. ¿Quién podrá describirlo? No es empresa para entendimientos humanos. Puede cualquiera formarse alguna idea confusa de lo que era, figurándose en la imaginacion cuanto le sea posible un palacio como el del Sol, segun la descripcion de Ovidio.

> Regia Solis erat sublimibus alta columnis,
> Clara micante auro, flammasque imitante pyropo;
> Cujus ebur nitidum fastigias summa tenebat:
> Argenti bifores radiabant lumine valvae.
> Materiam superabat opus.....

En el pavimento se veian dibujados los mares, continentes, lagos é islas que forman la superficie del globo terráqueo. La república mexicana se estendia desde la zona tórrida hasta casi tocar con la frígida, bañadas sus dos costas por el Atlántico y el Pacífico: cordilleras altísimas, profundos valles presentaba por donde quiera, terrenos vírgenes, que solo esperaban la mano del cultivador para proveerlos de frutos en tanta abundancia, que sobraran con mucho esceso para sustentar una poblacion cuádruple de la que ecsiste. El hombre pensador y patriota, no podia ménos de conmoverse al ecsaminar en su verdadero punto de

vista el aspecto físico de nuestro suelo, y preguntarse con admiracion: ¿por qué no somos tan felices, ó por mejor decir, por qué somos desgraciados, cuando debiamos ser sumamente dichosos, teniendo tantos y tan escelentes elementos para serlo? Pero ¡ah! él mismo se daba esta triste respuesta tomada de Virgilio:

.....¡En quo discordia civis
Perduxit miseros!.....

Hé aquí el resultado de nuestras revoluciones. ¡Qué cargo tan grande tienen de que responder ante Dios y los hombres los que las han promovido, y mas que estos, los gobernantes que no la hayan sabido precaver, y mucho mas cuando con sus aberraciones han dado lugar á ellas!

En el cielo del salon se encontraban dibujados el zodiaco, y las constelaciones boreales y australes á un lado y á otro. Servia de candil el carro del Sol que ocupaba el medio del cielo, el que por eso no se hallaba en el patio con los demas, y como ya pasamos el dia 20 de Mayo, estaba colocado de manera que correspondia al signo de *Geminis*, encaminándose al de *Cáncer*. Este debia ser, dije entre mí, nuestro signo favorito, y jamas el sol que nos alumbra deberia salir de él, pues siempre caminamos como cangrejos para atras, para atras y ni una línea hàcia adelante. Ya se supondrá que la luz

del carro del sol era suficiente para iluminar todo el salon con mayor claridad de la que hubo en esta capital á las doce del dia 18 del presente mes, que pasó el sol por su zenit.

Los rayos de ese planeta me hubieran reducido á cenizas, si préviamente no me hubiera ungido

Mercurio la cara con aquel mismo ungüento con que ungió Febo á su hijo Faetonte, cuando tuvo la temeridad de meterse á dirigir el carro de su padre. Esa temeridad la vemos imitada en pequeño en todos los tiempos y naciones; pues toman

las riendas de los gobiernos unos funcionarios tan ineptos para dirigirlos bien, como Faetonte para gobernar el carro del Sol. ¡Qué bueno seria que para escarmiento general, tuvieran todos los gobernantes ineptos la propia suerte que aquel jóven atrevido! Que Júpiter con sus rayos los arrojara de cabeza al caudaloso Eridano, ó aunque fuera al lago de Texcoco!

Cuando entramos en el salon estaban ya ocupados los asientos por todos los dioses superiores, y los inferiores juntamente con los genios y semi-dioses ocupaban las galerías. En una de estas me colocó Mercurio en asiento delantero, habiendo quitado para que yo me sentara, á un semi-dios que ocupaba el asiento que se me dió. ¿Qué hay en esto que admirar cuando así lo ecsige la utilidad pública? Era preciso que hubiera un testigo humano de lo que pasaba en el congreso divino, y por lo mismo era yo parte principalísima de la concurrencia, y debia ser mas atendido que los mismos semi-dioses y génios. ¿No vemos acá en el mundo que cuando lo ecsige la utilidad pública, *entra de la calle*, como vulgarmente se dice, un individuo, cuyos méritos y aptitud nadie sabe, á *soplarse con sus manos lavadas, y aun sucias*, un buen empleo en una oficina, ó tal vez á ser su gefe? ¿No vemos generales que ayer eran paisanos, sobreponerse de un salto á militares viejos? Pues otro tanto hizo Júpiter conmigo.

Me acomodé bien en mi lugar, y esperaba con ansia que comenzara la sesion, cuya apertura se habia dilatado, porque se esperaba á Mercurio, que era uno de los secretarios, siendo el otro Apolo. Luego que llegó el primero, ocupó una riquísima silla que estaba á la cabecera de una mesa colocada en el centro del salon, construido en figura de cemicírculo. La mesa era de una pieza formada de un solo rubí: en la cabecera opuesta se hallaba sentado Apolo, y sobre la mesa estaba el libro de los destinos, que es el código de los dioses. Detras de la mesa habia un sitial de oro purísimo y brillantes que resplandecian, heridos con los rayos del carro del Sol, de manera, que podia decirse que formaban un parelio. Una hermosísima nube componia el dosel orlado por un arco-íris muy vistoso. En ese sitial se hallaba sentado el padre Júpiter, el que luego que vió que estaba completa la reunion con la llegada de Mercurio, tocó una campanilla sonora y dijo con voz grave: *Se abre la sesion.* Un silencio profundo reinó en todos los circunstantes, y Jobe pronunció este discurso:

"Altas y poderosas divinidades. Bien sabeis que si en todo el antiguo continente recibimos adoraciones en los tiempos pasados bajo nuestros propios nombres, nos las tributaron acaso mayores, aunque

bajo otros, los habitantes de la república mexicana antes que los españoles se apoderasen de su territorio. Mi padre Saturno era adorado con el nombre de *Quetzalcoatl*, yo con el de *Tezcatlipoca*; *Tonatiuh* y *Metzli*, eran el Sol y la Luna; *Tloloc*, Neptuno; *Centeotz*, Ceres; *Mictlantenotli* y *Mictlancihuatl*, Pluton y Proserpina; *Huitzilopochtli*, Marte; *Jocatenctli*, Mercurio; *Mixcoatl*, Diana; *Tezcatzoncatl*, Baco; *Macuiljochiquettzatli*, Venus; *Teteoinam*, Cibeles; en fin, todos nosotros éramos adorados bajo los nombres de doscientas sesenta divinidades á que tributaban culto los mexicanos. Si bien ahora tanto entre estos como en el antiguo mundo, no ecsisten nuestros templos y altares, tenemos siempre levantadas nuestras aras en los corazones de los hombres, en donde nos ofrecen continuos sacrificios. ¿Qué otra cosa son las guerras injustas, sostenidas solo por el capricho de los gobernantes, sino sacrificios de víctimas humanas que se inmolan á Márte ó *Huitzilopochtli*? ¿Qué esos banquetes que comienzan en el crepúsculo de la tarde y concluyen á la mitad de la noche, sino sacrificios á Ceres y á Baco? ¿Qué la corrupcion de las vírgenes, la infidelidad de los casados, la prostitucion de los jóvenes y aun de algunos hombres de edad provecta, sino sacrificios á Venus y á Cupido? ¿Qué algunas fiestas públicas en que la lubricidad, el lujo inmoderado, juntamente con los juegos de azar son su principal objeto, sino unas

bacanales, mezcladas con sacrificios á Pluto, dios de las riquezas? No hagamos caso de los nombres, y estemos á la sustancia de las cosas. Nosotros, que tanto aborrecemos la ingratitud en los hombres, ¿incurrirémos en ella dando un mal ejemplo à los mortales? Si ellos nos honran, ¿será justo que los abandonemos á la desgracia?

"Por otra parte, no ignorais que en el libro sagrado de los destinos está decretado que los mexicanos han de formar un pueblo grande é ilustre, que ofusque el esplendor de muchas naciones cultas de Europa, que hoy miran con desprecio á esta sociedad naciente. Con tal objeto, la madre naturaleza ha derramado con pródiga mano sus bienes en este suelo. Todos los climas, todos los temperamentos, toda clase de terrenos y de frutos, y aun muchos de estos que no se conocen en el mundo antiguo y que nunca podrán allá reproducirse, se hallan con abundancia en esta república. ¿En qué consiste que no haya llegado á ese rango á que la destinan los hados? ¿Por qué no es feliz?

"Yo la he recorrido toda, desde los desiertos desconocidos de Nuevo-México hasta Cabo Catoche en la península de Yucatan, y desde el Cabo de San Lúcas en California hasta la embocadura del rio Rravo en Tamaulipas, y en todas partes he encontrado pobreza, devastacion, guerras, descontento, y en una palabra, desdicha. Cuando la repúbli-

ca mexicana, despues de lograda su independencia presentaba un aspecto encantador; cuando los progresos que tuvo en los primeros años que rigió en ella el sistema federal, hacian concebir las esperanzas mas lisonjeras de prosperidad, solo se encuentran hoy los vestigios de una retrogradacion demasiado rápida, que probablemente la conducirá á su ruina. Evitar esta y elevar á este suelo á la sublime posicion que le ha sido decretada en el libro de los destinos, es el objeto que me ha obligado à reuniros en este lugar en la presente noche, á fin de que indaguemos las causas que hayan entorpecido los avances de la república en la carrera de la felicidad, y descubiertas que sean, procuremos aplicarles los remedios mas convenientes.—*Dije.*"

Minerva.—Pido la palabra.

Júpiter.—La tiene la diosa Minerva.

Minerva.—Altísimo y tonante Júpiter. No debia esperarse del padre de los dioses, sino que difundiera su infinita beneficencia sobre los míseros mortales. Grande, muy digno de su sabiduría es el objeto para que se ha servido reunirnos. ¿Quién no contribuirá á unas miras benéficas? Busquemos, pues, las causas de los males; porque inútil será pretender que se hallen los remedios, si aquellas no se conocen. Hagamos esa indagacion con toda imparcialidad, y veamos si en alguna parte

ha dependido de nuestro poco cuidado, ó solamente del abuso que hayan hecho los mexicanos de nuestros dones. Saben muy bien las altas divinidades que me escuchan, que las virtudes ecsageradas en la práctica, se convierten en vicios. Si no-

sotros nos hemos escedido en nuestras inspiraciones, fácil es que las moderemos. Si los hombres han abusado de las justas y racionales que les hàyamos comunicado, llamémoslos al órden regular de las cosas, y de ese modo obtendrémos el resultado que deseamos.

Momo.—Pido la palabra.

Júpiter.—Puede usar de ella el dios Momo.

Momo.—Ha hablado la diosa preopinante como un santo padre: estoy conforme con sus ideas, y para que tengan todo el buen resultado que yo deseo, seria muy conveniente hacerles algunas adiciones. Yo, cuyo destino en el cielo es indagar y criticar las maldades de los hombres, y aun de vuestras altas divinidades, inclusas las travesurillas del padre Júpiter, porque como dicen los mexicanos: *Tambien lo vende so pato.....*

Júpiter.—Orden, Sr. Momo, (y tocó muy recio la campanilla).

Momo.—Ahora sí que estoy fresco: si al principio del ecsordio de mi discurso se me toca la campanilla, ¿qué podré esperar para despues? ¿En qué he faltado al órden? ¿Por ventura Júpiter tonante ha aprendido política en México, en donde luego que empieza á hablar un pobre escritor al momento le tapan la boca?

Júpiter.—Bien puede vuestra divinidad hacerlo; pero guardando el respeto debida à este congreso.

Momo.—Con este permiso, continúo usando de la palabra. Puntualmente lo que acaba de suceder me da ocasion para notar un abuso de mucha trascendencia cn que incurren frecuentemente los hombres. Cuando yo hablé, á nadie he injuriado, pues à nadie traté de adúltero, ladron, asesino, &c.,

lo único que hice fué decir una verdad innegable y constante de hecho en nuestra historia: á saber, que los dioses hemos tenido nuestras aberraciones. El conocimiento de esta verdad es muy necesario para indagar las causas de los males de que tratamos, y si nos desentendiéramos de ella, jamas podriamos conseguirlo. Hé aquí por lo que los gobiernos no pueden encontrar esas mismas causas. Un pobre escritor conoce que cierta cosa es un mal para la república: suda y se acongoja para poder decirlo de un modo que no lastime á los funcionarios. Ya habla hipotéticamente, ya dice *que le parece*, que corre en el público la voz de que se trata de celebrar un contrato ruinoso, de que tal pension es demasiado gravosa para el público, de que tal contribucion es muy perjudicial á los comerciantes nacionales; que *seria bueno*, *que seria conveniente* que se evitara esta ó aquella medida..... ¿qué sucede? Todos los periódicos ministeriales *una voce disentes*, comienzan á gritar como los muchachos en cierto juego: *prendanlo*, *prendanlo por traidor:* esto es faltar al respeto al gobierno, *desprestigiarlo*, manifestar miras revolucionarias, incitar al desórden, perturbar la tranquilidad pública, &c. &c., terminando el editorial con alguna amenaza, confirmada por un ¡¡¡vive Dios!!! escoltado de un regimiento de admiraciones á vanguardia y otro á retaguardia. ¿Habrá de este modo quien se atreva á proferir la verdad mas notoria? Y si no hay

quien la diga, ¿llegará á oidos del gobierno? ¿Sabrá este cual es la opinion pública y la voluntad nacional?

Pues lo que reprobamos á los hombres ¿por qué hemos de practicarlo nosotros? Así que, soy de opinion que cada una de las deidades que componen esta divina asamblea, espongan francamente la conducta que haya observado con los mexicanos: yo destinado como he dicho, para observar las aberraciones de los hombres y aun de los dioses, haré en seguida mis observaciones; con conocimiento de ellas se deducirá la proposicion que sea conveniente, bien para inspirar á los mexicanos una virtud, bien para quitarles algun vicio. Esas proposiciones se escribirán por uno de los celestiales secretarios, serviràn de base para la reforma de la república: y creo que sin que nos calentemos mucho la cabeza, muy pocos artículos bastarán para que quede enteramente regenerada.

Júpiter mandó que Momo pusiese por escrito sus proposiciones.—Las puso en efecto: se discutieron. Fueron aprobadas por unanimidad, y continuó la discusion, en la que, como es debido, se pedia y concedia la palabra; por lo que omitirémos repeticiones, y solamente nombrarémos á los interlocutores; pues si hablaban era ciertamente porque precedian aquellos trámites.

Minerva.—Mucho ha llamado mi atencion lo que

ha espuesto el dios Momo: yo, que soy la diosa de la sabiduría, sé por esperiencia que no hay cosa que mas perjudique á las ciencias é impida sus progresos que la ocultacion de la verdad. ¿Cuánto no se detuvo el curso de ella por haber cerrado los ojos del entendimiento y aun los del cuerpo, á los argumentos invencibles y á los esperimentos palpables, que se oponian á las doctrinas de los peripatéticos? ¿A qué guerras de religion no ha dado lugar el sostener mácsimas nacidas de la ignoracia y del error de la edad media? ¿Qué trastornos no han sufrido las naciones, y á qué desgracias no se han espuesto los mismos reyes y sus ministros y consejeros, por haber reputado por blasfemias políticas ciertos principios, que hoy están elevados al rango de acsiomas de los derechos natural y de gentes? Ninguna ciencia hay en que mas se necesite saber la verdad, que en la de gobernar á los pueblos. En ella es preciso atender, no solo á las verdades teóricas, sino á las de hecho. Muchas ocasiones las teorías que son escelentes para hacer feliz á un pueblo, harán á otro desgraciado. Así que, no basta calificar una mácsima ó providencia de buena, sino que es preciso ecsaminar si choca con los genios, hábitos, usos y costumbres de los pueblos á que se aplica. Nunca podrá saberse lo que hay acerca de esto, si no se quieren oir esas verdades que podremos llamar prácticas.

Los gobernantes por lo regular se creen infalibles y de consiguiente están persuadidos de que cuanto disponen es lo que mas conviene á la sociedad, sin hacerse cargo de que son hombres y pueden equivocarse. De aquí es que reputan como un desacato cuanto de alguna manera se opone á sus disposiciones, y la pobre nación, ó tiene que callar y sufrir, ó esponer á sus ciudadanos à que sean llamados traidores, enemigos del órden, &c. ¿Qué estado puede ser peor para una nacion, que aquel en que no le es lícito ni aun esponer la verdad tal como ella es? Creo que no necesito de esforzar mis reflecsiones acerca de esto, porque la materia es tan clara, que basta lo espuesto para que vuestras divinidades queden plenamente convencidas de que sin una absoluta libertad de imprenta, es imposible que los pueblos sean bien gobernados; por lo mismo sujeto á la deliberacion de esta celestial asamblea, las siguientes proposiciones:

1.ª "Será en la república mexicana absolutamente libre el uso de la prensa, con solo la escepcion de que no se ataque la vida privada de alguna persona."

2.ª "El hecho de publicar una verdad que tenga relacion con la administracion pública, no se reputará por delito, aunque en ella se toque la conducta de algun funcionario como tal: si al publicar esa verdad se hace en un estilo soez, se cor-

regirá la falta de respeto por el modo de espresarse; mas nunca se hará un cargo por la sustancia de lo que se dice."

3.ª "La responsabilidad en cuanto á dicha sustancia, cuando en el impreso se contenga alguna calumnia, será esclusiva del que firme la responsiva, y nunca del impresor, ni de otras personas."

Se pusieron á votacion estas proposiciones, y fueron aprobadas por unanimidad, y asentadas en pliego separado por los secretarios, con arreglo á la proposicion de Momo de que se habló arriba.

Marte.—Siempre he estimado de preferencia á los mexicanos y les infundí mi espíritu marcial, con mas profusion que á los macedones y á los romanos. No tengo ningun motivo para quejarme de ellos, pues han correspondido á mis marciales inspiraciones. El templo mas famoso en la antigua monarquía mexicana, era el que se levantó en mi honor en la plaza principal de México, y ocupaba el mismo lugar que hoy ocupa la Catedral, y aun algunas calles contiguas. Despues de la conquista se adormeció un poco ese espíritu á causa de la opresion en que vivian; pero esa misma opresion reanimó en sus pechos un valor heróico á toda prueba, que manifestaron en once años de lucha obstinada y sangrienta, que mantuvieron contra sus conquistadores, hasta lograr su indepen-

dencia. Posteriormente, siempre que se ha ofrecido la ocasion han manifestado que son dignos alumnos de Marte.

Momo.— ¡Ojalá y solamente lo fueran cuando, como ha dicho el dios que me ha precedido en la palabra, se ofreciera la ocasion! Pero desgraciadamente no es así. En todos los gobiernos, desde la independencia acá, ha habido un furor de levantar tropas. Apénas habrá congreso en que no se encuentre una peticion del gobierno para levantar 20.000, 30.000, 60.000 hombres. Para la subsistencia de esa tropa se apuran los recursos de la nacion, y ésta sufre dos grandes males: el uno, que siendo su poblacion muy escasa, miéntras mas brazos se emplean en las armas, ménos hay para atender á la agricultura, á la industria y á la minería; el otro, que gravitan sobre los pueblos contribuciones, que acaso no pueden pagar sin arruinarse, para poder subvenir á los gastos del ejército, y aun esto no es bastante, sino que se malbaratan los bienes nacionales con objeto de sacar las enormes sumas que se necesitan anualmente. Véanse los mismos periódicos oficiales y se encontrará por confesion del propio gobierno el *déficit* anual que resulta, y que necesariamente empeñará á la nacion hasta causarle su ruina. En mi humilde concepto, todos los gobiernos que han ecsistido en la república mexicana, se han propuesto por base para su felicidad,

las que solo pueden serlo de su destruccion. Parece, pues, que el programa de los gobiernos ha sido siempre levantar cuanta tropa se pueda, y sacar de la nacion cuanto dinero sea posible para mantenerla. Vosotras, altas deidades, sabeis muy bien que esa conducta ha sido la que ha arruinado los grandes imperios: ¿qué no deberá esperar la república mexicana? Yo seria de opinion de que fuera una base constitucional, el que no pudiera levantarse mas tropa que la muy necesaria para resguardar las costas y las fronteras, en donde deberia situarse la que lleva el nombre de permanente, y que en lo interior se establecieran gendarmes, alguaciles, esos que se llaman *aguilitas*, ó cualquiera otra clase de gentes con que mantener la seguridad personal, sin que pudiera aumentar el ejército sino en caso de guerra estrangera, para la que los mismos congresos señalarian el aumento de tropa y los fondos de que habia de subsistir. Fuera de ese caso, está bien que el gobierno levante cuanta tropa quiera; pero tomándola precisamente del portal de Mercaderes ó de las velerías, en que hay millones de soldaditos de barro, que á lo ménos, ni comen, ni beben, ni andan. Es verdad que en nada servirian para la guerra; pero cuántos millares de carne y hueso hay que solo sirven *ad pompam et ostentationem*, y son la notable diferencia de que estos sí comen y beben, como ocho locos, y aunque no andan en las campañas de Marte, sí

marchan á paso redoblado á las de Vénus, y aun á las de Pluto, pues el maldito agiotage ha contaminado á todas las clases de la sociedad. En tal virtud, pongo á la deliberacion de este celestial congreso las proposiciones siguientes:

1.ª "El congreso constituyente mexicano determinará, con vista de la poblacion actual, y de la riqueza nacional presente, el número de tropa que deba levantarse, y señalará los fondos de que ha de subsistir, sin que para este objeto pueda

echarse mano de otros en ninguna circunstancia." —2.º "Esa tropa se situará precisamente en las fronteras y en las costas."—3.º "Para la seguridad interior se formarán cuerpos de policía." —4.º "En caso de guerra estrangera aumentará el congreso al ejército, en los mismos términos y con las mismas proporciones de que habla el artículo 1.º"

Se pusieron estas proposiciones á discusion, la que fué muy acalorada; mas al fin se aprobaron por todas las deidades; ménos por Marte y Palas, que salvaron su voto. ¡Tanto es el poder de las afecciones á nuestras profesiones respectivas! ¿Qué deberémos esperar de los hombres, cuando hasta los mismos dioses se afectan de sus intereses particulares y de sus caprichos? Ni hay que escandalizarse de que unos seres, que parece debian estar acordes en unas mismas ideas, como que los suponemos escentos de pasiones, que les hagan desconocer la fuerza de la razon y de la verdad, no lo estén; porque no es la primera ocasion que obran en sentido contrario. Ya Ovidio nos dió una prueba de esa division cuando nos manifestó que:

Mulciber in Trojam, pro Troja stabat Apollo:
Æqua Venus Teucris, Pallas iniqua fuit.

Y Corneille en su Pompeyo, hablando de la guer-

ra de Farsalia, que decidió la contienda entre César y Pompeyo, ó mas bien, el triunfo del despotismo sobre la libertad de la república romana, supone que los dioses estaban divididos en opiniones, diciendo:

> Quand les dieux étonnés semblaient se partager,
> Pharsale a décidé ce qu'ils n'osaient juger.

¡Qué leccion para los gobiernos esa disension de los dioses! La suerte de la Frigia, la de Roma, estaban pendientes del écsito de las guerras de Troya y Farsalia; ¿y en cosa de tanta importancia se dividieron los dioses en opiniones contrarias? Algunos de ellos erraron precisamente, y sus herrores refluyeron sobre la suerte de esos pueblos desgraciados. ¡Qué cuidado no deberán poner los gobernantes para no errar! ¡A qué males no sujetan á los pueblos cuando en las medidas que toman solo consultan á sus pasiones, caprichos ó intereses! Pero dejemos de reflecciones morales, y continuemos la relacion de lo ocurrido en el congreso de los dioses.

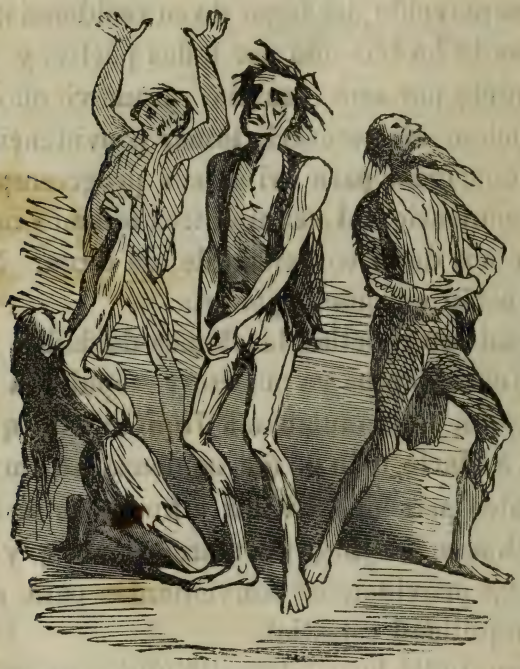
Se hallaba la discusion en el estado que hemos referido, cuando uno de los genios que desempeñaban el oficio de portero, entró al salon y presentó á Júpiter un pliego cerrado, lo leyó para sí el padre de los dioses, y esclamó muy conmovido: ¡Altas y poderosas deidades, pronunciamiento tenemos! Al

momento se alarmaron todos los dioses, y suplicaron á Júpiter que les impusiese de los pormenores del pronunciamiento. Júpiter satisfizo sus deseos, diciéndoles: En este pliego que acabo de recibir por estraordinario violento, me comunica el genio protector de la Escitia, que la diosa *Fames* ó *Hambre* ha desaparecido del lugar de su residencia; que en vano se le ha buscado por todas partes, y que sin duda anda por esos mundos promoviendo alguna revolucion. Es necesario tomar providencias prontas y enérgicas para evitar sus progresos; porque de lo contrario, tal vez nosotros mismos no nos escaparémos de la voracidad de esa diosa. Nuestras vidas están en mucho peligro.

Lo mismo repetian las demas deidades, y cada una se consideraba ya muerta y sepultada por los revoltosos, y estimulaban á Júpiter para que autorizara á Marte, á fin de que comenzara á aprehender á cuantas personas divinas y humanas se hicieran sospechosas, las juzgara marcialmente, y tomara todas las providencias convenientes para asegurar la tranquilidad celestial.

Momo pidió la palabra, dió una gran carcajada, y dijo: Yo pensaba que solamente los hombres eran espantadizos, y veo con asombro que tambien lo son vuestras altas divinidades. Serénense vuestros ánimos; escúchenme, y verán que todo es una bagatela. La diosa *Fames*, como refiere nuestro cronista Ovidio en sus Metamórfosis, y saben muy

bien vuestras divinidades, habita en la Escitia un lugar muy estéril, sin frutos ni árboles, acompañada de mucho frio, de la palidez y del temblor de miembros.



Est locus extremis Scithyae glacialis in oris,
Triste solum, sterilis, sine fruge, sine arbore tellus;
Frigus iners illic habitant, Pallorque, Tremorque,
Et jujuna Fames.....

Allí vive y se alimenta con una ú otra yerbeci-

ta que encuentra en aquel árido desierto, y que arranca con las uñas y los dientes.

Unguibus et raras vellentam dentibus herbas.

Pues ahí tienen vuestras divinidades que pareció á la diosa Fames que no llenaba los deberes de su profecion viviendo en tanta abundancia, y que era de mucho lujo para el *Hambre* tener siquiera algunas yerbas con que alimentarse; por lo mismo buscó otra posada mas conveniente á su instituto, y se ha *instalado* en las barrigas de todos los empleados de la lista civil de la república mexicana, y tambien en las barrigas de los pensionistas, retirados y viudas, y aun amenaza á las tripas de algunos generales, porque ya se han tomado algunas medidas no muy favorables á ellos, pues se les ha de pagar sus sueldos solo cuando lo disponga el gobierno. Allí está mucho mejor colocada la diosa *Fames* que en los desiertos de la Escitia; pues en las susodichas barrigas no encuentra no diré yerbecitas, pero ni aun un huesesito que roer. He aquí el ridículo motivo de la alarma del padre Júpiter y de las demas deidades, mis muy dignas compañeras. ¡Cuántas veces desaparecerian como el humo multitud de revoluciones entre los hombres, si sus gobiernos, en vez de alarmarse, procuraran con serenidad de ánimo ecsaminar los indicios que hay de ellas! Pero no es así: apénas se

mueve un individuo á quien le tiene ojeriza un gobierno, cuando luego luego se grita: revolucion, conspiracion, medidas enérgicas, &c. &c.; y todo bien ecsaminado, *vale un pito.*

No dejaron de ponerse algo colorados los dioses, incluso el padre Júpiter; pero disimularon, diciendo que la precaucion nunca era inútil; que con esa vigilancia del gobierno celestial se atemorizaban los revoltosos, viendo que habia quien velara incesantemente por la tranquilidad del cielo, y otras cosas que se dicen en semejantes casos.

El viejo Saturno pidió la palabra, y esclamó: ¡Ah de mis tiempos cuando yo era muchacho! ¡Qué tiempos aquellos tan felices, en que no se conocia el acero, ni las fraguas de Vulcano se habian encendido para formar las armas destructoras! ¡Cuando los Cíclopes solo se ocupaban en hacer rejas de arado, y los demas utensilios necesarios para la agricultura y las artes! Pasaron esos dias bienaventurados para no volver jamas. Desde que Marte enseñó á los hombres á destruirse mútuamente, ya no hay que esperar felicidad en la tierra. Sin embargo, podemos aprocsimar á ella á los hombres, inspirándoles horror á las guerras y amor á las demas profesiones. ¿Cuál mas necesaria que administrar justicia? Un pueblo sin soldados puede ecsistir; pero no sin jueces ni tribunales. Dígalo mi reino en la edad de oro, en la que no se vió relumbrar una espada, ni se percibió siquiera á lo

léjos el estruendo de un cañon; pero sí habia jueces, y uno de los elementos de la felicidad de aquella época, era la pronta é imparcial administracion de justicia. ¿Quién podrá negar la preferencia con que deben ser atendidas las personas que intervienen en esa administracion? No menos deben ser considerados los militares viejos, cubiertos de cicatrices, que han espuesto sus vidas tantas veces en defensa de la patria. ¿Qué, porque ahora no pueden llevar un fusil acuestas, se han de olvidar los gobiernos de que algun dia lo llevaron con honor y utilidad de sus conciudadanos y aun de los mismos gobiernos que hoy los abandonan? Otro tanto podemos aplicar respectivamente á los pensionistas. Y ¿qué dirémos de los demas empleados de la lista civil? ¿Acaso porque sus servicios no son estrepitosos como los de los militares, ni sirven tal vez para fines perjudiciales al bien público, dejan de contribuir con sus trabajos al beneficio de la sociedad? Las viudas no son menos acreedoras á la consideracion de los gobiernos. Quizá reclaman un miserable montepío adquirido con la sangre de sus padres ó de sus maridos, ó con una multitud de años de trabajo, desempeñado con honradez por esas mismas personas. Pero ¿cómo se ha de atender á objetos tan sagrados miéntras que un solo objeto absorva todas las rentas y recursos de la nacion? Y ¿de qué manera se evitará tanto mal? Yo no encuentro

otro, sino el de que haya division de fondos, consignando unos al pago del ejército, otros á los empleados, otros á la amortizacion de la deuda nacional, que tambien es muy digna de consideracion, porque de no cumplir con nuestros compromisos con el estrangero, pueden originarse reclamaciones, y aun mas que reclamaciones, hechas á la república por las naciones que sean sus acreedoras. Así que, yo dividiria las rentas nacionales en cuatro fondos, destinados á los objetos que comprenden las proposiciones que tengo el honor de sujetar á la aprobacion de vuestras altas divinidades:

1.ª "Las rentas de la república mexicana se dividirán en cuatro fondos, que se invertirán de la manera siguiente: en militares; en empleados del ramo judicial y poder legislativo; gastos generales del gobierno; deuda nacional."

2.ª "Estos fondos se administrarán con cuanta independencia sea posible."

3.ª "Jamas se emplearán los fondos destinados á un objeto, en otro diverso. Cuando sea necesario aumentar alguno de ellos, como por ejemplo el destinado al ejército, porque así lo ecsija una guerra estrangera, decretará el congreso mexicano medios estraordinarios con que cubrir ese aumento."

Las proposiciones fueron aprobadas por unanimidad.

Baco.—Las medidas que se han tomado sobre

el arreglo del ejército y la separacion y distribucion de las rentas, son sin duda las mejores, ó por hablar con mas esactitud, las únicas que pueden salvar á la nacion mexicana de la ruina á que la conducirá indefectiblemente un *déficit*, que cada año se aumenta, y llegará el caso de que para cubrirlo quizá peligrará la independencia de la república. En efecto, para cubrir ese *déficit*, ó se ocurre á la misma nacion, ó á las estrangeras. En el primer caso las contribuciones, siendo superiores á las ganancias que producen los capitales, gravitarán sobre éstos, disminuyéndolos en la mayor parte, y aun haciendo que muchos desaparezcan enteramente. Cuando ya la nacion esté débil, y sus pueblos hostigados y cansados, alguna de esas naciones cultas de la Europa, que á pesar de esa apariencia de honradez y moralidad con que quieren deslumbrar á los incautos, puede asegurarse que en cuanto á sentimientos morales, tienen el alma de un caballo, segun la espresion de la madre de Cetulbé en la Zarzuela del Califa, con cualquier pretesto nos promoverá una guerra, en la que combatiendo un enemigo fuerte con un débil, no por carácter, sino por la desgraciada posicion en que se le ha puesto por sus gobiérnos, es muy natural que sucumba en la lucha, y que despues necesite otros trescientos años para reconquistar su libertad, como le sucedió respecto de los españoles. Si el *déficit* se cubre con préstamos estrangeros, se

encontrará la nacion de tal suerte empeñada, que tal vez tenga que sacrificar una gran parte de su territorio para librarse de una deuda enorme, de que si no se liberta, puede ser víctima toda ella. Es, pues, indispensable cerrar la puerta á males de tanta trascendencia, y para cerrarla es preciso abolir para siempre la concesion de facultades estraordinarias.

Momo.—Perfectamente dicho. No hay un arbitrio mejor para barrenar las leyes y dejar sin efecto las garantías de los ciudadanos, que las facultades estraordinarias. Apenas en algun pueblo insignificante, en una reunion de amigos, animados tal vez por el espíritu del dios preopinante, se vierte alguna espresion que muestre algun disgusto contra el órden actual de cosas, ó algun emprendedor atolondrado da un grito temeraris en la punta de un cerro; grito que no tiene eco en ninguna parte, y que estaba remediado *con agua bendita*, como vulgarmente se dice, cuando luego luego facultades estraordinarias para levantar un número de tropa considerable, para que el gobierno se proporcione tantos mil pesos, para que puedan ser juzgados militarmente en consejo de guerra ordinario los que aparezcan sospechosos de connivencia con los revoltosos, y al canto una suspension de pagos, la que mas que en ningunas otras personas, tiene lugar en los pobres empleados de la lista civil, que son siempre los primeros que resienten los males

del pronunciamiento cierto, ó fingido. Digo fingido, porque en ocasiones hay sospechas muy fundadas de que en efecto los mismos gobiernos fingen esas revoluciones con el fin de tener pretestos para que se les concedan facultades estraordinarias. Lo peor es, que esas revoluciones, ó fingidas ó de intento, no sofocadas en sus principios, suelen convertirse en verdaderas, lo que es muy natural. La primera medida que se toma es no pagar á los empleados, escepto á algunos militares. Esa medida se ha creido con equivocacion por algunos de nuestros gobiernos, que surte el efecto de que le sean fieles, pues que siendo la causa de que no se les pague, la revolucion, su misma subsistencia personal y la de sus familias, los hará contrariarla. Pero no es así, pues luego que el gobierno deja de pagar, se cria tantos descontentos cuantos son los empleados y las personas que dependen de ellos, y esa conducta del gobierno comienza á justificar la causa del revoltoso, y á adquirirle simpatías en todos los muertos de hambre. En pocas palabras, el gobierno que no paga á los empleados debe creer que no cuenta con una multitud de voluntades. Por otra parte, las contribuciones y préstamos que se ecsigen para los gastos que origina la nueva revolucion, disgustan á una gran porcion de la sociedad. De manera, que los empleados porque no se les paga, y los que contribuyen porque pagan mas de lo que pueden, todos quedan

disgustados. Este mal es tanto mas sensible, cuanto que las facultades de que hablamos son innecesarias casi siempre en mi humilde opinion.

Baco.—Pues en la mia, no casi siempre, sino siempre, en todo caso y circunstancia lo son. Daré la prueba. No puede verse nacion alguna en el apuro en que se vió el cielo cuando los titanes se pronunciaron contra sus habitantes. No trato de avergonzaros, ¡ó altas divinidades compañeras mias! recordándoos la fuga que hicísteis entónces á Egipto, ocultándoos bajo la figura de varios animales; lo único que pretendo con ese recuerdo es, manifestar el peligro inminente que nos amenazaba. Solo quedamos en el cielo mi padre Júpiter y yo. Los gigantes no nos arrojaban balitas de á treinta y seis, ni bombitas de *á placa* de ocho ó nueve arrobas de peso, sino peñascos enormes, que cada uno de ellos habria sido suficiente para sepultar bajo de él á toda una brigada de artillería. Sin embargo, para nada necesitó Júpiter Tonante, ni este humilde servidor de vuestras divinidades, de facultades estraordinarias. Bastaron á Júpiter sus rayos ordinarios y á mí el tirso que acostumbro llevar en la mano, para derrotar tan completamente á los titanes, que esta es la hora en que no pueden ni aun menearse. ¿Qué quiere decir esto? Que las facultades ordinarias, manejadas por unas manos diestras, son suficientes para todo, y que las es

estraordinarias solamente sirven de perjudicar á los pueblos, y de dar á conocer la poca capacidad de un gobierno para saber manejar las primeras. Por tanto, sujeto á la deliberacion de este celestial congreso la siguiente proposicion:

"En ningun caso se concederán en la república mexicana facultades estraordinarias al supremo poder ejecutivo de ella."

La proposicion fué aprobada por todos los dioses, á escepcion de Marte, que salvó su voto.

Astrea.—La cuestion que se ha suscitado sobre la denegacion de facultades estraordinarias, me interesa mas de lo que pueden pensar vuestras divinidades, y la proposicion que acaba de aprobarse muy justamente, no ha dejado satisfechos del todo mis deseos. Yo quiero que se haga una declaracion espresa en favor de las garantías individuales. Cuando se trata de un delito comun de friolera, abundan las leyes en medios de defensa para el acusado; mas cuando se trata de los delitos mas graves, como por ejemplo, los de lesa-nacion, entónces se restringen esos medios de defensa, y se deja el campo libre á la arbitrariedad y la calumnia, para que opriman á su placer á la inocencia. Esto, lo que quiere decir es, que la ley abandona á los ciudadanos en las circunstancias en que mas necesitan de su proteccion. Monstruosidad que es altamente repugnante à mi carácter.

Momo.—Y al mio tambien. A pesar de mi génio socarron, y tan parecido al de Sancho Panza, muchas ocasiones tengo que tomarme un medio real de magnesia para calmar la bílis. Una revolucion es para unos un banco de plata; para otros un medio eficaz de obtener empleos; para muchos it rio infame de venganza y persecucion. Porque un mequetrefe dijo que fulano y citano oyó decir que tal persona tramaba una revolucion, ó que en su casa habia juntas, ó que estaba de acuerdo con los revoltosos, que acaso no ecsisten, sino en la fantasía del denunciante, tienen vuestras divinidades á un hombre honrado reducido á prision y con las calidades de estilo, es decir, incomunicado y con su centinela á la puerta de su habitacion, hecho *Señor del aposentillo*, sin que sea Juéves Santo en la noche. La afliccion de su familia, la sorpresa de sus amigos, y la alarma del público, son consiguientes necesarios á estos procedimientos. Por lo regular se encomienda la averiguacion, aunque no haya fundamento legal para ello, á la jurisdiccion militar: se pasan los dias en que la ley permite que se tenga un reo presunto en clase de detenido, y sin embargo, continúa la prision, y lo que es mas, la incomunicacion. ¿Quién podrà dar idea esacta de la ansiedad en que se halla el reo, su familia y sus amigos? Consumen los dias enteros ecsaminando su conciencia con mas escrupulosidad que si fueran á hacer confesion general, y

echando cálculos ¿si será por aquella espresion?..... ¿si será por tal amistad?..... ¿si por tal accion?..... Hasta que por fin aparece una denuncia, un anónimo, ó algun otro indicio, que considerado con imparcialidad y prudencia, habria merecido mas bien el desprecio, que unas medidas tan estrepitosas y alarmantes; si desde el principio se hubieran franqueado al reo los medios legales de defensa, habria desaparecido la acusacion como una débil sombra; y no, sino que miéntras que el acusado está inerme, sus enemigos toman con toda comodidad sus medidas, ó para acriminarle, ó para vindicarse de los atentados que contra él se han cometido.

Astrea.—¡Ah! ¡Cuántas veces he llorado las aberraciones de los hombres sobre esta materia! No hay cosa que me haga temblar, y me llene mas de congoja, que un gobierno en que se proceda por denuncias secretas, y que en los procedimientos comiencen por la suspension de las garantías individuales. ¡Qué ratos tan penosos no me han hecho pasar Venecia en lo político, y la inquisicion en lo religioso! Mas en los establecimientos que están cimentados sobre el despotismo, no se hace tan estraña esa conducta, como en los paises en que se profesan ideas liberales. En aquellos ¿qué otra cosa puede esperarse sino atentado sobre atentado? Pero donde solo debe aguardarse que se me tributen honores y respetos, ¿cómo no sentiré cualquier agravio que se me haga? ¿Cómo podré llevar con

paciencia que mi sagrado manto sirva para cubrir la iniquidad? Yo ultrajada de esa manera, no solamente quiero evitar á los hombres un mal, sino una ofensa á una divinidad á quien vosotros mismos, dioses inmortales, rendís el homenage debido. En tal virtud, propongo á vuestra deliberacion la proposicion siguiente:

"En ningun caso, ni por ningun delito, se suspenderán las fórmulas judiciales, establecidas para garantir los derechos individuales de los mexicanos."

La proposicion fué aprobada en los términos que la anterior, por todos los dioses, á escepcion de Marte, que salvó su voto.

Mercurio.—Muy acertadas son las medidas que se han tomado por esta celestial asamblea; pero todas serán inútiles si no se atiende con preferencia á hacer productivas las fuentes de la riqueza pública de la nacion mexicana. No hay persona de sentido comun y que se halle medianamente instruida en el aspecto físico de su territorio, que no confiese que sus elementos son los mas á propósito para que sea la nacion mas rica del orbe. Solamente la cantidad de plata, oro y cobre que se ha acuñado en su casa de moneda, hace concebir una idea grandiosa de su riqueza. Me consta que desde el año de 1733, en que la casa de moneda se incorporó á la corona de España, hasta el de 1842, es decir, en un periodo de 109 años, se

han acuñado en ella 1.114,554.380 ps. 5 rs., y bien sabido es que el cobre acuñado aun estendiendo el cálculo á un esceso, no puede pasar de 6 millones: esta cantidad asombrosa de numerario, todavia no es la que en efecto ha producido la repūblica, pues hay que añadir la plata y oro que se ha acuñado en las casas de moneda de los Departamentos, la plata pasta que se ha esportado en virtud de los permisos concedidos por los gobiernos de México, la que ha salido de contrabando, ō manufacturada, y en fin, la que se acuñō y se esportō en los años que corrieron desde el en que se verificō la conquista hasta el referido de 733. Fōrmese un cálculo, aunque no sea aprocsimado ni con mucho al verdadero, y se espantará cualquiera de las cantidades de metales preciosos que han producido las minas de la repūblica. ¿En dōnde está ese dinero? En Europa. ¿Hay siquiera en aquella, la suma necesaria de numerario para la circulacion? No, ciertamente, pues solo se encuentra miseria en todas partes. ¿Cōmo podrá esplicarse ese fenōmeno? Fácilmente. Antes los españoles y ahora los estrangeros, han esportado toda la riqueza mexicana; pero con esta notable diferencia, de que cuando la esportaban los españoles era con sentimiento de los mexicanos, y acaso una de las causas que les impulsō á hacerse independientes fuē la de evitar ese mal; pero ahora casi ruegan porque los estrangeros les lleven su dinero: ¡tanto ascendiente han tomado sobre

sus entendimientos las doctrinas especiosas de los economistas europeos, muy mal aplicadas á esta nacion! Veo por lo mismo, que es indispensable poner remedio á tanto daño, si se quiere que la república sea feliz.

Momo.—Abundo en las ideas del dios preopinante. ¡Ah! Muchas veces sentado en la *Bufa* de Guanajuato ó en la de Zacatecas, me he puesto á considerar los inmensos caudales que han producido esos minerales, y viendo la pobreza de los mexicanos, les he aplicado aquellos versos de Virgilio:

Sic vos non vobis nidificatis aves:
Sic vos non vobis vellera fertis oves:
Sic vos non vobis mellificatis apes:
Sic vos non vobis fertis aratra boves,

que D. José Cahadalso tradujo de este modo:

Así para otros lleva el buey su arado:
Para otros hace el pájaro su nido:
Así para otros hace miel la abeja:
Para otros lleva su vellon la oveja.

Este es el verdadero retrato de los mexicanos, trabajar para otros, y nada mas. Cuanto produce la minería, el comercio, la agricultura, todo es para el estrangero, de manera, que hoy la suerte de

aquellos es peor que en tiempo del gobierno español. Entonces solo una nacion era la que los hostilizaba; pero hoy les sucede lo que á otro propósito dice Ovidio:

Fit cito per multas praeda petita manus.

Siendo tantas manos las que los despojan de su dinero, mas pronto consumarán su ruina. Ingleses, franceses, alemanes, polacos, italianos, americanos del Norte, y diablos coronados, todos no tienen otras miras que ver la tarascada que pueden dar á la riqueza de la república. La minería en su mayor parte está en poder de los estrangeros: el comercio es esclusivamente suyo; pues en la nacion no ecsiste un cuerpo nacional de comerciantes, porque todos son estrangeros, ó regatones de estrangeros: la industria es tambien casi esclusiva de estos, y muy buen cuidado tienen de impedir los progresos de la del pais. No pierden coyuntura de obtener un permiso para introducir hilaza, ó géneros ordinarios de algodon, que es lo único por donde ha comenzado á despuntar la industria mexicana. Cada máquina que se planta en México, es mas temible para los estrangeros que un castillo coronado de cañones de á 36, y procuran batirlas en brecha á todas. Aun la agricultura ha sido objeto de sus ataques, en aquellos ramos que pueden perjudicarse sus especulaciones, como se

ha visto en el empeño que han tomado para introducir algodon en rama. Ello es verdad que nos desnudan por hacernos bien y buena obra; así que aun tenemos que agradecerles el favor de que nos desnuden: unas veces sacan al gobierno de sus

apuros pecuniarios, otras proporcionan al público los efectos muy baratos, todo por mera generosidad; pero ahí sacaran las uñas cuando ménos pensemos, y ¿entonces....? ¡Ahí te quiero ver, república mexicana! ¿Qué podrás esperar en vista

de las reclamaciones que te hizo la Francia por la deuda ideal de 600.000 pesos? ¿Qué en vista de los cinco millones, de perjuicios no ménos ficticios que te han obligado á pagar los Estados-Unidos del Norte? Deuda que aunque fuera efectiva en su totalidad, estaba superabundantemente recompensada con lo que han usurpado á la hacienda pública, esos contrabandistas natos que tienes en el Seno mexicano. En fin, ¿qué podrás esperar de los ingleses en vista de lo que han hecho en la China? ¿Te confiarás en la moralidad de una nacion que ha dado al mundo una muestra de la poca ó ninguna que tiene, cuando conviene á sus intereses atropellarla? ¡Ah gobiernos mexicanos! sin con tiempo no debilitais, y si es posible destruis el influjo estrangero en vuestro pais, tiempo vendrá en que lloreis con lágrimas de sangre vuestra independencia!

Mercurio.—Nada me ha dejado que añadir el dios preopinante á la materia de que tratamos, y por lo mismo me contraeré á indicar los remedios que en mi humilde opinion deben aplicarse á tamaños males. Creo, si no me engaño, que pueden reducirse á dos; el uno, observar rigorosamente el sistema de prohibicion; y el otro, promover eficazmente la colonizacion. Diré dos palabras en apoyo de ambos medios. Sin que progrese la industria de la república, no puede perder su prepoten-

cia el comercio estrangero, y siendo éste absolutamente libre, jamas podrá progresar la industria. Aunque se quiere sostener por algunos economistas que la república mexicana no está llamada por la naturaleza para ser industriosa, este es un error, acreditado por la esperiencia; pues si la industria mexicana apénas naciente, y teniendo que luchar con obstáculos de todo género, ha hecho algo, y tan algo, que ha llamado la atencion del estrangero para obstruirla de todos los modos posibles, ¿cuáles serian sus progresos si disfrutara de una proteccion decidida? Por otra parte, ¿es tan inconsecuente la naturaleza, que habiendo dado con profusion al suelo mexicano toda clase de elementos para las artes, y muchos de ellos superiores en calidad á los del antiguo continente, haya privado à sus hijos de la facultad de saber servirse de ellos? Respecto de la colonizacion diré que estoy tan distante de ser enemigo de los estrangeros, que antes quisiera que sirvieran de modelo á los mexicanos: su actividad, su constancia en el trabajo, su economía, su tenacidad en sus empresas, su espíritu de especular, son cualidades que yo querria que imitasen los mexicanos; y ¿de qué mejor modo puede promoverse esa imitacion, obligándolos á comparar su conducta con la de los estrangeros, lo cual se consigue por medio de la colonizacion? Yo quiero, pues, que los estrangeros saquen ventajas de la república; pero quiero igualmente que és-

ta participe de esas ventajas, sin perjuicio de aquellos, lo que sin duda se obtendrá por medio de una colonizacion bien sistemada. Por tanto, pongo à la deliberacion de vuestras divinidades las siguientes proposiciones:

"1.ª Se protejerá á la indutria mexicana de todos los modos posibles, principalmente estableciendo un sistema rigoroso de prohibiciones.

"2.ª Se promoverá la colonizacion por todos los arbitrios que sugiera la prudencia, á fin de cambiar aquella con la perfecta seguridad de la república."

Las proposiciones fueron aprobadas por unanimidad.

Momo.—Aunque parezca atrevimiento que el pobre Momo quiera añadir algo á lo propuesto por el elocuente Mercurio, no puedo menos que hacer á las proposiciones indicadas la adicion siguiente:

"Jamas se pondrán contribucioues que en la práctica graviten solamente sobre los comerciantes mexicanos; sino que se procurará que todas pesen con igualdad sobre los del pais y los estrangeros."

El fundamento es muy sencillo. Siendo los mexicanos, como se ha dicho, regatones de los estrangeros, miéntras mas se recarguen á aquellos los costos, ménos pueden entrar en concurrencia con estos, así que, es necesario equilibrar en cuanto esté

en el arbitrio del gobierno, los gastos entre todos los comerciantes.

Mercurio.—Adopto y suscribo la adicion hecha por el dios Momo. Se aprobó por unanimidad.

Júpiter.—Muy complacido estoy, ¡oh dioses inmortales, de haberos oido discurrir con tanto acierto! No parece sino que habeis estado dentro de mí, segun habeis manifestado cuanto tenia en mi pensamiento hace algunos años, para hacer que los mexicanos conozcan sus verdaderos intereses, y no desprecien, sino que adopten las únicas bases en que debe cimentarse sólidamente su felicidad. Pero no puedo ménos que llamar vuestra atencion sobre la principal de ellas, y sin la que las demas tendrán una suerte precaria. Es necesario dar á esas bases una garantía, ó por esplicarme con mas claridad, establecer una forma de gobierno en la que toda la república se interese en sostenerlas por su propia conveniencia libres de los ataques de la arbitrariedad y de la ambicion. Esa forma de gobierno, tenga el nombre que tuviere, no debe ser otra que aquella en que cada Departamento cuide esclusivamente de sus intereses locales, y del desarrollo de sus elementos respectivos.

Momo.—¡Ay, padre Júpiter! ¿Qué habeis pronunciado? Vuestras palabras me han asustado mas que el rayo que se desprende de vuestras manos y reduce á cenizas los mas fuertes y elevados alcáza-

res. Apenas han llegado á mis oidos cuando se han renovado en ellos los lamentos del Gallinero, los clamores de Zacatecas, los ¡ayes! de tantas víctimas sacrificadas al establecimiento del centralismo, los gritos y algazara de los pronunciamientos en favor de este sistema. ¡Ay me! Ya me hacen cosquillitas las costillas, y me parece que la lanza ó la espada de algun héroe amigo del órden, me entra por el lado de la garrocha, y me sale por el de la rienda. ¿Qué pecado hemos cometido, padre Júpiter, para que querais promover contra nosotros una revolucion, aun mas temible que la de los titanes? ¿No veis que apénas habeis indicado esa independencia de los departamentos para su manejo interior, cuando mas de cuatro bigotes se han atusado; mas de cuatro acicalados sables han salido de la vaina; mas de cuatro lanzas se han enristrado; mas de.....

Júpiter.—Mas de cuatro fantasmas horrorosas os ha figurado el temor. ¿Qué? ¿hará este callar á los dioses, lo mismo que á los hombres? Ademas: ¿acaso violentamos su libre albedrío? Está escrito en l libro de los destinos que se respete la voluntad del hombre, y no se le haga violencia en tanto que vive en la tierra. Pero no por eso los dioses deben abandonarlos á sus caprichos. Por medio de inspiraciones deben darles á conocer la verdad y la virtud, é inclinarlos á obsequiarlas; si ellos se obs-

tinan en el error y el vicio, á los dioses toca entónces castigarlos con trabajos y desgracias en la vida, y con arrojarlos al Tártaro despues de su muerte. Así que, los hombres no deben alarmarse porque se les inspire la verdad; por el contrario, deben agradecer que los dioses se hayan dignado inspirárselas, y si la desprecian, y les fuere mal, quéjense á sí mismos, una vez que libremente lo eligieron, como dice Ovidio:

--------video meliora, provoque,
Deteriora sequor.

Momo.—¡Oh! Pues si no ha de haber pronunciamiento, manos á la obra; aunque me parece que siempre hemos de predicar en desierto. Se quiere sostener que la centralizacion del gobierno es necesaria para refrenar las pasiones de los hombres, y yo en mi opinion creo, que al contrario, las pasiones de los hombres son las que pretenden la centralizacion del gobierno. En este sistema es en el que puede muy cómodamente monopolizarse el poder, que es á lo que por lo regular aspira el orgullo de los mortales. En vano la razon y la conveniencia pública, han clamado contra este abuso: en vano el odio público, el grito universal, el descontento de toda la república, se han espresado con tanta claridad en contra de los aristócratas, oligarcas, y emprendedores, que no han podido éstos ménos que conocerlo y confesarlo. Han desco-

nocido, ó aparentado desconoeer la voluntad nacional, por mas claramente que esta se manifieste.

Júpiter.—¡Ceguedad lamentable! Si yo, aun ausiliado de vosotros, apénas puedo con un trabajo sumo y continuo gobernar al mundo, siendo asi que me hallo presente en cualquier parte, en el momento que quiero ecsamino los hechos con mis propios ojos, y nadie me engaña, ¿cómo podrán uno ó unos cuantos hombres de entendimientos limitados, atender al remedio de las necesidades de pueblos muy distantes de un centro comun, en que por lo regular se vive entre el lujo y los placeres? Los clamores de los necesitados llegarán tarde á la capital, si acaso llegan, y aun entónces tan debilitados que no causarán la menor impresion. Un terreno de mas de mil leguas de longitud, y de una latitud media de trescientas, ¿podrá ser bien gobernado desde un centro comun? Digo *bien gobernado*, porque para serlo como si fuera colonia, no hay embarazo alguno; mas no se trata de que la nacion mexicana preste una obediencia servil á su capital, porque esa misma prestaba bajo la dominacion española, sino de que sea gobernada de manera que sea feliz. Si su independencia ha de proporcionarle únicamente que varíe de amos ¿qué fruto ha sacado de ella? Es preciso que los hombres se desengañen. Miéntras que no se respeten los intereses locales, y se promueva eficazmente el desarrollo de sus elementos, es imposible que los pueblos sean

felices. En ninguna nacion del mundo hay mas diferencia entre los intereses locales y elementos de sus partes integrantes que en esta república. En ella se encuentran todos los climas, todas las producciones, todo género de terrenos, y esta diferencia de elementos produce necesariamente la de intereses, porque si son tambien diversas las ecsigencias de los departamentos, diversos deben ser tambien sus remedios. No es lo mismo cultivar la caña de azúcar, que el trigo ó el maiz; ni la cochinilla ó el añil, que el algodon: no es lo propio ser agricultor, que criador de ganado; manufacturero, que comerciante; hacer el comercio interior que el esterior; hacerlo con el Asia y la América Meridional, atravesando el Pacífico, que con la Europa ó los Estados-Unidos del Norte, atravesando el Atlántico ó el Seno mexicano. En la república hay departamentos que están llamados por la naturaleza para desempeñar de preferencia alguno de los objetos indicados, y de consiguiente es preciso que cada uno tenga sus leyes respectivas. ¿Podrá desde un centro comun atenderse á todos esos intereses? Y ¿sin que se atienda debidamente podrá progresar la nacion? ¿La ley sobre comercio, que sea favorable á Yucatan, lo será tambien para los demas departamentos litorales? ¿La que favorezca á los agricultores será igualmente benéfica á los criadores de ganado? Pero ¡qué digo conformar las leyes á los interes

locales! ¿Podrán conocerse siquiera estos? Por otra parte, nada dificil, sino muy fácil y probable es, que á cada paso se encuentren opuestos los intereses de la circunferencia con los del centro, y entónces ¿cuáles preferirán? Sin duda que los del centro, siempre que se halle centralizado el gobierno. Y ¿no producirá esto un descontento general permanente, unos zelos y rivalidad continuos entre la capital y los departamentos; en una palabra, un gérmen constante de revoluciones? Esta profecía tendrá su cumplimiento indefectible luego que los departamentos adquieran un número considerable de poblacion. ¿Dos ó tres millones de habitantes en Nuevo-Mézico, otros tantos en Sonora, Chihuahua, Durango &c., han de venir á la capital á recibir sumisos unas leyes que acaso sean contrarias á sus intereses locales? ¿Han de venir á tributarle su dinero, sin reservarse siquiera el muy necesario para defenderse de las incursiones de las naciones bàrbaras limítrofes? Así que, la forma de gobierno que he propuesto, no solamente es indispensable para la felicidad de los departamentos, sino el único arbitrio que hay para conservarlos unidos. Si por medio de un sabio sistema de gobierno bien combinado, se atiende como se debe, á los intereses locales; si se deja á las partes integrantes independencia y libertad para proveer lo correspondiente á sus necesidades; si su dependencia, ó por esplicarme con mas esactitud, si su

union á la capital, les es mas útil que gravosa, ¿qué interés tendrán en separarse? Ninguno; al contrario, lo tendrán en formar una sola familia. La nacion será incontrastable respecto de las estrangeras, que tarde ó temprano han de molestarla; porque todos los Departamentos harán causa comun la de cualquiera de sus hermanos; todos, aunque diversos, presentarán una misma fisonomía, unidos no por la fuerza sino por los vínculos estrechos de un recíproco interés. Por lo que sujeto á la deliberacion de esta celestial asamblea la siguiente proposicion:

"La forma de gobierno que se establezca en la república mexicana será la que se juzgue mas á propósito para que los Departamentos dispongan su manejo interior con entera libertad, del modo que mejor convenga á sus intereses locales y al desarrollo de sus elementos, conservando su union al centro comun para todo aquello que interese á la nacion como nacion."

Fué aprobada por unanimidad.

Pluton.—¿Quién tendrá atrevimiento para añadir una sola palabra á la proposicion del padre Júpiter? Pero si es lícito levantar su voz en esta celestial asamblea al menor de sus individuos, hará una adicion á la proposicion aprobada.

Júpiter.—Puede el dios Pluton hacer las que guste, y yo seré el primero que las apruebe, si lo mereciren, con lo que daré un ejemplo de docilidad

noble y generosa á los gobernantes del mundo, enseñándoles que muchas veces por hábiles que sean los que gobiernan, se les ocultan algunas verdades, que otras personas de mas limitada capacidad perciben mejor que ellos; y tambien les enseñaré á que la verdad sea acatada, aunque venga de los infiernos. Hable, pues, el dios Pluton.

Pluton. – ¡O gran Júpiter, digno de regir al cielo y á la tierra, mas por esa generosidad que por la fuerza de tus rayos! Conquistar á las naciones, ganar batallas, adquirir victorias, es cosa de hombres; pero vencerse á sí mismo, refrenar la ira, usar con moderacion de la victoria, es propio de los dioses. Así lo decia Ciceron ó César. "Domuis-
" ti gentes immanitati barbaras, multitudine in-
" numerabiles, locis infinitas, omni copiarum ge-
" nere abundantes; sed tamen ea vicisti; quae et
" naturam, et conditionem, ut vinci posent, habe-
" bant..... Animum vincere iracundiam cohi-
" beret, victoriam temperare..... haec qui fa-
" ciant, non ego cum summis viris comparo, sed
" simillimum Deo judico." ¡Ojalá te imitaran en esto, padre Júpiter, así como se empeñan en ser unas caricaturas ridículas de tu omnipotencia. Mas entrando en materia, la adicion que tengo que hacer está reducida, á que nunca puedan reunirse en una persona ó corporacion, los poderes legislativo, ejecutivo y judicial. ¿Cómo se han atrevido los hombres á reunirlos, cuando ni nosotros los dioses

lo hemos hecho? Júpiter es el legislador supremo, dictando sus decretos, no arbitrariamente, sino con el consejo y aprobacion de los dioses, de lo que podremos encontrar muchos ejemplos en Homero y en Virgilio. El poder ejecutivo está encargado á Marte en lo militar, y á mí en lo judicial, y para juzgar y sentenciar, ha puesto el destino en mi departamento á los jueces Eaco, Minos y Radamanto. ¿Qué sucederia en el mundo si cambiáramos á voluntad de nuestras respectivas atribuciones?

Momo.—¿Cómo qué sucederia? Lo propio que en los Departamentos de la república mexicana, desde que hace algunos años que se criaron esas autoridades anfibias, esos Janos políticos, que por un lado tienen caras de comandantes generales, y por el otro de gobernadores. Andaria todo tan bonito, tan bonito, que no habria mas que apetecer. Una paz, no solo Octaviano, sino sepulcral, reinaria en todas partes. Sobre que no hay cosa mejor para dar fuerza y energía á un gobierno, que reunir los poderes. De ese modo se calla y se obedece con paciencia; y si alguna persona no la tuviere, que la pida prestada, ó que la compre. ¡Yo no sé cómo se ha escapado esa á los estrangeros! Si ven, y les consta que se gasta mucha paciencia en la república, ¿cómo no han importado unas cuantas toneladas de ella, sacándola de la Irlanda ó de la Turquía, para venderla aquí á buen precio?

Ya se ve, siendo tan grandes especuladores, saben perfectamente que aquí la paciencia no escasea como el algodon en rama, sino que á pesar de la mucha que se consume, aun sobra no solo para venderla, sino para darla de balde. *Muy bien sabe la mona en el palo en que se trepa.*

Pluton.—Y cómo que lo sabe, y tanto, que jamas podrá tener efecto la proposicion que tan acertadamente ha hecho el padre Júpiter si no se separan, para no unirse nunca, los poderes; por lo que sujeto á la deliberacion de vuestras divinidades, la siguiente proposicion:

"Jamas se reunirán los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, en una persona ó corporacion, ni los mandos militar y político en un solo individuo."

Júpiter.—Adopto y suscribo la adicion.

Fué aprobada por todos los dioses, ménos Marte, que salvó su voto.

Júpiter.—Parece, pues, que las bases que habeis aprobado, ¡ó dioses inmortales! son las absolutamente necesarias en que debe cimentarse una constitucion que haga la felicidad de la república mexicana. Todo lo que no sea esto, es mantener á los Departamentos del interior en una posicion idéntica á la que tiene la Siberia respecto de San Petersburgo. Yo desearia que los mexicanos fueran sensatos, que conocieran los verdaderos intereses de su patria, que se desprendieran de esa

preocupacion afectada contra los principios que hemos indicado. Pero, repito, que á los dioses toca solo inspirar la verdad y la virtud á los hombres miéntras que disfruten de su libre albedrío. Si abusan de él, algun dia recibirán el premio de sus obras en el departamento de Pluton, y aun en el mundo no dejarán de comenzar á sentir el castigo de su voluntaria ceguedad. La desconfianza, el temor, la continua zozobra, el conocimiento íntimo de no ser amados y sí altamente aborrecidos, la falta de amigos verdaderos, los estravios á que los conduzca la adulacion, con los que cada vez reconcentrarán mas y mas el odio público que se han granjeado, son los precursores de lo que se les espera en el Tártaro.

Momo.—Allá vea yo cuanto antes à todos los nacionales y estrangeros enemigos de la república mexicana. ¿Qué es esto de estar jugando con ella? Se conoce su voluntad y lo que necesita para ser feliz; pero no se le quiere dar. Ya se trata de alucinar con esta medida, ya con aquella otra, y todo esto no es mas que *pan para hoy y hambre para mañana.* Los pobres pueblos se agarran, como suele decirse, de una ascua ardiendo para librarse de un mal; pero luego que les quema mucho sus manos, la sueltan, y ¿qué sucede? Revoltosos, enemigos del órden, genios turbulentos; vengan acà facultades estraordinarias, vengan medidas fuertes y enérgicas. ¿De quién es la culpa, de los pueblos ó

de sus legisladores? Sí, sí quiero, y mucho que quiero, que todos los que se oponen á la felicidad de la república, vayan *quam primum* á dar al Tártaro de cabeza.

Cibeles.—Yo no, que al fin soy la madre de los mortales. De mis huesos formaron Deucalion y Pirra á los hombres y á sus hermosas compañeras. Por mucho que delincan, mas deseo su enmienda que su castigo. Así que, suplico encarecidamente à todas las divinidades que me escuchan, que multipliquen sus inspiraciones, y no cesen un instante de proclamar la verdad hasta conseguir que los mexicanos, desprendiéndose de la ambicion, de los caprichos, del orgullo, y arreglándose à la razon y á la justicia, proporcionen á la república su completa felicidad.

Momo.—Y despues la gloria eterna. Amen. Solo esto faltó á la Diosa Cibeles para concluir su sermoncito con arreglo á ordenanza. Sin embargo, convengo que tiene razon, y yo seré el primero que por mi parte procure grabar la verdad en los corazones de los mexicanos acá á mi modo, es decir, sin piropos ni circunloquios, sino que *pan pan, vino vino, y ande la anderga*, como dicen los muchachos en cierto juego.

Todos los dioses hicieron la misma protesta, é iba á levantarse la sesion; pero Venus pidió la palabra: se la concedió Jupiter: Vénus se remilgó un poco, abrió una boquita de coral y dijo:

Vēnus.—¡Oh padre de los dioses y de los hombres! Siempre han de merecer estos todos tus cuidados, y ninguno los individuos del bello secso. Yo tengo que poner en conocimiento de esta celestial asamblea una queja muy justa contra las mexicanas. ¿Quién duda de la preferencia con que las he tratado? Si á las europeas y asiáticas he dejado el color de alabastro y las estaturas próceras, á las mexicanas he dado unos talles delicados, unos cuerpos muy torneados en todas sus partes, unos piés mejores que los mios, un aire para andar muy gracioso; pero estas, ingratas á mis beneficios, los ocultan y aun echan á perder enteramente con ciertos sacos que usan, tan largos, que arrastran una cuarta y tan abultados que parecen globos aerostàticos: ademas, usan un calzado estrañgero con que se ponen unas patas que dan basca. Yo pido remedio à tanto mal.

Diana, con una cara de mogigata y haciéndose de la boca chiquita dijo:—Ya esperaba yo que Cipriana saliese con una friolera. ¡Vaya! Es insufrible que venga aquí á murmurar los *honestos* vestidos de las castísimas mexicanas, en las que he derramado con profusion los púdicos sentimientos que siempre me han conducido por la senda del honor.

Momo.—Menos cuando tomais la figura de la luna y os enamorais de un mozalvete, como lo hicísteis respecto de Endimion. Diosa mia, en esto

de castidad lo mismo es aquí que en Roma, en donde decia Ovidio:

> Ludite formosae, casta est quam nemo rogavit,
> At si rusticitas non vetat, ipsa rogat.

Ademas, ¿á qué viene esta modestia afectada, que no tiene por objeto la virtud, sino la moda? Pero ¡qué moda! Yo sé muy bien que las mugeres siempre han sido mártires del infierno, pues por lucir su hermosura se sujetan á modas, que á mas de ser incómodas son perniciosas á su salud; pero entrar en modas para ponerse feas y hacer inútiles las gracias con que las ha adornado la naturaleza, estaba reservado para las mexicanas. Si las estrangeras usan la ropa larga, hacen porque lo hacen para cubrir un defecto; mas adoptar aquel uso para ocultar una belleza, que puede lucir sin nota de deshonestidad, es el estremo de la tontera. Las Vestales y las matronas de Roma, descubrian siquiera la mitad de los piés, y no por eso dejaban de ser honestas, respetadas, y tanto, que hasta el mismo Ovidio les tuvo consideracion, por lo que cuando escribió su *Arte de amar*, dijo:

> Este procul vittae tenues, insigne pudoris,
> Quaeque tegis medios, instita longa, pedes.

Así que, tiene mucha razon la hermosísima Vénus para ofenderse de esas *monadas*, lo mismo

que del calzado que han dado en usar las mexicanas, con el que echan á perder enteramente las pulidas formas de sus piés. Esto no es mas que afectar un prurito ridículo de parecer estrangeras; como si aun los defectos de ellas fueran mas dig-

nos de aprecio que sus perfecciones. Y ¿qué diré de esos deformes bultos que aparentan y que deslucen enteramente los graciosos talles de las mexicanas? ¿Qué dirian éstas si un jóven de un talle esbelto se presentara con unos pantalones del gigante Salmeron, rellenos de trapos para fi-

gurar unos muslos, posaderas y piernas demasiado gruesas? Saldrian todas á los balcones y comenzarian á murmurarlo. Mira, niña, qué figura tan estraña. ¡Vaya! si es un ente ridiculísimo.—No sé como tiene cara para presentarse en público.—Una de nuestras hermosas, vestida de rigurosa moda es el monstruo de Oracio: patas de estrángera, posaderas de vieja cincuentona hidrópica, y talle de jovencita: de suerte que así como aquel monstruo comenzaba en muger y acababa en pez, así nuestras mexicanas comienzan como jóvenes, median como viejas hidrópicas, y acaban como estrangeras. Cuando se presentan en la calle, en lugar de aquel garbo tan natural y encantador para andar que ha deslumbrado los ojos hasta de los mismos estrangeros, parecen tarascas, pues de en medio de un envoltorio de trapos que, como dice Venus, figura un globo, se levanta un tallecito delicado y una carita de filigrana, y como no se les ve al dirigir sus pasos ni aun la punta del pié, parece que van pegadas en una tablita, y que las arrastran por el entarimado los muchachos como á las tarascas. Pero eso es la moda, en la que no dejan de tener parte las socaliñas estrangeras, pues el fin es hacer la guerra á nuestras bolsas por mayor y menor. Por mayor se hace con préstamos al gobierno, introduccion de hilaza, de algodon, estraccion de plata pasta &c. Por menor cor las modistas, con los comerciantes menudeadores de ropa,

con los mercilleros, &c. Miéntras mas tela entra en un vestido, mejor para el comerciante; miéntras mas presto se rompe, mejor para la modista; y ¿cómo no se ha de romper pronto un vestido que continuamente se arrastra? ¿Cómo no ha de entrar doble tela en un vestido de que podian salir dos, muy cómodamente? Yo no sé qué modelo han podido proponerse las mexicanas para establecer sus modas ó para adoptarlas. No hay una estátua, no hay una pintura antigua ó moderna que tenga la menor semejanza con esos inmensos envoltorios de trapos con que se atavian las mexicanas, de la cintura para abajo. Tanto las estátuas como las pinturas que hoy y siempre han servido de modelo, aunque están vestidas con túnicas anchas, no están abultadas de manera que aparenten tener armazones debajo, sino sencillamente puestas, y el aire del vestido, así como la habilidad del escultor ó pintor, consiste en acomodar con gracia los pliegues de la ropa. Solamente nuestras mexicanas han tenido la feliz ocurrencia de ser modelos de *marmotas*. Pero volviendo á la honestidad tan decantada de Diana, yo conozco muchas mugeres y muchos mas hombres que son tan virtuosos como ella. Me esplicaré: bien sabeis, ó dioses que me escuchais, que Diana ha merecido el nombre de Triforme Diosa, porque se presenta bajo tres aspectos. En las selvas se llama Diana, y es una vírgen casta: en el cielo se llama Luna, y

es lúbrica y enamorada: en el infierno Proserpina, y es entonces celosa y vengativa. Así yo tambien fuera santo. Conozco infinitos santos de ese modo: ¿cuántas veces no vemos que un hombre provecto y aun anciano, santísimo y castímo, cuando ménos lo pensamos, nos va saliendo con que en una casita de vecindad mantiene una comadre? Hay hombres que resisten á los ataques del dinero y del favor; pero no á los de la hermosura: otros desprecian á esta y al dinero; pero en presentàndose un potentado á quien teman ó de quien esperen algo, doblan las manitas: otros no temen ni á rey ni á roque, despreciaran al mismo Júpiter y à la propia Vénus, aunque se les presentase tan encantadora como á Páris en la cumbre del Ida; pero en oyendo sonar unas cuantas onzas de oro, cayeran en la tentacion, y cómo que cayeran. Allá va la injusticia, bien en la votacion de un negocio judicial, bien en la colocacion de un ahijado, ó bien en cualquiera otra cosa que por ningun motivo deberia hacerse. Todos estos virtuosos deberian llamarse santos *triformes*, así como Diana, para dar á entender que si bajo un aspecto son buenos, bajo dos son pésimos. Pero yo me he entusiasmado demasiado en este asunto, sin que lo merezca, pues nada tiene que ver con las bases constitucionales, que han sido el objeto de esta reunion, por lo que creo que la queja de Vénus será objeto

de una ley secundaria, y en tal concepto hago la siguiente mocion:

"Pido que Júpiter nombre una comision de leyes suntuarias, que abra dictámen sobre la queja de Vénus."

Se aprobó esta mocion por unanimidad, y Júpiter nombró para la comision á las tres diosas que en el monte Ida disputaron el premio de la hermosura, á saber, Vénus, Juno, y Palas.

Apolo.—Muy prudente ha sido la medida que se ha tomado, y ya que se nombró una comision especial para que abra dictámen sobre la queja de Vénus, pido al padre Júpiter, que nombre otra para que lo abra sobre las que yo tengo contra los poetas y literatos. Sepan vuestras divinidades que estoy tan enfadado contra los poetas mexicanos, que muchas veces me he visto tentado de vender el caballo Pegaso para que lo acomoden en algun quitrin, y solicitar algun agiotista que haga postura al Parnaso, aunque sea para que siembre en él alfalfa, pues entonces á lo ménos servirá de algo. Se ha soltado, pues, una caterva de poetas románticos, à los que sin duda parece que subir al Pindo es lo mismo que trepar al cerrito del Peñon. Todos ellos no son mas que sentimentales; pero ¿qué sentimentales? Sus poesías no son mas que pedazos de novelas puestos en verso, es decir, en renglones que terminan con consonantes; pues toda-

vía no me atrevo á llamarlos *versos* en todo el rigor de la palabra. Allí no se encuentra filosofia, historia, mitología, ni conocimiento de las ciencias. Frasecitas y mas frasecitas, y hé aquí un poeta lírico, un poeta sentimental. No fué lírico Horacio? No fué sontimental Ovidio? Acaso se contentaron con puras frases? Quién mejor que éste ha tratado la mitología, quién se ha sabido aprovechar mejor de la historia, quién ha llenado mas sus obras de preceptos filosóficos, hasta merecerle el renombre de poeta del corazon? Horacio, el maestro de los poetas, ¿qué modelos tan acabados no ha dado en sus odas de poesía lírica? Por qué no se imitan sus obras? Y qué diré de los cómicos y trágicos? Hace algunos años que con mucho trabajo hice conocer á los españoles los defectos de sus comedias y tragedias antiguas. Les demostréq ue siendo ambas, aunque en diferente estilo, una imitacion de la conversacion familiar, era contra la naturaleza de las cosas que hablaran los personages en sonetos, octavas; liras, &c.; que debia buscarse un género de poesía que fuese muy análogo á la sencillez de la conversacion; que la lengua española tenia el romance de ocho sílabas, que por su fluidez era el mas semejante á los versos yámbicos de que usaron los cómicos y trágicos latinos; que aquella lengua tenia sobre todas las vivas, la ventaja de los asonantes, los cuales forman una armonía media entre la mucha de los

consonantes y la poca del verso suelto; que poseía dos géneros de versos muy acomodados á la comedia y á la tragedia, ventaja que tampoco tienen ot ras naciones, y son el romance de ocho sílabas para la primera y el endecasílabo para la tragedia; aquel por su naturaleza ligero, y este grave, de suerte que el uno sin bajeza se acomoda á las ideas mas triviales y el otro á las mas sublimes, sin afectacion; que á esto contravinieron los cómicos antiguos españoles como Lope de Vega, Moreto, Calderon, &c., haciendo hablar á sus personages en toda clase de metros; que los italianos y franceses nos daban ejemplo escribiendo sus comedias y tragedias, los primeros en versos sueltos de siete y ocho sílabas alternados, sin regla fija, y usando de consonantes solamente en las arias con que algunos concluyen sus escenas, así como los poetas latinos concluían las suyas con los coros en que únicamente variaban de metro. Todo esto les enseñé y aun por boca de Moratin ridiculicé á los malos poetas en una sátira que en los premios que dió la academia española sacó el *accesit*, debiendo haber sacado el premio principal, porque en todas partes se hacen injusticias, y en obras de literatura, con la mayor frecuencia. Todo lo dicho enseñé á los poetas españoles, y en efecto se enmendaron, escribiendo tragedias tan recomendables como el Edipo, que acaso aventajó á sus modelos griego y latino; y no ménos se escribieron

comedias, aun por poetas mexicanos, como la *Indulgencia para todos*, que honrarán siempre á sus autores. Estaba yo muy contento, cuando no sé qué divinidad enemiga mia sacó del polvo de la nada á esos detestables románticos. Una comedia ó una tragedia suya no debia llamarse la tragedia *tal* ó la comedia *cual*, sino de este modo: *Nueva edicion de las fábulas de D. Tomas de Iriarte en cuarenta y tantos géneros de versos.* Tal vez en la escena mas interesante, un mismo interlocutor en un propio monólogo está declamando en alejandrinos pareados de catorce sílabas, y de repente suelta su tarabilla en romancillo de cinco, en los que aun el contraste de la cadencia de estos y aquellos versos lastima al oido; pero así es la moda. ¡Moda infernal! ¿Por qué los defectos que tanto desagradaron en Lope, Moreto y Calderon, que al fin en la sustancia eran buenos poetas, han de agradar en los que no son ni buenos ni malos, sino pésimos? Aquellos en medio de sus piropos manifestaban que eran hombres instruidos en las ciencias; sus versos tenian filosofia, su lenguage era puro; pero nuestros románticos *ponit du tout*, nada de eso. Por tanto reitero mi súplica á esta celestial asamblea

Momo.—Yo por mi parte estoy muy conforme con la solicitud del dios preopinante, mucho mas cuando considero que por ahora no es tan urgente

el remedio para acallar las quejas de Apolo, como tampoco las de Venus, de que hablamos ántes, porque allá en esos mundos de Dios, anda cierto *Gallo* y cierto *Zurriago*, cada uno con su compas y medida, que no dejarán *títere* ni *títera* con cabeza. El uno, *hoc est*, el Gallo, ha convertido todo el furor que estos animales manifiestan contra los individuos de su especie, en persecucion de las mugeres ridículas, hipócritas y pataratas, principalmente si son *cotorronas*. El otro, es decir, el Zurriago, ha declarado guerra abierta á todo escritor monigote, ya lo sea en verso, ya en prosa; ya en castellano, ya en latin. Y el tal Zurriago es tan largo, tan largo, que no son capaces de medir su longitud todos los matemáticos de la ciudad de México. Ya se vé, no pudieron medir la cola del Cometa, y habian de medir la largura del susodicho Zurriago. Es verdad que podrán los tales matemáticos responder lo que Vespasiano, cuando habiendo aparecido un cometa *crínito*, fueron los agoreros muy espantados á llevarle la noticia, y les respondió con mucha socarra: Ese cometa *crínito* tendrá que ver allá con el rey de los partos, que tiene una gran cabellera, no con un emperador romano que no la tiene, con lo que sereno el temor de los agoreros. Hé aquí, *mutatis mutandis*, lo que deben responder los consabidos matemáticos. Ese Cometa *coludo* dará en que entender á los astronomillos de los departamentos, que tendrán cola que les

pisen; pero nosotros, que en materia de astronomía somos *rabones*, ¿qué tenemos que ver con el cometa? Bien dicho: quedan escusados los astrónomos de la ciudud de México, á lo ménos en nuestro concepto, quién sabe si lo quedarán en el del Zurriago, el Gallo, y otros mordaces descontentadizos. Principalmente, el tal Zurriago, que cuando se emberrincha, al pobre á quien se le echa sobre las espaldas, le hace ver, no solo estrellitas al medio dia, sino luz *zodiacal* á las dos de la tarde. Pero sea de esto lo que fuere, repito, que no es un asunto constitucional, y puede pasar á una comision de literatura, como ha pedido el dios Apolo.

En efecto la queja de este dios pasó á la compuesta de los dioses Minerva, Apolo y Mercurio.

En este estado se hallaba la sesion, cuando uno de los genios porteros entró á decir, que las Horas avisaban, que ya la Aurora estaba abriendo las puertas del Oriente, y que era presiso bajar del cielo del salon el carro de Febo, para uncirle los caballos, y que este dios hiciera su carrera cuotidiana.

Júpiter dijo: Se levanta la sesion, y oportunamente se avisará á las altas deidades del Olimpo para que concurran á tener las que sean necesarias, á fin de arreglar la marcha política de la república mexicana.

Se levantó la sesion, y Mercurio me dijo: Vàmonos antes que amanezca para que no seamos vistos; tú no dejes de publicar cuanto has presenciado y oido, pues no con otro fin te mandó mi padre Júpiter traer á nuestro congreso. Yo le prometí que nada se me quedaria en el tintero, y al momento me tocó el hombro con su caduceo, y en un abrir y cerrar de ojos nos hallamos sobre la azotea de mi casa. Entramos á mi estudio por la ventana, que habia dejado abierta para que se refrescase el aposento, mientras que yo salia á dar por la banqueta de Catedral el paseo de que hablé al principio.

Inmediatamente, aunque desvelado y fatigado con las caminatas de la noche, me puse á escribir cuanto habia pasado en el *congreso de los dioses*, y cumpliendo con la voluntad de Júpiter y la promesa que hice á Mercurio, determiné publicarlo: con este objeto me dirigí á vdes., señores editores; pues creo que ningun medio es mas á propósito, á fin de poner en noticia de todos los mexicanos, lo que segun los dioses les conviene para su felicidad, como insertarlo en las columnas de su apreciable periódico; á lo que no espero se nieguen unos editores tan amantes de su patria, cuales son los del *Siglo XIX*.

A vdes. mas que á ninguna otra persona consta que desde que se instaló el congreso que procedió á la junta de notables, manifestó el supremo

gobierno una decision muy marcada de que en cuanto fuera dable, se diesen á los Departamentos las facultades necesarias, á fin de que espeditaran como mejor les conviniese su administracion interior. En consecuencia de este loable deseo, se podría todavía hacer que en la constitucion que se discute, se adoptaran los artículos de que han hablado los dioses, ó que los que ecsisten análogos en aquella, se reformasen, de suerte que fuesen un *quid pro quo* de éstos en el supuesto de que agraden. La cosa es muy fácil, pues por medio de aclaraciones, adiciones ú observaciones que haga el ejecutivo en su tiempo debido, se podria conseguir, sin faltar al órden ritual de los trámites. ¡Ojalá y así lo veamos verificado!

[illegible] muy moderada, lo que, en nuestro caso dado, no obsta á los Dogmas [illegible] de [illegible], ó de que [illegible] [illegible] en [illegible] [illegible]. Los [illegible] de gallo [illegible] [illegible] [illegible] que la [illegible] [illegible] [illegible]

V.

ORACION FUNEBRE

ROMÁNTICO-POLÍTICO-MORAL,

Que el M. R. P. Fr. Supino, religioso observante, pronunció ayer en los potreros de Balbuena, ante un lucido y numeroso concurso de cuadrupedos de todas clases que pastaban en ellos.

Mortus est qui non resollat.
Muerto está quien no resuella.
Palabras tomadas del capítulo 1.° *del gran libro de la esperiencia.*

Amados compatriotas y dilectísimos hermanos mios: ¿Qué quieren decir esos lúgubres semblantes que veo en vosotros? Qué ese aparato fúnebre que por todas partes observo? Acaso el *ángel de la muerte* ha sido enviado en la ira del Eterno para

cortar el estambre de vuestras vidas? Qué significan esas lágrimas ardientes que inundan vuestras mejillas, al escuchar tan solo el nombre de muerte? Ah! sí: hoy es el dia consagrado á su recuerdo. Hoy es el dia en que estendemos la vista por

toda la faz del globo que habitamos y recorriendo en un momento el dilatado espacio de siete mil años, llamamos por sus nombres á las personas, á las ciudades, à las naciones, á los mas florecientes, ricos y poderosos imperios: nadie responde: todos

han desaparecido. Allá entre las ruinas de Ménfis y Palmira, en las elevadas pirámides de Egipto, en las catacumbas de Roma, en el cementerio del P. La-Chaisse, en el de Santa Paula, y aun en el del pueblo mas infeliz, resuena el eco de esa pregunta, y se oye un sordo y confuso rumor, en el que solo se perciben con claridad estas voces: *Todo perece.*

Así es en efecto, carísimos conciudadanos. El imperio de la muerte no tiene límites: el mundo entero es su territorio: su poder es irresistible. Ni aun la omnipotente séptima base podrà jamas conceder un privilegio esclusivo para no morir. Ni aun el sublime talento de los agiotistas puede colocar á premio una cantidad de minutos de vida, fuera de los que Dios nos conceda. ¿Qué tal será la muerte de inecsorable, cuando resiste con firmeza á esos dos poderosos agentes? Y ¿por ventura, necesita levantar grandes ejércitos, baluartes inespugnables, escuadras numerosas para hacerse temible y dominar á los vivientes? Sin duda que no. Ella se forja armas de cuanto ecsiste. El placer y el pesar, la hartura y el hambre, la riqueza y la pobreza, el valor y el miedo, la felicidad y la desgracia, todo en las manos de la muerte se transforma en instrumentos mortíferos. De esa enfermedad falleció una ilustre matrona. Ah! *Llorad sin descansar, ojos cansados.* ¿No adivinais

de quién os hablo, amados oyentes mios? De la muy noble, virtuosa y poderosa señora Doña República Mexicana. Su sensible muerte será el asunto de mi discurso, si teneis la bondad de prestarme vuestra atencion.

Mortus est qui non resollat.
Muerto está el que no resuella.
(*Libro y capítulo citados.*)

Acaso, señores, aludiendo á la República Mexicana, se dijo en profecía: *Mortus est qui non resollat.* Yo como el fatídico buho, me he ocultado en uno de los mas elevados escondrijos de una de las torres de catedral, y desde allí he observado á la hermosísima México: nadie resuella. He levantado mi vuelo como un *zopilote*, y me he situado en la cumbre de Ajusco. El valle entero del Anáhuac se ha presentado à mi vista: nadie resuella. Me he remontado como el águila rampante hasta la argentada cumbre del Popocatepetl. Mis ojos hácia el Oriente han recorrido gran parte del Departamento de Puebla y del de Veracruz, hasta detenerse en el Citlaltepetl, ó Pico de Orizava, que se presenta como una mota de algodon. Por el Norte han casi tocado á los límites del Departamento de Querétaro: por el Sur y Poniente han atravesado los Departamentos de Puebla y México, hasta perderse en las costas del Pacífico: nadie

resuella. He andado y desandado los dos ramales en que se divide en nuestro territorio la gran cordillera de montañas, que viniendo de los Andes, pasa á nosotros por el istmo de Panamá. Desde la cima de esos montes he observado á la república en todas direcciones: nadie resuella. La República ha muerto: ¡Oh dolor! ¡Oh desventura! Sí, señores, *mortus est qui non resollat.*

La admiracion y la sorpresa han sustituido en vuestros semblantes á la tristeza que ántes los ocupaba. Ya os entiendo: sin que pronuncieis una sola palabra, escucho cuanto quereis decirme. ¿Cómo ha de estar muerta una República en que resuellan mas de siete millones de habitantes? Os veo impacientes por darme en cara y confundirme con las pruebas notorias de esa verdad innegable. En los dos dias anteriores se han trasladado á la plaza nueva, el jardin de las Hespéridas, la isla encantada en que Arminda enervó el valor de Reinaldo con los placeres del amor, y la otra no ménos deliciosa en que la madre Vénus concedió digno premio y reposo al Gama y á sus esforzados compañeros. Multitud de hermosuras risueñas y ligeras como las Gracias, cruzaban sus pequeñas calles. Al entrar en el recinto de la plaza se respiraba un aire embalsamado que narcotizaba á la razon, al mismo tiempo que despertaba al deseo. El observador atónito creeria que se hallaba en aquel

Departamento de los Eliseos campos, dedicado al descanso de las hermosas que brillaron en el mundo, y en donde estas se dejan ver con todos los atractivos de la belleza. Por aquí la magestuosa sombra de Semíramis; por allí la de Andrómaca de una estatura prócer; por acá la virginal y modesta Polixena; por allá la sin igual de la griega que fué dada á Páris, y por la que Troya quedó convertida en cenizas; acullá.....¿Pero quién se atreverá á numerar y ménos á describir la multitud de ninfas, y la diversidad de gracias con que Cupido, que habia sentado sus reales en aquel afortunado recinto, formaba redes para prender á los corazones?

Vosotros, mozalvetillos, barbiponientes: vosotros los que estasiados devorábais con la vista y el deseo cuanto veiais, decid si esas bellezas seductoras resollaban ó no: decid si estaban muertas ó vivas. ¡Ah! No solamente resollaban, sino que reian, hablaban, y disparaban de sus ojos en cada mirada un rayo, de que mortalmente heridos, hubiérais sin duda apreciado caer á los piés de alguna, así como el pastor frigio en la cumbre del Ida à los de Citeréa, para adjudicarle la corona de reina de la hermosura. Vivitas, vivitas estaban. Ya una se presenta fija é inmóbil, como Sirio en el firmamento; otra se deja observar por algun tiempo, y desaparece á la manera que el *lívido cometa* llama la atencion del astrónomo para ocultársele quizá para siempre; otra cual *sílfide ligera* se presenta y

se esconde en las pequeñas calles con que está cortado el terreno, al modo que la luna, cuando la atmósfera está sembrada de nubecillas, manifiesta y oculta alternativamente su argentado disco. Tú mismo, me diréis, amados oyentes mios; tú mismo, á pesar de esa santa capilla con que cubres tu redonda y *fúlgida* calva, testigo monumental de que ha muchos años que pasó tu juventud, acaso al ver alguna hermosura, se inflamaron en tu corazon los apagados fuegos del amor, y esclamaste como cierto gracioso de una comedia: *¡Ah cuerpo, que te rebelas!*

Si con estas pruebas de bulto, continuaréis diciendo, aun no te convences de que hay quien resuelle en México, escucha otras para que te confundas. Cierto gobernador de un departamento, al que incitó algun otro, no solo resuella sino que ha proclamado una protesta contra todo departamento, follon y malandrin, que no vote al general Santa-Anna para la futura presidencia de la república. D. J. A. A. de G., ha obsequiado al público con una *arenguita* al propio objeto, que se publicó hace dos ó tres dias en el *Siglo XIX*. D. J. G. J. nos obsequió igualmente con unas poesías sublimes, homérico-pindáricas, insertas en el núm. 3.050 del Diario del gobierno. ¡Ingenios raros! ¡Cabezas privilegiadas! Si en alguna academia de literatura os niegan el primer lugar *in recto* en elocuencia y poesía, caiga sobre los que tal injusti-

cia hagan el anatema del ilustre caballero de la Mancha: *Febo los asaetee y las musas jamas atraviesen los umbrales de su casa.*

¿Aun quereis mas pruebas? Pues ahí está el *Organo del comercio*, que se desata en injurias contra los editores del *Siglo XIX*, porque no puede responder á los argumentos con que atacan al comercio ilimitado estrangero, y apoyan al sistema de prohibiciones. Al autor de los artículos del mencionado *Organo* bien puede decirse que resuella por la herida. Un tal Z, médico sin duda, ha dado al público en el número del *Siglo XIX* correspondiente al dia 31 del pasado, un artículo contra el plan de estudios y su autor, en un estilo tan dulce y melífluo como el ruibarbo, el sumo de agraz y el ácido cítrico. Premio justamente merecido del que se entromete á formar planes de estudio que comprendan á los médicos: sabiendo que estos llevan á puro y debido efecto la mácsima de los jesuitas: ó *seamos como fuimos, ó no seamos.* Cuando rigió el plan penúltimo de estudios, jamas se presentaron à las conferencias semanarias, que segun él debian tenerse en la Universidad los juéves. Algun mordaz resolló y dijo, que la causa de esa renuncia era porque no sabian latin; pero esto no es mas que resollar, y no decir nada en sustancia; sin embargo, basta para probar que hay quien resuelle. Y ¿quién mejor que los médicos, que nos enseñan que *respiratio est necesaria ad vitam?*

Si buscamos resuellos oficiales, lee ese decreto en que se sancionó que la responsabilidad del gobierno por sus actos en el periodo de regeneracion, era únicamente de opinion. Si los buscas diplomáticos, atiende á las reclamaciones del ministro inglés por una banderita quitada á los tejanos, que se halla colocada con otras en el salon principal de palacio. Si públicos, presta el oido al pronunciamiento de Huejotzingo y *adyacentes*. Si constitucionales, abre ese libro de salvacion en que están consignadas las bases para la organizacion de la república. Si judiciales, ve á palacio y encontrarás una nueva corte de justicia marcial. Si militares, dirige la vista á Jalapa, y hallarás una multitud de soldados resollando. Si municipales, ahí tienes tres testigos fidedignos: la plaza misma en que te has divertido estas dos noches pasadas, el coliseo que se está concluyendo, y la columna monumental que comienza á construirse.

En una palabra, si solicitas resuellos literarios, nuestros periódicos abundan en producciones selectas en todo género de literatura, principalmente en poesía y novelitas. El Museo mexicano no solo resuella, sino que ya nos tiene colmados de besos y de abrazos. Apénas hay párrafo de novelita ó estrofa, que no contenga algunas docenas de ambas cosas. Y ¡pluguiese á Venus que solo se tratara de besos y abrazos! Pero hay ocasiones en

que mas que medianamente se esplica aquel *¿caetera quis nescit?* con que aun el voluptuoso Ovidio cubrió los secretos misterios del amor. ¿Es esto resollar? ¿No es levantar un testimonio falso á la república, asegurar que no resuella? ¿Deberá dársela por muerta?

Os he adivinado los pensamientos, oyentes mios, ¿no es verdad? Pues tened un poco de paciencia: permitidme hablar á mi vez, y escuchadme atentamente. ¡Qué ciego es el hombre que no ve por tela de cedazo! esclamaba el sapientísimo manchego, á quien poco ha se ha citado. ¿Pensais acaso que yo, cuando he tenido el honor de dirigiros la palabra, para advertiros que la república no resuella, he querido que entendais que os hablo de los resuellos naturales? De ninguna suerte. No soy tan estúpido que ignore que hay quien resuelle, y muy recio, en nuestra patria. Hablo de los resuellos políticos y de la vida civil.

En este sentido que acabo de insinuaros, decidme: ¿Quién resuella? Os acordais que hace dos años que comenzó nuestra regeneracion. Un plan llamado de los Comicios, verdaderamente popular, la impulsó de manera, que puede ser que á él se deba su feliz écsito, à lo ménos en el principio. Ese plan desapareció á poco, y fué sustituido por el de Tacubaya, sin que ni aun los mismos autores de aquel dieran siquiera un resuello. Se eligió un

congreso en el que la nacion habia fijado sus esperanzas. Un pronunciamiento en Huejotzingo, á cuyo eco respondieron en otros puntos, lo disolvió. El congreso dió su último resuello en una proclama enérgica con que terminó su vida inmaculada, sin bajeza, con la dignidad de los héroes, y bajó á la tumba sin que nadie resollara. En el corto periodo que vivia, lo verificaron los yucatecos, dirigiéndole dos esposiciones, á cual mejor redactada, y en las que procuraban evitar los desastres de la guerra. El congreso no podia resollar sobre este asunto, por no ser de los comprendidos en sumision: dió á las esposiciones el giro que estaba en su arbitrio, y nadie resolló. Ese congreso, elegido popularmente, fué sustituido por una corporacion que carecia de ese orígen. El *Siglo XIX* anunció tocar esa materia, así como la de arreglar la hacienda pública, comenzando por ecsigir la manifestacion de las cuentas, y se le tapó el resuello. Otro tanto se hizo con él cuando principió á dar al público las cartas escritas en inglés por la señora esposa de un enviado diplomático cerca de nuestro gobierno; y lo propio cuando se propuso ecsaminar las bases dictadas por la junta de notables para la organizacion de la república.

Veis, ilustre auditorio mio, como ésta no resuella; y ¿pensais que solamente á los hechos referidos se reducen mis pruebas? Escuchad otras, que

se nos entran por los ojos. Ved á los empleados del ramo judicial, las viudas, los retirados, que ya no alcanzan resuello; porque la debilidad de estómago no les deja aliento ni aun para resollar. Son testigos de vista de los caudales que se empaquetan y salen fuera de la capital: apenas abren los ojos al sonido del dinero que resuna dentro de los cajoncitos, y los vuelven á cerrar para no volver á abrirlos jamas, à la manera que el moribundo fisico, escitado por algun ruido, los abre tambien; no puede resistir la impresion de la luz y los cierra para siempre. Ya que ellos no pueden resollar, ¿quién resollará por ellos? ¿Quién anunciará que la república mexicana tiene vida?

¡Ah! Ciertamente nadie. El *Cosmopolita*, á semejanza de un meteoro que ilumina la atmósfera para reducirse poco á poco á nada, brillô por algunos años, y colmado de méritos y virtudes pasô de ésta á mejor vida. *Requiescat in pace.* El *Estandarte* resucitô; pero en su resurreccion uniô en un solo instante su oriente con su ocaso. A la oracion cívica del dia 27 de Septiembre, pueden aplicarse aquellos dos versos de un famosísimo soneto, que dicen:

O tú mueres sin haber nacido,
Tu ser equivocando con la nada.

La junta patriôtica terminô su vida en el mismo

dia 27, al modo de los actores que mueren en las comedias; dijo: *Muerta soy*, y cayó el *telon*. Aun el Zurriago, señores, el Zurriago, luego que se metió á semi-político, tocando una cuestion muy secundaria de política, fué sofocado por el polvo del Parian, y no ha vuelto á resollar. ¡Ah! ¡Qué agüero tan fatal es discutir cuestiones políticas, pues aun en aquellos en que ni los gobiernos, ni los partidos toman el menor interés, causan la muerte del que las toma por materia de sus escritos!

¡Ah Zurriago, Zurriago! permíteme este paréntesis de apóstrofe, ¿por qué no te acordaste de la fábula del lobo y del asno? ¿Por qué no arreglaste tu conducta á la leccion que te da el primero en los siguientes versos?

Yo siempre me llevé el mejor bocado
En mi oficio de lobo carnicero;
Pues si pude vivir tan regalado,
¿A qué meterme ahora à curandero?

A fé que en tu carrera de crítico, devorando á todo escritorcillo monigote, no te hubiera sucedido lo que en la de político. ¡Cuánta falta nos haces, dilectísimo Zurriago! ¡Ah! Si tú vivieras no nos llenaria de besos y abrazos *et aliquid amplius* el *useo*: no nos asustarian á cada paso los poetas románticos con el temible aspecto del ángel de la muerte, ni nos tendrian martirizado el oido con unos mismos esdrújulos repetidos en todas las poe-

sías y en todas las estrofas, como *lívido*, *fúlgido*, *plácido*, *sílfide:* habrian dejado descansar algun tanto al pobre cometa, que por mal de sus pecados apareció en estos tiempos de romanticismo; y no hay poesía, ni produccion en estilo poético, en que no haga su papel, hasta en casi los doce meses del calendario de Cumplido. Pero ¿qué hemos de hacer, Zurriago amado? Te faltó el resuello *quoniam sic fata tullerunt.* Roguemos, piadosos oyentes mios, por su regeneracion, y continuemos nuestro asunto.

Despues de haber escuchado mi respuesta, replicaréis todavía: Y ¿qué dices acerca de los muchos ejemplos, que tú mismo, y adivinando nuestros pensamientos, has puesto de los resuellos que da la república? ¡Ay, hermanos mios! Vosotros confundís el estertor de los moribundos con el resuello de los hombres sanos y robustos. La mejor prueba de que falta éste, es que no hay quien responda á aquel. ¿Quién ha dicho siquiera que el lujo que tanto ha aumentado la hermosa perspectiva que presentó el conjunto de señoras en las dos noches anteriores, es una enfermedad de muerte para la república; porque los objetos de lujo cuando hacen el principal ramo de comercio pasivo de una nacion, que los importa del estrangero, la arruinan enteramente? ¿Quién ha insinuado siquiera, que la responsabilidad de opinion es una cosa de puro hecho, que para causarse no necesita

de tratados, convenios, ni leyes? ¿Que cuando en esta clase de documentos se trata de responsabilidad, debe precisamente entenderse de lo legal y no de la opinion? ¿Quién ha hecho una protesta en favor de la libertad de elegir contra la que hicieron algunos Departamentos, anulando toda votacion en que no sea nombrado el general Santa-Anna presidente? ¿Quién.... ? Pero, ¿á dónde voy? Bastante os he dicho: ya me entendeis. Os repetiré solamente aquellas palabras, que segun Maese Pedro, dijo Carlo Magno á D. Gaiferos, cuando le reprendió su apatía en libertar á su esposa la bella Melisendra: *Harto os he dicho: miradla.*

Sí, miradla, apleciables conciudadanos; pero no la veais con la indiferencia con que presenciais la muerte de un perro, que á lo mas esclamais: *¡Pobrecito animal!* sino con el interes de un hijo que ve morir á una madre á quien ama cordialmente. Vosotros los que habeis perdido las vuestras, ó alguna otra persona que os haya sido cara, ¿qué hubiérais hecho si en vuestra mano hubiese estado poder volverla á la vida? Habriais omitido medio? Habriais ahorrado diligencia? Qué cosa os hubiera parecido dificil? Nada. Pues en vosotros consiste dar una nueva vida á vuestra amada patria, una vida llena de felicidad, y escenta de todo contratiempo.

La diferencia que hay entre la muerte natural

y la política es que de la primera no puede resucitar nadie, sin que la resurreccion sea obra del Criador Supremo; y en la política pueden servir de instrumento de resurreccion los hombres, contando con la proteccion de la Providencia. Acordaos á propósito de que en la fábula se cuenta una anécdota bastante moral, segun la que Prometeo con un rayo, que quitó al carro del sol, animó á una estátua de bronce, y quedó formado un hombre. La ciencia es el principio de nuestra vida racional: el patriotismo de la política. Sed patritas, y vivirá nuestra república.

Mas no entendais por patriotas lo mismo que por revoltosos. La verdadera ilustracion acerca de nuestros deberes, formar ideas esactas de la justicia, y ponerlas en práctica con resolucion, son las bases del sólido patriotismo. Procurad que se forme sobre ellas el espíritu público. Difundid las luces, rectificad la opinion, y nada temais. El mejor muro contra los ataques del despotismo, es la virtud inflecsible de los ciudadanos. Los triunfos del cañon son efimeros; los de la virtud permanentes. Resollad, pues, amados oyentes mios, y preparad el camino para que resuellen como deben, las cámaras faturas; porque si no resuellan como deben, entonces sí que se verificará sin remedio el testo que ha servido de tema á mi desaliñado discurso: *Mortus est qui non resollat.* Entonces sí que.....aquí paz y despues gloria, que es lo que os deseo. Amen.—*Erasmo Lujan.*

EL GALLO PITAGORICO.

Funcion de Teatro estraordinaria, ejecutada en las Zahurdas de Pluton.

DIALOGO ENTRE EL GALLO Y ERASMO LUJAN.

Erasmo.—¿Qué es esto, Gallo mio? ¿De dónde vas saliendo ahora tan desplumado, tan flaco, que parece que te han chupado las brujas?

Gallo. – No me han chupado las brujas; pero me han arañado los zopilotes.

E.—¿No te dije que habias de caer en sus garras?

G.—Y ¿no te respondí que el Dios que habia librado á Daniel de los leones, me libraria de ellas?

E.—Me alegro mucho que te haya librado; pero por fin, ¿de dónde vienes?

G.—De los infiernos.

E.—¡Jesus mil veces! Tú estas desesperado: mira qué palabrotas.

G.—Qué propenso eres á escandalizarte! No estoy desesperado: digo la verdad: tan cierto es que vengo del infierno, como el que tu verdadero nombre es Erasmo Lujan.

G.—Pues si vienes del infierno, ¿luego te moriste?

G.—Ahora digo que eres tonto. Si me hubiera muerto, y por desgracia, lo que Dios no permita, hubiera ido al infierno, no hubiera vuelto á salir de él; pues de allí solamente salen los que entran vivos, como sucedió respecto de Hércules, Teseo, Eneas, el Dante, Telémaco: así ni mas ni ménos aconteció conmigo.

E.—Pues bien: y ya que tuviste esa fortuna, cuéntame lo que viste allá, porque tengo mucho deseo de saberlo; pero referido por un testigo de vista y fidedigno como eres tú. ¿Por sentado que te conduciria Mercurio, que es el conductor de las almas, segun la mitología?

G.—En efecto me llevó un personage que algo se parecia á Mercurio, porque aunque no tenia caduceo, tenia baston con borlas á manera de juez de letras; y si no llevaba plumas en los piés, las llevaba en las manos de su escribano, que para volar, tanto sirven las unas como las otras (1).

---

(1) Alude á la prision que tuvo siendo el autor individuo del congreso de 1843, disuelto por Santa-Anna.

E.—¿Pasarias la laguna Estigia en la barquilla de Caron?

E.—No, señor, sino en un escelente landó, tirado por un par de hermosos frisones.

E.—¿Pues qué, ya no se va al infierno en la barca de Caron?

G.—Sí se va; pero solamente la ocupan los pobretes, como cuando se embarcan á dos por medio en las canoas que van á Ixtacalco; pero los altos personages, los agiotistas, los que hacen el contrabando en grande, esos van al infierno en landó, en carretela, en quitrin, y aun muchos se dirigen allá á paso redoblado, tambor batiente, banderas desplegadas y armas á discrecion.

E.—Pues siendo tú un pobre, ¿cómo fuiste en landó?

G.—Porque se me hizo el alto honor de tratarme como gallo grande.

G.—Descuídate y te tratarán como gallo chico.

G.—Aquí entre nos, que nadie nos oye, por poco me vuelve á suceder esa misma contingencia ahora en el senado (1).

E.—Ahí tienes eso. ¿Quién te manda andar cantando? ¿Por qué no te callas ese pico?

G.—¡Toma! ¿Por qué cantas? Porque soy gallo, y esa es mi mision sobre la tierra, así como los

(1) Alude á un editorial del *Siglo XIX* que se denunció por el ministerio de justicia.

perros ladran, los caballos relinchan, los borregos balan cuando se los inspira la naturaleza. Nosotros los gallos cantamos segun el tiempo, unas veces á media noche y otras á la madrugada, y en llegando mi hora, cantara y cantara, aunque hiciera llorar á veinte San Pedros.

E.—Y ¿si algun individuo sin ser San Pedro te hace llorar á tí?

G.—Tendré paciencia, y haré bien; él me hará llorar, y hará mal. Porque ¿de qué puede ser responsable un pobre gallo á cuyo canto despierta el pecador? ¿Acaso San Pedro se incomodó con el gallo que le recordó su culpa? No, señor. Lo que hizo fué lo que debe practicar todo hombre sensato cuando conoce que ha delinquido, *flebit amere.* Si yo canto y de esto resulta que alguna persona reconoce sus faltas, en vez de enojarse conmigo debe llorarlas, enmendarse y darme las gracias.

E.—Es cierto cuanto dices; pero no es esto lo que pasa en el mundo. Señor Gallo, las verdades amargan. Tú haces la cuenta sin la huéspeda. ¡Qué pocos son los que imitan á San Pedro! Las pasiones y nuestro amor propio no solamente se agravian de que se nos adviertan nuestros desaciertos, sino que aun pretenden que se alaben y se canonicen por virtudes. ¿A qué no se espone el que trata de corregir defectos agenos, principalmente si los que incurren en ellos son personages poderosos? Por ejemplo, tú ¿qué fruto has sacado de tus ser-

mones, sino tal vez malquistarte con personas que pueden hacerte un grave perjuicio?

G.—Es verdad; pero esta es la fuerza del destino: yo nací para cantar, y debo cumplir con mi obligacion. Nada espero de ella, porque ¿qué quieres que espere un pobre Gallo? A buen componer moriré subido en mi estaca, ya que me escapé de acabar mis dias en el palenque, como sucede regularmente á todos mis prógimos. Para la otra vida cuento con la infinita misericordia de Dios, y la fé y confianza que ni un momento me han abandonado en toda mi vida, y con esto creo firmemente que tengo cuanto necesito para librarme del infierno verdadero. Por lo que respecta al mundo, que ya despues de muerto yo, nada me importa, ¿qué puedo esperar? Que salga el *Siglo XIX* con anchas rayas negras por nueve dias; que alguno de mis colaboradores publique mi biografia, como de compadres; que *YO* haga unas cuantas novelitas de algunas anécdotas de mi vida; porque el tal *Yo* por hacer novelas es capaz de formar diez con láminas sobre los diez mandamientos; ya me parece que estoy viendo por el órden de estos los títulos de aquellos de este modo: Primer mandamiento, la caridad: Segundo, el juramento: Tercero, la fiesta religiosa: Cuarto, mi padre: Quinto, el asesino: Sesto, el rapto: Séptimo, el agiotista: Octavo, el Diario: Noveno, el adulterio. Décimo, el

aspirante: Por último me hará *Fidel* una elegía patético-fúnebre-romántica, que comience:

Loco, cantando en medio del gentío;

y requiescat in pace.

E.—Amen. Pero dejemos esas ideas funestas; pues para oir quejas y ver lágrimas, basta salir á la calle. ¿Quién no se encontrará con una multitud de empleados ó contribuyentes? Los unos claman al cielo, y á la tierra, porque no les dan; los otros porque les quitan, y cada uno puede decir de sí mismo:

Los ojos tristes de llorar cansados,
Alzando al cielo, su clemencia imploro;
Mas vuelven luego al encendido lloro
Que el grave peso no los sufre alzados.

Con que ya que estamos en buena paz y compañía, demos alguna tregua á la parte que nos toca en el hambre, y divirtámonos un poco. Cuéntame, pues, ¿cómo estuvo esa bajada tuya al infierno? ¿Quién te mandó allá? Y ¿qué fué lo que viste? que sin duda será alguna cosa interesante.

G.—Y cómo que lo es; pero para contestar por órden á tus preguntas, respondo lacónicamente á las dos primeras, que bajé en landó y de órden superior. La tercera pregunta sí tiene mucho que contestar.

E.—Pues comienza. Supongo que tendrias demasiado calor, que verias tormentos horrorosos, diablos muy feos, y todo lo demas que nos dicen del infierno.

G.—En efecto, el lugar estaba suficientemente abrigado, los diablos unos eran feos y otros razonables; mas nada ví de tormentos, ni horrores, pues todos estaban entretenidos en ensayar una *ópera*, ó por mejor decir, una miscelánea de óperas que tuve el gusto de que ejecutaran en mi presencia.

E.—¡Opera en el infierno! ¡Vaya! ¡Cómo se ha estendido el gusto filarmónico! Mas la ópera se compondria únicamente de música vocal, pues las cadenas y grillos, únicos instrumentos que hacen ruido en el infierno, son nada á propósito para formar una orquesta.

G.—Te parecerá que los diablos son poco industriosos. Con que cuando la industria entre los hombres se halla tan adelante que nos hacen chalecos de cristal y retratos, sin otro pincel que la luz, ¿lo estará menos entre los diablos? Habia orquesta, y escelente: los instrumentos casi por sí mismos sonaban, y con tanta maestría, como no la tuvieran en manos de Rossini, Bellini, ó Donizetti.

ORQUESTA.

E.—Pues ¿de qué manera se habilitaron de instrumentos?

G.—Vamos por partes. Formaron los violines de las barrigas huecas de las tripas de algunos empleados, que habiendo tenido su purgatorio en esta vida, pasaron de ese purgatorio al infierno, por no haber sufrido con paciencia sus trabajos.

E.—Y ¿qué tal sonaban esos violines?

G.—¡Oh! Admirablemente. Con particularidad cuando acompañaban algun paso sentimental y trágico, como por ejemplo, aquel de *Juana Shore*, que murió de hambre y sed, cuando canta:

¡Ah! por piedad, socorro.....
Humedeced tan solo
Mis labios; ya el aliento
Comienza en mí á faltar.

No creerias sino que los violines hablaban. ¡Qué *minuendos* tan espresivos! ¡Qué *calderones* tan largos y sostenidos! No parece sino que decian: Ya-no-hay-pro-ra-te-e-e-eos : ya-me-mue-ro-de-ha-a-a-ambre.

E.—Escelentes violines! Y los violoncelos y y contrabajos, que vulgarmente llamamos *tololoches*, ¿de qué los formaron?

G.—De las tripas y barrigas de algunos aduladores. Bien sabes que el principal oficio de esos

instrumentos es marcar el compas, y están esas tripas tan enseñadas à llevarlo, principalmente cuando aparecen en la escena altos personages, que no pierden una sola *garapatea* siquiera. En algunos coros de la Italiana en Argel, ni aun

eran necesarios los cantantes, porque los violoncelos y tololoches solos cantaban á dos coros con mucha gravedad, respeto y compás: Mustafá, Mustafá, Mustafá! ¿Qué tal?

E.—Perfectamente. No puede negarse que eran sobresalientes los instrumentos de cuerdas, y la música estaria divina, si correspondian á ellos los de viento.

G.—Y cómo que correspondian! Mira: las flautas eran hechas de las *laringes y glotis* de las damiselas remilgadas, que acá en el mundo con sus voces mas melifluas que las de las sirenas, ablandaban el corazon mas duro, ya obteniendo sus viudedades, pensiones y montepios pagados con una puntualidad que jamas lograron sus maridos ó padres, ya consiguiendo algunos empleos lucrativos para estos, para sus hermanos y aun para otras personas, si no tan allegadas por parentesco, á lo menos por otras razones mas poderosas. Al escuchar esas dulces flautas en un paso tierno, creerias estar oyendo á la divina Castellane entonar aquel de la *Sonámbula* que dice:

Ponme la mano en el pecho,
Palpitar, saltar lo siento;
Es que de puro contento
No se puede sostener.

Con esas y otras zalamerías suelen las tales flautar *sacar raja* hasta en el infierno.

E.—Hacen bien, si encuentran hombres que no se tapen con cera los oidos, como los compañeros de Ulises, para no escuchar los cantos de las consabidas sirenas de que hiciste mencion poco ha. Y ¿los clarinetes?

G.—Los clarinetes y oboes los formaron los diablos de los gaznates ó gargüeros de algunas pobres viejas que murieron de reumatismo, adquirido en las losas de la comisaría; y el corno inglés y los fagotes, de los gaznates de algunos retirados que murieron de lo mismo, habiéndose condenado estos y aquellas por lo propio que los empleados, es decir, porque no sufrieron sus trabajos con paciencia.

E.—¿Pero qué, sonaban bien esos instrumentos?

G.—Solian darse sus desafinadas; mas en alegros y fugas que hacen mucha boruca, suenan maravillosamente, como en aquel paso del *Barbero de Sevilla* en que entra la ronda atraida del ruido que hacia el conde de Almaviva fingiéndose borracho. Y tambien lo hacen perfectamente en la transicion de un compas vivo á uno pausado, lo cual han aprendido y practicado en vida en la susodicha comisaría, cuando despues de haber charlado desde las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde, con mucha alegría por haber sabido que iban á dar *quinta parte*, oyen la terrible voz de *no hay dinero*, y quedan todos y todas mas estáticos que el doctor Bartolo.

E.—Muy bien, muy bien. ¿Y las trompas?

G.—Estas se formaron de ciertos huesos que llevaban en las cabezas ciertos maridos. Algunos de los tales huesos eran tan grandes y retorcidos, que poco tuvieron que trabajar los diablos para que quedaran convertidos en unas trompas primorosas.

E.—Pero trompas de cuerno! ¿darian un sonido muy áspero?

G.—Voy á contarte un fenómeno que notē en esos instrumentos. Cuando los tocaba algun diablillo débil y miserable, sonaban tan recio que aturdian; mas cuando los tocaba algun diablazo fuerte, de polendas, sonaban con tanta dulzura y suavidad como unas flautas.

E.—Parece que debia suceder lo contrario.

G.—Así es en efecto, y no dejō de admirarme esa maravilla.

E.—Y ¿no pudiste saber en qué consistia?

G.—Presumo que los tales huesos participaban del génio de los que los llevaban en sus cabezas; porque como se dice vulgarmente, *todas las cosas se parecen á sus dueños.* Estos en vida siempre que encontraban en sus casas á algun mozalvete de poca utilidad, atronaban los oidos con sus voces como una trompa baja; mas si encontraban algun señoron de estos que llamamos de honra y provecho, entonces, aunque no dejaban de rascarse la

mollera, hablan *sotto voce*, tan piano como suena un violin en un *pizzicato*. Yo acá para mí estaba considerando la esactitud de una comparacion que hacia un amigo mio diciendo: *que los cuernos son como los dientes, que al nacer dan comezon, y despues sirven para comer.*

E.—Vamos, señor Gallo, siga vd. su canto llano, y no se meta en contrapuntos.

G.—Sigo, pues. Llegó al infierno una pacotilla de agiotistas, de estos que son capaces de encajarle al supremo gobierno papeles de envolver puros por recibos y escrituras flamantes; de estos, cuya moral tiene por base lo que dice un poeta de cuyo nombre no me acuerdo ahora, aunque sí me acuerdo de lo que dice, y es lo siguiente:

> ¡O cives, cives! quaerenda pecunia primum,
> Virtus post nummus.

Mucho se alegraron los diablos luego que recibieron esta pacotilla, porque tomaron á los agiotistas que les parecieron de mejor calidad, los metieron en el torno, los redondearon, les hicieron sus agujeros, y quedaron trasformados en unos magnífficos serpentones.

E.—Fueron despues de muertos lo que habian sido vivos.

G.—Así es verdad. Mas te hubieras admirado de lo bien que sonaban en cualquier paso de una

ópera en que se hablaba de dinero. Me acuerdo que en una ocasion en que se cantaba aquel paso del *Barbero*, que dice:

Separo el oro,
La plata cuento,
Y en mi bolsillo
La voy metiendo,

no pudo contenerse uno de aquellos serpentones, y creyendo que se trataba de libranzas ó letras de cambio, gritó: No debe decir la plata *cuento*, sino la plata *descuento con el tanto por ciento*. ¡Tal es la fuerza de los hábitos, que nos acompañan en los abismos, aun despues de muertos!

E.—Por eso debemos trabajar en adquirirlos buenos para que nos acompañen en el cielo. Y los instrumentos de la música militar ¿de qué los formaron?

G.—¡Ay! No quisiera acordarme; mas por darte gusto,

Quamquam animus memisse horret, luctuque refugit
Incipiam.

Llegaron al infierno muchos pobres que causaron compasion aun á los mismos diablos, porque cada uno de aquellos iba lo mismo que un San Bartolomé, perfectamente desollado á causa de las contribuciones que habia pagado acá en el mundo.

Los custodiaban algunos personages bien vestidos, que durante su vida habian sido recaudadores de rentas, los cuales cargaban sobre sus espaldas las pieles de aquellos infelices, llevando cada uno su marca, que se reducia á una cifra, que queria decir: *facultades coactivas*, así como acá en la tierra llevan su *hierro* los cueros de caballos, mulas, &c. Luego que los diablos vieron aquellos pellejos, los arrebataron de los hombros de los conductores, los curtieron en un abrir y cerrar de ojos, y formaron timbales, tambores y redoblantes.

E.—Esta es la suerte de los burros, segun dice una fábula de Samaniego, que despues que en vida los apalean, sirve su cuero para hacer tamboriles, porque, como se espresa el mencionado fabulista:

> El que nació infelice,
> Aun muerto lo ha de ser, Fedro lo dice;

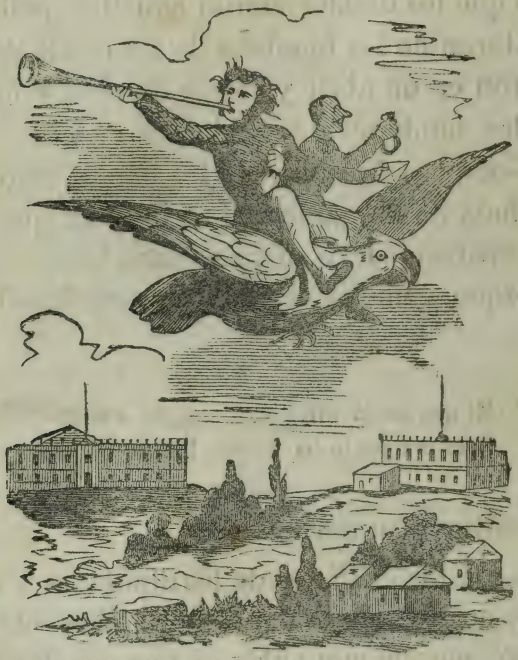
pero continúa tu narracion.

G.—De los gaznates de los diputados y senadores que acá llamamos por mal nombre *correos de gabinete*, porque aun antes de que concluya la sesion secreta sabe el gobierno cuanto pasa en ella, y á veces cuanto ha de pasar, y tambian de los gargüeros de los que dan codazos, hacen denuncias y revelan secretos, hicieron los diablos clarines, cornetas y pistones.

E.—¡Cáspita y qué ruido harian!

G.—¡Toma! Algunos habia que se oian á cien leguas de distancia; como v. gr., de México á Veracruz.

E.—Y ¿habia triángulos?



G.—Sí, señor, y muy sonoros, formados de las canillas de los que en el mundo ejercieron el deshonroso, aunque muy lucrativo oficio de *saltimbanquis.* Ya sabes que los triángulos equiláteros tienen tres lados iguales, y cada uno da un sonido

idéntico; pues ¿cómo no lo darían los huesos pertenecientes á unos dueños que en su vida tuvieron no tres, sino trescientos lados políticos, y siempre sonaban lo mismo, es decir, á gusto del que los hacia sonar? ¿No has visto hasta escritores que hoy sirven de instrumento á un gobierno, que los hace sonar en su favor y apoyo, y en contra de los que se le oponen; y mañana, si ganan estos, suenan en favor de ellos y en contra de los que ántes los sonaban? Pues ya conocerás qué bien enseñados estarian sus huesecitos á sonar por todos lados de un mismo modo.

E.—Es efectivo. Y ¿habia *platillos*?

G.—Y en mucha abundancia. Considera no mas que estaban formados de las palmas de las manos de todos los egoistas y pancistas, que con la misma facilidad cantan *hosanna*, *Hijo de David*, que gritan: *crucificalo*, *crucificalo*.

E.—¡Maldita canalla! Y por desgracia nuestra demasiado abundante: ella es la que seduce y envanece á los déspotas; porque les da pretesto para creer, ó por mejor decir, para fingir que creen que gozan de popularidad. Cuando hay un trastorno político que desaprueba la razon y no conviene á la felicidad general, los hombres de bien lloran en el seno de la amistad, que es el único asilo que les queda, las desgracias de su patria: como lo hacen en silencio, no se echa de ver el desagrado, y solo se ven y oyen los *víctores*, *vivas y aplausos* de

los mencionados pancistas. Pero dejémonos de reflecsiones inútiles, porque el mundo siempre ha de ser mundo, y nunca ha de pasar de *perico perro.* ¿Qué tales chinescos habia?

G.—Lo mismo que platillos: muy abundantes y sonoros.

E.—¿De qué se componian?

G.—De las quijadas de infinitos aduladores de segundo órden. Quiero decir, de aquellos que no teniendo fácil acceso al potentado á quien adulan, hacen todo el ruido que pueden con sus bajas alabanzas para ver si llega siquiera el murmullo á sus oidos, y merecen una mirada de proteccion. Tampoco faltaban en los tales chinescos algunas campanitas y aun campanotas, porque has de saber que está el mundo tan ilustrado en materia de pronunciamiento, que hasta campanas y campanarios de primera época ecsisten hoy dia. Recuerda nuestras revoluciones pasadas, y verás como en efecto hay campanarios en que en todas ó en la mayor parte de ellas se ha repicado á vuelo de esquila, ántes que en otros, cualesquiera que hayan sido aquellas.

E.—Ahora me haces fijar la atencion acerca de eso, que àntes no habia observado. Mas parece que ya no hay mas instrumentos. Vamos á otra cosa.

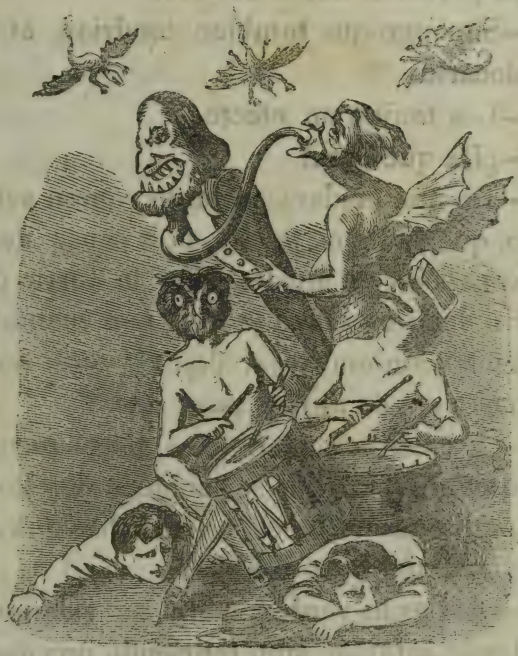
G.—¿Cómo no ha de haber? Pues ¿el *piano* que sirve para marcar las entonaciones?

E.—Dices bien ¿con que habia piano?

E.—Escelente: y de colas, rabos y aun caudas como la de un cometa.

E.—¿De qué lo formaron?

G.—De los intrigantes que en este pícaro mun-



do supieron *menear las teclas.* Figúrate no mas qué tal sonarian convertidos en teclas ellos mismos. ¡Vaya! Si aquello era un primor. Ahora sí, acabó la orquesta: vamos adelante.

E.—Vamos: mas tengo curiosidad de saber si

esos diablos músicos eran líricos ó tocaban por punto.

—¡Buena duda! ¿Cómo habian de ser líricos unos diablazos tan instruidos y filarmónicos? Tocaban por punto, y tenian unos papelotes de música que parecian libros de coro.

E.—Supongo que tambien tendrian atriles en que colocarlos.

G.—Los tenian en efecto.

E.—¿De qué eran?

G.—De una madera bastante comun acá en el mundo, que se llama *pueblo*, y es capaz de cargar no solo papeles de música, sino la torre de catedral, sin decir *esta boca es mia*, aun cuando le cargan mucho; sin embargo, algunas veces no deja de rechinar; pero da ahí no pasa.

E.—¡Escelente madera para hacer *tarugos* que no se quiebren; aunque se cuelguen de ellos tres ó cuatro millones de pesos; no obstante que no dejan de pesar algunas arrobas.

G.—Así es la verdad; pero no estamos ahora estudiando estática, sino refiriendo una *ópera:* continuemos.

PRIMER ACTO BUFO.

E.—Tienes razon. Dame primero una idea general de la funcion, y despues entraremos en los pormenores.

G.—Muy bien: seràs complacido. Como en el infierno, por mas habilidad que haya en los diablos, no hay cosa que tenga piés ni cabeza; pues no ignoras que allí, segun dice el Dante, como testigo de vista,

> Diverse lingue, orribill favele
> Parole di dolore, accenti d'ira
> Voci alte e fioche, e suon di man con elle,
> Facevano un tumulto.....

así es que aun cuando tratan de divertirse, sus diversiones se afectan del espíritu de de rden, que reina en aquel lugar infeliz. Por lo mismo no hicieron una ópera que tuviera un argumento solo y conducido desde el principio hasta el fin, sino que se limitaron à tomar de las óperas hechas por los hombres, las piezas que mas fueron de su gusto, y aun mezclaron unas con otras segun les acomodaba, contentándose con dividir esa miscelánea;

ó mas bien ese *certon de ópera*, en dos partes, la una de piezas *bufas*, y la otra de *trágicas* y *heróicas*. ¿Lo has entendido?

E.—Perfectamente. Vamos á ver qué tal desempeñaron los diablos el primer acto bufo.

ESCENA I.

G.—Pues escucha. Comenzó la funcion con una rumbosa *obertura*, como es uso y costumbre en semejantes funciones, y fué la de Guillermo Tell; porque los diablos, aunque con sus puntas de aristocracia, se inclinan siempre al gobierno republicano. En seguida se levantó el *telon de boca*, y se presentó un salon magnífico, á manera de los de recibir que hay en todos los palacios, con su trono ó su silla presidencial en medio, y á los lados las de los ministros, continuando despues de ellas de uno y otro lado infinitos asientos para las demas autoridades y corporaciones. Abrió la escena el director de la ópera, que ocupó la silla de enmedio, y las cuatro contiguas á ella los cuatro operistas principales, favoritos suyos; las comparsas ocuparon los demas asientos. Brillantísimo estaba el foro, y aun á mí no dejó de causarme sorpresa tanta

magnificencia. Acomodados todos en sus puestos respectivos cantaron los cuatro operistas principales el coro de la *Italiana en Argel* que dice:

De papatachos avanza el coro,
La ceremonia con gran decoro
Es ahora tiempo de comenzar.

E.—¡Bravo! ¡bravísimo! ¡Escelente *debut!* como dicen nuestros caros amigos los franceses.

G.—¿Para qué usaste esa palabra francesa? ¿Por qué no digiste mas bien *principio* ó *estreno?*

E.—Pero ¿por qué no la he de usar? ¿Qué, tú eres purista? A buenas horas, cuando no hay hombre ilustrado que no hable ó escriba mitad en francés y mitad en castellano, y aun no ha faltado en México literato que en un discurso verdaderamente ideológico, defienda que es muy bueno semejante modo de espresarse; porque si de esa manera se da uno á entender mejor, ¿por qué no la ha de adoptar?

G.—Todo eso está bien dicho, Sr. D. Erasmo; mas yo no soy purista, sino calculista.

E.—¿Qué quieres decir con eso?

G.—Que cálculo que en otras reclamaciones que nos haga la Francia nos pondrá una partida de cuarenta mil francos por el uso que un mexicano ha hecho en una composicion *in vernacula lingua* de una palabra francesa, y ¡plegue á Dios que no quieran que se les paguen los intereses de aquella cantidad desde hoy hasta el dia en que hagan las reclamaciones!

E.—Tienes razon: confieso que he hablado con ligereza: yo me enmendaré para no esponer á mi patria á que por mi causa laste una cantidad de dinero, que para sacarla del pueblo soberano, tengan las cámaras que gravarlo con la friolera de un 22 ó 23 p% sobre las rentas de las casas. Continúa.

G.—Como desde que estuve en el cuerpo de Pi-

tágoras me habitué á filosofar sobre todo, no pude prescindir de esa costumbre con motivo de la ópera de los diablos, y á propósito de lo que cantaron los cuatro operistas principales, hice la reflecsion de que aun en el infierno los que figuran como ministros, no pasan de papatachos, en lo que ninguna ventaja llevan las naciones viejas de Europa á las nuevas de América. ¿Cuántos años cuenta Francia, cuántos Inglaterra de establecidas? y apénas la primera ha tenido un Colbert y un Necker, y la segunda un Fox y un Pitt. Pero basta de reflecsiones.

E.—Sí, basta. ¿Qué siguió al coro de los papatachos?

G.—¿Qué habia de seguir? Lo que continúa en la ópera: el juramento que hizo primero el director, y despues prestaron en sus manos todos los operistas, y termina con aquello de:

Juro en todas ocasiones
Las demas obligaciones;
Y si falto al juramento,
Vuélvame el diablo un jumento.
Yo lo juro y lo conjuro:
Papatacho Mustafá.

E.—Y ¿no hiciste tus reflecsiones filosóficas sobre ese canto?

G.—¿Pues no las habia de hacer? Luego luego me ocurrieron dos: la primera que en la corta edad

que tengo se entiende en esta república, que apenas pasa de unos once lustros....

E.—Friolera! Ciertamente que aun estás con a leche en los labios. Cuídate mucho, no te vayas á malograr.

G.—Pocas sátiras conmigo, señor mio.

E.—No te incomodes, Gallito, se me salieron de la boca aquellas palabras; mas no lo hice por ofenderte.

G.—Estás perdonado. Mas si dije que mi edad era corta, fué por acomodarme al estilo de esta nobilísima ciudad, en la que veo unos gallazos con unos espolones tan grandes y duros como yantas de coche, que se casan con una linda jóven de diez y ocho años; ó cotorronas que andan allá *circum circa* conmigo en cuanto á navidades, que tambien se casan con algun mozalvete barbiponiente; y sin embargo, aquellos gallazos y estas cotorronas se reputan por de una misma edad con sus respectivas mugeres y maridos. ¿Qué mucho que á mí me parezcan ence lustros once años?

E.—Dices bien; pero no nos distraigamos del punto principal. ¿Cuál fué la primera reflecsion que hiciste?

G.—Que en el tiempo que he vivido he visto muchos juramentos con un aparato mas sério y solemne que el de una época; y sin embargo, no han sido en la sustoncia ménos ridículos y sin efecto que el de Mustafá.

E.—A mí tambien me ha sucedido lo mismo. Es esacta tu reflecsion. ¿Cuál es la segunda?

G.—Que si todos los que han faltado á sus juramentos, se hubieran convertido en jumentos, estaria la república mexicana trasformada en un corral de burros.

E.—Concedido. Pero me está ocurriendo un escrúpulo, y es, que los diablos son malos traductores del italiano, porque el original dice:

E ese manco al giuramento
Piu non m'abbia un pel sul mento:

que quiere decir literalmente:

Y si faltò al juramento
No me quede un pelo en la barba.

G.—Es verdad; pero los diablos cantaban en castellano, y se valieron de la traduccion, no tal como está en el cuadernito impreso en México, sino segun la acomodaron en España, para ajustar la letra á la música. Yo hice la misma observacion, y ella me produjo una tercera idea.

E.—¿Cuál fué?

G.—Que segun nos contaban nuestros progenitores, antes un pelo del bigote de un hombre valia mas que veinte juramentos, y hoy veinte juramentos no garantizan un par de bigotes.

E.—¡O tiempos! ¡O costumbres! Adelante.

ESCENA II.

G.—Concluido ese paso de la *Italiana*, se presentó uno ú otro operista de los que aunque eran favorecidos por el director, no gozaban opinion pública entre los demas operistas, ni entre los músicos, ni en el auditorio; y aun el mismo director no dejaba de echarles sus indirectas; sin embargo, con gran disimulo cantaban:

Estornuda cuanto quieras,
Yo no dejo mi lugar.

E.—¡Ah! esos diablillos tenian grandeza de alma, igual á la de D. Hermógenes, aquel que nos presenta Moratin en su comedia del Café; no se arredran con la envidia de sus iguales, ni con la opinion de un pueblo naturalmente veleidoso, que no sabe apreciar á los grandes hombres.

G.—Eso mismo digo yo. Pero no solo esos personajes tenian almas grandes, sino otros tambien, que cuando menos las tenian del mismo tamaño.

E.—¿Quiénes eran esos?

G.—Te lo diré. Habia entre los operistas de las comparsas, algunos que de cuando en cuando se desentonaban, y no llevaban el compas con la esactitud que queria el director, por lo que este se enfadaba con ellos, y queria echarlos de la compañía. Entonces con la mayor humildad y respeto entonaban:

Kaimakan, Señor, me quedo,
Que no os quiero disgustar;

lo cual caia en gracia al director, les perdonaba, y continuaban sin novedad lo propio que antes.

E.—Esas eran almas bajas, no grandes; porque si cantaban mal, debian voluntariamente salirse de la compañía, y si estaban satisfechos de que cantaban bien, debian sostenerse en su canto, aunque el director les mandara que cantaran de otro modo.

G.—Eso dicen los diablos que es muy bueno para la teórica, pero no para la práctica. Ya te acuerdas lo que en la mencionada ópera *la Italiana*, queria hacer Mustafá con Tadeo si no admitia el empleo de Kaimakan.

E.—Sí me acuerdo: mandarlo empalar.

G.—¡Ahí! ¡que no es nada! Pues oye, tanto importa morir por carta de mas, como por carta de menos.

E.—No te entiendo.

G.—Me esplicaré: si esos diablillos desentonados á juicio del director, no cantaban conforme á su gusto, los dejaria á buen componer de cesantes arrinconados, caso que no quedaran enteramente sin sueldo, y ademas mal impuestos, porque estaban hechos á gastar en grande; y ya ves que para morir lo mismo es que le metan á uno un palo en la barriga, como le habria sucedido á Tadeo, que el que uno no tenga alimento que meter á su barriga por la boca.

E—Vaya, vaya: es perder tiempo disputar contigo, porque te metes á defender unos disparates....

G.—No te incomodes, si lo hago únicamente *vi argumenti;* mas no porque deje de estar persuadido de lo propio que tú.

E.—Siendo así, venga esa pata, seamos amigos, y prosigue tu relacion.

ESCENA III.

G.—Sonó el pito, y se mudó la decoracion en la de una casa particular, figurando un aposento de recamarera, é inmediatamente oimos á un diablo, que afectando una voz de contralto áspera, comenzó á cantar:

Broches para las calzetas,
Cortaplumas y tigeras,
Agujas, peines, cuchillos,
Yesca, piedras y pajuelas.

Ea, vamos, vamos,
¿Quieren comprar,
O vender quieren,
O bien cambiar?

E.—Eso canta en la *Urraca* el judío Isaac.

G.—Así es efectivamente, y á continuacion siguió el duo entre el referido judío y Nineta, cuyo

papel desempeñó un diablo vestido de muger; porque en el infierno solo hay diablos y no diablas, y esta es una providencia de Dios, porque si hubiera diablas, ya habrian revuelto al mundo entero para alterar la cronología con el fin de que se dijera que la caida de Luzbel habia sido coetánea con la de Buonaparte, y que la creacion del mundo habia comenzado juntamente con nuestra gloriosa regeneracion; pues que mas fácil seria que las echasen cien veces en calderas de plomo derretido, que confesaran que tenian mas de siete mil años en las costillas.

E.—No te divagues en digresiones impertinentes. ¿Qué sucedió con el duo?

G.—Que lo continuaron cantando muy bien y muy en paz; pero llegando à aquel paso en que el judío compra el cubierto por las dos terceras partes de su valor, no pudieron contenerse los serpentones de la orquesta. ¿Te acuerdas de la materia de que los formaron los diablos?

E.—Sí, de una pacotilla de agiotistas que fué de México.

G.—Buena memoria tienes. Pues, como decia, no pudieron contenerse los serpentones, y comenzaron á gritar: "A fuera ese judío imbécil, que "está reduciendo á la nulidad la noble profe- "sion de usurero. No merece el tal Isaac ma- "tricularse en nuestro ilustre gremio; pero ¿qué

" decimos matricularse.....? Ni aun ser corre-
" dor de tercera ó cuarta mano del mas pequeño
" de nuestros dignos compañeros. ¿Qué es esto
" de comprar las cosas en las dos terceras partes
" de su valor? Eso se usaba allá en los tiempos
" en que ecsistió Gil Blas de Santillana; pero hoy
" que los progresos de la civilizacion han llevado
" la ciencia del ágio á su apogeo, nada se compra
" por un honrado agiotista, que no sea en un 5
" por 100 de pago, ó lo que es lo mismo, con un
" noventa y cinco por ciento de ganancia, y aun
" tiene que pagar el vendedor de su cuenta el cor-
" retage. ¿No ve ese mentecato judío que en
" México se prestan ocho ó diez mil pesos sobre
" una finca que vale mas de cien mil, y al cabo de
" tres ó cuatro años, á merced de un seis por cien-
" to mensual, y de los réditos de los réditos, ha-
" ciendo mucho favor el agiotista al dueño, se que-
" da con la finca por vía de transaccion, y aun le
" perdona generosamente á éste lo que le sale
" restando? Si no sabe Isaac su oficio, que ven-
" ga á México á aprenderlo, y no se meta á lo que
" no entiende."

E.—¡Discurso económico-político-filantrópico-moral! No podia hablar mejor el mismo Caco.

G.—No te puedes figurar la gresca que armaron los serpentones. El primer violin que dirigia la orquesta, hasta el arco y el violin les quebró sobre

las espaldas; pero ellos, erre que erre sobre que el judío no habia de comprar el cubierto en las dos terceras partes de su valor, sino siquiera en la vigésima, y eso por hacer bien y buena obra á la linda Nineta.

E.—Y por fin ¿en qué quedó la lucha?

G.—En que fué necesario hacer salir del teatro á los serpentones para que pudiera concluirse el duo.

E.—¡Ojalá que nuestros gobiernos hicieran otro tanto arrojando, no solo de los teatros, sino de la república esa peste de ella!

G.—Buenos deseos; pero nunca los verás cumplidos, pues el mal no depende de que haya agiotistas y usureros, sino de que los pobres tengan necesidad de ocupar á semejantes gentes: quita la necesidad y acabaron los agiotistas.

E.—Pero ¿de qué manera se ha de quitar la necesidad?

G.—Quitando la pobreza general, y esta se quita distribuyendo proporcionalmente las rentas nacionales entre todos los que tienen derecho á subsistir de ellas. No te canses, miéntras que el tesoro público se consuma en un solo objeto y en una sola clase de la sociedad, las demas han de perecer, ha de haber de consiguiente pobreza, necesidad y usureros. Supon que echarás de la república á los que ahora ecsisten en ella, otros los sustituirian;

porque la tentacion de hacerse rico sin mucho trabajo á costa del prógimo, es muy vehemente: quita el motivo, y quitas la tentacion. Mira, siempre que en algunos cortos periodos se ha pagado alguna cosa á los empleados, pensionistas, &c., aunque no hayan sido todos sus haberes, los agiotistas han entrado en muda, como los pájaros en tiempo de invierno; mas luego que cesan aquellos ausilios, vuelven á cantar como unos cenzontles.

E.—Pues si el remedio para que ne haya usureros ha de ser la esacta distribucion de los caudales públicos y la abolicion absoluta de las preferencias á ciertos objetos y clases, bien podemos morirnos como los judíos, *esperando su santo advenimiento.*

G.—Así es, á la verdad; y ademas de los males que hemos indicado, hay otros que los realzan escesivamente.

E.—¿Cuáles son esos?

G.—La empleomanía respecto de las personas particulares, y la profusion en crear empleos respecto de los gobiernos. Aquel defecto se remediaria si se remediase este; pero como hay tantos ahijados, es fuerza que se multipliquen los empleos; lo cual se hace de dos modos, ó creándolos de nuevo sin necesidad urgente, ó convirtiendo á los propietarios en cesantes para nombrar otros propietarios, con lo que se verifica aquello que vulgarmente se dice, á saber, *que el hambre repartida entre muchos les cabe á mas.*

E.—¡Desgraciada situacion la nuestra! Pero..... ya nos hemos olvidado de que estamos en la ópera.

G.—Tienes razon; mas el hambre es capaz de hacer hablar á los muertos; doblemos la hoja sobre ese punto, y continuemos.

ESCENA IV.

E.—Concluyó el duo entre Nineta y el judío Isaac. ¿Qué siguió despues?

G.—Gran plaza enteramente despejada: en segundo término, perspectiva de calles enteramente solas, puertas y ventanas cerradas, una ú otra entreabierta, y una media cara espiando con mucha precaucion: coro de diablos armados, cantando aquel con que comienza la ópera *los Capuletos*, que dice:

La aurora sale apénas,
Y reunidos ya estamos.
¿Qué hay, pues? Frecuentes órdenes
A vosotros se enviaron,
Ya gefes y soldados
Ocupan la ciudad.

E.—¡Dios nos asista! Pronunciamiento tenemos.

G—¿Pues no lo hemos de tener, si la ópera así o requiere? No haya pronunciamiento y ¡á Dios-ópera!

E.—Casi, casi sucede lo mismo acà en el mundo; quiero decir en nuestra tierra. Allá en el teatro se forma una ópera de un pronunciamiento, y aquí todo pronunciamiento forma una ópera.

G.—Dices muy bien.—Una revolucion es una verdadera composicion música; comienza por *largo* ó *largueto* (*largheto*) es decir, las proclamas, las contestaciones, los emisarios mútuos entre el gobierno y los pronunciados: si no hay convenio, sigue el *andante*, ó *andantino*, esto es, la guerra mas ó ménos viva, segun la oportunidad y los recursos de los beligerantes; y termina todo con un *alegro* de parte de los que ganan, ó una *fuga* respecto de los que pierden. ¿No es verdad?

E.—Sí lo es; pero añade, algunos muertos, heridos, faroles quebrados y edificios maltratados, principalmente el pobre palacio, que siempre es el *Lázaro que padece.*

G.—¡Pobre palacio! El es una miniatura de lo que sucede á la nacion en un pronunciamiento.

E.—Esplícame como es eso.

G—Escucha. En toda revolucion queda el palacio bastante agujerado, y aun á veces con un pedazo ménos. El que gana le tapa los agujeros del mejor modo que puede, le da su blanqueada y su

pintada, y ya lo tienes *pintiparado* para otra revolucion. Lo mismo acontece á la república: cada revolucion le hace nuevos agugeros: el que obtiene el triunfo se los tapa, y luego le da su blanqueada y pintada con una proclamita, en que sirve de lechada la opinion de los pueblos, y de colores, su felicidad, el respeto á las leyes, las garantías de los ciudadanos, &c., &c. Mira si no dije bien cuando presenté al palacio como una miniatura de la nacion en cuanto á pronunciamientos y revoluciones.

E.—Perfectamente dicho. Y lo que es mas sensible, que muchas de ellas son de compadres, aunque los agugeros positivos son de la nacion.

G.—Tengo eso por tan cierto, que yo de buena gana designara una plaza pública, v. g. la de *Juan Carbonero*, y la bautizara con el nombre de Plaza de trofeos; en ella se colocaria una lápida en cada revolucion que hubiera, en la cual lápida únicamente se pondria: año de mil ochocientos y tantos y en seguida aquella cuarteta de soneto con su epígrafe, que en la ópera *la Matilde* canta el poeta chavacano D. Isidoro, y dice:

A la victoriosa victoria en que el vencedor venció á los vencidos.

SONETO ROMANTICO.

Al tarán, tararán de los tambores,
Triquitrac de espadas fulgorosas,
Caian hombres, cual caen marchitas rosas
Al soplo de los vientos silbadores.

E.—Mas entonces no designabas quién habia hecho la revolucion, como y con qué fines.

G.—Las revoluciones se parecen todas como un huevo á otro. Las hace siempre el que tiene mas fuerza que su contrario. ¿Cómo? Parte á balazos y parte con maña. ¿Con qué fines? Con el de redimir á la nacion de la opresion en que yacia, y proporcionarle su libertad. Así que, no hay otra diferencia entre revolucion y revolucion que la fecha, el mayor ó menor tiempo que dura, y una docena de muertos mas ó menos.

E.—¡Ah! ¡Si no fuera tan esacta la pintura que has hecho! Pero nos detenemos mucho y no acabamos. Continúa.

ESCENA V.

G.—Continúo. El foro representaba una casa de campo, en la que en un salon se manifestaba una mesa espléndida, y ricamente vestidos de todos colores muchos personages, sentados en derredor de ella, los cuales cantaban la última escena de *Tebaldo é Isolina*, y con mucho entusiasmo los trozos siguientes:

Acábense los odios,
Triunfen amor y paz....
Unámonos por siempre
En amor y amistad.

¡Cuán dulce al corazon
Despues del cruel tormento
Es el tierno momento
Que nos hace alegrar!

Hagan la paz y amor
Nuestra felicidad:
Hagan la paz y amor
Felice nuestra edad.

E.—Me parece que estoy viendo el fin de todas nuestras revoluciones. Todas tienen una misma causa, un mismo principio, un mismo medio, y un

mismo fin, que es el que dos partidos beligerantes se dan un abrazo fraternal, y acabó todo.

G.—Muchas veces mas valia no haber empezado, porque para quedar lo propio, y algunas ocasioner peor que antes, inútilmente han bajado al

Orco las almas de algunos fieles difuntos, y han quedado bien maltratados otros fieles que no son difuntos.

E.—Siempre que una revolucion no sea movida por un verdadero patriotismo, por un deseo sincero de mejorar la suerte de la patria, con un sumo

desinteres en los que la hacen, con planes bien combinados en los que la dirigen, y sin la mas pequeña dósis de aspirantismo, es en vano buscar el remedio en las revoluciones, y mas vale no hacerlas.

G.—Pero ¿no ves que una revolucion que tuviera los caracteres que has indicado, seria la última, porque cerraria indefectiblemente la puerta á las demas, como que debia dar por necesario resultado el que el órden se estableciera y la paz se consolidara, y entonces se nos acababa la diversion? Mira, mejor es que haya una revolucion cada año. Cuando se acaba alguna, nos quedamos como los comediantes en la cuaresma, ociosos, tristes, sin tener con que distraernos; pero ahí tienes que empiezan á correr voces de que Fulano se ha pronunciado en tal parte; que por cartas fidedignas se sabe que Citano se ha pronunciado en tal otra; que anoche le han llegado al gobierno tres estraordinarios, y no se ha podido *oler* lo que contienen: no hay remedio, *ciertos son los toros;* y en efecto, á poco aparece en un impreso anónimo el *programa:* comienzan las contestaciones entre los pronunciados y el gobierno: no hay *acomodamiento:* pum, pum, allá van los balazos: los hijos de Marte corren al campo del honor á sus respectivas banderas: los hijos del santo temor del prógimo se archivan en sus casas, ó en otras, sino consideran á

las propias bastante seguras: de repente repique á vuelo y cohetes. Ahora sí, triunfo tenemos, ó por lo menos capitulacion. Entra á tomar posesion de palacio el que ha de entrar, es decir, el vencedor que venció á los vencidos; patrullas por aquí y por allí para conservar el órden: mutacion de personages, cediendo el puesto los antiguos à los nuevos almuerzo en Tacubaya, San Angel, ó San Agustin de las Cuevas: abrazo fraternal: funcion de teatro estraordinaria en obsequio del que ha ganado. Acabó la comedia, cayó el telon, y á Dios, amigos, hasta el año que viene.

E.—Has hablado como un necio; y si conociera yo que hablabas de corazon, ahora mismo quedaban nuestras amistades quebradas para siempre; porque hasta cuando se dicen de burlas, me incomodan semejantes cosas.

G.—Pues para no incomodarte, variemos la escena.

E.—Sí, sí, variala.

ESCENA VI.

G.—Decoracion de una casa particular: un gabinete regularmente adornado: varios diablos *rabones* y bien vestidos, que entonaban *sottovoce* aque-

llo que canta Assur cuando ve que Semíramis lo pospone á Arsaces, que es como sigue:

Así se pueden burlar
Mi esperanza y mis derechos?
Sobre nosotros ¡ó dioses!
Un escita reinará,
Y Asiria lo sufrirá?

E.—Me ha llamado la atencion esa circunstancia que marcaste al referir la decoracion, de que los diablos que figuraban en esta escena eran rabones. ¿Fué esa espresion casual, ó la indicaste á propósito?

G.—La indiqué á propósito; porque esos diablos cantantes, eran unos diablos *descolados.*

E.—¿Qué quiere decir eso?

G.—Quiere decir, que habia en el infierno unos diablos cantantes que fueron los primeros promovedores de la ópera, creyendo unos que los nombrarian los demas por directores de ella, otros que serian *sopranos*, otros contraltos, otros tenores, y todos quedaron como vulgarmete se dice, *chatos ó descolados*, pues á duras penas vinieron á servir de coristas.

E.—Si no fuera por no esponerme á que me vuelvas á dar una cólera, te diria que esos diablos descolados eran retratos fieles de algunos revolucionarios.

G.—No temas que te dé cólera alguna, porque estamos perfectamente acordes en lo que dices, y yo habia hecho esa misma reflecsion cuando presencié la ópera. En efecto, en las revoluciones entran muchas personas creyendo que van á ser nada menos que presidentes de la república; otras, generales de division, ó de brigada; otras obtener un empleo pingüe y honroso; y ¿qué sucede? que ven burladas sus esperanzas como Assur. Entonces comienzan á levantar el grito hasta los cielos, quejándose de las injusticias de la tierra. Yo fuí de primera época en este pronunciamiento, y me veo postergado á Fulano, que no ha trabajado nada. Pues á mí me sucedió peor, dice otro; yo seduje tal regimiento, yo proporcioné tantos caudales, yo convencí á Citano que no queria tomar partido; yo frustraba las medidas del gobierno, al que aparentaba fidelidad, y por debajo de cuerda estaba en combinacion con los pronunciados; y ¿qué fruto he sacado despues de todo? Que uno que nos batió hasta los últimos instantes se haya llevado el empleo que yo pretendia; que otro que no quiso trabajar en lo mas pequeño por nosotros, esté hoy colocado sobre nosotros. Y ¿quiénes son esos individuos? Unos tontos, unos cobardes, unos caribes, escitas: y ¿la nacion sufrirá estas injusticias?.... *Da capo.*

¿Y un escita reinará?
¿Y Asiria lo sufrirá?

E.—Bien merecido lo tienen esos Assures. En su delito llevan la pena. Si hubieran sido impulsados por solo el bien de la patria, no se quejarian despues, de verse sin el empleo á que aspiraban, pues que entonces sus miras habrian sido que los obtuvieran, no ellos precisamente, sino los que los merecieran por su aptitud, y los desempeñaran con provecho de la sociedad. ¡Qué bien dice Samaniego en una de sus fábulas!

Así viven y mueren cada dia
En su guerra interior los palaciegos.
Que con la emulacion rabiosa ciegos
Al degüello se tiran á porfia.

ESCENA VII.

G.—Pues aquí vienen otros aprendices de palaciegos, que tratan de hacer carrera por la literatura.

E.—¿Cuáles son esos?

G.—Aguárdate, te presentaré primero la decoracion. Apareció una oficina de imprenta, en la que habia varios diablos manchados con tinta, que estaban muy afanados, en ademan de copiar en unos papeles pautados la ária de *D. Basilio* en el

Barbero de Sevilla, la que al mismo tiempo cantaban, y comienza así:

La calumnia es vientecillo,
Es un soplo harto gentil,
Que sin sentirse, sutil
Blandamente, dulcemente
Da principio á susurrar;

y termina de este modo:

Al fin rebosa y revienta,
Se propaga, se acrecienta,
Y produce una esplosion
Como un golpe de cañon.
Un temblor, un temporal,
Un tumulto general
Que hace el aire rimbombar.
Y el infeliz calumniado,
Confundido, atropellado,
Por el público desprecio,
Por gran suerte va á acabar.

E.—Apostaré mis dos orejas contra medio real, á que esos diablos eran periodistas.

G.—Adivinaste. Periodistas..... pues.... pero no solo periodistas, sino..... señores periodistas.

E.—Ya te comprendo, de estos que tienen bien cubierta la retaguardia. ¡Cuánto se degrada cualquiera causa, cuando se sostiene con calumnias é injurias, y no con razones! Y si la causa es mala,

es doble la falta. No sé como hay personas que preciándose de tener talento, se valgan de semejantes armas contra los que reputan por contrarios suyos, solo porque no acatan servilmente sus opiniones. Y ¿qué tal cantaban esos diablos?

G.—Muy desafinados. El auditorio comenzó á bostezar y á ver para otro lado, manifestando en esto su disgusto.

E.—Esta es la suerte de los calumniadores. Cuando creen que alucinan al público con sus falsedades y dicterios, no consiguen otra cosa que el desprecio universal.

G.—Así sucedió puntualmente á nuestros susodichos diablos.

E.—¿Cómo estuvo eso?

G.—¡Cómo habia de estar! De esta manera. La mitad de los diablos que aparecieron en la escena formaba un coro, y la otra mitad otro. Luego que el primero cantó lo referido, el segundo, que los habia estado oyendo con cierta especie de indiferencia, cantó el final de la Clotilde, cuya letra es la siguiente:

Vil calumnia, adversa suerte,
En los lances mas horrendos,
Espera en vano y pretende
A el alma fuerte humillar.
La inocencia Dios defiende,
La virtud hace triunfar.

E.—Muy bien dicho, muy bien dicho.

G.—No solamente tú eres de ese parecer, sino todo el auditorio que asistió á la ópera, el cual comenzó luego á palmotear, y cayó el telon.

ACTO SEGUNDO.

TRAGICO-HEROICO.

Escena I.

G.—En el intermedio del primero al segundo acto, se tocó la obertura del Tancredo; no faltaron algunos diablos mordaces que tuvieron esto por parodia de nuestros trastornos políticos, pues que en la citada ópera triunfan el valor y la virtud, de la fuerza y de la intriga, lo que, como sabes muy bien, no siempre sucede entre nosotros; por lo que uno de los mejores poetas españoles, y ademas muy piadoso, esclamó:

Dime, Padre comun, pues eres justo,
¿Por qué ha de permitir tu providencia
Que arrastrando prisiones la inocencia
Suba la fraude á tribunal augusto?

Y concluyó diciendo, semejantes cosas acontencen porque el mundo es un lugar de destierro, en donde nos ejercitamos en la paciencia, para merecer entrar triunfantes en nuestra verdadera patria.

E.—Es evidente cuanto dice ese poeta; mas

dejémonos de refiecsiones morales, y vamos al asunto.

G.—El foro presentaba una gran plaza rodeada de edificios magestuosos, y en un ángulo de ella se levantaba un antiguo castillo de irregular arquitec-

tura. Allí se concentró la ambicion mercantil por muchos años en los tiempos de barbarie; mas ahora en los modernos del progreso, ha cundido por todas las calles y plazas de la ciudad. Los que habitaban ese castillo, alguna vez se denominaron pueblo soberano, y quitaron y pusieron gobernantes á su arbitrio. Sufrió varios ataques políticos y marciales, y en una ocasion en que fué saqueado se vió muy cerca de perecer. Mas á todo resistió, firme, como la roca á los embates de las olas; sin embargo, ¡oh condicion fatal de las cosas humanas! le llegó su hora inevitable, y ya puede decirse de ese castillo: *aquí fué Troya.*

E.—Hola! ¿Con que pereció?

G.—Sí señor. Lo asaltaron las tropas enemigas que venian cantando aquel coro del Mahomet:

Del hierro, del fuego
En sangre sumida
La opuesta ciudad,
Al mundo su estrago
Ejemplo será:
Que al choque terrible
De nuestro valor,
Es vano oponerse
Con ciego furor.

E.—Y ¿los sitiados no se defendian?

G.—¡Ah caramba! Y bien que se defendian, *como gatos boca arriba*, animándose á la lid, cantan-

do el coro que entonan los venecianos en la citada ópera:

Estremo recurso
Del fuerte es la espada.
No temo el peligro:
Se lidie, se caiga,
Blandiendo el acero,
Peleemos, muramos
En el árduo empeño.
El rival aprenda
Que es duro y dificil
Vencer al que anhela,
Morir con honor.

E.—Pobres sitiados! Me están dando lástima.

G.—Mas lástima tendrias si supieras las proezas de algunos de ellos.

E.--Cuéntame alguna.

G.—Venia entre los sitiadores un diablo atlético, á quien los demas llamaban diablo *Zurriago*, porque así como Hércules no combatia con lanza ni espada, sino con un garrote, que tenia por nombre *clava*, así el Zurriago peleaba con un chirrion; pero ¡qué chirrion! Alcanzaba hasta donde queria su dueño, y hacia andar listos á los músicos de instrumentos, á los cantantes, y lo que es mas, á los compositores. Pero ¡ay! ¡se desgracio en sus mas floridos años.

E.—¿Pues qué le sucedió?

G.—¡Qué le habia de suceder! Que iba entonando muy erguido aquella estrofa de una aria que canta *Romeo* en los Capuletos, que dice:

La tremenda, cruenta espada,
A blandir Romeo se apresta,
Y cual el rayo funesta
Mil muertes esparcirá.

Pero todavia estaba con las semifusas en los labios, cuando salió del castillo una bala de á treinta y seis, derechita, derechita á la boca del estómago del pobre y malogrado Zurriago, el que quedó tendido en tierra cuan largo era; porque como las balas no son fruta que se puede digerir, hacen gran daño en el estómago.

E.—¿Lo sentirian mucho sus compañeros?

G.—¡Ah! sí, bastante, bastante. Luego que cayó, lo rodearon todos. Todavia resuella.—No resuella.—Sí, sí, aun dá señales de vida.—En efecto, volvió á cantar un poco; pero.... no hubo remedio, murió. Sus compañeros de armas lloraron su temprana muerte, y para templar su dolor cantaron las proezas del difunto, aplicándole esta aria que canta Justiniano en el Belisario:

¡Oh Dios de los ejércitos,
Recibe eterna gloria,
Porque en el campo itálico
Tu ayuda dió victoria

Al campeon impávido
Que al godo derrotó!

Pero como los diablos todo lo hacen á la diabla, por mas cuidado que pongan en ejecutar bien las cosas, ahí tienes que se equivocaron, y por decir *que al godo derrotó*, dijeron *que al Diario derrotó.* Mira tú lo que va de *godo* á *Diario.*

E.—Ya..... fué un *lapsus linguae.*

G.—Sí; pero que, en una escena tan seria y triste, hizo reir á toda la concurrencia.

E.—Todo entra en la diversion. Pero me está ocurriendo un escrúpulo, y consiste en que estos diablos entonaban cánticos invocando al Dios de los ejércitos, lo cual repugna á su carácter de diablos.

G.—Ese mismo escrúpulo ocurrió á Sancho Panza cuando aquel diablo correo, que venia de postillon de las tropas de encantadores que traian encantada á Dulcinea, respondió al citado Sancho que juraba en Dios y en su conciencia, que no habia visto á Montesinos, por lo que aquel dijo que sin duda en el infierno debia haber diablos buenos cristianos y hombres de bien. Eso mismo te contesto ahora. ¿Quién sabe si así como acá en el mundo hay entre los hombres de bien tantó diablo malo, allá en el infierno entre tanto diablo malo habrà algunos hombres de bien?

E.—Todo puede ser, decia D. Quijote; pero ¿pa-

ra qué nos hemos de meter en teologías ni en casos de conciencia? Dejemos á los diablos con su crédito tal cual lo tengan, y no hagamos juicios temerarios de nuestros prójimos, aunque sean diablos.

G.—¡Ojalá y todos obraran de ese modo! y no que nada se ve con mas frecuencia sino interpretaciones siniestras de la conducta é intenciones de nuestros hermanos, ya llamándolos traidores, revoltosos, sediciosos &c.; ya suponiéndoles miras subversivas, ya asegurando que hablaron ó escribieron con este ó aquel objeto, contra éste ó aquel individuo. ¡Cuántas personas darán esas interpretaciones siniestras á esta conversacion que tenemos en este momento tú y yo con la mayor sinceridad y buena fé del mundo!

E.—Si así sucede, ya hemos dicho otras veces, que el que se quemare que sople, y por ahora cuéntame si por fin se rindió ó no se rindió el castillo.

G.—Pues ¿no se habia de rendir, si por todas partes le arrimaron catapultas, arietes, sapos y culebras? ¡Toma! se rindiera el castillo de Gibraltar. Vino á tierra, pudiendo decirse de él:

Urbus antiqua ruit multos dominata per annos.

Sus habitantes salieron de entre las ruinas *quebrando corazones*, y cargando sus penates para ir á fundar colonias en plazas y calles estrangeras,

así como los troyanos abandonaron á su desgraciada ciudad la fatal noche en que los griegos la redujeron á cenizas.

E.—¡Cuánto podiamos moralizar con motivo de la ruina de ese castillo! Aun los edificios mas fuertes cuando están colocados donde incomodan, vienen á tierra porque siempre la *razon* ha de triunfar de la *sinrazon.* Los edificios morales no están esentos de esta ley: pueden durar algun tiempo, y e slumbrar con su esplendor: todo el mundo los juzgará eternos; mas con admiracion de cuantos se alucinaron con su brillantez, sucederá lo que nos advierten las Santas Escrituras, *transivi, et ecce non erat.*

E.—¿Sabes que estoy por decirte lo que Sancho á D. Quijote?

E.—¿Qué le dijo?

G.—Que podia tomar, no un púlpito en cada mano, sino dos en cada dedo, é irse por ese mundo de Dios predicando lindezas.

E.—Vienen á veces tan por su pié algunas reflecsiones, que no puede menos que insinuarlas siquiera aquel á quien le ocurren. Concluyó el paréntesis. Prosigue.

ESCENA II.

G.— Salon magnífico, rodeado de galerías para los espectadores: diablos literatos y políticos divididos en dos coros: la pieza que se cantaba era la última escena de la Clotilde. ¿Te acuerdas del argumento de esa ópera?

E.—¿No me he de acordar? Todo se reduce á que Sivaldo, tio de Isabel, la vistió con los adornos de Clotilde, para hacerla pasar por ésta y qu se casara con Emerico.

G.—Perfectamente. Pues, como te dije, se cane tó la última escena de esa ópera, sosteniendo los dos coros el contraste, unos defendiendo que Isabela era Clotilde, y otros que no era. Por fin ganaron éstos, y entonces en lugar del final que tiene esa ópera, le acomodaron lo que canta Hervey en la escena octava, del acto segundo de *Ana Bolena:*

Unánimes los Pares
El nudo regio sueltan,
Infiel declaran à Ana
Y á muerte la condenan.

E.—Bien hecho, bien dicho y bien aplicado. Ojalá y lo mismo sucediera á todos los que nos quieren *dar gato por liebre!*

G.—Esto es muy comun respecto de las leyes, y mucho mas de las constituciones.

E.—¡Oh! De esas cosas vemos todos los dias. No hay constitucion que no la presenten sus autores adornada de las cualidades que debia tener la que de hecho hiciera la felicidad de los pueblos; pero por mas que las disfrazan aquellos, éstos siempre las desconocen y suspiran por la verdadera, la buscan con empeño, y cuando por fortuna la encuentran, condenan à muerte á las falsas, así como sucede en la ópera que has mencionado cuando aparece la verdadera Clotilde, y como iba á suceder en la república mexicana, cuando ciertos *Sivaldos* diputados quieren darle una constitucion directiva central y administrativa local. ¿Gran gusto tendría el auditorio cuando ésta logró un completo triunfo sobre su antagonista?

G.—No tal; porque los diablos, que todo lo echan á perder, sin que terminara completamente la escena de la Clotilde, y cuando ya casi hacian triunfar á ésta, de repente variaron la escena, é introdujeron otra verdaderamente de todos los diablos.

E.—¿Has visto qué ocurrencia? ¿Y no silbó el *patio* á los que hicieron semejante variacion?

G.—No: porque no eran diablos que se dejaban silbar, y así se contentó el auditorio con manifestar su desaprobacion solo en el semblante.

E.—Mucho has interesado mi curiosidad por saber cuál fué esa escena intercalada que impidió el triunfo de Clotilde.

G.—Pues preven el ánimo para escuchar una catástrofe que haria llorar á los Dólopes, á los Mirmidones, y aun al mismo Ulíses.

E.—Acaba pronto, y déjate de tantos circunloquios.

G.—Oye, pues.

ESCENA III.

El foro presentaba el mismo salon que en la escena anterior; pero se aumentaron los cantantes con un coro de diablazos brillantemente vestido: las colas iban pintadas unas de azul, otras de verde, otras de encarnado: los cuernos eran tan aguzados que parecian bayonetas ó hierros de lanza: las uñas tan corvas y afiladas como alfanges damasquinos, los cuales diablazos entraron cantando el coro con que comienzan los Normandos en Paris:

Una regente débil,
Un pueblo vacilante,
Sin aliento el ejército,
El agresor triunfante,
Ira y discordia interna.

Estrago y ruina esterna.....
De esclavitud é infamia,
¡Ah! ¡cuanto precursor!
Funesso es nuestro estado;
Mal encubres su horror.

Y á continuacion añadieron todo el coro con que termina la escena, que es como sigue:

Fin la disputa inútil
Tenga; en vano resiste
Tu pecho al comun voto
Que de la patria oiste.
¡Cuánto al mísero reino
De discordia la faz
Sangrienta asolará!
¡Ah! de un reino oprimido
No es el solo cuidado
Quien os vuelve solícitos
Y os anima á tal grado.
Ambicion simulada,
Envidia malhadada,
Seguis con cruel intento
Y rebeldes sois ya.

E.—¡Pobres diablos del salon! ¡qué buena descarga sufrieron! ¡Vaya! La cosa se va poniendo interesante. Cuéntame qué partido tomaron.

G.—Has de estar para bien saber y bien contar, que los pobres diablos del salon eran *cuatezones*, y de consiguiente no tenian uñas, ni cuernos con que defenderse, y así se contentaban con cantar con la mayor espresion el duo de *Jeptê*, que es el que vas á oir:

¡Oh afecto de patria!
¡Sed de gloria ardiente!
¡Cuánto es tu ascendiente
De un héroe en el alma!
Por tí de la suerte
Desprecia el rigor;

Y de acerba muerte
No teme el horror.

Pero ni por esas desistian de su empresa los diab os cornígeros, y algunos de ellos entonaban esta estrofita del duo que canta Assur con Arsaces, en la Semíramis:

Si la ira me inflama
Contra un alma audaz,
Mi enojo, de freno
Ya no es capaz.

Otro de los diablos cuatezones le contestaba con esta otra estrofa, que tambien es de una aria coreada que canta el mismo Assur.

De númenes, hados,
De sombras y muerte,
Esta ánima fuerte
Sabrá triunfar.

E.—Pero por fin, ¿quién ganó?

G.—Quién habia de ganar; los diablos cornígeros, uñíferos y rabígeros. Eso no tiene ni que preguntar, pues por sabido se calla.

E. Así sucede siempre, á menos que Dios no pelee por los débiles. Y ¿qué hicieron los diablos vencidos cuando los vencedores los vencieron?

G.—Unos, desesperados, cantaban en la mayor desolacion lo que Romeo en los *Capuletos:*

Sí, huir: ya no nos resta
Otro medio en daño estremo;
Cielo, patria mejor que esta
Donde quiera encontraremos.

Otros levantando todavía golilla cantaban con entusiasmo este coro de *Jeptè:*

Si la patria me dió vida,
El morir por ella es gloria:
Tierno llanto en mi memoria
Mi sepulcro regarà.

Y despues los dos coros unidos entonaran esta estrofa de un coro de la Norma:

De súbito entre nosotros
Fatal sombra se levanta,
Druido manto la cubre
Como vapor de mañana;
Sobre el altar calló un rayo,
Despareció la luz clara,
Y el pavor de los sepulcros
En su rededor reinaba.

E.—¡Pobres diablillos! ¡Dios los haya perdonado! ¿Con que el teatro quedaria en un estado tristísimo y dolorosísimo?

G.—Sí, señor, así quedó por algunos momentos, y una música á la sordina hacia sentir mas fuerte la impresion que habia causado la escena.

E.—Es decir, que aquí concluyó la ópera infernal ó diablesca, que todo es lo mismo.

G.—¡No faltaba mas!

E.—Pues qué ¿se reanimó?

G.—Se reanimó del modo siguiente.

ESCENA IV.

Decoracion.—La misma que la anterior en cuanto al local, y se oyó primero á lo lejos, y despues cerca, esta estrofa de un coro de los *Normandos en Paris.*

Los cantos goza
De la victoria:
No han terminado
Los dias de gloria.

En seguida entró en el salon un gran número de diablos tambien cuatezones, los cuales llevaban en la mano unos estandartes, como el que lleva Boemond en la ópera *Tebaldo é Isolina,* y cantaban la misma aria coreada que éste canta en la citada ópera: siendo de advertir que los estandartes eran de papelillo azul á manera del con que están forradas á la rústica las Bases Orgánicas. La aria es la que sigue:

Hé aquí el primer momento
Despues de tan largas penas
En que un rayo de contento
Luce ya en mi corazon.
Esta de gloria
Noble señal,

A la victoria
Nos guiará;
Y el nuevo dia
A su regreso
Nuestra alegría
Ilustrará.

Con que á la prueba,
A la victoria
Venganza y gloria
Nos guiará.

E.—Como dijiste ántes que los estandartes que llevaban los diablos eran de papelillo azul, á semejanza del en que están forradas las Bases orgánicas, me escitaron esas espresiones una idea patriótica, análoga á lo que los diablos cantaron.

G.—¿Cuál fué esa idea?

E.—Que si la república cumple esactamente con lo que mandan las referidas Bases, llegará á establecer sólidamente su felicidad.

G.—Es cierto; pero si les va á suceder lo que á la constitucion del año de 24, y á las siete leyes de 36, quedarémos frescos.

E.—Uno de los mayores desaciertos que ha cometido la república, fué el de echar por tierra la constitucion del año de 24. Este mal ejemplo minó por el cimiento toda la garantía que deben tener las leyes fundamentales, como lo vimos en la caida do las Siete leyes. Ya, pues, que la nacion ha convenido en admitir las Bases, debe sostenerlas; y aunque necesiten de reforma, verificarla con arreglo á lo que disponen ellas mismas. Si así se hubiera hecho con la constitucion federal, otro gallo nos cantara.

G.—Pero entonces no tendrias ópera, como hoy la tenemos.

E.—Siempre has de salir con alguna paparrucha, aun cuando se trate del asunto mas grave. Prosigue.

ESCENA V.

G.—Decoracion. La misma que la anterior, habiendo dejado fijos en el salon sus estandartes los coros que los trajeron, los cuales se retiraron de la escena y entraron otros, como á sostenerlos ó consolidarlos.

E.—¿Qué cantaban?

G.—Lo que canta Gessler en el Guillermo Tell, aunque mejor cantado y en mejor sentido, á saber:

La ciega audacia en vano
La ley hollar intenta,
Pues castigo y afrenta
Hallará en mi furor.

Y en seguida añadieron la siguiente aria coreada que canta Guillermo:

Jurémos todos
A la presencia
Del poderoso
Dios de clemencia,

Perseguir siempre
De nuestra patria
Al opresor.
Si entre nosotros
Algun vil mora,
La luz le falte
Consoladora.
Su ruego el cielo
No escuche airado,
Y de su vida
El fin llegado,
Tumba la tierra
Niegue de horror.

E.—¡Cáspita! ¡Qué entusiasmados estaban los diablos!

G.—Se entusiasmara una beata. Pues qué, despues de habernos quitado dos constituciones, ¿todavía quitarnos tambien la tercera? ¿A dónde íbamos á parar? Entónces mas valia que de una vez nos hicieran nuestra sepultura, y nos enterraran vivitos, vivitos.

E.—¿Qué disparates estás diciendo? ¿De qué constituciones hablas, de qué sepulturas?

G.—¡Ay hombre!....., Dispénsame, dispénsame. Como acababas de hacer tus reflecsiones políticas sobre las constituciones que nos han quitado, me distraje y me entusiasmé; de suerte que tal me pareció que estábamos en una sesion, y no en la ópera de los diablos.

E.—¡Vaya, vaya! Tú ves visiones. Refréscate,

y sigue tu narracion. Supongo que ya quedarian perfectamente en paz los cantantes.

G.—No tanto que digamos. Se pasaron sus malos ratos.

E.—Dime cuales fueron.

ESCENA VI.

G.—La misma decoracion, y allá á lo léjos se oyeron unos coros que entonaban el *himno marcial* de *Norma*, que dice:

Guerra, guerra: las gálicas selvas
Cual encinas producen guerreros.
Cual el tigre á cobardes corderos
A romanos sabrán destrozar.

Sangre, sangre: las galas segures
Hasta el mango en sangre se bañen,
Del Ligerio las olas se empañen,
Y rebose el sangriento color.

Guerra, estrago, esterminio: venganza
Ya comienza en las huestes amigas:
Los romanos caeràn como espigas,
Que ha segado afilada la hoz.

Destrozada la pluma y la guerra,
Su ave altiva se abata sin gloria,
A mirar nuestra digna victoria
Viene Dios sobre un rayo del sol.

E.—¡Jesus! Y qué matón deberá de ser el hombrete! decia el P. Isla, hablando de cierto fanfarron. Estos diablos estaban muy decididos.

G.—En efecto parece que lo estaban, y la escena habria estado muy bonita é interesante, si no hubiera sucedido otra contigencia.

E.—Y ¿cuál fué esa contingencia?

G.—Que los diantres de esos diablos modorros se volvieron á equivocar; y en vez de decir romanos, dijeron mexicanos, con lo que el auditorio se incomodó, y no se rió, como cuando se equivocaron la primera ocasion con lo del *godo* ó el *Diario.*

E.—Pues si hubieran visto la equivocacion con ojos religiosos, no debian haberse incomodado, sino haber dado muchas gracias á Dios; porque tal vez esa equivocacion fué un aviso de la Divina Providencia. ¡Cuántas ocasiones se ha valido de los instrumentos mas viles para hacer sus grandes obras! ¡Cuántas los mismos diablos han servido de esos instrumentos!

G.—¿Sabes que no ha dejado de hacerme alguna impresion lo que acabas de decir? Ahora que se han juntado los reyes en Lóndres, y que segun se dice, quitarán del trono de Grecia á Othon y pondrán otro: que se tomarán tres provincias de la Turquía para formar un reino: que formarán otro de Argel para un hijo del rey de Francia, ¿qué dificultad puede haber en que piensen en mandar-

nos media docena de principitos, á quienes tengamos el honor de rendir el *pórrigo?*

E.—Nada de eso es dificil, sino muy natural; pero desechemos por ahora esas ideas funestas, y continuemos nuestra ópera. ¿Qué hicieron los cantantes del teatro, cuando escucharon á los lejanos?

G.—Lo que debiamos hacer nosotros si la cosa fuera de veras. Cantó el primer coro de aquellos...

E.—¿Qué primer coro? Si no me has hablado de dos.

G.—¡Ah! Es verdad: se me habia pasado advertirte que los nuevos cantantes que fueron á sostener los estandartes, se dividieron en dos coros, de los cuales el uno cantaba primero, y el otro únicamente cantaba los *da capos*, con algunos trinos ú otros adornos que añadia ó quitaba; pero siempre lo mismo en la sustancia, como la vas á ver en los coros que cantaron: el primer coro, el de Jeptê, que dice:

Al campo intrépidos—sí, volaremos,
A los malvados—temblar haremos
Si nuestro acero—ven centellar.
De la victoria—premie el encanto,
Las duras penas,—el cruel quebranto
Que por la patria vais á pasar.

E.—Y el segundo coro, ¿qué cantó?

G.—Esto otro de la misma ópera:

Desnudad el acero terrible,
Héroes fieles, su brillo siniestro
Vea el tirano, y el triunfo sea vuestro,
A Dios dando la gloria y honor.
Sí, del triunfo que ya anticipamos
A Dios demos la gloria y honor.
Se pugne, se venza,
Se arrostre la muerte,
Y el lauro que ciña
La tumba del fuerte
Le dé eterno honor.

E.—¡Que viva! ¡que viva, el que tenga tan nobles sentimientos por su patria! ¿Ves cómo fué permision de Dios la equivocacion de los diablos, pues ella es la que ha escitado nuestras simpatías para obrar como obró Israel cuando se vió atacado del enemigo?

G.—Así es en efecto: ¡lástima que no hubiera terminado la escena completamente como en la ópera de *Jeptē!*

E.—Pues ¿por qué no terminó?

G.—Porque todo quedó en *voces dentro*, y los enemigos lejanos no llegaron á acercarse, aunque aparecieron otros.

E.—Dime, dime quiénes fueron.

ESCENA VII.

G.—Decoracion, la misma. Coro á lo léjos que canta el de los borrachos en el *Pirata.*

¡Viva! ¡viva! ¿Quién responde?
Repitamos ¡viva! ¡viva!
Es el viento, son las ondas
Qu en la playa se deslizan.
En los gozos del pirata
Toman parte tierra y mar:
Chito----chito---- ¡Qué imprudentes!
No nos vayan ó encontrar.

E.—¿Quiénes eran esos cantantes?

G.—Eran algunos de la compañía que querian hacer *rancho aparte*, como vulgarmente se dice: ó hablando en estilo diplomático, que pretendian declararse *libres, soberanos é independientes*, y aun querian sojuzgar á los demas músicos.

E.—Y los restantes de la compañía ¿qué hicieron?

G.—De los dos coros de que te he hablado antes, el primero cantó este del Belisario:

Difúndase terrífico
El grito de la guerra,

Haga temblar la tierra,
Y llegue al cielo á herir.
Al choque irresistible
De nuestro ardiente fuego,
Deje en el pecho griego
La sangre vil de hervir.

El segundo coro cantaba estotro del *Pirata:*

Venganza entera, atroz,
Juremos á una voz:
Es vil y sin honor
Quien no postre el ardor
Del vil Pirata.

E.—Buenos coros; y ¿qué tal? ¿Los desempeñaron bien los diablos?

E.—Muy bien en cuanto al canto; pero siempre con sus equivocaciones endemoniadas.

E.—¿Conque volvieron á equivocarse?

—Sí, señor. En el primer coro, en lugar de *griego*, dijeron *tejano;* y en el segundo, en vez de de *pirata*, tambien *tejano.* Parece que no pensaban los diablos mas que en los tejanos.

E.—A fé que tenian razon; porque si se unen con anglo-americanos, han de dar mucha guerra á la república mexicana.

G.—Pero, ¿qué tienen que ver los diablos con la república mexicana?

E.—¡Eh! Vaya, vaya: tienes razon; me sucedió

lo mismo que á tí cuando hablamos de las constituciones. Me distraje. Dispénsame.

G.—Estás dispensado; ó por mejor decir, estamos á mano en materia de distracciones. Sin duda ya tenemos la cabeza caliente con tanto charlar; pero ya falta poco.

FINAL DE LA OPERA.

Todos los cantantes que se habian presentado en el teatro, se reunieron, y salieron á cantar aquellos coros divinos con que comienza *Jeptê* y son estos:

Los dos coros.

Vuelve piadoso el semblante
A tu pueblo vacilante,
Pues somos, ¡oh Dios! tus hijos,
No nos puedes olvidar.

Primer coro.

Despues de tantos tormentos
Salvos sean tus escogidos.

Segundo coro.

A sus hogares contentos
Vuelvan de gloria circuidos.

Primer coro.

Todo enemigo guerrero
Que á tu pueblo desafió,

Segundo coro.

Todo malvado estranjero
Que ásechanzas meditó,

Los dos coros.

Venga de oprobio rodeado
Horrenda muerte á encontrar;
Que somos, Señor, tus hijos,
No nos puedes olvidar.

Una ú otra pequeña alteracion hicieron los diablos en la letra; pero algo les hemos de dispensar, no hemos de ser tan rigoristas.

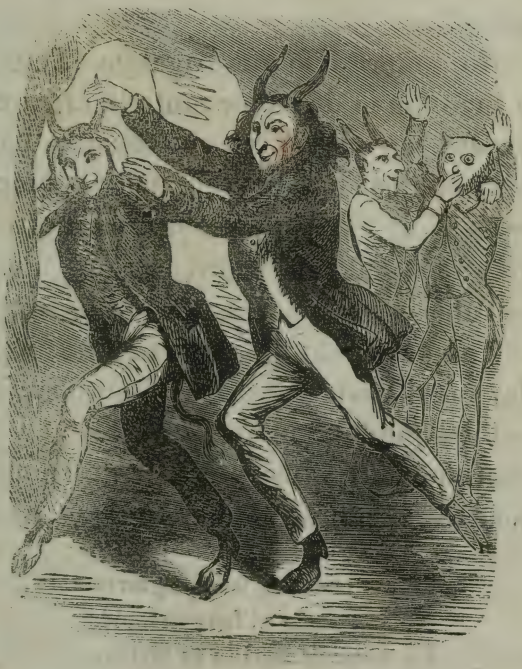
E.—Cómo dispensar! Darles las gracias, pues en la sustancia nada variaron, sino una ú otra palabra, para acomodar el consonante, y dar mas espresion á la idea. A mas de que á mí nadie me quita de la cabeza, que estos diablos han hablado como unos santos padres; y ¡ojalá que nosotros nos aprovecháramos de las lecciones que nos han dado en su ópera! ¡Lástima que se haya acabado!

G.—Lo que es la ópera, ya acabó; pero faltan las cantatas de algunos AFICIONADOS.

E.—¡Hola! Con que hubo aficionados?

G.—Los hubo; pero con una suerte muy funesta.

E.—Siempre en semejantes funciones no faltan ocurrencias incómodas, ridículas, ó ambas cosas.



G.—Así es, en efecto; y algo de eso hubo respecto de nuestros pobres aficionados. Los llamo aficionados, no porque no fuesen profesores operistas, sino porque iban á cantar algunas cosas estraordinarias; mas no les salió la cuenta.

E.—¿Pero en qué consistió eso? Cuéntame todo lo que sucedió.

G.—Has de estar, en que uno de los operistas principales, pidió licencia al director para cantar una ária; mas este, en vez de dársela, lo escluyó de la compañía.

E.—Sin duda que habria dado algun motivo muy grave?

G.—No, señor. Fué una bagatela. Toda la culpa que tuvo fué la de haber cantado *extra chorum.*

E. —¿Qué mayor motivo quieres que haya dado? Se desentonaria, ó llevaria mal el compas.

G.—Nada de eso; sino que cantó en otro teatro, y por eso se enojó el director.

E.—Tales cosas cantaria que lo hicieron enojar.

G.—Tampoco cantó esas cosas, sino una, y muy sencilla, y que hasta tú mismo la aprobarás.

E.—Pues ¿qué fué lo que cantó?

G.—Aquella ária que canta Jeptê en la ópera que tiene ese nombre, y es como sigue:

La paz reina; de trompa guerrera
No se escucha el funesto sonido:
La discordia sepulta en olvido
Quien de todo lo criado es Autor.

Ya ves qué cosa tan bien dicha.

E.—Y tanto, que ¡ojalá y fuera esactamente cierto! Y ¿qué hizo el pobre cantante cuando lo escluyó el director de la compañía?

G.—Se replegó à su casa, en donde, entre el estudio y los placeres del amor conyugal, descansa de las gravísimas fatigas que tuvo cuando fué operista.

E.—Esta es una conducta muy filosófica. Pero estará muy triste ¿Ya habrá colgado enteramente la lira?

G.—Nada de eso. No has oido decir *que natural y figura hasta la sepultura?*

E.—Sí lo he oido decir. Por mas señas, que en cuanto á lo del *natural*, me ha parecido esacto ese adagio; pero en cuanto á lo de la *figura*, es una solemne mentira. Eso quisieran tus queridas las cotorronas, que les durara la figura hasta la sepultura. No, nanitas, en pasando de los treinta y cinco, *malam caram te feci.*

E.—Con razon convienes en que es esacta la primera parte del adagio, pues te consta por esperiencia propia. Serás mordaz aun mas allá del sepulcro. ¿A qué venian ahora las pobres cotorronas? A nada; pero el caso era darles un tijeretazo.

E.—En cuanto á lo mordaz, creo que no me vas en zaga; mas dejemos ese punto odioso. ¿En qué quedó por fin el cantante espulsado?

G.—¿No te dije que se retiró á su casa? allí hace sus cancioncitas, originales unas veces, y otras adapta la música estrangera al gusto nacional, y

regularmente se entretiene cantando, en compañía de su esposa, aquel coro de los Capuletos:

Noche plácida y serena
Al horror del dia sucede:
Duerme el hierro y la ira cesa
Do himenso su antorcha enciende;
Y do quier amor sonríe,
Nace el júbilo y placer.
Que celebren nuestros cantos
Esta union afortunada;
Compensen estos instantes
A nuestras penas pasadas,
Y no tenga aquí lugar
Ningun triste pensamiento;
Pues donde el amor sonrie
Nace el júbilo y contento.

E.—¡Dios lo haga feliz en el seno de la paz doméstica! Véamos otro aficionado.

G.—Debia en efecto haber cantado otro en esta ópera; pero se habia retirado de la compañía.

E.—¿Por qué causa?

G.—Oí decir, que se le habia *enredado la pita* con la música estrangera.

E.—¡Ah! No es eso muy difícil; porque para entender algunas variaciones *cantabiles*, principalmente de Francia, es necesario saber solfear muy bien; ¿conque se retiró?

G.—Sí señor: se marchó cantando aquello que canta D. Basilio en el *Barbero de Sevilla*, á saber:

Buenas noches, mi señor,
Paz, buen sueño, sanidad,
Buenas noches..... servidor.....
Obligado á la verdad.

E.—¿Tambien se retiraria al hogar doméstico?

G.—Así fué, y se entretiene con los placeres de su casa de campo.

E.—Muy divertida y muy honrosa ocupacion. ¿Pero qué, no remplazó su lugar en la compañía el director?

G.—Sí lo reemplazó, y con un músico, *que no se mete el dedo en la boca en esto de cantar.*

E.—Pues lo haria muy bien en la ópera.

G.—No: porque no quiso cantar hasta que le cogiera bien la *embocadura* al canto.

E.—Esa es una conducta muy prudente; y todo el que cante sin aprender primero bien la solfa, se espone á echar á perder la mejor ópera, comprometiendo á sus compañeros. Pero, muy desgraciados, en efecto, han estado los pobres cantantes aficionados.

G.—Mucho mas lo estuvieron los últimos que se presentaron.

E.—¡Todavía les fué peor! Pues ¿qué les sucedió?

G.—Una quequeña parte de la comparsa celebraba esa noche no sé qué aniversario, y pidió licencia para cantar las piezas que llevaba preveni-

das. Se la concedió el director, y principió con el coro con que comienza la ópera *Guillermo Tell*, que es como sigue:

Sereno el cielo
Su luz derrama
Y el pecho inflama
De ardiente amor.
Eco repita
Plácido acento;
Nuestro contento
Muestre su ardor.
Despues el alma
Se eleve al cielo,
Y con anhelo
Sirva al Criador.

A este coro añadieron el duo con su coro, que cantan en la misma ópera Eduvige y Jemny.

Feliz con la esperanza,
Que alimenta en su seno,
De tempestad el trueno
No le causa temor.
Mas si al temido escollo
Lo trae adversa suerte,
Unirá al de la muerte
El cántico de honor.

CORO.

Ya en el aire resuena
Dulcísima armonía,

Que del festivo dia
Anuncia el esplendor.
Como del sol los rayos
Reaniman cuanto ecsiste,
Así al pecho reviste
El gozo de vigor.

E.—Escelente y muy patriótica letra. ¡Qué compasion que se haya desgraciado la funcionita! Pero hasta ahí todo iba bien. ¿Por qué se desgracióʼ?

G.—Porque el director no permitió que un escelente tiple, que iba en la comparsa, cantase una aria muy brillante, que habia compuesto análoga á la festividad del dia.

E.—Mas ¿por qué no lo permitió?

G.—¡Quién sabe! Tendria sus motivos reservados para que no se cantara. Ciertamente no fué porque la aria tuviese algunos defectos que corregir; porque despues que la leyó el director, salió á la luz tal cual la habia compuesto su autor.

E.—No nos metamos en honduras, ni adivinanzas: ya sucedió la desgracia ¡paciencia! Y ¿qué hicieron los demas de la comparsa?

G.—Ya no quisieron cantar mas, sino que *descolados* y cabizbajos, se fueron yendo para sus casas respectivas, y yo para la mia.

E.—¿Cómo para la tuya? Pues qué, ¿saliste del infierno?

G.—Si no hubiera salido, no habria estado platicando ahora contigo. ¡Ha visto vd. qué pregunta!

E.—No quise decir eso; sino de qué modo saliste del infierno?

G.—Salí lo mismo que entré. Entré por órden superior, salí por órden superior: entré en landó, salí en un buen coche de un amigo.

FINAL.

E.—Me alegro mucho que hayas salido de esa tragedia sin novedad. No te vayas á meter en otra.

G.—No me vayas á meter en otra, has de decir.

E.—¡Yo! ¿Pues qué, soy capaz de ocasionarte algun perjuicio?

G.—A propósito, ciertamente que no; pero sí por imprudencia.

E.—¿Por imprudencia?

G.—Sí, señor. Vd. tiene la maldita propiedad de publicar cuanto yo le platico, y en una de esas voy á cantar el *Pescador*, á las ardientes playas de Acapulco.

E.—No tengas cuidado por eso: confia en Dios y haz tu deber. Acuérdate de lo que otras ocasiones hemos dicho: OBRAR BIEN, QUE DIOS ES DIOS.

G.—Así lo hago en cuanto me es posible, aunque humilde y pecador. Por lo mismo al despedirme de mis amigos los diablos, me introduje entre los operistas y cantamos todos la sublime plegaria del *Moises:*

De tu estrellado sólio,
Señor, vuelve á mirarnos:
Piedad ten de tus hijos,
De tu pueblo piedad.
Si á tu querer son prontos
Elementos y esferas,
Tu fausta senda enseña
Al vago incierto pié.
Piadoso Dios, socorro,
Vivimos solo en tí.
A mi pecho doliente
Desciende, Dios clemente,
Y antídoto suave
De paz tu amor me dé.
Nuestro pecho no teme,
Confórtale tú, pues.
De tu estrellado sólio,
Señor, vuelve á mirarnos:
Piedad ten de tus hijos,
De tu pueblo piedad.

VII.

EL GALLO PITAGORICO.

Pasó el tiempo de San Pedro,
Gallo, y así
Véte á otra parte, allí canta
Qui-qui-ri-quí.

I.

Loco, dejando la modesta estaca,
Quiso cantar valiente y abrió el pico,
Y robando sus gracias al perico,
Como empleado con hambre así charló.

Sublevando atrevido la gallera,
Su estandarte satírico enarbola;
Hoy le restan dos plumas en la cola;
Del seno del *infierno* así salió.

¿Por qué afilas la impávida navaja
Contra abusos durables como el cedro?
Tú te sueñas el gallo de San Pedro,
¡Ay! y á pocos despierta tu cantar.

Tu pico mústio está, gacha la cresta,
Tu cuello bajo, romo de espolonès,
Esqueleto viviente, no blasones
De ánimo recto y de valor marcial.

Mas si quieres así cantar con brio,
Tornando el pico delatora trompa,
Tu voz estrepitosa el aire rompa,
Y clama sin cesar: *qui-qui-ri-quī.*

Plaza, plaza, que el Gallo ya aletea,
Mira en su derredor, esponja el buche;
Su pico de verdades será estuche,
Compuestas esta vez en *do-re-mi.*

II.

Yo te pondré la navaja,
Gallo, y aquí,
Respóndeme sin miedo,
Qui-qui-ri-quī.

Yo digo, Gallo, que á Pedro
No le basta un Potosí
Para saciar la codicia
Que lo tiene sin vivir;
Que dirá que vivan todos,
El liberal y el servil;
Que tiene el rostro de santo,

Pero el alma de Caín;
Que miéntras otros se matan
En la furibunda lid,
El contarà sus talegas,
Gallo, tomin á tomin:
Y del retirado al lloro,
Y de la viuda al gemir,
El dirá: ¿Gloria? De ustedes,
Que la patria es para mí.
Tú no lo permitas, Gallo,
Cántale....*qui-qui-ri-quí.*

Si ves uno que se opone
Al sistema del país,
Que tiene á todos absortos
Con su furia en el decir,
E indagas en lo secreto
Que viene aquel frenesí
Porque no logró un empleo
Para cierto galopin
Hermano de una muchacha
Que no era grano de anis,
O porque con sus usuras
No quisieron transigir,
Dile: ¿Patriota? No pega,
Y....canta....*qui-qui-ri-quí.*

Si ves á otro del que manda
Blasfemar y maldecir,

Y sabes que es destituido
Del empleo de á tres mil,
Por sus dares y tomares,
Por sus tratos.....es decir,
Por ciertas condescendencias
Con los comerciantes....y....
Porque de la caja huyeron,
Del cuerpo.....pues, así, así,
Como infames desertores
Los quinientos y los mil;
Porque el *forrage* en sus manos
En copa y en basto ruin
Se tornó: Gallo, por vida
De San Justo y San Quintin
Descárgale un picotazo,
Y dile.....*qui-qui-ri-quí.*

Si dicen: ¡Viva la patria!
¡Viva! ¡vencer ó morir!
Pero yo seré ministro;
Tú, gobierna el Potosí,
¡Será muy buen tesorero
Mi cuñado D. Martin!
Orden.....otro órden de cosas;
Sì yo no soy nada así.—
Federacion; mas yo mando.
—Centralismo; pero al fin
Yo reparto.—Me es lo mismo

Trabajar aquí ó allí.
Gallo, apacigua esa gresca;
Cántales.....*qui-qui-ri-quí.*

Si oyes decir; va bien todo,
Y calculan para sí:
"¡Seré tonto! ¡Y es posible
El que puedan mejor ir,
Teniendo por una parte
Un sueldo de siete mil,
Por otra, créditos viejos
Que me pagan por Tepic;
Por otra, quince entenados
Con auccion á revivir;
Por otra, ciertos proyectos
Que arderán en un candil!"
Maldito....calla....¡ó buen Gallo!
Zas, Gallo....*qui-qui-ri-quí.*

Si escuchas un diputado
Que ayer opinaba así,
Que ya hoy está convertido,
Con franqueza (aunque decir
Puede alguno que le dieron
Desde las dietas de Abril,
Y esa es la grande palanca
De su conciencia cerril),
Gallito, no lo toleres;

Cuando al votar diga, sí,
Tú, dile: yo te conozco.....
Modesto....*qui-qui-ri-quí.*

Si ves otro diputado
Tieso como un maniquí,
Renegado de su bando,
Reclutado, y *otro sí*
Apóstata en su creencia
Que siempre fué de servil,
Porque tuvo un desengaño
En la sala *carmesí*,
Aunque era el que le llevaba
Al que mandaba el cojin,
Porque dijo: "Ya ocuparon
Lo que me convino à mí,
Y vendrá tiempo, y entonces,
Solfa, solfa, sol, fa, mí;
Dale un aletazo, Gallo,
Y entona....*qui-qui-ri-quí.*

Si miras un personage,
Sin saber leer ni escribir,
Tan déspota en su oficina
Como si fuera un Cadí,
Altanero, maltratando
Al doliente, al infeliz,
Y humillarse ante los grandes,

Y volverse su hazme-reír,
Y todo llevarlo á chanza
Por no perder los tres mil,
Sáltale á las barbas, Gallo,
Y canta....*qui-qui-ri-quí.*

Si miras un periodista
En su folleto escribir:
Todos son héroes sublimes,
Nadie debe decir chist,
Pero si alguuo le llega
Severo á reconvenir,
Dice: "Es verdad que así escribo,
La suscricion sube así:
Son del gobierno mis manos,
Yo tengo eso de servil;
Mi corazon es patriota,
Mi cerebro es un matiz."
Y se divide en fracciones
Como cuenta de partir,
De corazon y cabeza,
Y mano y piés, y en un tris
El bribon se menudea
Como pieza de cotin,
Sóplale un zopapo, Gallo,
Y dile.....*qui-qui-ri-quí.*

Y si ves otros patriotas
Cuando se toca en el *quid*

Nos vienen con la *prudencia*
Y leccion de buen vivir,
Y encabezan sus escritos,
No me dejarán mentir.
Con *reglas de buen gobierno*,
Aduladores, y así,
Con impavidez pasea
Por Cartago y Austerliz,
Con pláticas doctrinales
Y epígrafes en latin,
Poniendo *in pectore* á todos
Como hoja de peregil:
Gallo, la justicia es recta,
Cántales. . . . . *qui-qui-ri-quí.*

¿Y porque es *Fidel* tu amigo,
Y el *Otro* del folletin,
Solo cosas de compadres
Les tiene de descubrir?
Dile al primero que estudie
Las costumbres del pais,
Que no en el *pulque* y el *mole*,
Y en pintar un malandrin
De ganzúa y *calzoneras*,
Convertido en jorgolin,
Ni en la alegre *jaranita*
Y el risueño bandolin
Está encerrada la ciencia

De *Mesonero* y de *Jouy;*
Dile muchas cosas, Gallo,
Cántale.....*qui-qui-ri-quí.*

Y á la madre mogigata
Que no sabe ni reir,
Qué asiste á los jubileos
Con un santísimo fin
Y en la noche en el *jaleo*
Del teatr ve lucir
Con provecho de sus hijas
Y un ejemplo..... muy feliz,
Mil ademanes que sacan
A su mejilla el carmin:
Gallo dile: *no te absolvo:*
Cántale.....*qui-qui-ri-quí.*

Si miras una cotorra
De esas qué se untan carmin,
De esas que pintan sus cejas
Con el polvo del marfil,
Que abultan su *antecedente*
Con bretañas y con brin,
Creyendo á un triste romántico,
Cuasi pimpollo infantil,
Que solo acepta sus prendas
Por no dar en que decir,
Y las pierden en dos treguas

(Y bien sea si es así)
Y luego escuchan incautas
Decirles: Mi serafin,
Dame tu sí; aunque el decirlo
Por la lisura infeliz
De la encía, con sorpresa
Escuche que dice *chi;*
Gallo, mira, te lo ruego,
Cántales.... *qui-qui-ri-quī.*

Si adviertes un *veterano,*
Que en México hay mas de mil,
Que creen que son ilustrados
Porque arman un sanquintin.
Chistosos dentro del templo:
Porque una dama al salir
Del teatro dizque vieron
Que era su atadero gris,
Y maldicen á sus padres
Valentones, y en un tris
Se iban á dar de estocadas;
Pero no dió el esmeril
Fuego, y por tanto, se fueron.....
A devorar un pernil.
Que dizque les dió la esposa
Del pobre de D. Crispin
Un cadejo de su pelo
Que es lacio como una crin,

Que cambiaron con aquella
Un escelente rubí
Que les dió cierta muchacha
Tras un dichoso desliz.....
Que si de Dios la campana
Oyen con grave tin tin,
Se hunden el alto sombrero
Y votan, y que....por fin....
Cual nadie merecen, Gallo,
Tu ronco *qui-qui-ri-quí.*

En fin, de la canalla que se llama
Prole de Adan, critica y zurra y zurra;
Y no temas que México se aburra,
Que esta es patria de paz, de paz de Dios.
Y alisará tu pluma el gobernante;
Hoy ves que el vulgo con fervor te ensalza,
Y ves que si te ponen una calza,
Pierdes las plumas, pero no el valor.

El cuello largo y abatido el pico,
El Gallo Pitagórico aletea,
Si saliere con mal de la pelea,
El epitafio compondrá Fidel:
"*Murió en la liza,*" escribirá, "*y en ella*
Dejó la última pluma y el aliento;
De la gallera lustre y ornamento,
Clavó el pico por fin; mas cantó bien."

FIDEL.

VIII.

EL GALLO PITAGÓRICO.

Juicio criminal celebrado ante los jueces Minos, Eaco y Radamanto.

ARTICULO INEDITO.—DICIEMBRE DE 1844.

Dialogo entre Erasmo Lujan y el Gallo.

E.—¡Gracias á Dios que te veo, amigo Gallo! Con qué cuidado me tenias! Como hace tanto tiempo que no te oigo cantar, sospechaba que estuvieras entonando algunas lamentaciones en Perote, ó Acapulco.

G.—¡Bendito sea Dios que hasta ahora no me he visto obligado á cantar en tono *menor* con *pizzicatos* y *sordinas;* sino en tono *mayor* y siempre *forte*.

E.—Pues ¿por qué has estado tantos dias sin abrir el pico?

G.—Porque estaba pendiente del fin de un pleito que se ventilaba ante los supremos é inecsorables jueces Minos, Eaco y Radamanto.

E.—Y ¿á qué muertos juzgaban esos jueces?

G.—A ningunos, sino á individuos tan *vivitos* como tú y yo.

E.—Pero ¿cómo puede ser eso, cuando su empleo es el de juzgar á los muertos y no á los vivos?

G.—Porque tambien hay muertos vivos. ¿No te acuerdas de que en el colegio, cuando estudiabas para abogado, aprendiste que habia muerte natural y civil.

E.—Sí: muy bien me acuerdo.

G.—Pues de estos muertos civiles se trta, y no de los naturales.

E.—Yo creia que solamente sobre estos, y no sobre aquellos, tenian jurisdiccion los mencionados jueces.

G.—Así era en los tiempos antiguos, segun la mitología de los gentiles; pero ahora van las cosas de otro modo. Y no sé como te admiras de eso, los hombres y las mugeres adelantan á otros cuando y otras la edad, las enfermedades y la falta de fnerzas, dando todo esto por cierto, aunque realmente no haya pasado.

E.—No te entiendo: esplícate con claridad.

G.—Lo haré por servirte. Bien habrás notado en el mundo, y aun sin salir de tu república, que

algunos gobiernos declaran cesante, ó jubilado, por enfermo, viejo ó cansado, á un hombre sano, robusto, y que acaso se hallaba precisamente en el estado en que por sus conocimientos y lo maduro de su edad, podia continuar desempeñando con utilidad de la nacion, un empleo en que habia servido por muchos años con honradez.

E.—Así es efectivamente, y muchas veces me he calentado la cabeza procurando indagar en qué consistia ese fenómeno.

G.—¿En qué habia de consistir? en que habia un ahijado que colocar, y era preciso hacer desocupar el campo á un hombre de bien para que cediese el lugar tal vez á un inepto, y algo mas. Y como no habia un pretesto legal, ni en la apariencia, para despojar al empleado antiguo de su destino, se le daba por viejo ó enfermo, contra las constancias fisicas de la naturaleza, manifiestas hasta en su semblante. Sin embargo, tenia que retirarse á su casa con su cesantía ó jubilacion, dándose por muerto y sepultado: pues á tanto ha equivalido, casi siempre, ser cesante ó jubilado. Y ¿qué dirè de las cotorronas? Todas ellas para disimular su envidia, cuando se la escita alguna muger hermosa, que aun está en la mitad de su carrera, no es espresan de otro modo que del siguiente: "¡Ay niña! No sé como está fulana tan *fresconota*. Pues no, no es tan *muchachita:* cuando yo iba á la amiga ya

era muger *casadera.*" Ahí tienes que esas cotorronas, cuando se trata de sus personas se acercan á la cuna; pero cuando se trata de las de sus prójimas, las acercan al sepulcro. Dime ahora, si lo que en el mundo hacen los hombres y las muge-

res, no podrán hacerlo unas divinidades, á saber, adelantar un poco el fin que todos hemos de tener?

E.—Ya otras veces te he dicho que es tiempo perdido disputar contigo, porque al cabo te sales con cuanto quieres. Así que, dejando á un lado

las cuestiones de nombre sobre vivos y muertos, cuéntame qué juicio criminal fué ese á que asististe, en dónde se tuvo, y quiénes fueron los juzgados.

G.—El juicio fué sobre la conducta de ciertos Gallos, el lugar en una de las lomas de Tacubaya, y por supuesto los juzgados los Gallos de cuya conducta se trataba. Está vd. satisfecho, señor mio.

E.—No, no lo estoy; pues peor está que estaba. ¿Cómo quieres que pueda creer, que Minos y sus compañeros juzgaban y sentenciaban gallos?

G.—Porque tenian almas racionales. Acuérdate de la sorpresa que te causé cuando me conociste, porque no creías que hubiera gallos con almas racionales: pues así como yo tengo la mia, cada gallo hijo de vecino tiene la suya.

E.—Sea como quisieres; pero ya sabes que yo soy muy curioso. Cuéntame de pe á pa todo lo que viste; y para que ordenemos bien la materia, comienza por describirme el lugar del juicio.

G.—Una noche en que me estaba previniendo para entonar mi canto acostumbrado, observé en una de las lomas de Tacubaya, cierta luz, que me pareció muy estraña. Dí un vuelo y me acerqué al lugar en donde se hallaba. Pero cuál seria mi admiracion al ver allí levantado un trono de ébano en que estaban sentados *pro tribunali* los jueces: Minos, en medio como presidente, Eaco á su

derecha, como vocal mas antiguo, y Radamanto á la izquierda como menos antiguo, y que ademas hace veces de fiscal segun los mitológicos. La *Noche* con su manto azul sembrado de estrellas, formaba el pabellon del trono, y debajo del manto volaban innumerables murciélagos y *tecolotes*. Yo luego que ví á la *Noche* me retiré de aquel lugar y me escondí en un agujero; pues como el gallo era la víctima que sacrificaban los gentiles á la *Noche*, dije acá entre mí: no vaya á suceder que den ganas á su señoría de cenar gallo pitagórico, y me tuerzan el pico. Mas teniendo Minos una vista muy perspicaz, cual debian tenerla todos los jueces, me vió metido en el agujero, y me mandó venir á su presencia, diciéndome que no temiera nada porque estaba bajo la proteccion de las leyes y de los jueces; que queria que fuese testigo de lo que iba á pasar en aquel puesto, y que aun podia necesitarme para alguna cosa. Asegurado con estas palabras consoladoras, comencé á observar de espacio el lugar y los personages entre quienes me hallaba.

E.— Y bien ¿qué viste?

G.—Un salon iluminado por multitud de lámparas que daban una luz lívida como las sepulcrales; el trono de que he hablado, se elevaba sobre un tablado bien alto: frente de aquel se hallaba una mesa que afectaba la figura de un sepulcro, cubier-

ta de una telliz de terciopelo carmin: encima se veia el tintero y demas menesteres de escribir á manera de pequeñas pirámides monumentales; y en lugar de plumas, buriles de acero bien templado; porque la historia, que es la que hace veces de secretario, escribe con esos instrumentos para instruccion del género humano, las sentencias que dan los mencionados jueces acerca de las buenas ó malas acciones de los mortales, principalmente de aquellos que mas han figurado en la sociedad. A los dos lados del trono, pero abajo del tablado, se hallaban colocadas dos hileras de sillas, tambien de ébano, con sus cogines de cerda; mas quizá con el uso se hallaban muy maltratados, por lo que las cerdas, daban de cuando en cuando unos piquetes que hicieran respingar al caballito de bronce de la Universidad. (1)

E.—Y ¿quiénes ocupaban esas sillas?

G.—Las de la derecha, las personas que hacian el papel de acusadoras; y las de la izquierda las que hacian el de defensoras.

E.—¿Quiénes eran las primeras?

G.—Al principio no las conocí; pero despues poniendo cuidado en el trage é insignias de cada una, las distinguí perfectamente. La que ocupaba la

(1) La estatua ecuestre de Cárlos IV, que hoy se halla en el Paseo Nuevo.

silla mas inmediata al trono, era la *Ley*, hermosísima de rostro, coronada con una diadema, con un cetro en una mano, y en la otra un libro en que se veía escrita aquella sentencia, que si fuera bien observada, por los que mandan y los que obedecen,

jamas habria pronunciamientos, á saber: IN-LEGIBUS SALUS: á sus piés se veia un yugo adornado de flores, como que no hay un yugo mas suave ni mas necesario que el que imponen las leyes justas.

E.—Así es en efecto; como tambien es cierto

que ese yugo está enlazado con abrojos cuando las leyes son como algunas, emanadas de cierta base opuesta al séptimo mandamiento.

G.—Dejémonos de comentarios y vamos siguiendo.

E.—Vamos; pero ya ves, que hay ocasiones que viene una reflecsioncita *como pedrada en ojo de boticario*, y seria necesario tener un candado en la boca para no hablar; mucho mas cuando platican personas de confianza como nosotros.

G.—Bien; pero ahorremos las reflecsiones lo mas que se pueda; porque de lo contrario no acabaremos en toda la noche.

E.—Ofrezco hacerlo por mi parte: continúa.

G.—Despues de la *Ley*, se veia una hermosa matrona con una espada desnuda en una mano y unas balanzas en la otra, por lo que conocerás que era la *Justicia*. A su lado se veia otra muger igualmente hermosa; pero de un semblante noblemente altivo; tenia la cabeza cubierta con un gorro frígio: en una de sus manos las tablas de la ley, y en la otra la varita, que los romanos llamaban *vindicta*, y á sus piés un yugo hecho pedazos, por las cuales señas conocí que era la *Libertad*. Apoyada en una áncora con un vestido verde, coronada de flores, y con un ramillete de ellas en la mano, se veía otra matrona, que ya habrás adivinado que era la *Esperanza*. Continuaba la *Paz*, muger

tambien hermosa, y llena de atractivos, con la estátua de *Pluto* en una mano y un ramo de olivo en la otra. En fin, el último de los acusadores era el *Honor*, coronado de laurel, con una pica en una mano, un ramo de olivo en la otra, y la cornucopia de la abundancia á sus piés.

E.—Escelentes eran los acusadores, ¿sin duda no lo serian menos los defensores?

G.—No tanto que digamos. Oye quiénes eran, y los calificarás de lo que sean. El primero era el *Orgullo*, figurado en un jumento cargado de los vasos que servian para los sacrificios á los que asistian á los misterios de Eleusis. Continuaba el *Engaño* bajo la forma de uua serpiente, con cara de muger bastante halagueña, y el pecho pintado de todos los colores de que se reviste su versatilidad. Con bellas formas de muger, pero cu bierto el rostro con una máscara, la cabeza con un velo negro, y á sus piés un lobo, se presentó la *Hipocresía*. La *Mentira*, que forma siempre terno con las dos personas anteriores, se presentó como la representan los antiguos mitológicos, con un ropage brillante, guarnecido de máscaras y lenguas, un haz de paja ardiendo, mostrando una pierna mórbida, blanca y bien torneada, y ocultando la otra que era de palo. Cerraba el número de los defensores una hermosísima ninfa, enteramente desnuda, y dando de beber en una copa de oro, un licor fuertemente embriagante, á una serpiente, señas

que ya te habrán dado á conocer era la *Voluptuosidad.*

E.—¡Vaya, vaya! ¡Muy bonito está el grupo de los defensores!

G.—*Tales patres, tales filios,* decia D. Magnífico en la ópera de la *Cenicienta.* Cuales son las causas de malas, así son los defensores; porque ¿quién sino estos quieres tú que defiendan la injusticia?

E.—¿Cómo quién? algunos abogadazos *que se pierden de vista* en México por sus elevados conocimientos, y otros muchos, que aunque no sean abogados, son escritores eminentes, *censores* ilustrados, consejeros prudentes, ministros sabios, &c. &c.

G.—Te engañas miserablemente; porque por boca de todos los personages que has nombrado, hablan los que yo te he referido, cuando aquellos sostienen malas causas: pues lo malo no se puede defender, sino con la falsedad, los engaños &c.

E.—Dices muy bien: y ya que tenemos jueces, acusadores y defensores, veamos los reos, que estoy impaciente por conocerlos.

G.—El primero era un Gallo, á quien llamaban *Cola de plata,* y que por las peleas que habia ganado habia adquirido el sobrenombre de *Tripas de oro,* y era puntualmente el archi-gallo, ó gefe de los demas, de regular estatura, ojos vivos, mirar perspicaz, mutilado de un espolon, y brillantemente emplumado. Le acompañaban otros cuatro ga-

llos: el uno de pico un poco romo, y que cantaba muy recio, principalmente cuando lo hacia desde las *barandillas* de las Cámaras: el otro tenia la cresta muy puntiaguda en forma de *rejon:* el otro era un gallo mediano, y tenia las plumas de la co-

la tan curvas que casi formaban un *haro;* en fin, el cuarto era nn gallazo muy erguido y petulante, mirar altanero, las plumas de la barriga verdes, y que habia jugado algunas tapadas en Francia, y de las que no pudo salir bien sino huyendo. Detras de estos venian otros gallos de diversas clases, unos

con las plumas de la cola trigarantes, y las de la barriga carmesíes, verdes ó azules: otros, cuyo plumage todo se parecia á las de la cola de un pavo real, pues tenia dibujados muchos círculos pequeños, que al verlos dirias que eran onzas de oro, ó pesos nuevecitos: otros con unos grupos de pluma en el buche de color de oro, que parecian pequeñas custodias, y aun no faltaban algunas gallinitas muy remilgadas. Hé aquí los reos.

E.—¡Graciosa estaria esa comparsa. De buena gana la hubiera yo visto reunida.

G.—Haz cuenta que la estás viendo tal cual te la he pintado.

E.—Así lo hago, y ya me estoy figurando acá en mi fantasía todo ese aparato, y previniéndome para los cargos, los descargos, las pruebas y las sentencias.

G.—Allá vamos. No faltando ya nada para que se verificara el juicio, mandó Minos que hablaran los acusadores por su órden, y comenzó la *Ley* quejándose de que habia sido conculcada muchas veces por *cola de plata* y sus cuatro *Gallos á latere*, refirió varios hechos en que en efecto habia sido muy maltratada, y en comprobacion de ello, manifestó su manto desgarrado, y el que era una parte principal y *fundamental* de su vestido.

E.—Pobre *Ley!* Pero ¡cuándo no la ha tratado de este modo el despotismo, lo propio que á la *Justicia!*

G.—Esta espuso que los consabidos gallos le habian usurpado varias veces sus atribuciones, arrogándose el poder judicial, ya terminando asuntos que se hallaban pendientes en los tribunales, ya postergando á empleados beneméritos para colocar ahijados, ya atropellando las garantías individuales, aun fueros muy respetables, como el de un diputado, á quien, como constaba al propio Minos, habian mandado á echar un *paseo militar* á los infiernos, por la friolera de haber escrito un articulito que desagradó à *Cola de plata:* en fin, que sobre ella refluian todos los agravios echos á su compañera la *Ley.*

E.—Perfectamente dicho, pues no puede infringirse la Ley sin atropellar la Justicia. Y la *Esperanza* ¿de qué se quejaba?

G.—¡Toma! De una bagatela: de que se le habia engañado como á un niño: que se le habia prometido mucho, y no se le habia cumplido nada: que el susodicho *Cola de plata* le habia ofrecido montes de oro, y se habia encontrado con montes de polvo y ceniza: que la abundancia prometida se habia convertido en miseria pública: el tesoro nacional en patrimonio de particulares, y principalmente de *Cola de plata* y de los gallos que tenian pintadas onzas de oro y pesos; que la reorganizacion de los ramos de la administracion pública, se habia convertido en desarreglo y confusion de todos: que la representacion nacional, en quien

la *Esperanza* tenia puesta toda su confianza, habia sido dos veces atacada: en una palabra, que se le habia faltado á los pactos y juramentos mas solemnes y repetidos.

E.—¡Caramba, que la *Esperanza* se quejó hasta donde le alcanzó el resuello! Y ¿no dijo que otro dia lo haria mas despacio?

G.—Sí dijo; y ciertamente que si no se hubiera moderado *tenia mucho paño de que cortar;* pero en obsequio de la brevedad, se contentó con anunciar solamente sus quejas.

E.—Te digo que si cada hombre fuera esponiendo las de sus esperanzas burladas, habria tal gritería en el mundo, que nos oirian no solamente los sordos, sino hasta los muertos.

G.—Es verdad; pero no es lo mismo que el hombre se encuentre con sus esperanzas burladas por su propia culpa, que el que lo sean por la malicia de otros hombres. En este caso ¿por qué no ha de quejarse y con mucha justicia?

E.—Dices muy bien. ¿De qué se quejó la *Libertad?*

G.—De que no se le habia dejado escribir como queria: de que apénas algunos de sus alumnos la obsequiaban, cuando al momento los aturrullaban los gallos escritores sicofantes, llamándolos traidorea, revoltosos, génios inquietos, sansculottes, ami-

gos y favorecedores de los enemigos estrangeros: añadió que los gallos tenian à su mando las navajas en los departamentos de su república galluna, le impedian obrar segun su voluntad en las elecciones: que cuando se creia mas descargada de contribuciones, se le habian aumentado de manera que ya no las podia soportar: que en las personas de los representantes de la nacion estaba siempre amenazada y *con el Jesus en la boca:* en fin, que bajo todos aspectos se le habia oprimido.

E.—No ha estado menos corto el sentimiento de la *Libertad* que el de la *Esperanza.* Veamos qué dice el *Honor.*

G.—Este se quejó de que se le habia prostituido miserablemente, porque se habian colocado hasta en los puestos mas elevados, hombres de ningun mérito y de pésimo concepto en el público justamente adquirido: porque los hombres verdaderamente ameritados se hallaban reducidos à nulidad, y vistos con el mas alto desprecio: porque hasta los agentes de la *Voluptuosidad* se veian condecorados y premiados, lo mismo que algunas gallinitas, siendo así que aquellos merecian una coroza, y estas cuando menos que las encerraran en una casa de correccion.

E.—Terribles han estado las acusaciones. Pero ¿qué tales han estado las defensas?

G.—Escúchalas y califícalas. El *Orgullo*, satis-

fecho de todas sus acciones, se limitaba á negarlo todo y asegurar que habia hecho servicios importantes á la nacion galluna, la cual por él disfrutaba libertad é independencia, y que se *desvivia* por la salud de la patria. El *Engaño* alegaba que las promesas que habia hecho á la *Esperanza*, no lo ligaban á otra responsabilidad que á la de la opinion pública, y que de consiguiente nada tenian que ver con él Minos, ni todos los jueces pasados, presentes y futuros. La *Hipocresía*, que cuanto habia hecho era en obsequio del bien general, de la felicidad de los pueblos, á quienes *Cola de plata* dispensaba su amor y gobierno paternal. La *Mentira*, que si habia atacado á la representacion nacional, era porque sus individuos habian desmerecido la confianza pública, por haber sido furiosamente sansculottes unas veces, y otras traidores comprados con el oro estrangero: que si se habian impuesto contribuciones era con el objeto eminentemente patriótico de sostener guerras ó contra el estrangero, ó contra algunos gallos disidentes, en las cuales guerras estaba altamente comprometido el honor nacional. En fin, la *Voluptuosidad* dijo: las faltas que se me atribuyen son escrúpulos de monja: los gobernantes no son cartujos; de alguna manera se han desahogar de las fatigas del gabinete; y sobre todo, ¿cuál es la ley que condena á los gallos enamorados, cuando cada gallo es un sultan?

E.—Magnífica defensa, y aún las anteriores,

con tal que se probara lo que se habia alegado en ellas.

G.—Ahí está el busilis; pues nada de lo alegado en las defensas se probō; y sí lo espuesto en las acusaciones.

E.—Pero ¿las pruebas eran concluyentes?

G.—¡Oh! las mejores que podian producirse.

E.—En qué consistian?

G.—En las deposiciones de testigos irrecusables, porque hablaban de cierta ciencia, daban razon de su dicho, y no les tocaban *las generales* de la ley.

E.—Dime, pues, quienes eran los testigos.

G.—El primero el *Hambre*, que se presentō en aquella forma bajo la cual la describe Villaviciosa en estos versos:

Eran todos sus miembros carcomidos,
Marchitos, tristes, sin color y yertos,
De la pobreza y desnudez vestidos,
En ánsia vivos, en aspecto muertos:
En dos cavernas lōbregas metidos
Los ojos, y los huesos descubiertos,
Las cuerdas encogidas y las venas
Vacías de sangre, de flaqueza llenas.

E.—¡Ay Gallo mio! solamente de oir la descripcion que has hecho del *Hambre*, me están gruñendo las tripas.

G.—Pues la testigo que sigue te llenará de entusiasmo militar.

E.—¿Quién era?

G.—La *Guerra* en persona, la cual se presentó con su cabellera de serpientes, las manos teñidas

en sangre, en la una llevaba una espada desnuda, y en la otra una tea ardiendo y en su escudo estaban escritas aquellas terribles palabras: *Nullus salus bello.* Tan formidable era su aspecto, que yo mismo á pesar de que mi profesion es de guerrero, y

siempre acompaño á *Marte*, no pude ménos de esclamar con cierto poeta:

¿Quis fuit horrendos primus qui protulit enses?
¿Quam ferus, et vere ferreus ille fuit?

E.—Pues si tú dices eso, que por naturaleza te gusta andar luciendo tu golilla en San Agustin de las Cuevas, en el *Encero*, y en otras partes donde hay palenques y tapadas, ¿qué diré yo, que quisiera ver cuanto pertenece á la guerra depositado para siempre en el Museo, como la armadura vieja de Cortés que se conserva en él como una curiosidad arqueológica? ¡Qué bueno seria que viviéramos en una época en que dijéramos: Allá muchos años atrás se usaron estos cañones, estos fusiles, estas bombas &c., para matarse mútuamente los hombres, como si fueran gallos! Entónces, segun escribia un sábio publicista que se llamaba Filangieri, solo se ocupaban los hombres en resolver el detestable problema de *¿cuál es el mejor modo de matar el mayor número de hombres en el menor tiempo posible?* Y ¡en esto se ocupaban los filósofos en un siglo que se llamaba ilustrado!

G.—En todos tiempos ha de ser lo mismo, miéntras que los hombres tengan pasiones; porque vdes. son peores que nosotros los gallos. En efecto, nosotros peleamos con el que tenemos delante; pero ustedes están meditando en matar millares de

hombres que viven á dos mil leguas de distancia; y ¿por qué? por ir á usurparles su terreno, su dinero ó su comercio. Mas si no podemos variar los corazones de los mortales, conformémonos con aborrecer de todo corazon la guerra; jamas procurémos fomentarla, y esforcémonos á evitarla de cuantas maneras podamos.

E.—Así lo he hecho siempre, y lo continuaré haciendo miéntras viva. Continúa tu relacion.

G.—La tercer testigo era la *Discordia.*

E.—Ya..... habiendo *Hambre* y *Guerra*, no podia faltar la *Discordia.* Y ¿cómo se presentó esa madama?

G.—En la misma forma que la describe Boileau en su *Lutriin*, haciendo silbar las serpientes que cubrian su cabeza, escitando á la venganza, su boca llena de mortífero veneno, y sus ojos arrojando un fuego devorador.

Fait siffier ses serpens, s'excite à la vengeance,
Sa bouche se remplit d'un poison odieux,
Et de longs traits de feu le sortent par les yeux.

E.—¡Bonita estaria la mi señora! Dios nos libre de ella.

G.—Si nos libra de las aspiraciones de los partidos, estamos libres de sus garras.

E.—Y ¿qué dificil es eso? ¿Todos los partidos

no se jactan de que desean la felicidad de la patria? Pues si todos quieren una misma cosa ¿cómo puede tener cabida la *Discordia?*

G.—Muy bien; porque cada partido y aun cada individuo cree que la felicidad de la república consiste en lo que él quiere: hé aquí la divergencia de opiniones, y de consiguiente la *Discordia.* Unos piensan que la felicidad consiste, v. g., en que haya muchos militares brillantemente equipados, aunque la nacion no tenga con que mantenerlos. La razon que alegan es, que de este modo parece la república fuerte y poderosa y será respetada de las demas nociones; sin advertir que una nacion pobre nunca puede ser fuerte y poderosa. Otros juzgan que la felicidad de la república consiste en que no haya ni un soldado, sin atender á que tenemos enemigos interiores y esteriores que nos acechan. Unos colocan aquella felicidad en una democracia rigorosa, y pretenden que jamas serémos felices si no vemos las cámaras llenas de *calzoneras, zarapes y sombreros jaranos.* Otros están en favor de la aristocracia, y sostienen que para que la nacion sea feliz es preciso que rija sus destinos el Escmo. Sr. D. Fulano de tal, el Sr. D. Citatano de cual, ú otros personages que se les parezcan. Ya verás si podrá ó no tener cabida la *Discordia.*

E.—Pero ¿hay mas que hacer sino comprender

todos muy bien en lo que consiste la verdadera felicidad de la república?

G.—*Hoc opus, hic labor.* Vamos adelante. La cuarta testigo era la *Desgracia*, que se presentó afligida, desnudo y lángido el seno, levantando los ojos al cielo en actitud de pedir socorro, y estrechando entre sus brazos á un niño, á quien no podia alimentar.

E.—Sigue con otro testigo, porque me vuelven á gruñir las tripas.

G.—El último era el *Terror*, que se presentó en actitud de huir despavorido, abrazando estrechamente el escudo de *Minerva*, como para buscar en él un asilo, cuando, como sabes, tenia grabada la cabeza de Medusa, que petrificaba al que la veia.

E.—¡A buen santo se encomendaba! ¿No dejarias de hacer tus reflecsiones filosóficas como tienes de costumbre?

G.—Ya se ve que las hice. Inmediatamente me acordé de aquella terrible mácsima, que ha hecho progresar muchas revoluciones, indignas aun de haber comenzado, á saber: *es preciso agarrarse de una ascua ardiendo.* Así han salido tus paisanos, chamuscados cuando ménos.

E.—En efecto es verdad; y si no, hay está el plan de Tacubaya, que no me dejará mentir. A pesar de que á nadie gustó, nos vimos precisados á

agarrarnos de él, y si la Providencia Divina no nos saca del horno de Babilonia en que habiamos caido, habriamos quedado no solamente chamuscados, sino convertidos en cenizas. Pero antes que pasemos adelante, permíteme que te haga una reflecsion. Dijiste poco há, que los testigos eran irrecusables, y yo no encuentro mas que el último, pues los otros cuatro son mugeres, y estas no pueden ser testigos en causas criminales.

G.—¡Qué atrasado estás en tu profesion! ¿No te acuerdas de que en las causas paivilegiadas, como las de lesa-magestad, ó lesa-nacion, pueden ser testigos las mugeres, y mucho mas cuando deponen sobre hechos propios?

E.—Tienes razon. Veamos lo que dijeron los testigos.

G.—El *Hambre* espuso, que jamas habia tenido tanto que hacer como en las diversas ocasiones que habia gobernado *Cola de plata:* que *aunque era mala la comparacion*, le habia sucedido lo que á los caballos, cuando sus amos no les dan de comer, que roen los palos del pesebre; y así ella, no encontrando alimento en las barrigas de los empleados de la lista civil, principalmente de la desgraciada del ramo judicial, como tampoco en las de las viudas, huérfanos, pensionistas, cesantes y retirados, les habia roido las tripas, de suerte que no habia en las susodichas barrigas, sino hilachas de

tripas, y no se encontraria una entera, aunque pagaran á cien pesos la vara; pero que no era esto lo peor, sino que su enemiga la Abundancia reinaba en las barrigas de los gallos que engordaban con los sueldos de aquellos: que era muy cierto que se habia infringido la ley fundamental, porque mandando esta que se hiciera la division de rentas para que todos tuvieran que comer, no se habia cumplido, como tampoco las leyes y órdenes que se dieron señalando ya la mitad, ya la tercera parte de las rentas á los gastos locales, porque lo que no se cogian los gallos, consumian los marciales, que tenian caja abierta en las comisarías y tesorerías.

E.—Bien dicho: ¿qué hizo Minos?

G.—Echó la vista por la república y del monton de empleados, viudas, pensionistas &c., entresacó unos cuantos; á la manera que los *Vistas* de las demas aduanas cuando tienen que reconocer muchos fardos entresacan algunos. Despues mandó que les reconocieran las barrigas, y en efecto no se encontró una tripa entera, y aun se encontraron algunas barrigas en que ni señal habia de que hubiesen tenido tripas. Todo esto quedó asentado y certificado por el secretario del tribunal, que era como te he dicho antes, la Historia, y que era tan buen escribano que nada se le pasaba por alto, pues tarde ó temprano todo aparecia en sus archivos.

E.—¿Supongo que en seguida se tomaria declaracion á la *Guerra*?

G.—Así fué, y espuso, que con pretesto de sostenerla contra el estrangero y contra ciertos gallos colonos, se habian ecsigido sumas inmensas al pueblo galluno: pero que á ella no le habian dado ni medio, que todo se habia empleado en los gallos agiotistas y en gallos militares que formaban una especie de guardias pretorianas, que servian únicamente para sostener á *Cola de plata:* que en cuanto á empleos y ascensos se habian hecho muchas injusticias, colocando en ellos militares ahijados que no los merecian, en agravio de gallazos veteranos que siempre se habian portado bien: que era cierto que tanto *Cola de plata* como sus gallos comandantes de provincia habian usurpado las facultades judiciales; que estos últimos habian impedido en muchas partes que las elecciones de diputados se hicieran con entera libertad, y que el nombre de *Guerra* no habia servido de otra cosa que de pretesto para estraer el dinero de la nacion, y pasarlo á las arcas de ciertos gallos. Refirió algunos hechos que comprobaban su dicho, como el de cuatro millones que se concedieron para la guerra contra los gallos colonos, lo recaudado en las comisarías por contribuciones directas, todo lo cual se habia consumido entre los gallos agiotistas, como podian ase-

gurar los gallos recaudadores de México, y un gallo azafranado que fué de comandante para Tierra-dentro.

E.—¿Por sentado que se evacuarian las citas?

G.—Al momento: los gallos recaudadores declararon que en sus mismas oficinas se habian peleado los agentes de los gallos agiotistas por llevarse alguna parte de los cuatro millones, y el gallo azafranado declarō que cuando pedia dinero del producido por las contribuciones directas, se le respondia por los gallos comisarios, que ya no ecsistia ninguno, porque se habia pagado una libranza del gallo D. Fulano de tal, con lo que quedō plenamente comprobado, asentado y autorizado lo espuesto por la *Guerra.*

E.—¿Qué declarō la *Discordia?*

G.—Poco y bueno: que el disgusto era general contra *Cola de plata* y sus partidarios: que estos procuraban introducirla en todas partes, llamando á muchos gallos honrados, sansculottes, traidores, comprados con el oro estrangero: que aquel disgusto, emanado principalmente de que nada de lo que esperaban se habia verificado, no podia menos que escitar á la *Discordia*, tanto mas cuanto que era imposible que hubiera concordia entre los opresores y los oprimidos, lo cual era tan evidente, que bastaba solo un hecho notorio para comprobarlo, y fuē la unanimidad y simultaneidad con que se pro-

nunció todo el pueblo galluno contra *Cola de plata*, de suerte que se vió reducido únicamente á sus gallos pretorianos, y aun de estos desertó gran parte para reunirse al pueblo.

E.—Todo esto es público y notorio.

G.—Y tan público, que por notoriedad del hecho no tuvo necesidad de que se comprobara con alguna otra cosa.

E.—Creo que lo mismo ha de haber sucedido respecto de la declaracion de la *Desgracia.*

G.—Así fué puntualmente, pues aseguró que eran ciertas las quejas de la *Libertad*, y al primero que puso por testigo para comprobarlo fué á mí diciendo: aquí está el *Gallo Pitagórico* á quien mandó *Cola de plata* á los infiernos en landó: ahí están otros cuatro gallos respetables que fueron presos é incomunicados por una cuarentena: ahí estàn ciertos gallos estrangeros á los que se les *torció el pico* , sin permitirse el uso de la libertad natural y legal para defenderse y lo cual ha reclamado una potencia estrangera: ahí están los periódicos ministerales de aquel tiempo en que no se dejaba *chistar* al pobre *Siglo XIX* ni á ningun otro periódico que no fuese rigorosamente ministerial, pues apenas anunciaban una idea con la mayor moderacion, para advertir sus aberraciones el gobierno, cuando se fulminaban contra ellos las mayores amenazas con su ¡¡¡VIVE DIOS!!! al canto, se

les injuriaba y calumniaba descáradamente, lo cual es tambien público y notorio.

E.—Lo es efectivamente, y tanto, que no necesita de pruebas. Y ¿los defensores qué hacian?

G.—Variar de colores en sus semblantes, tragar saliva, apretarse las manos, y responder con monosílabos y puntos suspensivos: sí.....pues .....pero.....la salud pública..... Pánuco..... Tampico..... las ardientes playas de Veracruz..... enemigos del órden..... nigrománticos..... voluntad nacional..... &c. &c. Pero la mas graciosa fué la declaracion del *Terror*.

E.—Cuéntamela, cuéntamela, que ya escitaste mi curiosidad.

G.—Dijo así: Cansada la república galluna de los males que habia sufrido, se abrazó del plan de Tacubaya; aunque no le gustaba mucho, como yo me he abrazado del escudo de *Minerva*, creyendo encontrar en él una tabla de salvamento; pero como el tal plan tenia esculpida en medio la cabeza de *Medusa* (alias la 7.ª base) se quedaron todos los gallos como el Dr. Bartolo en la ópera del *Barbero de Sevilla*, convertidos en estatuas y con la boca abierta, hasta que á fuerza de estrujones fueron recobrando su movimiento; porque como dice Aristóteles: *motus est causa coloris*, y el calor señal de vida. Los gallos de Huejotzingo se pronunciaron contra un Congreso legítimamente nombrado en

virtud del plan de Tacubaya; pero *Medusa* lo petrificó, y el pueblo galluno aunque no dejó de sentir el piquete, no tuvo alientos para moverse. Nombrado otro Congreso en que parece tenia mucha confianza *Cola de plata*, por haber influido por sí y por sus agentes en la eleccion de varios gallos representantes del pueblo, iba á sufrir la suerte que el anterior: porque ¿cuáles serian las pretensiones del consabido *Cola de plata*, y de sus partidarios, cuando no las pudo sufrir el Congreso galluno, á pesar de haberse conducido con la mayor moderacion, y prudente condescendencia? Mas disgustado aquel gallo con todo lo que de cualquir modo podia servir del menor obstáculo á su arbitrariedad, trató de disolverlo por medio de sus agentes. Pero, como vulgarmente se dice, *tanto le pican al buey que hasta que embiste*, no pudo el pueblo tolerar el segundo desaguisado y se pronunció contra el suso-espresado *Cola* y compañía, lo cual es tan evidente, que este pronunciamiento es lo que ha dado lugar al presente juicio, en que el pueblo galluno espera que el integérrimo tribunal, ante quien hablo, dicte su fallo con la imparcialidad y justificacion que acostumbra.

E.—Bien: ¿qué sentenció el tribunal?

G.—Espera un poco, no atropellemos los trámites judiciales, ni aun en la narracion. Mandó que

Radamanto pidiera como fiscal, lo que le pareciera justo.

E.—¡Oh! ¿Estaria muy estenso y fundado el pedimento fiscal?

G.—En aquel tribunal se habla poco y se obra mucho. Verdad sabida, buena fé guardada, y *pax Christi.*

E.—Pues ¿á qué se redujo el pedimento fiscal?

G.—A esto. Trayendo á la memoria, dijo Radamanto, que los Dioses inmortales castigaban ó premiaban á los hombres, transformándolos en entes análogos á sus vicios ó virtudes, como nos lo refiere Ovidio en sus *Metamorfosis*, pido que los presentes reos, sean convertidos en seres análogos á sus delitos. Otro sí: pido que para que esta transformacion se haga con mas esactitud, se ecsaminen por un buen *Vista de almas*, las que se hallan en esos gallos, y puesto que ahí está presente Pitágoras, que fué el descubridor de este sistema de la metempsícosis, pido finalmente, que se le nombre *Vista y aforador* de las referidas almas, á fin de que con este conocimiento se pueda hacer la transformacion con la mayor esactitud.—Como lo pide, decretó el tribunal, y heme aquí haciendo un gran papel en el juicio.

E.—Se te cayó la sopita en la miel. ¿Estarias en tus glorias?

G.—No; sino en mis purgatorios; pues yo digo

como Sancho Panza, que cada uno es como Dios lo hizo, y á veces peor: que todos los hombres son hijos de sus obras, y que á cada uno *su alma*, *su palma*, porque las apariencias engañan, y muchas veces piensa uno que hay tocino, y no hay ni es-

tacas; quiero decir, que muchas veces piensa uno que algun hombre es un santo, y es un diablo, ó al contrario, y....

E.—Y por Dios que ya no ensartes disparates. A ver qué tal aforaste, ó calificaste las almas de los reos.

G.—La primera que se me dió á reconocer fué la de *Cola de plata*, como era muy regular. La examiné atentamente, y dije: "Alto y poderoso tribunal: segun mi leal saber y entender, la alma de este gallo, es ó la de Pigmalion, ó la del Jabalí de Calidonia. Si atendemos á la sed que tenia de dinero, y á su propension á estar retirado, escondido, y rodeado de esbirros, parece que posee el alma de Pigmalion: si fijamos la mente en esa propension de desbaratar congresos, despedazar leyes é infundir miedo en todos los gallos, parece que tiene el alma del Jabalí de Calidonia, cuyas propensiones eran infundir terror, y desbaratar en el mundo fisico cuanto se oponia á su furia, lo cual ha practicado en el ramo legal *Cola de plata.* Pues bien, en vista de esta calificacion, dijo Minos, ¿qué pide el fiscal Radamanto? Que sea, contestó este, convertido *Cola de plata* en el Jabalí de Calidonia, para que tenga en lo político y civil la propia suerte que aquel en lo fisico.—Hágase como pide el señor fiscal, dijeron los jueces, y lo firmaron. Al punto tienes á *Cola de plata* convertido en un horrendo jabalí, con unos colmillotes que parecian de elefante, y comenzó *á hacer de las suyas.*

E.—¡La buena es si te ha agarrado! Puede ser que ni una pluma tuya volviéramos á ver.

G.—Así habria sucedido si los jueces no me hubieran amparado.

E.—Pero hasta ahí, no se habia cumplido mas que una parte de la sentencia. ¿De qué manera se cumplió la segunda?

G.— De esta. Luego que el javalí comenzó á hacer destrozos, se pronunció contra él un gallo baldado de un alon, y que tenia el alma de Meleagro. El jabalí se le encaró y lo fué haciendo retirar hasta hacerlo meter en una barranca; pero así como contra el verdadero Jabalí de Calidonia se levantaron todos los héroes de la Grecia, así contra el nuevo javalí se pronunciaron todos los gallos en quienes estaban hospedadas ahora las almas de aquellos héroes, y aun hubo muger que tenia la de Atalanta y que se unió á los hombres para pelear contra la fiera. La suerte de esta cambió enteramente entonces; porque el gallo manco se reanimó, salió de la barranca, y persiguió al jabalí, hasta llegar á ponerse casi frente á frente de él, y entonces huyó el colmilludo, y obtuvieron el triunfo los gallos.

E.—Pero, ¿llegaron á matarlo?

G.—Físicamente no; mas política y civilmente sí, pues en su huida lo apresaron unos gallos monteses y lo entregaron á las autoridades gallunas, que lo pusieron inmediatamente en prision para que no vuelva á dar guerra, y actualmente se halla en un castillo donde queria que fuesen puestos

todos los demas gallos, donde ha conocido que no es mas que *un pobre preso*.

E.—¿Tendrian mucho gusto los gallos luego que se vieron libres de los colmillos del jabalí?

G.—¡Oh! ya se deja entender; de todas partes vinieron felicitaciones á los nuevos gallos gobernantes, de manera que ni la derrota del verdadero jabalí fué tan celebrada en Calidonia, como la de este en la república galluna; ni aun el pronunciamiento contra aquel fué tan universal camo contra éste. No solo fueron felicitados los gallos gobernantes, sino todos los que se opusieron al monstruo, como unos gallos pacíficos que viven en un lugar donde hay muchos camotes, otros gallos viejos que dieron el ejemplo de no obedecer á los agentes de *Cola de plata*, todos los que, aunque nada acostumbrados á las fatigas de Marte se acordaron de que eran gallos, y levantaron golilla; pero principalmente se distinguieron en la campaña los gallos que pelearon con una verdadèra *Constancia*, acaudillados por un gallo chico de cuerpo, y grande de corazon, sin que pudiera vencer su *Constancia Cola de plata*, convertido en jabalí, y acompañado de trece mil gallos valientes y bravos, como un *chilipiquin* que los sitiaron por algunos dias, en que los sitiados se sostuvieron heroicamente, hasta que llegó el gallo manco que tenia el alma de Meleagro á hacer levantar el sitio, y huyó, como te he dicho, *Cola de*

plata, alias el Jabalí de Calidonia, que amenazaba dar *trancazos* á todos los gallos con sus terribles y furibundos colmillotes.

E.—Con razon tuvieron tanto gusto los gallos cuando murió política y civilmente *Cola de plata.*

G.—En efecto lo tuvieron, y lo manifestaron cantando el triunfo á la vuelta de la espedicion.

E.—Y ¿no te acuerdas de lo que cantaron?

G.—Sí: los gefes del ejército vencedor y gallos principales del pueblo, reconociendo la obra de la Providencia Divina y rindiéndole gracias, entonaron aquella octava de Ariosto, con que comienza el canto XVII de su Orlando furioso, y la 81 del canto IV de las adiciones á este poema que dice:

Il giusto Dio, quando i peccati nostri
Han de remission pasatto il segno;
Accio che la giustizia sua dimostri
Eguale all pietá, spesso de regno
A tiranni atrocissimi ed á mostri
E da lor forze, e di mal fare ingegno.
Per questo Mario é Silla pose al mondo,
E duo Neroni é Caio furibundo:
Non manchi in noi contrizione e fede,
E di pregar con puritá di mente:
Che Dio non puó mencarci di mercede.
Egli lo disse, e il dir suo mai non mente
Scrito ha nel suo Evangelio: Chi in me crede,
Uccide nel mio nome ogni serpente;
Il venen lee, senza che mal gli faccia,
Sana gl'infermi, e gli Demoni scaccia.

Los soldados rasos, y los gallos del pueblo que no entienden italiano, cantaban con mucha algazara esta estrofa, que compuso un gallo poeta chavacano:

El gallo manco al fin cortó los brios
Al gallo cojo. ¡Viva la nacion!
Decid, decid conmigo, oyentes mios:
Gane mi gallo, y aunque sea rabon.

De esta manera terminó el juicio de *Cola de plata*, y se ejecutó la sentencia, continuando despues aquel contra los agentes de dicho gallo, y se verificó en estos términos.

E.—Permíteme que te interrumpa, porque ya sabes que no me gusta dejar nada por averiguar. Me están haciendo fuerza dos cosas; la primera, el que los jueces eligieran una loma de Tacubaya para levantar allí su tribunal, y la otra que celebraran el juicio de noche, cuando nuestras leyes mandan que el juez dicte sus sentencias *pro tribunale*, y de dia.

G.—En cuanto á lo primero, sin duda te has olvidado de que el territorio de esos jueces es todo el mundo, y su tribunal cualquiera parte de él, como que son jueces de los muertos: lo que les movió á celebrar el juicio en Tacubaya, fué el que segun todos los jurisconsultos, debe preferirse el lugar en que se cometió el delito, á cualquier otro, y

como *Cola de plata* forjaba en aquel los planes de sus atentados, y ademas allí se perpetraron gravísimos delitos, por eso lo eligieron los jueces. En cuanto á lo segundo, debes acordarte de que los jueces pueden habilitar las horas de la noche para actuar como lo harian los de que hablamos, aunque yo no lo viera. Ademas, ¿por qué te espantas de que se hiciera de noche una cosa justa, cuando se harian tantas injustas, que si las supiéramos nos espantariamos? Por otro lado, no solo en Tacubaya, sino en todas partes se hacen cosas horrendas de noche. En estas es donde los jueces forman sus sentencias inícuas, dejando para el dia solamente el acto material de su publicacion en forma; mas ya el daño està causado en la noche. Los aúlicos forman en ellas sus intrigas; la seduccion en contra de la castidad virginal ó conyugal se medita y pone en práctica; hasta la mayor parte de los pronunciamientos son de noche, los cuales despues se convierten en leyes, que son mas que sentencias. ¡Ah! ¡si supiéramos el orígen de donde nacen muchas acciones, cuántas veces no aplicariamos con esactitud á innumerables lo que dijo Boileau en su *Lutrin*, á saber, que la aurora

Vient etaler au jour les crimes de la nuit!

E.—Quedo convencido, y pues ya hemos visto el desgraciado fin y *acabamiento* del *mochiller*, con-

tinnemos con los demas gallos. Si mal no me acuerdo, los principales despues de aquel eran cuatro, uno que cantaba muy recio en la *barandilla*, otro con la cresta en forma de *rejon*, otro con la cola en forma de *haro*, y el último, uno que habia perdido ciertas tapadas en Francia.

G.—Antes que tratemos de esos, es necesario hablar de otro, que por su posicion era tambien principalísimo. Era este un gallo mediano que tenia las plumas de la barriga azules, y al que *Cola de plata* habia dejado encargado el gallinero miéntras iba á ciertas espediciones.

E.—Y ¿de qué delito se acusaba á este gallo?

G. -¡Ay que no es nada! De haber atacado la representacion galluna.

E.—¡Vaya! ¡Pues ciertamente que era gravísimo el delito! ¿Sin duda que al momento lo mandarian los jueces *ir libre y sin costas*?

G.—No tal. ¿Acaso es *moco de pavo* atacar la representacion galluna?

E.—Si no es *moco de pavo*, será cresta de gallo. Mira: en otras partes será eso un crímen imperdonable; pero entre nosotros, es una cosa autorizada por la ley.

G.—Me sorprendes con lo que dices.

E.—Para que no te sorprendas, responde categóricamente:—¿La costumbre tiene fuerza de ley?

G.—Sí señor.

E.—Es así que hay en la república galluna costumbre de quitar congresos.

G.—Nego minorem.

E.—Probo. *Cola de plata* quitó cuatro, y si dos actos judiciales bastan para probar la costumbre, ¿cómo no han de ser superabundantes cuatro? Ergo: ¿Qué tal? Ahora sí que no queda que decir ni *pio*.

G.—¡Qué sofisma tan ridículo! ¿No ves que esos actos no fueron ni pudieron ser judiciales? Que si la nacion galluna no los reclamó, fué porque no pudo, y los actos que emanan de la violencia nunca pueden introducir costumbre, porque les falta la presuncion de la voluntad general. ¿Con que en dónde está el argumento?

E.—En *bárbara;* mas ya te he dicho que es perder tiempo disputar contigo, y así dejemos nuestras cuestiones escolàsticas y vamos á lo positivo, como que vivimos en un siglo todo positivo. ¿Qué alegó positivamente ese gallo en su defensa?

G.—Que no creia que habia hecho mal, fiándose en el talento de los cuatro gallos consabidos.

E.—Y ¿le admitieron esa disculpa?

G.—No enteramente, aunque no dejó de hacer alguna impresion en el ánimo de los jueces.

E.—¿Qué pena le pusieron?

G.—Me preguntaron para ponérsela ¿qué alma tenia? Y respondí que la de *Thersites*, uno de los

capitanes griegos que fueron al sitio de Troya, y que era algo escaso de facultades mentales. Los jueces no dejaron de verle con alguna compasion; pero considerando que era necesario imponerle algun castigo, porque fuera por la causa que fuese, habia quebrantado los juramentos y promesas que tantas veces habia hecho en favor de la representacion galluna, lo convirtieron en *mono*, á ejemplo de lo que hizo Júpiter con *Candale* y los demas *Cércopes*, à quienes convirtió en esos animales por haber faltado al cumplimiento de sus promesas y juramentos, dejándoles únicamente una voz ronca para que se quejaran, como refiere Ovidio en el libro XIV de su Metamórfosis:

Quippe Deum genitor fraudem, et perjuria quondam
Cercopum exosus, gentisque admissa dolosae,
In deforme viros animal mutavít; ut idem
Dissimiles homini possent, similisque videri.
.....
---------- necnon pius abstulit usum
Verborum, et natae dira in perjuria lignae,
Posse queri tamen rauco stridore relinquit.

E.—Bien merecido y condigno castigo, porque los hombres que engañan á sus semejantes, faltando á sus promesas y juramentos, solo son hombres en la figura; pero en la sustancia, no pasan de unos viles animales. Sin embargo, no quiera Dios que

todos los que han quebrantado sus juramentos en la república se conviertan en monos, porque entónces pareceria que vivimos en Tetuan, ó en *el pais de las monas*, que nos describe Enrique Wanton, segun la multitud de esos animalitos que nos chillarian por todas partes.

G.—Sin que se les acorten las narices y se les alargue la cola, nos chillan en efecto por donde quiera, y á veces no solo chillan, sino que hacen chillar las balas y las bombas contra los verdaderos hombres que respetan y cumplen sus juramentos.

E.—Así lo he presenciado varias ocasiones, y seria muy bueno que si no todos los que engañan, á lo ménos algunos de los mas *remarcables*, se convirtieran real y verdaderamente en monos, como por ejemplo los cuatro gallos cuyo juicio tenemos pendiente, y que supongo serian convertidos en los susodichos animales.

G.—No sucedió así; porque tres de ellos no fueron tan necios como *Theristes*, pues se pusieron en salvo antes que los pudieran aprehender los jueces.

E.—Pero ¿cómo pudieron ocultarse á los ojos de unas divinidades?

G.—Porque estaban protegidos por otra; y ya sabes que una divinidad no puede deshacer lo que hace otra, cuando aquella no es de órden superior,

como no lo eran los jueces respecto de la deidad protectora de los tres gallos mencionados.

E.—Me admiro de que haya una deidad que proteja á los criminales.

G.—Pues sí la hay, y que jamas deja de ministrarles su ausilio, ni de acompañarlos en todos sus atentados. Esa deidad es el *Miedo*, al que los espartanos levantaron un templo junto al palacio de los Eforos, y al que Tulio Hostilio erigió en Roma una estatua despues de la batalla que sostuvo contra los albanos, y era adorada juntamente con la *Palidēz*, su inseparable compañera. Allí se tributaba culto al *Miedo* bajo la figura de una estatua con los cabellos erizados, el semblante asustado, la boca entreabierta, y unos ojos que manifiestan el espanto, segun nos lo representan las medallas antiguas.

E.—Tienes razon. No habia reflecsionado en que en efecto el *Miedo* es la deidad que favorece á los delincuentes contra los jueces, y que á veces es tan poderosa, que deja burladas las pesquisas de los mas activos y perspicaces.

G.—Así aconteció en el caso de que tratamos, pues el *Miedo* convirtió al gallo que cantaba en la barandilla, y al de la cresta en figura de rejon, en ratones, los que se han metido en unos agujeros en donde ha sido imposible dar con ellos. Al que tenia la cola en forma de haro, lo convirtió en pescado, si damos crédito á lo que dijeron allí algunos

alguaciles, y se ha ido por esos mares de Dios quién sabe hasta donde.

E.—Dice muy bien el vulgo, que no hay cosa que guarde mejor á un hombre que un buen mie-

do. Y ¿tú conociste á esos gallos antes que se convirtieran en ratones?

G.—Sí, los conocí como si los hubiera parido.

E.—¿Les cabrian sin duda en suerte unas almas muy astutas?

G.—El de la barandilla tenia el alma de *Thyes-*

tes que hizo morir á su hermano Atreo, y destronó á sus sobrinos Agamenon y Menelao, los cuales reinaban en Argos, para usurparles sus reinos. Así aquel gallo, aunque en pequeño todavía, se acuerda de sus travesurrillas pasadas, pues *desbancó* á sus tres antiguos compañeros para apoderarse del ánimo de *Cola de plata* y mandar en gefe. El gallo de la cresta en forma de rejon tenia el alma de *Aristipo*, filósofo que colocó la suprema felicidad en pasar en este mundo la *vita bona*, como vulgarmente se dice, y fué un adulador tan bajo de Dionisio el Tirano, que Diógenes Laercio lo llama el *real perro*. Ese mismo oficio de adulador desempeñó nuestro gallo con *Cola de plata*. El que tenia la cola en forma de haro, estaba animado de la de Sinon, aquel griego á quien sus paisanos encomendaron que engañase á los troyanos para que introdujeran dentro de las murallas de su ciudad al fatal caballo, que habia de causar su ruina. Nuestro gallito se acordó de sus tiempos, y enviado por el gallo *Thersites*, de quien hemos hablado antes, fué á engañar á los gallos representantes, mientras que se acababa de formar un mónstruo terrible que apareció el dia 29 de Noviembre pasado: y que á no ser porque la Providencia Divina los protegió de un modo maravilloso, se los hubiera tragado indefectiblemente.

E.—Buenas alhajas eran los tales gallos; y ¿el cuarto qué fin tuvo?

G.—Fué convertido en serpiente, y despues en roca?

E.—¿En qué fundaron los jueces esa sentencia?

G.—En lo que vas á escuchar. Ese gallo tenia el alma de *Danao*, aquel rey de Egipto que para consolidar la autoridad que habia usurpado, hizo matar por medio de sus hijas, que eran cincuenta, á otros tantos yernos suyos. Nuestro gallo para consolidar la soberanía que *Cola de plata* pretendia usurpar á la república galluna, quiso, acordándose de sus perversas inclinaciones, matar políticamente á mas de cien gallos representantes de la referida república. . Los jueces para castigar al que queria elevarse tragándose á los gallos representantes, lo condenaron á que se convirtiese en dragon y de consiguiente anduviese arrastrado, y en efecto al momento quedó convertido en este reptil; pero despues reflecsionaron en que este animal aun podia hacer algun perjuicio, así como la serpiente *Pitanea* que mordió la cabeza de Orfeo, y dijeron, ese gallo ha querido morder siempre á la representacion galluna, que puede considerarse como la cabeza de la nacion, y así será mejor que sufra la misma suerte que aquella serpiente, convirtiéndolo en una roca, y ahí tienes que inmediatamente

Factaque de saxo longi simulacra draconis,

se quedó el pobre gallo diciendo: *¡miren que caso!*

E.—¡Así viera yo de buena gana convertidos en postes de las esquinas á todos los badulaques que pretenden atacar al sistema representativo, para congraciarse con los tiranos, y entrar á la parte en el ejercicio del despotismo!

G.—No seria malo; pero mientras, contentémonos con lo poco que podemos hacer, y trabajemos para hacer mucho en favor de ese sistema, procurando quitar todo influjo y prepotencia á los que lo ataquen, así como han pretendido hacerlo en su república galluna, los gallos hombres de bien, y amigos de la libertad, valiéndose al efecto de jueces y funcionarios íntegros, que castiguen á los malvados, como lo han verificado Minos y sus compañeros con los seis gallos mencionados y con otros varios.

E.—¿Cómo? Pues ¿qué todavía faltan mas reos que juzgar?

G.—¡Toma! Conque *Cola de plata* venia al frente de trece mil gallos valientes ¿y aun preguntas si todavía hay mas gallos que juzgar?

E.—Pues, amigo mio, ese es un cuento muy largo, y la verdad no tengo gana de oir la narracion de trece mil procesos.

G.—Ni yo tampoco tengo gana de referirlos; y aunque quisiera no podria hacerlo, porque no me acuerdo de todos; pero te contaré uno ú otro de los principales.

E.—Siendo así, te escucharé con mucho gusto, pues de ese modo servirá la narracion de pasatiempo, y no de molestia. Puedes proseguir.

G.—Prosigo. El primero de que me acuerdo es un gallazo gefe de algunos otros de los de la comitiva de *Cola de plata.* El mencionado gallo era saltimbanquis, porque unas veces estaba en favor de *Cola de plata*, otras en su contra, de suerte que no se sabia si era liberal ó servil. Los jueces me preguntaron qué alma tenia, y respondí que la de *Andrógino*, el jóven que resultó de la amalgacion que hicieron los dioses de *Hermafrodito* y la ninfa *Salmacis*, y del cual Andrógino, dice Ovidio, que ni es hombre ni muger, aunque parece las dos cosas:

> Nec duo Sunt, et forma duplex, nec foemina dici,
> Nec puer ut possint; neutrumque et utrumque videntur.

E.—Ciertamente es una desgracia no saber uno si es hombre ó muger, ó por mejor decir, no atreverse á ser alguna de las dos cosas, cuando solo pende de la propia voluntad del individuo ser, lo que quiera.

G.—Mucho de esto hay en la república. Multitud de hombres no saben lo que son en lo político; unas veces los verás trasformados en la imágen misma de la *Libertad.* otras en la del *Despotismo.* Tales entes son muy perjudiciales porque solamen-

te sirven de hacer mala obra, pues muchas veces es necesario contar con ellos para las combinaciones políticas, por el influjo que les da su puesto, y nadie puede estar seguro de que cumplirán sus compromisos, porque, como vulgarmente se dice, no se sabe si son *carne ó pescado.* Y para que veas cuán reprensibles son semejantes hombres, acuérdate de que aun el mismo Dios dice: *¡Hay de tí, que no eres frio, ni caliente, sino tibio!*

E.—Basta, basta, Gallito, que llevas traza de encajarme un sermon del padre Bourdaloue, si no te corto la palabra. Sigue con tu narracion, y dime ¿en qué convirtieron los jueces á *Andrógino?*

G.—En oso: porque te acordarás de que segun las fábulas de Fedro, ese animal respondió al hombre porque de una propia boca sacaba el frio y el calor. Con esa trasformacion quisieron los jueces advertir á todos los saltimbanquis, que si aun á los mismos brutos repugna *hacer á dos haces*, ¡cuánto no deberá repugnar á los hombres!

E.—Y ¿qué en eso paró todo el castigo?

G.—No; porque el mismo *Cola de plata* luego que lo vió convertido en oso lo mandó enjaular, y así acabó su carrera política.

E.—Bien merecido, bien merecido. A ver otro prójimo.

G.—¡Oh! Aquí viene uno que solo de oirlo nombrar temblarias.

E.—¡Cáspita! ¿qué es alguno de los *Titanes*?

G.—No tanto; pero muy parecido á ellos en el atrevimiento y resolucion para acometer cualquier empresa y darle felice fin y acabamento. Con decirte que tenia el alma de D. Gaiferos, te doy una idea suficiente de su denuedo. El de todo un caballero andante manifiesto acometiendo la terrible y descomunal aventura de defender á *Cola de plata;* pero como este *torció la colita*, todo se lo llevó el diablo, y D. Gaiferos tuvo que envainar su tajante y cortadora espada, y retirarse á lo perro, y no á lo gallo, quiero decir, con la cola entre las piernas.

E.—Y ¿en qué lo convirtieron los jueces?

G.—Al principio quisieron dejarlo en su propia figura de gallo, porque nosotros tenemos la propiedad de desafiar á nuestros semejantes; pero considerando que *eso se quisiera el tal gallo*, lo trasformaron en araña, teniendo presente que en ese insecto fué convertida *Aradna* por haber desafiado á Palas. Ahí tienes que al gallo Gaiferos sucedió lo que á aquella jóven atrevida, á saber, que cuando con su desafio pretendió adquirir una gloria vana, solo se proporcionó su ruina:

Perstat in incepto, stolidaeque cupidine palme
In sua fata ruit.....

E.—¡Pobre de D. *Gaiferos!* No le quedó otro

consuelo sino esclamar como *Durandarte* en la cueva de *Montesinos:* paciencia, y barajar.

G.—Eso mismo dijeron muchos gallos que fueron juzgados por su propio delito, y á quienes los jueces convirtieron en bueyes.

E.—A ver, ¿cómo ha estado eso, que ha escitado vivamente mi curiosidad?

G.—Gran número de gefes gallunos se reunió en cierto lugar y levantó una acta en favor de *Cola de plata*, con tan monstruosa contradiccion, que al mismo tiempo que protestaban sostener la ley

fundamental galluna, la estaban infringiendo, de suerte que ellos propios destruian á picotazos los mismos títulos en que pretendian fundar los derechos de *Cola de plata.* Pero no fué esto lo mas, sino que se opusieron á las miras patrióticas de los gallos hombres de bien, y que sostenian de buena fé su constitucion galluna. Un atentado de aquella clase no quisieron los jueces que quedara sin el condigno castigo, y para qne así se verificase, me preguntaron ¿qué almas tenian esos gallos? yo despues de haberlas ecsaminado atentamente dije, que me parecia que tenian las almas de las varoniles matronas que habitaron en tiempos pasados la isla de Co, ó Cos, las que se opusieron al paso de los ganados de *Hércules*, y por esto las convirtió Juno en vacas. Los jueces en atencion á lo espuesto transformaron los gallos en bueyes, para conservar la analogía de los secsos, y ahí los tienes por esos campos de Dios rumiando, rumiando, y nada mas.

E.—Pues entónces ¿los gallos rasos quedaron sin gefes?

G.—Y ¿qué importa, cuando ellos tambien fueron á su vez trasformados?

E.—¡Hola! ¿con que los trece mil gallos valientes *volaverunt?*

G.—No, no *volaverumt*, porque no fueron convertidos en aves. ¿No ves que habrian hecho muy

mal los jueces en dar alas á los animales ponzoñosos, como corrientemente se dice?

E.—Es verdad. Pues ¿en qué los convirtieron?

G.—En hormigas, así como en otro tiempo los mirmidones fueron convertidos de hormigas en hombres.

E.—¿En qué pudieron fundar esa sentencia?

G.—Escúchalo. Eaco, uno de los tres jueces que estaban juzgando á los gallos, tomó la palabra y se espresó en estos términos: "Bien sabeis, ilustres compañeros mios, que cuando yo viví sobre la tierra, una peste, mandada por venganza de Juno, asoló enteramente mis reinos; viéndome en tal estado, clamé á Júpiter, y le rogué que convirtiese en hombres á una multitud de hormigas que habitaban en una encina consagrada á aquella deidad. Mi ruego fué escuchado benignamente, pues en efecto las hormigas fueron de repente transformadas en hombres, y vedme aquí hecho el padre de un pneblo laborioso. ¡Qué contraste no forma ese pueblo afanado por su felicidad, con los destructores hijos de Marte! ¡Cuánto mejor no estaria el mundo poblado de hombres tan trabajadores como las hormigas, que de leones, aunque fuesen tan valientes y famosos como el Nemeo! Sin embargo, ya que despues de introducida la edad de hierrro, no hay, ni puede haber retroceso á la de oro, contentémonos con algo, y pues se nos ha

venido la ocasion á las manos, convirtamos esos gallos en hormigas y distribuyámoslos donde de algun modo sean útiles á la patria." En efecto así se verificó al punto: los trece mil valientes se convirtieron en aquellos insectos, y fueron repartidos en varios hormigueros, que á no haber sido formados de hormigas, se hubieran llamado *cantones*, como se llama hoy la reunion de muchos militares estacionados en un lugar. De este modo terminó el juicio de los gallos armados, y de los políticos.

E.— Completamente derrotados han quedado esos pobres gallos. Pero ¿qué no hubo algunos gallos vencedores que cantaran el triunfo al mismo tiempo que entonaron las ecsequias de los difuntos?

G.—¡Pues no habia de haber! Los gallos provectos y serios cantaron un verso de Ovidio y otro de Virgilio, que dicen:

Flebile principium melior fortuna sequetur.
Discite justitiam moniti, et non temnere Divos.

E.—En efecto, á un principio lamentable, seguirá una fortuna feliz, siempre que se obra en justicia, y se tema á Dios. ¡No eran muy *guajolotes* los tales gallos!

G.—Ya se ve que no: y tampoco lo eran los de medio pelo, pues aunque no sabian latin, tenian

unos piquitos viperinos con que incomodaban á los gallos vivos y difuntos.

E.—Pues ¿qué cantaban?

G.—Como ellos no tienen libros en que instruirse, y aunque los tuvieran no los entenderian, porque como he dicho, no saben latin, ni francés, ni mas idioma que un mal castellano, acomodaron un pasage de la zarzuela el *Tio y la Tia* á nuestros gallos, y cantaron así:

De ver á *Thersites.*,
Que risa me dá.
El podre de *Danao*
Qué gracioso està.
Mamola, mamola,
No hay mas que rabiar.
Ya *Thyestes* voló,
Y *Arístipo* yà,
Y tambien *Sinon*
Se arrojó á la mar.
Mamola, mamola,
No hay mas que rabiar.
Gaiferos y Andrógino
Descansan en paz,
Y los mirmidones
No, nos picarán.
Mamola, mamola,
No hay mas que rabiar.

De esta manera terminó el juicio de los gallos políticos y militares, como te dije ántes.

E.—Y tambien todo el juicio, pues ya no habia mas reos que juzgar.

G.—¿Cómo no? Ya no te acuerdas de que habia unos gallos que tenian dibujados en sus plumas unos circulitos que parecian onzas de oro, ó pesos nuevos?

E—Sí, ya me acuerdo: si no me equivoco, tambien me dijiste que habia algunas gallinitas.

G.—Así es efectivamente; habia los unos y las otras.

E.—Pero ¿qué tenian que ver con el juicio ó proceso de los militares?

G.—¡Qué preguntas las tuyas! ¿ignoras acaso que lo accesorio sigue la naturaleza de lo principal?

E.—No lo ignoro, y sin duda quieres darme á entender que esos gallos y esas gallinas fueron juzgados como cómplices de los gallos políticos y militares, ó como fautores ó receptadores de ellos.

G.—Eso es puntualmente lo que te he querido decir.

E.—Bien: vamos á ver qué sucedió á los gallos de las onzas. ¿De qué fueron acusados?

G.—De que con sus contratos causaban dos grandes males á la república galluna. El primero, ministrando ausilios pecuniarios á *Cola de plata* y compañía, para que hicieran sus travesuras, y el segundo, que para indemnizarse de lo

que prestaban á estos gallos, sacrificaban á la nacion, recogiendo todo el maiz y las *coladuras* que podian, con lo que los demas gallos morian de hambre.

E.—Gravísimos delitos eran ambos. ¿Serian sin duda condenados à penas muy duras?

G.—No dejaron de ser muy acomodadas à sus delitos: oye cuales fueron. Prēviamente se me preguntō como *á catador de almas,* las que tenian los consabidos gallos. Respondí que poco habia en eso que adivinar, pues la vista mēnos perspicaz conocia que todos ellos tenian el alma de Midas, aquel rey que queria que se le convirtieran en oro cuantas cosas tocaba. Ciertamente no hay la me-

nor duda en lo que asegura Pitágoras, dijeron los jueces; pero á Midas solamente le nacieran orejas de burro, y esto es muy poco para esos gallos; porque con tal de acumular mucho oro, ¿qué cui-

dado les dará tener un par de orejas de burro, sino una guirnalda formada de ellas? Así es, dijo Radamanto, y por lo mismo, que sean convertidos en lobos, como lo fué Licaon; pues bien conocereis, compañeros mios, que ninguna trasformacion conviene mejor á esos gallos que la de lobo, el que, como dice Ovidio, aunque el lobo haya sido alguna vez, como sucedió á Lycaon,

Vertitur in pecudes, et nunc quoque sanguine gaudet,

esos gallos convertidos en lobos se mantendrán de la sangre de animales inocentes, así como siendo hombres se hicieron ricos con el sudor de los miserables. Como lo pide, dijeron los jueces, y todos los gallos fueron convertidos en una manada de lobos carniceros.

E.—¡Buen riesgo correrian las gallinas junto á esos caballeros!

G.—En verdad que no, porque las gallinas, cuando quieren defenderse, son capaces de librarse no diré de lobos, sino de *negros con tranchetes.*

E.—Tienes razon, y ya que hablamos de esas aves, ¿qué pecados cometieron, y á qué las condenaron?

G.—Algunas de ellas se presentaron únicamente como víctimas, otras como cómplices de algunas travesuras políticas de los gallos, y otras como ambas cosas. Las puramente víctimas fueron acusa-

das de no haber sabido defenderse, dejándose deslumbrar del brillo de la vanidad, ó de un sórdido interés; las cómplices, de los mismos atentados de los gallos á que habian coadyuvado; y las que eran ambas cosas, de una y otra falta. Clasificadas de

este modo, las que habian sido cómplices fueron trasformadas en lo propio que los gallos, aunque conservando la diferencia del secso; y así por ejemplo, la que tenia tan bien dibujados en sus plumas onzas y pesos nuevos, fué convertida en *loba*, y ásí las demas. Las que habian sido víctimas fueron

trasformadas en filomenas ó ruiseñores, para que se ocuparan en andar cantando de rama en rama

La antigua historia del infiel Tireo,

segun las espresiones de Samaniego en una de sus fábulas: y á las que habian sido víctimas ó cómplices, se les condenó en aquella pena de las dos referidas, correspondiente á la falta en que habian sobresalido. Este fin tuvieron las gallinas.

E.—Dios las haya perdonado, y tambien á los gallos políticamente difuntos. Pero estoy considerando en la algarabia insoportable que habria en las lomas de Tacubaya con los gruñidos del jabalí, el chillido del mono, los mugidos de los bueyes, los ahullidos de los lobos, el canto de los ruiseñores y el de los gallos. ¿Qué no estabas aturdido?

G.—No solamente yo lo estaba, sino todos los asistentes y hasta los mismos jueces; sin embargo de que ya se han acostumbrado á estos malos ratos. Por este motivo, y porque se hallaba muy prócsima la salida de la aurora, se iba á levantar el tribunal, cuando llegaron los ministriles con una caterva de gallos de varias clases, y los acusadores pidieron la palabra para acusarlos. Despachad pronto, les dijeron los jueces, porque ya se acerca la hora en que debemos retirarnos. ¿Quiénes son etos? preguntaron, y los acusadores respondieron:

son gallos representantes, que eran *Colaplatistas*, y no hablaban ni votaban sino en el sentido que se les mandaba.

E.—¡Terrible acusacion! Y ¿no diste tu voto acerca de las almas que tenian?

G.—¡Pues no lo habia de dar! Dije que todos ellos tenian las almas de aquellos representantes del pueblo romano, que sirvieron de instrumento á sus malos emperadores para hacer cuanto estos les mandasen.

E.—Y en qué los transformaron?

G.—En pericos, porque estos solamente saben hablar lo que se les enseña.

E.—Bien merecido: vamos á ver otra *pacotilla* de gallos.

G.—Entraron unos, que en lugar de las navajas comunes que se acostumbra poner á los gallos, llevaban unas de barbero.

E.—¿Qué clase de gallos eran esos, armados de esa suerte? ¿A quién iban á matar con esas navajas?

G.—A nadie; si no iban á pelear, si no á afeitar. Eran, segun los acusadores, los *maestros rapistas* de *Cola de plata.* Las almas que los animaban eran las de Evágoras y Demágoras, que llevaron la adulacion al estremo de divinizar á Alejandro; los que sin embargo de que el tal Ale-

jandro era realmente un héroe, fué severamente castigado en Aténas.

E.—¿Ojalá y lo fueran en nuestra república todos los que imitan? ¿En qué los convirtieron los jueces?

G.—En leones sin uñas.

E.—¿Como así? Cuando estos son unas fieras y los gallos aduladores unas miserables sabandijas?

G.—Porque para trasformarlos en leones no se tuvo presente su ferocidad, y por eso no les cortaron las uñas, sino la lengua.

E.—¡Vaya! ¿Qué conecsion tiene la lengua del leon con la del adulador?

G.—Que la del leon cuando lame saca sangre: así el adulador, mientras mas adula, mas perjudica al adulado, hasta *echarlo por las orejas*, como dice el vulgo.

E.—Ahora bien, lo he entendido perfectamente. ¿Faltan mas gallos? Porque la verdad, ya me enfada tanto bicho.

G.—No falta mas que una clase, para cerrar la *tapada*.

E.—Dila pronto, ¿cuál es?

G.—La de unos gallos que llevaban unos tinteros colgando del pico, y en lugar de navaja, una pluma en el espolon.

E.—Apostaria mis bigotes, si los tuviera, á que esos gallos son periodistas.

G.—Has acertado en parte, pues aunque muchos eran periodistas, habia tambien folletistas.

E.—Todo sale allá. ¿Supongo que reconocerias sus almas?

G.—En efecto las reconocí; pero son tantas las de los escritores lisongeros, principalmente poetas, que es muy dificil conocer á punto fijo las particulares que animan á los gallos que ejercen la misma profesion, y es tan comun ese vicio en los escritores, que aun hombres de quienes era imposible

creer que incurrieran en él, le han cometido. ¿Quién creeria que un Lucano adulase a un Neron, hasta el estremo de decir, que Roma debia dar por bien empleados todos los males que habia padecido en las guerras civiles, y aun la pérdida de su libertad, por haber logrado la dicha de que reinase en ella ese tirano? Y no pienses que son falsos testimonios que levanto al poeta: ahí esta su *Farsalia*, que no me dejará mentir.

> Quod si non aliam venturo fata Neroni
> Invenere viam.....
> Iam nihil, ó superi, querimur: scelera ipsa nefasque
> Hac mercede placent.

¿Podrá admirarse alguna persona de que los escritores y poetas gallunos hayan escrito los disparates mas ridículos en loor de su héroe?

E.—Confieso que no; mas porque el delito sea muy comun, no ha de quedar el delincuente sin castigo.

G.—Es verdad, y por lo mismo fueron trasformados los susodichos gallos en estatuas de piedra, con un libro en la mano izquierda y una pluma en la derecha, ambas cosas tambien de piedra, como para manifestar que cuando reinan la ley y la justicia, semejantes escritos no pueden *hacer letra*, ni ménos *papel*.

E.—Nada perdió y mucho ganó la república ga-

lluna con que los tales escritores hayan quedado convertidos en estatuas de piedra; porque esos hombres en vez de ilustrar á la nacion, como debe hacerlo todo el que toma sobre sus hombros la dificil y pesada carga de escritor público, solo sirven de sostener al despotismo, estraviar las cuestiones vitales para la salud de la patria, irritar los ánimos de las personas sensatas, alentar á los malvados, é introducir la discordia. ¡Ojalá y los gallos vean libre para siempre su república de una calamidad tan dañina y detestable!

G.—Sean cumplidos tus deseos en toda su estension, para que ocupándose los escritores públicos en difundir la verdadera ilustracion, dedicándose á estudios sólidos, que provean sus cabezas de ideas esactas y justas, las comuniquen á sus conciudadanos, como por ejemplo las que los gallos ilustrados tomaron de los cantos XXXVII y XXXII de Ercilla para cantar el triunfo, despues que ya quedó definitivamente concluido el juicio de los gallos, por los integérrimos Minos, Eaco y Radamanto, y son los que siguen:

La guerra fué del cielo derribada,
Y en el linage humano transferida,
Cuando fué por la fruta reservada
Nuestra naturaleza corrompida:
Por la guerra la paz es conservada,
Y la insolencia humana reprimida;

Por ella á veces Dios el mundo aflige,
Le castiga, le enmienda y le corrige.

Pero será la guerra injusta luego
Que del fin de la paz se desviare:
O cuando por venganza, furor ciego,
O fin particular se comenzare:
Pues ha de ser, si es público el sosiego,
Pública la razon que lo turbare:
No puede un miembro solo en ningun modo
Romper la paz y union del cuerpo todo.

No consiste en vencer solo la gloria,
Ni está allí la grandeza y escelencia;
Sino en saber usar de la victoria,
Ilustrándola mas con la clemencia:
El vencedor es digno de memoria,
Que en la ira se hace resistencia,
Y es mayor la victoria del clemente,
Pues los ànimos vence juntamente.

E.—¡Bravo! ¡bravo! Con solo que los Gallos observen religiosamente las verdades que contienen las octavas referidas, habrán zanjado los cimientos inespugnables de su felicidad.

G.—Hasta ahora parece que van arreglando su conducta á esos principios. ¡Dios quiera que jamas se desvien de ellos!

E.—Dios lo quiera. Pero la verdad, que esto va muy serio; alegrarémos un poco. ¿No cantaron algo á su modo los gallos *del pico redondo?*

G.—Y bien que cantaron: escúchalo.

Trece mil gallazos
Con *Cola de plata*
Contra los pollitos
Sacan sus navajas.

Para subyugarlos
Piensan que les bastan
Levantar golilla,
Y echar roncadas.

Pero los pobretes
¡Oh! ¡cuánto se engañan!
Dó tocino esperan,
No encuentran ni estacas.

Los pollos se juntan,
El pueblo se alarma,
Previenen trincheras,
Cañones y balas.

Los gallazos huyen,
Es libre la patria,
Y los galli-pollos
Así el triunfo cantan:

De trece mil gallazos ha triunfado,
Y de *Cola de plata*, la nacion.
Decid, decid conmigo, pueblo amado,
Gane mi gallo y aunque sea rabon.

E.—Dos veces has repetido este último verso, que puntualmente fué el epígrafe que está designado para el Gallo Pitagórico en el prólogo de nuestras conversaciones.

G.—Así es en efecto; con ese epígrafe comencé y con el mismo acabo; pues ya no volverás á oir mi pico.

E.—¡Cómo! ¿Por qué? ¡Buen susto me has dado! ¿Acaso te vas á morir?

G.—No; pero me voy á callar, y ruega à Dios que jamas vuelva á tener motivo para cantar como ha cantado el Gallo Pitagorico.

E.—Así lo haré, aunque humilde y pecador.

G.—Demos de contínuo gracias á Dios por los beneficios que nos ha dispensado, salvándonos á la vez de la anarquía y del despotismo. Nunca olvidemos lo que nos ha costado adquirir la libertad bien entendida, y, adios, mi querido Erasmo.

E.—Adios. amado Gallo mio.

IX.

EL GALLO JUIDO. *

DIALOGO ENTRE ERASMO LUJAN Y EL GALLO.

Gallo.—Tan, tan.

Erasmo.—¿Quién es?

G.—Quiquiriquí.

G.—¿De dónde sales ahora, querido Gallo mio? Ya te consideraba entre los fieles difuntos, digo, entre los gallos difuntos; pues desde el año de 1844 en que te despediste de mí, despues de aquel famoso juicio que presenciaste una noche en Tacubaya, no te habia vuelto á ver.

G.—Así tambien lo creia yo; pero las tonterías de vdes., que harian hablar á un muerto, me han vuelto á soltar el pico. ¡Dios quiera que sea ahora de algun provecho!

---

* La gente vulgar pronuncia con jota todas las terminaciones de este verbo, y de todos sus derivados, y así *juyo*, *juiré*, *juida* &c., en lugar de huyo, huiré, huida, &c.

G.—Dios lo haga; pero ¿qué quieres que hagamos? Esta es la fnerza del destino, *mio tenore amico*, y como dicen los payos mis paisanos: *el hombre pone y Dios descompone.*

G.—Calla la boca y no seas disparatero. Son tú

y tus paisanos unos ingratos, malagradecidos. No has de decir *el hombre pone y Dios descompone;* sino al contrario, que *Dios pone y vdes. descomponen.*

E.—No te enojes, Gallito, y te vayas á morir de una cólera.

G.—Se enojara una beata al ver la equivocacion con que vdes. piensan y discurren. Reflecsiona un momento y conocerás las muchas veces que la Providencia Divina los ha sacado sin saber cómo de un atolladero, y los ha puesto en el camino de la felicidad, de suerte que solo ha faltado que con palabras claras y terminantes les diga: ya están vdes. bien puestos, ahora condúzcanse con juicio. ¿Y qué ha sucedido? que han vuelto vdes. á las ollas de Egipto. Con que ¿quién es el que descompone, amiguito?

E.—Tienes razon, y algunas veces me ha asaltado ese pensamiento, y me he preguntado ¿por qué no somos felices? Me he confundido porque al ver que estamos rodeados de tantos patriotas, de tantos talentos eminentes, no encontraba motivo para que fuéramos desgraciados; pero lo cierto es que lo éramos, lo somos, y no hallando la causa, me atenía al efugio comun de la *suerte nos persigue, nuestro destino es nacer para infelices, &c.*

G.—¡Ay! amigo, qué ciego es el hombre que no ve por tela de cedazo, decia tu Don Quijote de la Mancha; y yo no digo eso, sino ¡qué mentecato el que no ve lo que tienta en medio de la luz del sol! Y no es eso lo peor, sino que ven lo contrario de lo que palpan. Esta sí es una equivocacion que no se puede sufrir con paciencia.

E.—Tienes razon; pero ¿quién habia de creer

que habiamos de llegar al estado en que ahora nos hallamos?

G.—Es cierto, y yo despues de lo sucedido en el año de 44, creí firmemente que no hubieran vdes. vuelto, no digo á llamar, sino ni aun á nombrar á Santa-Anna, si no era para ecsecrarlo, cuando voy viendo que vuelve á los tres años, con el pretesto de la guerra estrangera para ausiliarnos, y ciertamente nos ausilló á bien morir, y si Dios no lo remedio nos canta el *requiest can in pace.*

E.—Mira, entónces tuvimos alguna disculpa, porque por lo menos creiamos que tenia conocimientos militares, que podian servirnos de mucho; pero, amigo, donde uno cree que *hay tocino no encuentra ni estacas*, nos encontramos con que era tan escelente militar como político, como diplomático y como gobernante, y como todo.

G.—Así fué en efecto y vdes. tienen bastantes pruebas de ello.

E.—Y cómo que las tenemos. Sin contar con lo de Cerro-Gordo, con el ningun obstáculo que puso á los yankees en todo su camino hasta llegar á la capital, con haberlos dejado casi rodearla, pues los enemigos entraron por el Oriente á su valle, y la atacaron por el Poniente, es decir, que anduvieron medio círculo, sin quien les dijera esta boca es mia, si no fué el pobre de Valencia que les puso un obstáculo en Padierna....

G.—Bastaba solamente lo de Padierna, para culpar su ineptitud. Cuantos estaban en San Angel viendo la accion, supieron, ó mejor dicho, palparon y aun lloraron el abandono en que Santa-Anna dejó á Valencia; pero no hagamos recuerdos penosos, ya eso pasó; vdes. están sufriendo las consecuencias de su héroe, que al fin los abandonó despues de no haber podido hacer letra. Se fué; vaya bendito de Dios. Entónces sí creí que ya no volvia, aunque no fuera mas que por vergüenza á poner los piés en el suelo mexicano, y cuando de repente veo que lo mandan llamar, y le envian emisarios, y en fin, que vuelve en triunfo, lo que me sorprendió en gran manera.

E.—A mí tambien me sorprendió, pues en las osciliaciones políticas que tuvimos en el año de 52 no habia sonado ni tronado para nada.

G.—Qué bueno hubiera sido que hubiera tronado.

E.—No tronó él; pero tronaron los cañones que lo celebraron cuando llegó y en seguida tronamos los mexieanos, y ¡quién sabe hasta cuando durará el trueno! pues ya nos parecemos á los fuegos del dia 16 de Septiembre ó á los que hubo en la ciudad de Guadalupe el domingo 12 del pasado, ruedita y ruedita, y truena y truena.

G.—Lo mismo me parece; y no es eso lo peor, sino que juzgo que han de volver vdes. à llamar á

Santa-Anna, que será la mayor tontera que pueden cometer.

E.—No lo creas, seriamos unos enjalmables si tal hiciéramos.

G.—¿No lo creas? Que alce un poco su partidito, y verás si no empieza con que es preciso un gobierno enérgico; ya Santa-Anna está muy mudado, ya no es el mismo de antes, ¡oh! sí, ya está enmendadísimo; verán vdes. como se vale de las personas virtuosas y honradas; y con esas frasecitas lo van proclamando poco á poco hasta que se los vuelvan á encajar, mal que les pese.

E.—A mí tambien me ocurre igual pensamiento, pues cuando ví que Santa-Anna habia entrado por la gatera como suele decirse, es decir, que de la noche á la mañana se convirtió en santa-annista un pronunciamiento en que hasta entónces ni aun su nombre se habia pronunciado, me quedé estupefacto; y desde entónces, nada se me hace imposible.

G.—Pues ¡Dios quiera que nuestros pronósticos salgan falsos!

E.—Dios lo quiera; ¿pero tú por qué has venido tan seriote, contra tu carácter propio?

G.—Porque yo *el son que me tocan bailo.* Tú me has tocado unos puntos muy serios, y que si los consideramos con alguna reflecsion, nos harian estar llorando toda la vida; de suerte que en la repú-

blica mexicana se verificaria al pié de la letra, que estábamos en un valle de lágrimas.

E.—Bien, pues vamos olvidando lo pasado porque ya no tiene remedio, ni nos aflijamos antes de tiempo por lo futuro. Si Dios nos libra de esos males démosle gracias, y si Su Magestad permite que los pasemos, no hay mas, sino pedirle que nos dé sufrimiento para que no nos lleve aquel gallo.

G.—¿Cómo es eso de gallo? Ten una poca de educacion. ¿No ves que estás hablando con uno de ellos?

E.—Perdóname, amiguito, no me acordé que estabas presente, y la fuerza del consonante me obligó á decir gallo, quiero decir, que como es un refran decir aquel gallo, cuando se trata de una persona que no se quiere nombrar, se me salió de la boca sin sentir; pero te prometo que pondré mucho cuidado para que no se vuelva á repetir semejante descortesía.

G.—Admito la promesa, y espero que la cumplirás porque eres buen muchacho, *hoc est*, buen viejo.

E.—Ya que hemos quedado amigos como siempre, dejémonos de conversaciones serias y divirtámonos. Dime ¿qué has hecho en todo ese tiempo que no te he visto?

G.—¡Oh! He estado muy divertido.

E.—¿Con que has estado divertido?

G.—Y mucho, aunque à lo pobre.

E.—Qué es lo que has hecho para divertirte á lo pobre?

G.—Ya sabes que divertirse á lo pobre es divertirse con lo que nada cuesta, porque en pidiendo un peso por la entrada, doce reales por el boleto &c. ya los pobres no se divirtieron, si no es pié en la calle, viendo entrar á los concurrentes; lo mismo hacen cuando hay un baile de aquellos á que asisten las familias ricas, que son las que forman la aristocracia de tu tierra, de suerte que de los pobres puede decirse con toda propiedad, *que ya que no pueden comerla, se consuelan con olerla.*

E.—¿Con que tú andarias tambien en la bola?

G.—Alguna vez lo hice, pero pronto me enfadaba, porque no consideraba ni los trages, ni los uniformes, sino el orígen de donde venian; lo que en vez de causarme diversion me daba rabia. Veia, por ejemplo, bajar de un escelente landó á una familia ricamente vestida, y decia para mí, vea vd. donde andan los caudales de la nacion. A fuerza de agiotage ha adquirido D. Fulano todo ese boato que ostenta su familia. Con el mismo dinero de la nacion ha comerciado con la nacion. De otra familia decia: toda esa riqueza es la sangre de los pobres; si esprimieran esos vestidos y aún á las mulas y al cochero, se inundaria la calle de sangre, porque todo ese boato es de usuras. El cabe-

za de esa familia nunca presta cien pesos, ni aun para enterrar un difunto, si no es con sus cinco ó con sus seis mensales, y rabie quien rabiare. Veia un uniforme muy bordado; y al instante me acordaba de que aquel era un denunciante ó esbirro de los principales agentes del despotismo, ó un adulador bajo; y en fin, veia tanto y hacia tantos berrinches, que pronto me enfadaba y mejor me iba á enfriarme en las cadenas de Catedral si era tiempo de luna ó á sentarme en el portal si era tiempo de frio ó de agua.

E.—Pues entonces ¿en qué te divertias?

G.—¡Oh! ¡Hay tantas cosas que vistas con filosofia divierten mas que todo eso! por lo que no me faltaba diversion; y si no, ahora lo verás, porque hay diversiones que aun platicadas divierten.

E.—Vaya: cuéntame todo de pe á pa, sin que te quede nada en el buche.

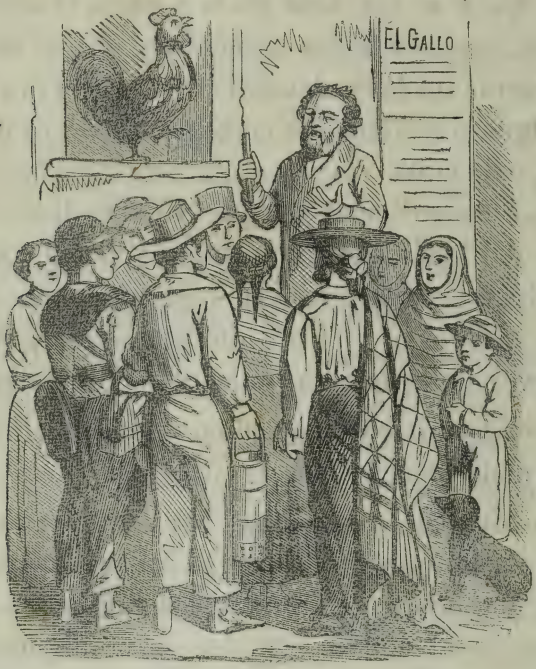
G.—Muy bien; escucha. Me salia por los pueblitos, en los que ya sabes que todavia cantan los ciegos, y me entretenia en oirlos cantar y alguna vez me iba al coliseo, en donde ví algunos sainetes.

E.—Vaya, estás ¿fuera de tu juicio? ¡Divertirse con oir cantar ciegos y con entremeses! No hacia yo tan cándido al señor Gallo Pitagórico.

G.—Siempre te he dicho que eres muy ligero para discurrir. Tú no has oido sino esos ciegos que

cantan romances y paparruchas; pero si hubieras oido á los que yo oí, mudaras de opinion, ¡Ah qué ciegos! Ni el padre Bourdaloue, ni el Massillon son mejores que ellos.

E.—Me has picado la curiosidad. A ver lo que cantaban esos ciegos.



G.—Ahora lo verás. Uno de ellos cantaba una etrilla de Breton de los Herreros, pero aplicándola á vdes., y decia.

No nos cansemos,
¡Qué!....No señor,

Si ha de salvarse
Nuestra nacion,
Fuera sistemas;
Todo es error;
Solo hay un medio,
¡Revolucion!

Ya señor Vega
Nos redimió,
Dando en Carrera
Gratuito don.
Si algo le falta,
Las cortes.—No:
Mejor es una
¡Revolucion!

Ya que Santa-Anna
No te agradó,
Ahora que reina
La ecsaltacion....
Ni los de antaño,
Ni los de hoy,
Ni erres, ni aches,
¡Revoiucion!

Ya! Tú quisieras
Nuevo vigor
Dar á la antigua
Constitucion;
Y aunque la pobre
Ya lleva dos

Que—no, yo quiero
¡Revolucion!

Cuán magestuoso
Relumbra el sol
Tras el nublado,
Que da pavor!
¿Qué paz, qué dicha
Habrà mejor
Tras de agitada
Revolucion?

Con un bautismo
De sangre, atroz,
Se purga Mèxico,
Y entónces ¡oh!
Mas entrar temen
En el crisol
Los que desean
Revolucion!

¿Y no seria
Mucho mejor
Paz que no diezme
La poblacion?
Si no es posible;
¡Es de rigor
La consabida
Revolucion!

Confianza, tropas,
Resignacion,

No hay que ecsaltarse
Sin ocasion,
Si paz tenemos
Quereis?—¡gran Dios!
Queremos que haya
Revolucion!

¿Ha sido floja
La que se armó
Ha mucho tiempo
Hasta el dia de hoy?
¿O el cielo acaso
Nos decretó
Cada mes una
Revolucion?

Hablemos claro:
¿Tanto fervor
Es porque el puesto
Que Juan logró,
Compadre Curro,
Lo quereis vos?
¡Oh qué gloriosa
Revolucion!

G.—¿Qué tal, amiguito?

E.—¡Caramba en el ciego, que es peor que un chiltipiquin!

G.—Pero, amigo mio, es necesario hacerle justicia. ¿Qué es lo que estamos viendo? Un prurito de revolucionar y nada nas. Hoy dia ha quedado

la república casi lo mismo que cuando consiguió su independencia.

E.—No, no tan lo mismo. Porque si atendemos á lo físico, se encuentra con media oreja y media celada de ménos, como D. Quijote de la Mancha en la batalla con el vizcaino. Si atendemos á lo moral, nos encontramos hoy con una pacotilla de aspirantes que no dejan piedra por mover, hasta que no agarran algo, por bien ó por mal. Con que ¿cómo hemos de estar como entónces?

G.—Tienes razon, y no quise decir que estábamos perfectamente iguales al año de 821, sino que la nacion está como entónces, desembarazada de todo obstáculo, para darse la forma de gobierno que quiera. Por lo mismo debemos trabajar cuanto podamos en que se frustren las pretensiones de todos los ambiciosos, que solo revolucionan por ver la parte que sacan.

E.—No te entusiasmes tanto, y te vayas á morir de un berrinche.

G.—Se entusiasmara una beata. ¿No ves que en esas revoluciones que vienen á ser un obstáculo para establecer nuestro sistema de gobierno, no se ve otra cosa sino que el conpadre Curro quiere el empleo que ha conseguido Juan? Pues eso es lo mismo que quieren los revoltosos de ahora; aunque siempre protestando que nada quieren, que solamente los mueve el amor de la patria.

E.—En efecto, así lo protestan siempre.

G.—Pero obras son amores y no buenas razones. Si el amor de la patria los mueve, cuando ven que la patria tiene lo que desea y ha de necesitar, ¿á qué viene la revolucion? ¿Hay alguno que puedar negar que lo que está practicando el general Carrera es lo que debia hacerse? ¿Qué es lo que necesita? Un congreso que la constituya? Esto es lo que se le ha proporcionado. Nadie puede constituir á la nacion. Si alguno lo hace sin su voluntad, por la fuerza de las armas, será propiamente un conquistador; pero no un patriota. La nacion necesita de paz para poder elegir con tino diputados. Esta paz es la que se le proporciona por medio de providencias suaves. Se han derogado las disposiciones contra las que clamaba la opinion general. ¿Qué mas se quiere? Lo que decia el ciego: queremos revolucion; el compadre Curro quiere el lugar que ocupa Juan. Lo que ha hecho el general Carrera está muy bien hecho; pero no debia hacerlo él, sino yo. Hé aquí toda la cuestion. Te aseguro que nunca he visto unas revoluciones mas descabelladas que las de hoy. Dios quiera que no prosigan.

E.—Yo así lo espero, y mas habiendo tantos patriotas en nuestra república.

G.—A propósito de potriota. Ahora oirás lo que

que cantaba un diablo de ciego acerca de esos señores patriotas.

E.—Dímelo pronto. Oigamos

G.—Pues decia componiendo su relacion de dos letrillas del mismo Breton:

Gran pera, enorme mostacho,
Voz que atruene al hemisferio,
Guerra á todo ministerio,
Si yo no entro en el despacho.
Llamar brillante muchacho
Al que raja y alborota;

Acusar de vil, feota,
A todo el que tenga juicio
Aunque sea buen patricio,
Y cáteme vd. *patriota.*

Y luego decia:

Mirad á aquel matasiete
De bigote retorcido
Que sea en cualquiera sentido
En toda zambra se mete;
Ya fué de cien opiniones
Corifeo,
¿Què quiere en breves razones?
Quiere un empleo.

Si el gobernador fulano
Con Pedro y con Juan transige
¿Será porque así lo ecsige
El pro del genero humano?
Así discurre quizá,
Mas yo creo
Que por de pronto querrá
Mas alto empleo.

Aquel censor sempiterno,
Que en voz y pluma mordaz,
Ni un momento deja en paz
A los del alto gobierno,
Que le den una intendencia
Y laus Deo,

Se aquietará su conciencia
Con un empleo.

Ese que al gobierno adula,
Ya vaya derecho ó cojo,
Y para obrar á su antojo
Le diera en blanco una bula;
¿Dirige al público bien
Su deseo?
Lo que quiere es que le den
Un empleo.

Tal hay, que esperando el dia
De contentar su egoismo,
Afecta puro civismo,
Austera filantropía;
Y venderà, lo sé yo,
¡Vil proteo!
Al padre que lo engendró
Por un empleo.

¡Qué mal hombre es D. Martin!
Si es un tirano, un *indino;*
Mas quitándole el destino,
Toda la zambra da fin.
Tiempo hace que en esta tierra,
Tio Mateo,
No se hace al hombre la guerra
Sino al empleo.

E.—¡Caramba en el diablo del ciego! Si no pa-

rece sino que habia conocido á muchos patriotas de ese jaez.

G.—Añade un poco mas; que parece que habia parido á todos nuestros patriotas. ¡Qué bien los conocia! Y ¿así estabas tú confiado en tantos patriotas?

E.—Yo creia....

G.—Creias un disparate. *No es oro todo lo que reluce.* Si estás viendo las infinitas revoluciones que hay, que ciertamente no tienen otro objeto sino el de adquirir empleos los que no los tienen, y todavía estás con tus patriotas. ¿No has visto á Fulano y á Citano y á otros mil que eran sansculottes peores que los Gracos, y que luego que han conseguido un empleo ó han tenido proporcion de hacerse de un capital regular, se han convertido en amigos del órden y blasfeman contra toda revolucion y contra todos los revoltosos, cuando ántes no se daba un paso en política sin que inmediatamente gritaran revolucion, revolucion, si no hay una revolucion se lo lleva todo el diablo? Pues ya lo ves que despues de haber *sacado raja*, como se dice vulgarmente, no quieren mas que órden y paz, aunque el gobierno á quien sirven sea un caribe. ¡Qué escelentes patriotas!

E.—Pues ¿qué? ¿Quieres que el sansculotte, que una ó dos veces gritó revolucion, la esté proclamando continuamente? ¿No quieres que se enmiende alguna vez?

G.—No quiero eso; lo que quiero, es, que cuando se ha hecho una revolucien y se ha sacado el fruto que se queria, ya no se vuelva á gritar ni á promover. En cualquiera revolucion es preciso que unos queden debajo y otros encima. A los que les cupo la desgracia de quedar debajo, si ven que la nacion ha adelantado, que hay órden, que no hay injusticias, aunque ellos no hayan obtenido empleos, que tengan paciencia. Acuérdate de la revolucion de Paredes. ¿Has visto otra mas disparatada? Ciertamente que si alguna puede igualársele es la que actualmente están promoviendo algunos genios díscolos. La única diferencia que hay es que entónces ya éramos felices, y ahora estamos *in via para serlo.* Entónces ya se habia logrado lo que se deseaba, y hoy estamos en el caso de que se verificará ciertamente lo que se desea. Se hace una revolucion contra un mal gobierno, se trabaja, se echa abajo; pero no me cupo ser presidente, diputado ó senador; pues vamos á hacer otra revolucion hasta que me salga con el empleo que quiero. Esto es lo que yo repruebo, y reprobaré eternamente.

E.—Tienes razon; pero por ahora no tengas cuidado que suceda nada. ¿No ves cuánta proclama ha salido dentro y fuera de la capital en las que no se ven sino los sentimientos mas puros y patrióticos?

G.—¡Ay amigo! ¿Conque proclamas? ¿Eh? oye lo que oí cantar á uno de mis ciegos:

¿En qué publico papel,
En qué esquina de cuartel,
En què estrado ò portería,
O tienda de mercería,
En qué retrete de cama
Fijaré la vista mía,
Que no encuentre una proclama?

¡Por Dios del cielo, que es cosa
Estupenda y asombrosa
Como cunde este contagio
Y tan insípido plagio
Como la prensa derrama,
Pidiendo el comun sufragio
En una y otra proclama!

Desde el zenit del gobierno
Hasta el postrer subalterno,
Dentro las hacen y fuera:
No hay alcalde de montera,
Que no crea perder su fama
Si desde su ratonera
No da al mundo una proclama.

Hay gobernador civil,
Que habrá escrito mas de mil:
Y ¿son breves sus abortos?
Los pueblos quedan absortos,
Si la pluma desparrama;

Cinco pliegos vienen cortos
A su mas breve proclama.

Hará el pueblo muy buena olla
Con semejante bambolla.
Ni el faccioso las comprende,
Ni hay trazas de que se enmiende,
Ni la pàtriòtica llama
En este siglo se enciende
Con una linda proclama.

Mi escaso merecimiento.....
Pero con vosotros cuento.....
Las palmas de la victoria.....
La union..... un dia de gloria.....
La faccion..... la inicua trama.....
Las páginas de la historia.....
Cate vd. una proclama.

Cierran puertas, suenan voces,
Ya andan á palos, á coces,
Ya suenan tiros.... ¡Piedad!
Ya está ardiendo la ciudad:
Aquel grita, el otro brama,
¿Y qué harà la autoridad?
¡Friolera.... Una proclama.

Yo convengo en que haya alguna,
Siendo veraz y oportuna;
Pero ¿proclamas á todo?
Pues ¡no ves que de otro modo
Se enfada el pueblo y se escama,

Y aunque tropiece en su codo
No mirará una proclama?

Oir al pobre y al rico,
Justicia al grande y al chico,
Sudar con manos y piés
Por el pùblico interés.
Ir al tronco no á la rama:
Guerra al traidor.... Esta es
La verdadera proclama.

E.—¡Ah! qué cieguito tan bravo.

G.—Pero ¿no tiene razon? ¿Cuántas proclamas has visto y cuántas estás viendo? No hay un pronunciamiento, por insignificante que sea, que no lleve en su colita una proclama. Un cabo con cuatro hombres se pronuncia adhiriéndose á un plan; lo que es muy corriente ó formando uno nuevo, lo que no es muy corriente, y concluida la acta del pronunciamiento, sigue la colita de la proclama que el cabo dirige á su tropa. Se pronuncia en seguida el alcalde, acta y proclama, y así desde el inferior hasta el superior, acta y proclama.

E.—Pero ¿no ves que es fuerza que justifiquen los motivos ó fundamentos de su pronunciamiento?

G.—Es verdad; mas si eso hicieran fuera bueno, y mejor seria que cumplieran lo que prometen. Pero ¿qué son todas las mas proclamas? Todas son

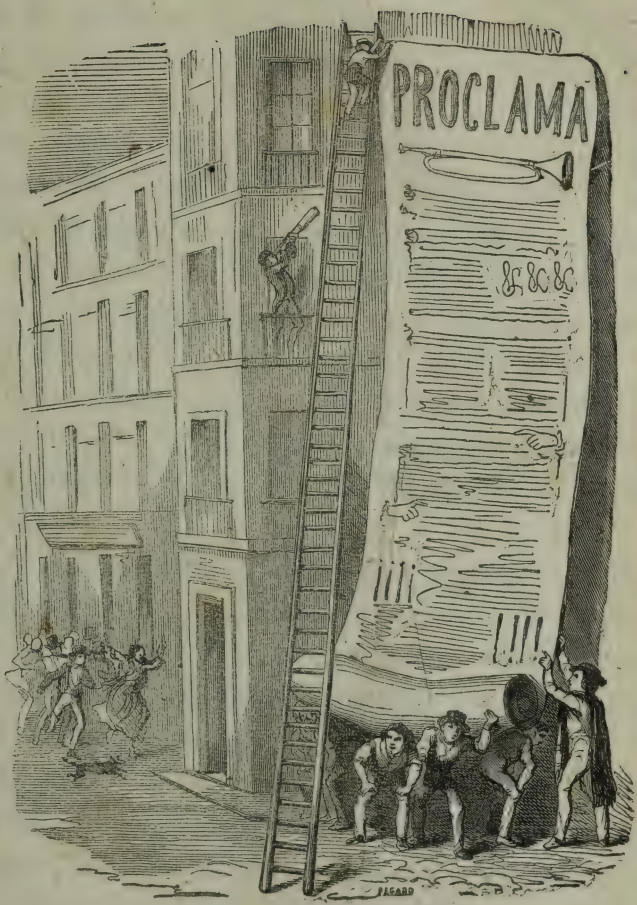
masas *ejusdem furfuris et farinae;* de suerte que bien podia hacerse un *machote* y regalarlo de balde en cualquiera imprenta, para que todo el que quisiera pronunciarse, tomar un ejemplar y variando el nombre del pueblo, el dia, la hora y el nombre del pronunciado, se les quitara el trabajo de hacerlas.

E.—¿Cómo podria ser eso, Gallo?

G.—Perfectamente, escucha. Puntos para una proclama. 1.° Echar pestes contra el gobierno pasado ó contra el que se trata de quitar. Las faltas que se critican no es preciso detallarlas, ni ménos justificarlas, sino hablar generalidades: como, el gobierno es injusto, dilapidador de los caudales públicos, amigo de colocar ahijados &c. 2.° Prometer remediar esos males con el nuevo pronunciamiento (lo que nunca se cumple.) 3.° Asegurar sobre su palabra la felicidad de la nacion. 4.° Ofrecer derramar la última gota de su sangre hasta no lograr el fin propuesto. 5.° Concluir con ¡¡¡Viva la independencia!!! ¡¡¡Viva la libertad!!! ¡¡¡Mueran los tiranos!!! 6.° El nombre del pueblo, México, tantos de tal &c. 7.° Firmar así: vuestro compañero de armas, ó vuestro conciudadano.—Cate vd. una proclama pintiparada.

E.—¡Escelentes proclamas! Y lo peor es que casi todas van cortadas por esa misma tijera.

G.—Así lo estamos viendo; pero lo que no pue-


PROCLAMA
&c &c &c
JAGARD

do aguantar en paciencia son esas proclamas que está uno leyendo, y mirando que estàn mintiendo como un chino. Verbigracia, todas y cada una de las del gobierno pasado. ¡Cuántas de ellas hay llenas de palabras que debian dar esperanzas muy halagüeñas; pero las lee uno y dice: ¡con qué descaro miente este bribon de gobierno! ¡Ah! si cumpliera la mitad de lo que promete, bastaria para hacer la felicidad de la república. Otras ocasiones se ve que echa la culpa á otros de los males que él hizo ó que dejó preparados. ¿Quién podrá sufrir este descaro? Esas proclamas llevan por lo regular una frase favorita: *El gobierno se desvela por la salud de los pueblos*, cuando uno está palpando que para ver lo que les *pela*, *para hacer su olla gorda.*

E.—Bien está: que hablen en las proclamas cuanto quieran, que charlen cuanto se les antoje, que prometan y no cumplan, nada de esto importa un pito. Vendrán los diputados futuros y ya nos veremos.

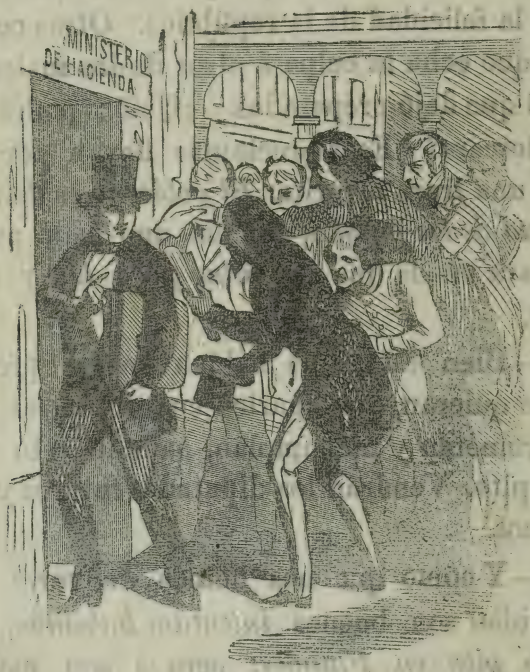
G.—Y cómo que nos hemos de ver. Si por casualidad son buenos *intentum habemus*, hemos puesto *pica en Flandes;* pero si son malos, lo que Dios no quiera, *ahí te quiero ver espada de palo!*

E.—¿Cómo han de ser malos, ahora que *todo el monte es orégano!* Hay mucho en que escoger,

de suerte que mas trabajo se tendrá para preferir que para buscar.

G.—¡Ay, si hubieras oido lo que cantaba un ciego!

E.—Siempre has de salir con tus malditos ciegos. Vaya, ¿y qué cantaba?



G.—Oyelo no mas por tu vida.

Ya que tienes privilegio
Para entrar en el colegio

De elegidos electores,
No te alucinen, José,
Las profesiones de fe:
Obras, obras son amores,
No bambolla ni aparato.
¡Ojo avisor al candidato!

Alguno habrá que te diga:
"Doy al poder una higa,
Mis patrióticas virtudes
Jamas empañó un empleo."
Mas ya presentó el proteo
Cuarenta solicitudes.
No te fies de ese gato.
¡Ojo avisor al candidato!

Otro que habla de gobierno,
Tiene en su casa un infierno;
Pero ni aquí ni en Sicilia,
Ni en Nápoles, ni en Egipto,
Será buen *padre conscripto*
Un mal padre de familia.
El que lo crea es un pazguato.
¡Ojo avisor al candidato!

Inocente desahogo
Llamaba aquel demagogo,
Al incendio y la matanza,
Mirándolos con holganza,
Y hoy se finge hombre de bien
Para que el voto le den,

Le oirás tocar à rebato,
¡Ojo avisor al candidato!

Quiere otro tomar asiento
En honrado parlamento
Tan solo por vano orgullo;
Dèjale que en la tribuna
Nos diga enfático alguna
Simpleza de Pero Grullo,
Y votará..... el triunvirato.
¡Ojo avisor al candidato!

Tal dice à la muchedumbre
Que en la patriótica lumbre
Como fòsforo se enciende
Y votar jura una Carta
Mas libre que la de Esparta;
Pero en secreto nos vende
Ese aparente Viriato.
¡Ojo avisor al candidato!

Otro á falta de conciencia
Con ampulosa elocuencia
Seduce á la plebe incauta:
No quiere tirano rey;
Mas sin respeto á la ley,
Sea pito, sea flauta,
Todo lo mete á barato.
¡Ojo avisor al candidato!

Talento, arraigo y cordura,
Oipinion ilesa y pura,

Que ni se doble al cohecho,
Ni al miedo, ni à las pasiones;
Un hombre que à las facciones
Oponga de roble el pecho,
Este busque tu conato,
¡Y ojo avisor al candidato!

G.—¿Qué te ha parecido mi ciego?

E.—¡Oh! cosa buena; pero mira, hoy que hasta los niños han cobrado esperiencia, ¿cómo podrá creerse que no vengan escelentes diputados?

G.—No seas inocente. Nadie escarmienta en cabeza agena, y muchas veces ni en la propia. ¿No ves cuántos chascos han llevado los monarquistas y cuántos los santanistas, y han escarmentado por eso? Nada; siempre están *erre que erre*, y no pierdo la esperanza de volver á ver aquí á su Alteza Serenísima, formando otra Orden, v. g. de San Homobono, y encargando las cruces á Paris, y lo peor es, haciéndonos rabiar, envolviéndonos en las caudas de sus mantos, como si fuéramos muebles viejos ó quebradizos.

E.—No seas mordaz, Gallo, y te vayan á cortar el pico.

G.—Yo digo lo que no es imposible que suceda. Santa-Anna tiene en su favor el hisopo y la agua bendita; aunque su agua bendita es de plomo bendito, y nos echará un exorcismo que iremos todos patas arriba á dar quién sabe dónde.

E.—Ya escampa, y llueven guijarros.

G.—¿No has visto otras veces? Parece que ya no hay quien se acuerde de S. A. S. y de repente grita uno: ¡viva Santa-Anna! y se le unen mil aspirantes, diciendo así: ya está enmendado; y en efecto lo está, porque los despilfarros que antes hacia en un mes, los hace al presente en una hora. Ve no mas si no es grande enmienda.

E.—Vaya: si contigo no hay que meterse á disputar, porque ensartas mas que Sancho. Dejemos ese punto y tratemos de los diputados, que era el artículo pendiente. ¿Conque desconfias de que vengan diputados buenos?

G.—La verdad, sí, amiguito.

E.—¿Y en qué fundas esa desconfianza?

G.—En que hay muchas aspiraciones para ser diputados, y otras muchas mas, para que salgan tales ó cuales personas; y ademas, las circunstancias no son favorables á una buena eleccion.

E.—Esplícate un poco mas, porque no te he entendido muy bien.

G.—Pues mira: en primer lugar, hay muchos jóvenes, dignos discípulos de Dumas, Sue y Balzac, que estàn rabiando por lucir en público su instruccien novelesca, como por ejemplo, para dar una ley sobre la grana de Oaxaca; nos pintarán el rio de las Vueltas, con todas sus riberas cubiertas de tales y tales árboles, de los dos magníficos que

ecsisten junto á la capital. Todo esto con sus risas, brisas, pétalos, savias, &c. En segundo lugar hay muchos pronunciados, y cada uno de los Departamentos en que tenga influencia, ha de querer sacar diputados que defiendan sus opiniones, y como cada *viejecito alaba su bordoncito*, no le faltarán en abundancia, y la que hasta hoy ha sido guerra de armas se convertirá en guerra de palabras, de la que resultará la guerra de armas, y es el *cuento de nunca acabar*. Estas circunstancias de ningun modo son favorables á una buena eleccion; porque si los electores no tienen un patriotismo á toda prueba, no pueden elegir diputados que lo tengan.

E.—¿Pues qué haremos, Gallo mio?

G.—Oye lo que cantaba uno de mis ciegos.

E.—Vamos, vamos á ver, porque ha de ser cosa buena.

G.—Cantaba así:

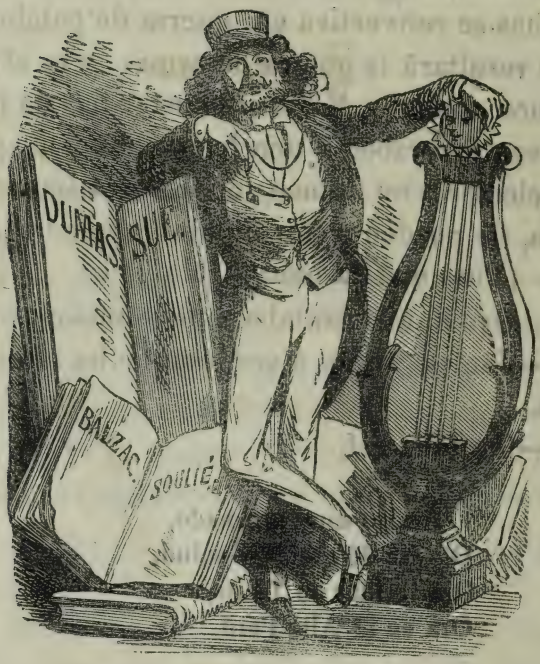
Amigo muy estimado,
Dios te dé gracia y salud,
Ora residas en Chile,
Ora en el Alto Perú.

No hablemos de libertad,
Porque si es cierto el rum rum,
Nos sobra en estas Américas
Por encima del testuz,

¿Y gobierno? Ahì es nada,

El gran padre de Jesus
Prestó benignas orejas
A nuestra solicitud.

Uno para cada pueblo,
Sin contar los de los clubs,



Y cada mes ropa limpia.
¿No estais contentos aún?

Igualmenta aquí gozamos
En toda su plenitud,

Imprescriptibles derechos,
Y leyes, y glorias....¡Hum!

Aquí uno es negro, otro blanco,
Otro es verde, otro es azul;
Pero rebosando todos
Patria, heroismo y virtud.

En verdad que cada dia
La vida juega un albur,
Y en el público tesoro
Ya hace tiempo que no hay mus.

Mas á la insana ambicion
Prefiero yo la quietud
Y el blando son de la lira
Al estruendo del obus.

Miéntras destrozan la capa
Entre uno y otro tahur,
Y la capa se hace trizas
Sin abrigar á ningun.

Haz lo mismo, amigo mio,
Tu casita y tu laúd,
Y otros en buena hora esploten
La mina del procomun.

G.—No me acuerdo de lo que sigue: ¿qué te parece?

E.—Me parece que ese ciego era un tanto cuanto egoista.

G.—Entendiendo las cosas como deben entenderse, na hay tal egoismo. Cuando á uno le viene la pelota derecha es necesario meter el guante, quiero decir: cuando cree uno que puede hacer algo bueno, haga lo que pueda; pero no se ande buscando pelotas á cada paso. Esto es lo que hacen los revoltosos. ¿No ves la revolucion de San Luis? ¿No es esto andar buscando aventuras sin qué ni sin para qué? que me hagan, v. g., diputado, ó juez, ó cualquiera otra cosa, y yo crea que puedo en tal empleo servir á la patria, y no lo haga, cometeré un crímen en rehusarlo, por estar metido en mi casa, pues todos tenemos obligacion de servir á la patria en lo que podamos, pero que yo ande revolviendo al mundo, metiéndome aquí y allí, para ver si me hacen diputado, juez, gobernador, comandante &c., ó para ver lo que le *rapo* á los caudales públicos, y como suele decirse, *sacar la tripa de mal año*, esto es lo que se reprueba.

E.—En efecto, Gallo, ha de haber muchas aspiraciones en las elecciones de diputados.

G.—No siento que las haya, sino que como ya se ha hecho un camino real el quitar congresos, no será mucho que el que vénga *truene como harpa vieja.*

E.—¡No permita Dios que tal suceda!

G.—Pues no está muy léjos de que suceda. ¿No ves cuántos demonios de gefes de pronunciamien-

tos se han soltado, y se van soltando? ¿Esto qué quiere decir, sino que hay muchos sinvergüenzas que no desean otra cosa mas que revolucion y revolucion?

E.—Pero algun pretesto tendrán para promoverlas, pues no creo que haya hombres tan irracionales y tan malvados, que no mas por antojo las promuevan.

G.—Pues y ¡ojalá que no fueran tantos! ¿No has puesto cuidado en los pronunciamientos de ahora? Todos los pronunciados no proclaman mas que el plan de Ayutla, y ¿por qué? por alguna pequeña adicion que se le hizo en México en virtud de lo urgente de las circunstancias y de las necesidades de la nacion. ¿Quién negará que el actual presidente es por su persona intachable, y que lo son tambien las providencias que ha tomado? Pues aun están dale con el plan de Ayutla, como si fuera el Evangelio de San Mateo, que hasta los mismos protestantes lo respetan, y sin parar la atencion en que los mismos que lo toman por pretesto, y dicen que lo que quieren es el tal plan *mondo y lirondo*, y quieren revolucionar contra el actual gobierno por tal cual adicion que se le puso en México, le ponen otras muchas, y acaso esenciales. Esto quiero decir que no es la revolucion por el demasiado escrúpulo en que se observe intacto el plan de Ayutla, sino que no son ellos los presi-

dentes de la república, de lo que me alegro mucho; porque, tatita, entre los pronunciados podia venir alguno que nos hiciera *ver estrellas al medio dia.*

E.—Así es; conozco yo á algunos con quien nos iria peor que con Santa-Anna, que es cuanto puede decirse.

G.—Pues ahí tienes, y este señor ha sido el que mas ha cacareado el plan de Ayutla, y si el tal plan ha de convertirse en una base 7.ª del de Tacubaya hemos quedado lucidos, porque entónces tendriamos el *mismo fraile en distinta mula.* El plan de Tacubaya vino en un caballo de Tacubaya, y el de Ayutla vendria en una mula de Ayutla.

E.—Es verdad, y Dios nos libre de tantos héroes ó Heródes, que todo va allá.

G.—Pero estoy observando que ya es muy tarde.

E.—Ya lo habia advertido; pero como nada me hos hablado del Gallo *juido*, esperaba que me hablaras algo.

G.—Pues si preguntas mas que un catecismo y me distraes.

E.—Como que las cosas no son para ménos. Estamos viendo tantos disparates, y tantos disparateros, que es fuerza que nos llamen la atencion.

G.—Tienes razon. Principalmente estos comodinos, que van hoy saliendo con sus gracias mohosas: nos pronunciamos por el plan de Ayutla. Ya,

á los que se pronunciaron cuando habia riesgo, se les puede dispensar algo; pero á los que se han estado rascando la barriga, y ahora van resollando con el pronunciamiento por el plan de Ayutla, no sé qué sentido comun, ni qué honor, ni qué patriotismo pueden tener semejantes gentes. ¿Quién ataca el plan de Ayutla? Si alguno lo atacara y se pronunciaran ¡vaya con mil santos! pero cuando no hay quien diga en contra una sola palabra, ¿á qué vienen esas valentías? Nada mas que á sentar época, y á decir: yo me pronuncié por el plan de Ayutla; pero habian de añadir ¿contra quién, contra un gobierno que lo impugnaba, ó contra uno que lo obedecia; contra un gobierno déspota y malvado, ó contra un caballero honrado y virtuoso? Si se les hiciera esa pregunta, vieras como empezaban á rascarse la cabeza, y á tragar camote: pues nos pronunciamos.....porque.....ya ve V.....era preciso.....la patria.....el gobierno,..... la revolucion.....nosotros..... Vdes. son unos grandes revoltosos, y esta es la verdad de las cosas.

E.—No te ecsaltes, Gallo, que ya eres viejo, y en una de esas te da un patatus, te mueres y te tiran al muladar; porque no pienses que te han de enterrar en la bóveda de los señores canónigos de esta Santa Iglesia Metropolitana.

G.—Ya lo sé; pero si hay ocurrencias que no

pueden pasar ni con confites. Mira, sabes lo qué yo quisiera, seria que así como en los Estados-Unidos y en otras partes se forman sociedades para mantener y estimular la moralidad de los hombres, como las sociedades que se establecen para no beber, para no jugar, para no fumar, &c., así se estableciera aquí una en cada pueblo, en cada barrio, en cada manzana, y si era posible en cada casa, para no aspirar ni pretender; de suerte que si á alguno de los socios daban un destino porque lo merecia, lo recibiera, y mucho mas si estaba que podia desempeñarlo, pues ya te he dicho que esta es una obligacion que tenemos con la patria; pero que ninguno de ellos pretendiera, ni aun ser portero. Pero vámonos á acostar porque ya te dije que era muy tarde, y que queda nuestra conversacion pendiente. Quién sabe si podré dormir, porque con tanto que he charlado, y en materias tan espinosas, que toda la bilis alborotan, no es fácil tomar el sueño.

E.—Así es en efecto; pero para que no suceda, refréscate un poco; todavía nos alcanza el cabito de vela para acostarnos muy despacio, y así por último, dime algo de tus queridas las nanitas, de las que nada me has dicho. ¿Qué? ¿tus ciegos eran tan modestos, que ni aun siquiera mentaban á las mugeres?

G.—¡Ay me! y cómo que las mentaban, y las ponian *de oro y azul.*

E.—Estarian magníficas, pues es muy hermosa combinacion el oro con el azul.

G.—Ahora lo verás, sin embargo que no voy á contarte mas que un rasgo, porque ya no hay tiempo para mucho.

E.—Vaya, cuenta, porque ya me estoy muriendo de curiosidad.

G.—Pues haga V. para bien saber y bien contar, que este era un ciego que se ponia de noche en varias esquinas, y por lo regular buscaba la en

que estuviera inmediata la casa de un hombre casado, y cantaba lo siguiente:

Si el untarse es condicion
De brujas *sine qua non*,
La que con minio y calostro
Y drogas de *Sanahuja*
Adoba el pálido rostro
Es una bruja.

¡Maruja en el ministerio
Cada dia!.... Aquí hay misterio
Cuando así mata sus ocios;
Una de dos, ó Maruja
Es agente de negocios,
O es una bruja.

Y si bruja y hechicera
Todo es uno, ¿qué es Glicera,
Cuyo rostro, dulce Eden,
Donde el amor se dibuja,
Hechiza á cuantos la ven?
Es una bruja.

No obstante su jubileo,
Su rosario y su *laus Deo*,
Y su carita gazmoña,
Y su mirada cartuja,
Doña.... me quedo en la doña,
Es una bruja.

Y cuando miente favores

Por gozarse en sus dolores
A Juan, à Pedro y á Andres,
¿Qué es en resúmen Catuja,
Coqueteando con los tres?
Es una bruja.

Esa que en el Parlamento
Toma la primera asiento,
Y en vez de espumar el caldo,
O de aplicarse á la aguja,
Lee la *Patria* y el *Heraldo*,
Es una bruja.

Esa comadre de todas,
Que así en duelos, como en bodas
Se encuentra, y con varias artes
Aquí rie y allá puja
Y merienda en todas partes,
Es una bruja.

Y aunque las haya muy santas
Como algunas entre tantas,
Diré para que esto acabe
Con una verdad que cruja,
Cada suegra....ya se sabe,
Es una bruja.

E.—¡Pobres nanitas! cómo me las ha puesto ese ciego deslenguado. Y no lo siento por lo que dice de las otras nanas; pero sí por lo que dice de las pobres suegras. ¡No faltaba mas, sino porque soy

suegra, soy una bruja! No se ha oido ni en cabildo de guajolotes; mucho ménos debia oirse entre los gallos.

G.—¡Ja! ¡ja! ¡ja! Tú eres el guajolote. No parece sino que te has criado en una ermita, retirado del mundo, sin haber tratado ni á una gata ó gallina, segun te afectas por las señoras suegras. Pues saba que no hay en el mundo snimal mas dañino que una suegra.

E.—Pero ¿qué? ¿todas han de ser *medidas por mismo rasero?* ¿Todas han de ser malas? No habrá algunas buenas?

G.—Ya se ve que sí, y ¿quién ha de ser tan injusto que no haga algunas escepciones? y yo para descargo de mi conciencia, digo en honor de las suegras, que de cada ciento, bien puede haber una y un tercio de buenas; pero las otras noventa y ocho y dos tercios, de pésimas.

E.—Vaya, si es lo que digo, tu mordacidad no tiene remedio: creo que te han de tener asado enmedio de una mesa, y allí has de quitar un crédito.

G.—Mírate qué escrupuloso! ¿A quién le quito el crédito? Yo hablo de las suegras malas, ó digo lo que hacen; si alguna dice: yo soy una de las que hace eso, ella se quita el crédito, yo no.

E.—Dejemos cuestiones de moral y vamos á ver lo que dices de las suegras.

G.—¡Oh! mucho y bueno. Te he dicho que el animal mas dañino que hay es una suegra. Unas veces es doméstico, otras es fiera.

E.—Tratemos primero de los animales domésticos.

G.—Está bien. Atiende. Si un hombre pobre, honrado y trabajador, pero de poca suerte, se casa por su desgracia con una damita con suegra, ¡pobre de él! porque empieza la suegra á esclamar: ¿qué dicen vdes., cuán desgraciada ha sido la pobre de mi hija; despues que despreció al señor D. Fulano, y al comerciante D. Citano, fué á dar con el pobre de mi yerno, que aunque es un hombre honrado, y le trata bien; pero es tan *maniaco*, tan *indolente*, tan *bueno para nada*, que la infeliz no sabe lo que es un túnico de gros, ni ha ido á la ópera, ni á los toros, ni á ninguna parte, porque no tiene vestidos decentes con que presentarse en público.

E.—Muy bien. Sigue.

G.—Pues el marido es rico, y viene la suegra diciendo: hija, ¿qué no has ido á la calle de San Francisco?

—No, mamá.

—¡Ay! ¡qué tápalos han llegado al Cambio de monedas! ¡Qué túnicos! de cinco olanes, bordados y calados, *que no hay ojos con que verlos.* Pero, mamá, valdrán un platal. ¿Qué han de valer, si

están dados; dados; los túnicos valen á 80 pesos y los tápalos 60.

—Ahí tiene V. que la niña quiere tápalo y túnico, y el pobre marido tiene que aflojar 140 pesos para darle gusto. Otro dia viene llegando la suegra, quitándose la mantilla porque trae mucho calor.

—Mamá, de ¿dónde viene V.? De la calle de Plateros, hija, que es un *vergel.* ¡Jesus! ¡Qué de cosas hay! Pero lo que mas me llamó la atencion fueron unos brazaletes de oro esmaltado con diamantitos, que hay en casa de Baric. ¡Ay, mamá! pero ¿cuánto querrá por ellos?

—Una bagatela. Si están tirados á la calle: trescientos pesos; pero solamente los diamantes valen mucho mas. Si no sé como les podrá tener cuenta vender tan barato. Mira, si son unas culebras que se enroscan en el brazo, y la culebrita tiene sus ojitos de brillantes, si están chulísimas.

Que suelte el pobre marido 300 pesos.

—Otro dia. Hija, qué no sabes que viene la compañía de la Albini? ¡Qué famosa va á estar la ópera! ¿No has tomado palco?

—Si quieren cien pesos mensuales por cada uno.

—¡Bah! y qué son cien pesos para lo que tu marido tiene? *como quien quita un pelo á un buey.* A mas de que ¿no se quiso casar contigo? *Pues el*

que quiera azul celeste, que le cueste. Qué tal, señor D. Erasmo?

E.—Ya no tienes mas que añadir?

G.—¿Cómo que no? Si falta lo mejor. Supon que el hijo es una autoridad principal en la república; viene la suegra.

—Cómo va, hijo?

—Bien, señora; ¿qué anda V. haciendo por acá tan temprano?

—¡Ay hijo! vengo á un empeño muy grande, y no me has de decir que no, porque tengo comprometida mi palabra.

—Y ¿cuál es, señora?

—Que me coloques precisamente á Fulanito en tal destino.

—Pero, señora, si no está vacante.—Ya lo sé; pero jubilando al que tiene el destino, puede colocarse el otro.

—Pero si el que lo sirve está mas fuerte que un Hércules, y es muy inteligente en ese ramo, ¿cómo se ha de jubilar á fuerza?

—Pues ahí está el favor. Si fuera una cosa fácil, qué favor era? Conque, hijito, cuento con el destino. Voy á llevarle las buenas nuevas.

—Mire V., señora.

—No, no; voy á pedir las albricias.

Y ahí tienes que el tal Fulanito se sopla el des-

tino sin saber leer ni escribir, como vulgarmente se dice; porque es un truhan que solo sabe ponerse los guantes de cabritilla y bailar la polka. Estas son las suegras, amigo mio.

E.—Esas son los animales domésticos, y las fieras?

G.—¡Ay! esas son algunas viejas de genio dominante, habladoras y peleoneras, que apénas un pobre marido, porque tuvo una mohina en la calle y viene de mal humor á su casa, y habla mas recio de lo acostumbrado á su cara mitad, cuando salta la suegra:

—No, hija, no le aguantes sus imprudencias. Provisor y jueces hay que te harán justicia. Preséntate ante ellos y saldrás bien. Mira; ahí está el Lic. D. Fulano de tal, que consiguió el divorcio de Tonchita con D. Pascasio: con ese licenciado no hay que jugar, porque lo entiende, lo entiende; pues ménos motivo que tú tenia Tonchita, y la sacó perfectamente del atolladero. Conque así, ¿cómo no te ha de sacar á tí? ¡Vaya!

G.—¡Vaya! Qué bien has desollado á las suegras.

E.—Ojalá y las viera yo á todas en Santa Paula. Ahí estarian muy bien, quietecitas, sin meterse con nadie.

E.—¡Jesus! ¡Qué deseos tienes, Gallo!

G.- Qué mejor puede haber sino que *descansen*

en paz. Como vamos á hacerlo ahora nosotros, porque el sueño es imágen de la muerte.

E.—Así es. Vamos á acostarnos; pero no se te olvide que queda pendiente la conversacion sobre el Gallo juido.

G.—No, no me olvidaré; pero por ahora, Agur.

X.

SEGUNDA PARTE

DEL GALLO JUIDO.

DIALOGO ENTRE ERASMO LUJAN Y EL GALLO.

Erasmo.—¿Cómo va, amigo Gallo? Qué a haciendo por acá? Sin duda vendrás á cumpli la palabra que me diste de venirme á concluir conversacion pendiente sobre el *Gallo juido.*

Gallo.—Así es. Yo soy hombre, digo, gallo, que siempre cumplo lo que prometo. Por lo mismo voy à contarte los sainetes que ví y con que me divertí.

E.—Bien dicho. Supongo que habrás visto y

oido á la Perla de España, á la Armenta, á Catalina, &c.

G.—Con que desde el principio te dije que me divertí á lo pobre, y ahora me sales con que si ví á la Perla, á la Armenta; &c. ¿No sabes que la entrada al coliseo cuesta nueve reales? Lo primero, que no los tenia; lo segundo, que no me divierto con desechos de otras naciones.

E.—¿Cómo es eso, Gallo? De qué desechos hablas?

G.—De qué desechos? De los qué nos vienen de Europa. Cuando algun cantante, cantatriz, cómico, cómica, trágico ó trágica ha lucido en Europa; cuando allá dió el fruto en los mejores años de su vida, va viniendo acá con su hoja de servicios de lo que fué, no de lo que es; pero nosotros por su nombradía los recibimos, y queremos que sean porque fueron, cuando ya son nada.

E.—Ya te conozco. Tú en no siendo bien parecidos el cómico, ó la cómica, los echas al *tompeate* del desecho.

G.—Hago muy bien: el fuerte del teatro es la ilusion. Y cómo podrá haberla cuando las personas distan infinito de la verosimilitud? Podrá, por bien que represente, aparecer de quince años, cuando sea necesario, una cotorrona de cincuenta?

E.—No, ciertamente con toda propiedad; pero

puede suplir con lo bien que hable, y accione, los años que le sobren.

G.—Es un error, porque como dijo Horacio,

> Signius irritant animos demissa per aurems
> Quam quae sunt oculis subjecta fidelibus, et quae
> Ipse sibit tradit spectator....

que segun tradujo Don Tomas de Iriarte, quiere decir:

> Cierto es que hace impresion ménos activa
> Lo que por los oidos se introduce
> Que lo que por los ojos se aprehende
> Y el mismo espectador por sí lo entiende.

E.—Eso habla de ciertas escenas que deben suprimirse en el teatro.

G.—Es verdad; pero muy bien puede aplicarse al caso en que el espectador oye una cosa y ve otra.

E.—Estás muy escrupuloso.

G.—Nada de escrúpulo. Dime, si se representara una comedia en que el jóven David matara al gigante Goliat y estuviera echando bravatas el jóven David, representado por un viejo cano, y el pueblo israelita muy amilanado con solo la vista del gigante, y cuando el público esperaba un hombron de cerca de cuatro varas, fueras saliendo tú ¿no reiria el público? podria conservar la ilusion?

E.—Muchas gracias. Mira con qué modito me has echado en cara que soy chaparro. Buen tijeretazo me has pegado.

G.—No te enojes por tan poco. Pues ser chaparro no es defecto que está en manos de uno remediar, y aun en el mismo Evangelio se dice *¿quién podrá añadir un palmo á su estatura?* Pero si por esto te enojas, no hay nada perdido, diré que eres mas alto que la torre de Babilonia, aunque los que te conozcan me tengan por embustero.

E.—Sea como quieras; pero nos vamos saliendo del camino concertado. Cuentame cómo estuvo la comedia, en dónde se representó, y quinées eran los cómicos?

G.—Voy á darte gusto. En cuanto á donde se representó, el teatro figuraba que en toda la república.

E.—¡Caramba! ¡Qué teatrazo seria menester.

G.—En eso no nos metamos, porque aquí entra la habilidad del maquinista. ¿No has leido, no me acuerdo en qué libro, que un poeta cómico en la primera escena decia: aparecerán once mil dueñas en hacanceas blancas? Considera no mas de dónde cogian tanta dueña, tantos caballos chicos tordillos, y en qué teatro cabian; pero el autor cumplia con decir lo que se habia de hacer, y el trabajo seria para el pobre maquinista.

E.—¿Qué comedia se representaba?

G.—Amigo, desde el programa comenzó la peripecia. Los empresarios comenzaron á hacer su programa en Guadalajara, viniendo para México, se juntaron en Arroyo-Zarco con otros cómicos de la legua y se mudó todo, de la noche á la mañana, sin saber hasta ahora por qué. Los primeros empresarios querian que se representase *Guillermo Tell ó la Sueza libre;* pero los nuevos comenzaron á gritar: no, no, sino el sainete del *Soldado fanfarron*, y como al público le gustan sainetes, esto fué lo que prevaleció.

E.—Buen petardo se pegaron los empresarios.

G.—Como entre ellos habia algunos muy intrigantes, dejaron burlados á los primeros, se unieron con los segundos y triunfaron.

E.—¿Pero siquiera se valdrian de buenos cómicos que divirtieran al público?

G.—No lo divirtieron mucho, pero lo hicieron llorar.

E.—Váyase lo uno por lo otro, ¿y quiénes eran los cómicos?

G.—Como dice el susodicho Iriarte en una de sus fábulas, que yo aplico á mi modo:

Como en esto de elegir
Los papeles adecuados
No siempre suele tenerse
El acierto necesario,

No se acordaron de *Fabre*,
Ni de *Mata* se acordaron,
De la Cañete y Peluffo,
De la Diez, ni de otros varios.
Ménos hábiles actores,
Aunque mas determinados
Se ofrecieron á tomar
La diversion á su cargo.

Así fué que lo primero en que pensaron fué en traer á un cómico viejo, que estaba casi desterrado en una de las repúblicas de la América del Sur.

E.—Seria muy bueno ese cómico, una vez que lo fueron á traer de tan léjos.

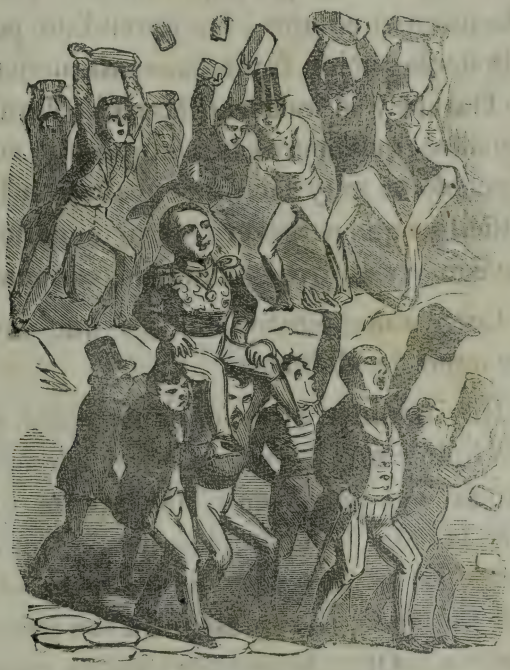
G.—¡Qué bueno ha de ser! Si es el mas chambon que se ha visto. Diez veces ha hecho comedias y tragedias aquí, y siempre lo ha hecho muy mal, muy mal, de suerte que mejor lo habria hecho uno de los figurantes ó sacamuertos del coliseo.

E.—Pues hombre, con esos defectazos ¿cómo lo trajeron?

G.—Los que le trajeron son hombres que mejor entienden los intereses pecuniarios que la tragedia y la comedia; y así lo que quieren es tener muchas y muy caras entradas, y ¿qué les importa que el público se divierta ó no? Sin embargo no puedo concebir cómo siendo tan pésimo no lo han conocido, y han sufrido que lo traigan la décima vez.

E.—En efecto, es un candor, una ignorancia, ó una majadería imperdonable que así se dejen *jugar las barbas.*

G.—Pues añade que nunca ha concluido una comedia, porque siempre le han silbado á la mitad



de ella y ha tenido que salir á cojinazos como *rata por tirante.*

E.—Eso me sorprende mas, porque despues de una esperiencia tan marcada, no sé como pudo pensarse en él para que volviese á representar.

G.—Sus partidarios y él tienen mucha labia: á mas de eso tiene mucho cuidado con los figurantes que hacen de militares, les paga bien, los viste perfectamente y los deja hacer cuanto se les antoja. A lo que se agrega que los empresarios y los figurantes comienzan á gritar, ahora si está muy ilustrado nuestro cómico, ha aprendido perfectamente la declamacion francesa, canta mejor que el antiguo García y el moderno Marini. Verán vdes. qué comedias, qué óperas tan famosas: y como sabes, el pueblo es muy fácil de engañar en lo pronto, lo dificil es que persevere en el engaño, y así lo recibe con vivas, arcos triunfales, cañonazos &c.

E.—Buenos mentecatos son los que creen en ese zancarron de Mahoma.

G.—Hay tambien otras circunstancias, que no dejan de influir mucho en sus recepciones, y es que cuando está para venir, fàcilmente promete cuanto se le pide. Uno le pide que se represente la comedia de *El buen juez por su casa empieza.* Sí señor, responde, se representarà con todo el aparato posible. Otro le suplica que se represente la de *No siempre lo peor es cierto.* Responde lo mismo. Otro le ruega que se haga la del *Alcalde de sí mismo.* Contesta anuente, y que se representarán con la mayor magnificencia. El pueblo espera y espera; y nada de lo ofrecido. Luego que se apodera del puesto voltea el teatro *patas arriba,*

y hace lo que se le antoja, manda á sus compañías de la legua á que representen tragedias en las demas ciudades y pueblos, y las representan tan bien que pasan años y años y las gentes lloran todavía las tragedias que han visto.

E.—Ciertamente no sé como han podido volver á llamar á ese cómico despues del conocimiento que tienen de su mala fé, de sus intrigas y en general de sus *malas mañas.*

G.—En efecto, es cosa que admira; pero es lo que hemos visto, y creo que le verémos representar la undécima, la duodécima y la centésima comedia.

E.—No permita Dios que tal veamos.

G.—No lo quiera Dios; pero mira, hay aquí un partido que quiere colocar en la república cierta clase de cómicos, y como no puede, se vale del arbitrio de tener siempre en revolucion al coliseo, para ver donde se le presenta un flanco para que pueda encajarnos sus cómicos.

E.—Gallo, ¿qué dices? Eso es muy duro.

G.—Pues no hay mas sino creerlo ó reventar. ¿No leiste una carta de un comiquillo que está en Lóndres con una gota de agua de la república que le cayó en los Estados-Unidos?

E.—Sí la he leido.

G.—Pues en ella habrás visto inserta una carta de un comicazo de cierta compañía, en la que ha-

bla á nuestro cómico como si no lo conociera y le escribiese à un Racini ó á un Moliere.

E.—En efecto, ahora me haces reflecsionar en esa carta inserta, y en su autor. Pero vamos tratando del nuestro. ¿Cómo se llama ese cómico?

G.—Se llama Pyrgopolinices, nombre de que ya otra vez te he hablado, y por si no te acuerdas, te diré: que es el nombre que da Plauto en su *Mile gloriosus* al soldado fanfarron protagonista de su comedia.

E.—Bien, y ¿cómo estaba preparado el teatro?

G.—Representaba las costas de la otra América, el mar, unos buques que llevaban unos comisionados á Pyrgopolinices, para que nos hiciera el honor de venir á darnos algunas funciones; el puerto de Veracruz, donde fué muy bien recibido; y en fin, la ciudad de México, en donde lo recibieron comisiones de todas las compañías de cómicos *estantes y habitantes* en la capital.

E.—Pero ¿cómo cupo tanto en el teatro?

G.—Ahí está la habilidad. Te parecerá imposible; pero contra la realidad no hay escepcion que valga. Todo, todo, como te lo he contado, se representó al pié de la letra, y si no, ahí está México entero que no me dejará mentir, y asegurará con juramento que es cierto cuanto te digo.

E.—Te creo, porque jamas te he cogido en mentira cuando hablas con formalidad. Continúa.

G.—Levantado el telon, apareció Pyrgopolinices sentado en el asiento principal, y comenzó la primera escena del consabido soldado fanfarron, el que con una voz ronquilla, aunque entonada, como dice Cervantes de D. Quijote, pronunció una relacion del mismo Cervantes en verso suelto, segun convenia á la gravedad del personage, y acomodándola á nosotros dijo:

Yo soy Merlin, aquel que las historias
Dicen que tuve por mi padre al diablo,
Príncipe del gobierno, y monarca
Y archivo de la ciencia diplomática:
Emulo á las edades y à los siglos,
Que solapar pretenden las hazañas
De los andantes bravos militares,
A quienes tuve y tengo gran cariño
En las gloriosas playas de Turbaco,
Donde estaba mi alma entretenida
En fomentar el ocio y diversiones:
Llegó la voz doliente del hermoso,
Féitil y riso suelo mexicano,
Supe bien sus políticos trastornos,
Y encerrado mi espíritu en el hueco
De esta espantosa y coja notomía,
Vine à dar remedio que conviene
A tamaño dolor, á mal tamaño.
¡Oh tú, gloria y honor de las Américas!
México ilustre, capital famosa,
Para que seas feliz è independiente
Es preciso que al punto me ministres
Muchas, muchas talegas de doblones,

Y en esto se reducen todos cuantos
De tu desgracia han sido los autores.
Y á aquesto es mi venida, mis señores.

La pobre América, que se hallaba allí presente, le contestó aplicándole unos versos de cierto libro tocayo mio, (1) y dijo:

¿De dónde quieres coja esos dineros,
Si me has dejado totalmente encueros?
Ten alguna piedad de esta infelice,
Y ya no tu ambicion la martirice.
Si á piedad no te mueve mi insolvencia,
Muévate por lo mènos tu conciencia;
Ya bastantes millones me has robado
En las nueve ocasiones que has mandado.
De limosna confiesa tus pecados,
Basten ya los dineros mal ganados,
Muchos te sobran, y te falta vida,
Cuando naciste vino ya perdida,
Procura conquistar otros tesoros
Y con nuevos decoros
Solicita la gloria soberana,
No de este siglo la arrogancia vana.

Pyr.—He escuchado tus fútiles razones;
¿En dónde has aprendido esos sermones?
¿A dónde has estudiado esas quimeras?
¿Hablas de burlas, ò pronuncias veras?
Todos vivimos, hermanita amada,

(1) El libro se llama Siglo Pitagórico, con la vida de D. Gregorio Guadaña.

Del oro y de la plata mal ganada.
Solo Adan no robó ni fué ambicioso,
Porque no tuvo á quien, fué poderoso;
Pero todos los mas como nosotros,
Nos robamos los unos á los otros.

Amér.—Yo no soy tu enemiga,
Consejo es este de una buena amiga;
Sin interes yo te hablo,
Si esto no te bastare, doyte al diablo.

E.—¿Qué? ¿No le palmotearon á la América cuando acabó de hablar?

G.—Qué le habian de palmotear; como todos los cómicos eran interesados en lo que se *rapara* Pyrgopolinices, comenzaron á gritar: ¡désele todo el dinero que pide, porque tiene que pagar los coros de hombres y mugeres, los figurantes y figurantas, los cómicos de la legua que mande á otras partes, y los gastos de papeleta, que son muy crecidos. Así fué que mandó levantar las entradas hasta donde no se podia sufrir, vendió parte del teatro, y en fin, la escena acabó como el rosario de Amozoque.

E.—Buen principio tuvo el soldado fanfarron.

G.—Ahora verás lo que sigue, que hace terno completo con este principio.

E.—Veamos en hora buena.

ESCENA II.

Pyrgopolinices nombra seis cómicos principales para que le sirvieran en todos los ramos, é hizo acuerdo con ellos.

G.—Nombró Pyrgopolinices seis cómicos para que le sirvieran como secretarios. Estos cómicos no estaban instruidos en todo género de comedias, sino que solo sabian representar historias de em-

peradores romanos, de sultanes, de reyes, de conquistadores, y hubieran representado con mucho gusto la comedia que en tiempo del gobierno español se representaba en México todos los dias 13 de Agosto, titulada: *México por Cárlos V, ó la conquista de México;* pero no sabian palabra de comedias populares ni liberales. Imposible que hubieran representado la comedia de *la Suiza libre*, como querian los empresarios de Guadalajara, por lo que con mucha docilidad se avinieron â servir á Pyrgopolinices, el que les habló así:

Ya mi facultad vacila
Porque los espectadores
Parece no están contentos
Con nosotros los mandones.
Es preciso que un puntal,
Aunque sea de alcornoque,
Metamos al edificio
Para que no se desplome.
S. 1.° —Así es, gran señor, conviene
Dar prestigio á vuestro nombre,
Aunque sea con engaño,
Como el objeto se logre.
Pyrgop.—¡Oh! mi querido ministro,
Y qué bien que me conoces.
Engañemos, engañemos,
Porque engañar es mi *mole* (1)

(1) Palabra vulgar con que se da á entender lo que á uno agrada mucho.

Haz que al instante se junten
Los escribirros de la corte,
Que formen unas casillas,
Y en cada una dos librotes,
Allí han de votar los *machos*
Vejetes, jòvenes ú hombres,
Si á mí, ó á otro por el único
Gran cómico reconocen.
Dirás que todos son libres
Para votar; mas quien vote
Otro que á mí, lo despachas....

S. 2.° —¿A dónde, señor, à dónde?

Pyrgop.—¡Vaya, qué preguntas haces!
A Tehuacan ó à Perote.

S. 1.° —Gran Señor, sereis servido
Al punto. ¡Pobre del que ose
No votaros, porque haré
Que le tuerzan el cogote!

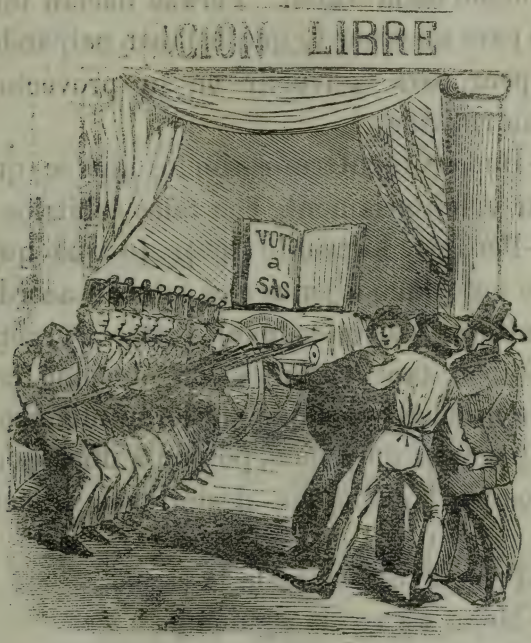
Así fué que al momento se convirtió el teatro en una gran casilla con dos libros, uno en que se apuntaban los que votaban á Pirgopolinices, y otro en que se asentaban los que votaban á otra persona.

E.—Pero ¿por qué no votaron todos á otro individuo? ¿No era la votacion libre?

G.—Lo era en el nombre, pero no en la realidad; porque las comparsas andaban muy listas para despachar al momento al destierro á cualquiera

E.—Pues entonces ¿la libertad no era mas que pintada?

G.—Y nada mas. De suerte que la tal votacion me parecia al modo de pedir limosna de aquel ladron que nos cuenta Gil Blas, que ponia su som-



brero en el camino para que le echaran limosna, él se ponia á un lado apuntando con una escopeta al pasagero; ya ves con cuánta libertad daria la limosna pedida por una boca tan meliflua como la de una escopeta.

E.—Ménos se siente un despotismo descarado,

que estos miserables arbitrios, porque es valerse de la libertad misma para convertirla en instrumento de tiranía.

G.—Así es; mas como los déspotas se ciegan, con cualquiera apariencia se contentan. ¿Cómo habian de ignorar Pirgopolinices y sus ministros, que esa votacion nada valia? Pero se hacian tontos y alegres para no creer lo que estaban palpando, y lo que es peor, para convertir en su provecho una farsa tan rídicula.

E.—Buenos mentecatos son los que se quieren alucinar voluntariamente con tales arbitrios.

G.—Pero por lo pronto sacan lo que quieren. Muchos votos que dijeron que estaban acordes en que continuara dirigiendo el teatro Pyrgopolinices, estaban tan contentos con él como con un dolor de muelas, y los que quisieron meterse á héroes la pagaron muy bien, porque á unos por esto y á otros por aquello, los desterraron inmediatamente.

E.—Pues no estuvo mala la escena.

G.—Mejor estuvo la siguiente.

E.—A ver. Cuéntamela.

ESCENA III.

Nuevo despacho de Pyrgopolinices.

Pyrg.—Ya lo veis, mis amigos, me *desvivo*
Por haceros felices, y recibo
En vez de las guirnaldas y laureles
Coroza, Sambenito y cascabeles:
¿En qué piensa esta gente mentecata?
¿Puede haber una cosa mas barata,
Que el *paternal* gobierno que yo ejerzo?
Algunas veces la justicia tuerzo,
Mas nunca jamas lo hago á *humo de pajas*,
Pues saco de mis tuertos buenas *rajas*.
¿Tendria tantos millones en el Banco,
Si fuera mi gobierno justo y franco?
Amuêlense los pillos, gente tosca,
Con tal que sin chistar suelten la *mosca*.
Min. 1.° —Es asì, gran señor; me mueve á risa
El que estos liberales sin camisa
Digan que se cometen muchos yerros,
Porque poneis pension hasta á los perros.
¿Qué mas han menester, aquí *inter nos*,
Que tener presidente como vos?
Pyrg.—Humillar es preciso su arrogancia,
Y à mi representacion dar importancia.

Escelencia es cosa ya viejísima;
Seré desde hoy Alteza Serenísima.

Min. 2.° —Señor, perfectamente, y decir puedo
Que os viene justo, como anillo al dedo.

Pyrg.—Pues otra cosa mas quiero advertiros,
Y á mis altos decretos añadiros.
No sabe donde tiene las narices
El que murmura à Pyrgopolinices;
Mas haré ver á todo mentecato
Que sé donde me aprieta mi zapato.
A todo periodista escritorzuelo,
Que levantare contra mí su vuelo,
O al que algo diga, sea falso ò cierto,
Desterradlo al momento para un puerto.

Min. 1.° —Serà al punto servido vuestra Alteza,
E irán para Acapulco con presteza,
Los que no digan que sois un *querub*,
Que vino al mundo en medio de una *nub*.

Comenzaron inmediatamente los figurantes y saca-muertos á sacar á los vivos del último rincon y ¿por qué? Porque uno dijo: la cosa anda mala. Otro: he oido decir que se va su Alteza, &c., y hubo una *desmocha* que fué necesario echar el telon.

E.—¡Qué bien se le habian subido los humos al maestrito! Pero ¿cómo lo sufrian?

G.—Porque sabia adular sin decirlo, á ciertas clases de personas que son muy influentes en el pais.

E.—¿Quiénes son esas gentes perversas?

G.—Unas que se mueren por ponerse bordados y galones para figurar, ya que no con realidades, con apariencias. Otras que quieren parecer devotas; y en general los pancistas, aspirantes y saltimbanquis, que no pienses que son siquiera el uno por ciento, sino el ciento por uno, pues ya sabes que el número de los locos y los pícaros es mucho mayor que el de los cuerdos y hombres de bien. De aquí fué que se galonearon y bordaron los gefes hasta los porteros. El monte calvario era un pobre en comparacion del pecho de Pyrgopolinices, segun estaba lleno de cruces y crucecitas, de suerte que muy bien podian andarse en él las estaciones, y aun sobrarian muchas cruces! Qué bueno habria sido crucificar en ellas á muchos individuos, que *no es por alabarlos*, pero lo merecen como las ánimas un responso, á lo ménos alguno muy parecido á Pyrgopolinices.

E.—¿Quién era ese?

G.—Un estrangero que vino aquí dándose mucha importancia, y á quien Pyrgopolinices hizo guía de sus guías, esto es, lo hizo gefe de los cómicos que tenia preparados para que lo acompañaran en los trances peligrosos. Este tal tenia en el pecho tantas cruces como aquel individuo, de manera que podia aplicárseles aquel verso de no sé quién, que dice:

Diez años viajó Carballo
Con una eficacia tal,
Que no hay un viajero igual,
A escepcion de su caballo.

E.—No ha estado muy cortés la comparacion.

G.—Eso es conforme se quiera entender. Yo nada digo en cuanto á caballos, sino solamente en cuanto á cruces, y ciertamente el tal estrangero era el mas crucificado despues de Pyrgopolinices. ¡Qué bien habria salido, que á ellos, y á otros como ellos, los hubieran fijado en sus mismas cruces!

E.—¡Ojalá y lo hubieran hecho! Pero no en esas crucecitas, sino en unas de encino, ó de mezquite, y con unos clavos de yantas de coche. Pero ¡qué! ¿ya se acabó la comedia?

G.—¡Qué se ha de acabar! si no vamos ni á la mitad. Falta lo mas bonito, y lo mas doloroso.

E.—Pues vaya. Cuéntamelo.

G.—¿Quién tuviera la elocuencia de Demóstenes ó de Ciceron, ó siquiera la de Quevedo, aunque burlesca, para pintar dignamente esta nobilísima escena?

E.—Me has sorprendido con tu ecsordio, y has aumentado mi curiosidad.

G.—Pues estame atento, porque voy á referirte una cosa digna de representarse en Francia, en Inglaterra, en la misma Roma, turum, tururum, tum, tum. La resurreccion de una Orden difunta hace

algunos años, que dejó atras á la de la Jarratiera, á la de San Jorge, á la de San Luis, á la de Cárlos III, á la del Toison de oro, y á cuantas Ordenes hay, ha habido y habrá, inclusa la de las hermanas de la caridad.

E.—Deja de preámbulos, y cuenta lo que es, y no me estés alborotando las ganas de saberlo.

G.—El teatro representaba un templo lleno *ex omni genere piscium.* Allí habia hábitos clericales, frailares, uniformes bordados, galoneados, charreteras, casacas y mantillas; pero ni una chaqueta, ni un rebozo, aunque se hubiera buscado para un remedio y muchos soldados muy bien vestidos, tanto que el uno parecia un Luis XIV, otro un Federico II, rey de Prusia, todo para la resurreccion de una Orden que allá treinta años fundó un cómico difunto que separó este teatro de otro á que antos estaba subordinado,

E.—Pero, ¿para qué era mostrar tanto aparato?

G.—Pyrgopolinices quiso imitar á los zánganos del panal, que nos cuenta una fábula, los que haciendo honras suntuosas á una abeja muy laboriosa, qne habia habido, querian adquirir reuombre de animales trabajores, cuando ellos no eran mas que unos flojos inútiles é inservibles.

E.—No hagas mas comentarios. Vamos á la sustancia.

G.—Pues ahí tienes que reunidos todos peroró Pyrgopolinices en estos términos:

Ilustres personages
De varias formas, de distintos trages,
Que me escuchais atentos,
Atended, os suplico, à mis acentos.
Los reyes estrangeros
Han hecho sus renombres duraderos,
Dejando su memoria
Consignada en los hechos de su historia,
Y muchos de ellos han establecido
Algun Orden escelso y distinguido,
Que en los tiempos futuros
Sus nombres dejen firmes y seguros.
Yo, pues que en esta grey
Si monarca no soy, soy *medio rey*,
Intento en mis comedias
Establecer una Orden, aunque à medias;
Porque ya el gran cómico difunto
Anticipò este punto
A mis deseos régios pontificios,
Que yo quisiera bien, que mis patricios
Me tuvieran de esta Orden por autor;
Pero solo he de ser restaurador.
Y por ahora por eso me contento,
A bien que no es dificil que el momento
Llegué, si lo permite así la Parca,
En que me proclamais vuestro monarca.
Entónces darè fin
Fundando el órden de San Patintin.

Min. 1.° —Todo, señor, està muy dispuesto;
Hacednos, por favor, saber el resto.

Pyrgop.—El manto será azul con forro blanco
Y para que se vea que soy franco,

Las grandes cruces, tengan ó no apuros,
Al punto pagarán trescientos duros;
No mas doscientos los comendadores,
Y cien pesillos los demas señores.
Llevarán en el pecho colocada
Una bonita cruz, de oro, esmaltada;
Y como aquí, advertis
Que nada bueno se hace, allá en Paris
La harán aquellos sabios fabricantes
Bien hecha, y adornada de diamantes.

Min. 2.° —No una cruz; llevarémos un calvario
Y enredados tambien en un sudario
Irèmos, si así place
Y su gusto real se satisface
A vuestra ínclita Alteza,
Que ha preparado tan bonita pieza.
A todos los cofrades les avisen
Que tendrán una cola que les pisen.

Así lo hicieron las comparsas mejor de lo que les dijeron. Solo dos no convinieron en el alto nombramiento. El uno, que era medio retobado, contestó no sé que chuscadas, y para cubrir el desaire, se le dijo que por equivocacion se le habia nombrado, y como tenia bienes con que subsistir se marchó fuera de la república, y todavía anda por ahí voluntariamente espatriado. El otro, que es de un genio pacífico, se negó humildemente con un motivo muy honroso; pero ni *por esas*, la pagó bien pagada, porque le quitaron el empleo que te-

nia, apesar de que era de eleccion popular, y aunque despues se lo volvieron, fué despues de haberlo tenido un año á *racion de hambre.*

E.—Conocieran por esperiencia, que *cum potentioribus ne prœliamini*, aunque tengais razon. Pero hasta ahora no me has dicho mas que el programa de la funcion. No me dijiste que el teatro representaba una iglesia. Ese programa se representó en ella. Para eso concurrieron tantos diplomáticos, tantos empleados, tantos aristócratas, tanta gente decente, tanto soldado?

G.—Dices bien, no me acordaba por donde habia empezado. Voy á contarte la instalacion de la Orden.

E.—Pues anda. Cuenta aprisa, y no te detengas en digresiones.

G.—Voy á darte gusto, para lo cual has de advertir que lo que se hizo en la iglesia fué una escena muda. Allí nadie chistó, apénas un sacerdote echó una bendicion. Despues se repartieron unos recibos....

E.—¿Cómo recibos?

G.—Los diplomas de los cofrades; pero como á cada una se daba conforme á lo que habia pagado, por eso los llamo recibos; así que unos recibos eran de 300, otros de 200, y otros de 100 pesos. Se repartieron, y despues se fueron todos los cómicos á *sacar la tripa de mal año* en un gran al-

muerzo que se les habia preparado. Pero no es eso lo mas bonito, sino que todos los caballeros fueron descolados.

E.—¿Cómo es eso de descolados?

G.—Sí, porque por mas que corrieron los laca-

yos, por mas que se desvelaron los sastres, no pudieron hacer mas que uno ú otro manto, y si hubieran ido unos con manto, y otros sin él, habria dicho, ó pensado siquiera la concurrencia, que estos eran escribientes de aquellos.

E.—Y despues del almuerzo, ¿qué sucedió, se quedaron á dormir allí?

G.—No faltaba mas, ¿en dónde habia de caber tanto caballero y concurrente? Habria sido necesario que la mayor parte durmiera en la plaza, en el suelo duro, como sucedió en el saqueo del año de 1828, con la mucha gente que se refugió á ese lugar. No, señor, no se quedaron, sino que se vinieron *pian, pian.*

E.—¿Estaria bien larga lo procesion?

E.—Y cómo que lo estaba; pero aunque sea por vía de paréntesis, voy á contarte un diálogo que oí entre una criatura y su mamá.

E.—Vaya cuéntamelo.

Criatura.—Mamá, mire V. cuanto *forlon.*

Mamá.—Se dice coche y no forlon.

Criatura.—Y en aquel coche que va allí, muy bonito, con muchos soldados de á caballo alrededor ¿quien irá?

Mamá.—Su Alteza Serenísima.

Criatura.—¿Qué Alteza? ¿Sera altezo? No vé V. que es hombre, y no muger.

Mamá.—No es un tratamiento que se dá tanto á los hombres como á las mugeres, y solo cuando se les escribe se pone al principio: Serenísimo Señor.

Criatura.—¿Pues ese señor es cabo de serenos?

Mamá.—¿Por qué, muchacho?

Criatura.—Porque cuando yo oía decir Serenísimo, me parecia que se hablaba de un serenote muy grandote que era el cabo de ellos.

Mamá.—No, Alteza Serenísima es tratamiento que se dá á los príncipes.

Criatura.—¿Luego ese señor es príncipe?

Mamá.—No lo es, pero él se lo cree, y piensa que no le faltan mas que dos dedos para rey.

Criatura.—Pues cree mal, porque no le faltan dos dedos sino un pié.

Mamá.—Qué pié ni qué nada! Cállate la boca.

Criatura.—Sí, mamá. ¿No fué el que me señaló vd. al salir de la iglesia? Lo ví muy bien, le falta una patita.

Mamá.—Cállate, cállate. Allá en casa hablarémos.

E.—Bien, bien, concluyó la procesion. Vamos á otra escena.

G.—Ahora sigue un entremes.

E.—Vamos á verlo.

G.—A uno de los ministros entró la negra envidia, sin duda, y dijo. ¿Por qué Pyrgopolinices ha de haber restaurado una Orden y yo no he de restaurar otra? Inmediatamente juntó á unos cuantos individuos, y les habló así:

Hace algun tiempo, señores,
Que hubo una corporacion
Que tenia de mil colores

En la cabeza un morrion.
Yo la miro tan extinta,
Que parece que ahora empieza,
Y apénas hallo cabeza
En que haya una ú otra pinta.
El morrion es blanco, y poco

El que ha quedado, y yo creo,
Que sin un grande rodeo
Esta institucion retoco.
Como la piedra primera
Pondré un número bastante,
Que estimule al estudiante

A cubrirse la mollera.
Representará un jardin
Tanto cerebro pintado
De azul, verde y encarnado,
Amarillo y blanco en fin.

E.—Señor D. Gallo, tenga vd. mucho cuidado, porque me parece que me va á dar otro tijeretazo, y serán dos que llevo.

G.—Qué hemos de hacer, no hay mas que aguantar; si á alguno le pican mis palabras, que haga *lomo*, como los que cargan una cosa pesada. Yo hablo en general, no lo digo con intencion de agraviarte.

E.—Has lo que quieras, porque tú mismo me has dicho alguna vez: *que cuando la perra es brava hasta á los de su casa muerde.*

G.—Ahí tienes que él mismo se nombró gefe de la corporacion, y á todos aquellos que le pareció que tenian frescas las cabezas, les recetó un gran bonete con que se cubrieran; item, una valona de terciopelo y una sotana negra. Los bonetes y las valonas eran de igual color en cada persona; y tienes que solo faltaron dos colores para que saliera un arco íris, pues unos eran blancos, otros verdes, otros encarnarnados, otros amarillos, otros azules, y quedaron todos monísimos, monísimos.

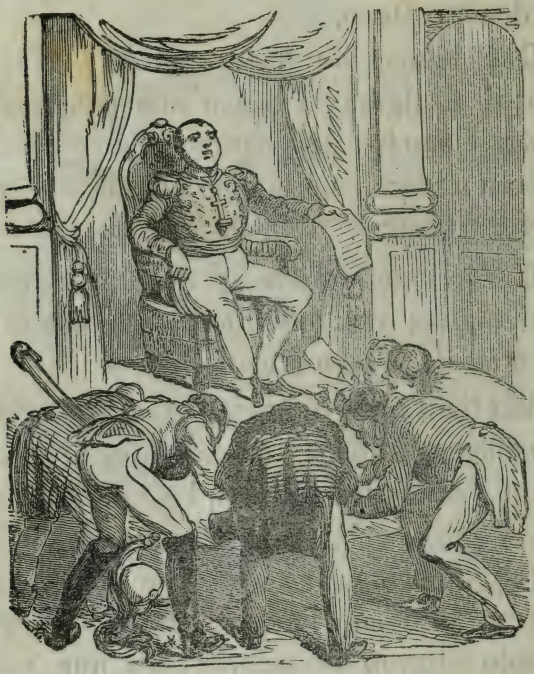
E.—Y ¿cómo se llamaba esa comedia?

G.—*El estudiante de dia y galan de noche.*

E.—Quedo enterado, y el ministro obró con mucha consecuencia, porque

Regis ad exemplum totus componitur orbis.

Pero ¿ya se acabó la comedia del soldado fanfarron?



G.—Esa comedia ya concluyó; pero sigue una escena del *Oso y el Bajà.*

E.—Veamos esa escena.

G.—¿No te acuerdas de que en el Oso y el Bajá

está este viendo bailar á unos muchachitos, y porque le cayeron en gracia los hizo pilotos de sus navíos?

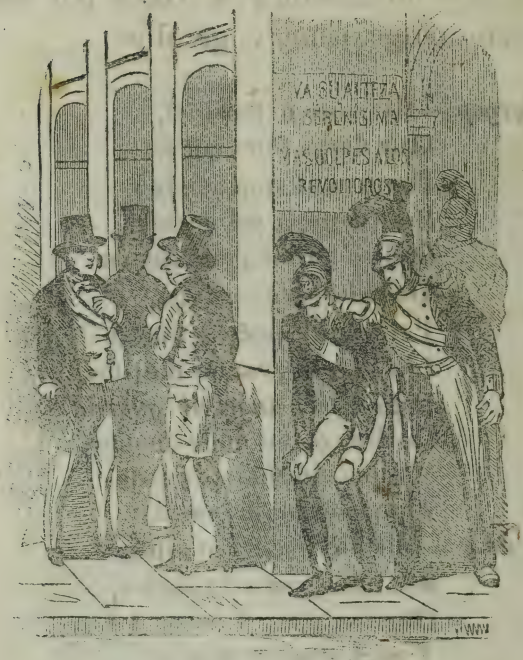
E.—Sí me acuerdo, y muy bien.

G.—Pues haz de cuenta que ya viste á Pyrgopolinices. Por cosas que no merecian premio daba los que se le antojaban, y à veces por cosas que merecian castigo, como v. gr. dijo:

Pyrgop.—Mi corazon paternal,
Que desea con empeño
Dar á cada uno lo suyo,
Sea tuerto, á sea derecho,
Quiere oir las pretensiones
De todos estos sugetos,
Para saber quiénes tienen
Los mas relevantes méritos.
Diga usted, *ángel de guarda,*
Cuáles son los fundamentos
En que cimentarse pueda
Algun razonable empleo.

A. de g.—Mis mèritos, gran señor,
Son altos, son estupendos,
Oígalos, pues, Vuestra Alteza,
Y verà si acaso miento.
Yo soy el adulador
Mas grande que en estos tiempos
Haga con todo descaro
Muy buena barba a su dueño.
No tengo ni por asomos
Gota de piedad en el cuerpo,

Y para servir a un déspota,
Soy el mejor instrumento.
A mi padre, á mi muger,
A mis hijos y á mis nietos
En la Acordada ó Santiago
Pondré, si conviene hacerlo.
Mejor que un perro de caza



A los conspirantes huelo,
Y los saco, aunque se escondan
De la tiera allá en el centro.

Pyrgop.—¡Recomendacion magnífica!
Te hago desde este momento

Gefe de mi policía,
Pero en el ramo secreto.
A ver otro pretendiente

Uno.—Yo, señor, aquí me encuentro,
Mas no tengo que alegar,
Sino el mérito supremo
De ser hoy de vuestra Alteza
Aunque indigno, humilde suegro.

Pyrgop.—Ese mérito que alegas
Es mas grande, mas escelso,
Que el de aquel descubridor
Del americano suelo.
En los Estados-Unidos,
Ser ministro te concedo
A ver otro, que ya es tarde
Y mucho que hacer hoy tengo:
Despachemos prontamente,
Que detenerme no puedo.

Otro.—Señor, yo soy un muchacho,
Esto es, *no soy mas que perro*
De vuestra alteza pariente,
Y no digo mas, *laus Deo.*

Pyrgop.—De Veracruz empleado
Por pariente te concedo,
Y porque servir no puedes
Perfectamente el empleo,
Te nombraré un sustituto
Qué allà desempeñe el puesto,
Y recibirás la *mosca*,
Que te hará muy buen provecho.
Y por ahora ha terminado
Esta audiencia, en que en estremo

He observado la justicia
Con prudencia y con acierto.

Así acabó esta detestable escena, y como ella se hicieron otras muchas, que seria enfadoso repetirte.

E.—Haces bien, ya por ese principio conozco lo que habrá habido; pero lo que me hace fuerza es, que sufriendo la nacion tantos y tan gravísimos males, no hubiera un atrevido, que se le echara á las barbas á Pyrgopolinices, lo agarrara del copete, y lo arrastrara por las calles.

G.—Y cómo que hubo, ahora va á entrar la parte mas triste y dolorosa. Aquí entra la *juida* del gallo.

E.—Cuéntamela, porque tengo mas gana de saber eso que cuanto me has dicho hasta ahora. Lo que siento es que se huyera, y no que lo ahorcaran; esto habria sido muy ejemplar para todos los malos cómicos.

G.—Pero, ¿con qué palabras podré pintarte tan lastimoso cuadro? Ya me acuerdo. Comenzaré con la traduccion que hizo D. Gregorio Hernandez de Velasco, del segundo libro de la Eneida de Virgilio.

Màndasme renovar, hombre escelente,
La horrible historia, y el dolor infando
Como el oro de México, y su gente

Destruyó el gran furor de aquel vil bando:
Los tristes casos á que fuí presente
Gran parte de la pérdida probando,
¿Cual Mirmidon, cual Dolope, ó soldado
De Ulises tal diria lastimado?
Y ya va la noche húmeda huyendo
Apresurando su ligero vuelo,
Al sueño nos están ya persuadiendo
Las estrellas que bajan ya del cielo;
Mas pues en tí tan gran deseo entiendo
De oír en breve suma aqueste duelo,
Aunque rehuse el llanto la memoria,
Comenzaré la desgraciada historia.

E.—De que empiezas con tus digresiones, no hay quien te contenga. ¿Por qué no cuentas sencillamente los hechos?

G.—Porque cada cosa tiene su modo de contarse. ¿Cómo quieres que cuando voy á contar *la caida de Luzbel*, esté tan festivo como si fuera á contarte el casamiento de Tétis y Peleo?

E.—Bien está. Cuenta como quieras; pero te suplico que ahorres las digresiones lo mejor que puedas.

G.—Así lo haré, y por ahora te diré, que como era imposible que aquí hubiera un pronunciamiento porque estaba Pyrgopolinices rodeado de toda su compañía, á la que mantenia decentemente á *costillas* del prógimo, fué necesario que la revolucion viniera de la circunferencia al centro.

E.—Esto era muy natural cuando no podia obrarse en la capital.

G.—Los pronunciados no tenian los brazos tan largos que pudieran á mas de cien leguas de distancia agarrar del cogote al comiquillo déspota, y así fué necesario contentarse con echarlo de aquí,

porque viendo que no podia sostenerse, era necesario que abandonara el puesto.

E.—Pero ¿por qué no salieron á esperarlo en el camino?

G.—Porque los pronunciados estaban muy diseminados, y ademas Pyrgopolinices procuró por último engañar á todo el mundo. Dijo que iba á Jalapa á no sé que bagatela, despues que pasaba á Veracruz, á otra friolera, y ya que estuvo allí tomó un barco, se encajó en él, y nos dejó *á buenas noches.*

E.—Bonito pillo embustero es el tal cómico.

G.—Añade que se decia como cosa segurísima, que habia un pacto entre él y los ministros para que todos corrieran una misma suerte. Así fué que ellos continuaron impávidos en sus respectivos destinos hasta que no supieron que se habia embarcado y los habia dejado en la *pelaza.*

E.—Y qué ¿ellos no conocieron el engaño?

G.—En esto conocerás lo hábil que son. Luego que supieron el fatal desenlace, empezaron á correr de aquí para allí, como ratas atarantadas, y aun perseveran metidos en sus agujeros, que como ya conoces la generosidad de los mexicanos, si los hubieran cogido la noche del pronunciamiento los hacen *añicos*, así como lo hicieron con los muebles; pero despues no se han acordado de ellos, si no es para maldecirlos.

E.—Qué lastima que no los hubieran *pescado* la noche del pronunciamiento!

E.—Entónces, sí, que *pelan patos.* Se me olvidaba decirte que Pyrgopolinices recogió los mejo-

res cómicos que tenia para que lo acompañaran hasta Veracruz. Entre ellos á aquel cómico estrangero de las muchas cruces que le servia de guía, y esto tambien impidió que lo cogieran en el camino; si no ha sido así, lo pillan aunque hubiera ido por el *santo óleo.*

E.—Muy bien. Estoy impuesto en todos los antecedentes. Veamos ahora la revolucion.

G.—Comenzó en el Sur. Allí hay un cómico antiguo á quien no gustaban las comedias que representaba Pyrgopolinices y se pronunció contra él. Su primer ministro le dijo:

Min. 1. —Sepa ya vuestra Alteza Serenísima
Que los cómicos viles é indecentes
Que habitan en el Sur, se han pronunciado
Con todas sus comparsas y su gente;
Será bien que su Alteza los reprima,
Y que con su castigo, para siempre
Sin meterse en *dibujos* ni episodios,
Todos los revoltosos escarmienten.

Pyrgop.—Dices bien, mi ministro: manda al punto
Juntar los cómicos que hay aquí presentes;
Con ellos iré al Sur, y he de traer
Su lengua en triunfo, y tambien sus dientes.

Min. 1.º —Cuidado, mi señor, porque ese pillo
Da luego unas mordidas, que bien puede
Cuando no lo espereis vos, arrancaros
Esa otra pata que medio buena tienes.

Pyrgop.—No, no tengas cuidado, si conmigo
Ninguno en este mu o jugar puede.

S' no, lo verás ahora: Batallones,
Armas á discrecion, marchen de frente.

Salió de aquí su Alteza Serenísima hecho un pinpollo, aunque cojeando, para el Sur. Los ministros quedaron con tanta boca abierta esperando las cabezas de los cómicos pronunciados para comérselas, como si fueran las asadas en horno de san Antonio Abad; pero se quedaron con su boca abierta.

E.—Es decir, que no tuvo buen resultado la campaña de su Alteza.

G.—¡Qué habia de tener, si de milagro escapó! Fué recibiendo convites por el camino, los cuales lo daban sus paniaguados. Inició la campaña, y en vez de traer los dientes del pronunciado, luego que encontró un flanco por donde escapar, se vino con la cola entre las piernas.

E.—Cuánto habria yo apreciado, que le hubieran arrancado la otra pata, ó siquiera el pescuezo.

G.—Muy bueno hubiera sido; pero no se pudo, y aunque no trajo ni un cabello de sus enemigos, lo recibieron los ministros en triunfo. Hicieron un arco en la plaza mayor, y por él *desembarcó* su Alteza, con un continente tan magestuoso, como si hubiera sido un general romano, que hubiera triunfado de los Medos y los Partos. Apesar de este no merecido glorioso triunfo, la revolucion

estaba cada dia mas pujante, de manera que su primer ministro le dijo:

Min: 1.° —Señor, los revoltosos *hacen letra*
Y nosotros no hacemos ni *palotes;*
Si no les detenemos sus avances

Se sepulta en el polvo nuestro nombre.
Un nuevo comiquillo en Acapulco
Ha *secundado* las ideas atroces
Del cómico del Sur, y me parece
Que va haciendo progresos muy enormes.
Otro ecsiste en Morelia pronunciado,

Y seria muy bueno fuera acorde
Su nombre con la pena que merece
Por revoltoso, infame y sansculote.
Item mas, hay otro en Monterey
Que no se *tienta el pecho*, y se dispone
A hacer una visita á vuestra Alteza,
En lo que pienso no estaréis conforme.

Pyrgop.—De todos los malditos pronunciados
Este es quien me desvela dia y noche;
Pero voy á mandar allá unos cómicos
Para que muerto ó preso *lo desmochen.*

E.—Y ¿se verificó?
G.—Sí, como ahora llueven chorizos.
E.—Pues ¿qué sucedió?
G.—Los versos lo dirán.

Min. 1.° Señor, nos ha salido mal la cuenta;
Ese de Monterey ha derrotado
Al cómico que su Alteza le dispuso,
Para que sin tardar fuera á matarlo:
La criada se ha vuelto respondona,
Y el que su Alteza despachó, un porrazo
Ha llevado tan bueno que no acierta
Ni á respiras segun este lo ha dejado.
Ya la lumbre, señor, nos anda cerca
De nuestros *aparejos*, y tronamos
Si con presteza no nos prevenimos
Para evitar que demos costalazo.

Pyrgop.—Todo, todo lo veo, y juntamente
Lo siento, sin que pueda remediarlo;

Pero me está ocurriendo un pensamiento
Con que saldrémos pronto a *paz y salvo.*

Min. 2.º—Y cuàl es, serenísimo señor?
¡Ojalá y el talento despejado
De vuestra Alteza, hallara algun arbitrio
Que pudiera sacarnos de este charco!

Pyrgop.—Muy fácil me parece, porque el pueblo
Es un solemne bobo y mentecato,
Con que yo juego segun me conviene,
Tornándolo de arriba para abajo.
Id vosotros, y al punto haced que todos
Los consejeros vengan á palacio.
Y les preguntarémos lo que opinen
En cuanto á gobernarnos como antaño.

Vino el consejo, se reunió, y opinó porque se diera una constitucion; solo dos ó tres votos hubo porque siguiera su Alteza gobernando como hasta aquí.

E.—¿Por qué no se dió la constitucion?

G.—Porque *in hoc tugurio aliud, dicunt, et aliud factiunt.* Este señor serenísimo es como Cárlos XII, rey de Suecia, que consultaba á sus ministros, únicamente para ver si les gustaban sus proyectos; pero una vez que el conde Piper le dijo, que si no habia de hacer lo que le consultaban los ministros no los tuviera, le respondió:

Eso no; los necesito
Para saber su dictámen,
Piper, pero ya sabido,

Si no me parece bueno,
Volveré á seguir el mio.

Eso mismo hacia su Alteza serenísima, consultaba únicamente para que le aconsejaran lo que queria, y si le decian otra cosa, los echaba á pasear continuaba haciendo su gusto.

E.—Ese es muy bonito modo de gobernar.

G.—Así salió ello, que llevó un susto S. A. que hasta la tierra perdió.

E.—Pues ¿qué sucedió?

G. Juntó á todos sus ministros y les dijo:

Ya escampa y llueven guijarros;
Los pronunciados indignos,
Por todas partes pululan
Como si fueran mosquitos.
Estos sin duda nos *pescan*
Si no estamos prevenidos,
Y si llegan à cojernos
No doy *tlaco* por mí mismo:
Toda la circunferencia
Han inundado esos pillos,
Y el círculo van cerrando
Para cojernos vivitos.
Si tal cosa sucediera
¡Miserable Serenísimo!
Buena colgada llevaras
En medio de tus ministros.
Que escape por donde pueda
Cada uno será preciso,

Porque en esto de *forcarnos*
No estamos por el artículo.
Ya para salir afuera
No me queda otro camino
Que Veracruz; sin embargo,
No carece de peligros.
Porque hay allí un sansculote
Que ha manifestado un ahinco
Terrible por agarrarme
Y hacerme dos mil añicos.
No le prenderá ese cohete,
Porque no soy algun niño,
Que sin ver los resultados
Obra sin prudencia y tino.
Me llevaré mis farsantes
Y à su estrangero caudillo,
Que me libre con sus guías
De todos mis enemigos.

Min. 1.° —¿Qué hemos de hacer, gran señor?
Así lo quiere el destino:
No hay mas que *plegar la frente,*
Ya que no queda otro arbitrio.
Poneos en salvo al punto,
Pues yo, señor, imagino,
Que si os agarran los viles
Os harán un *estrupicio.*

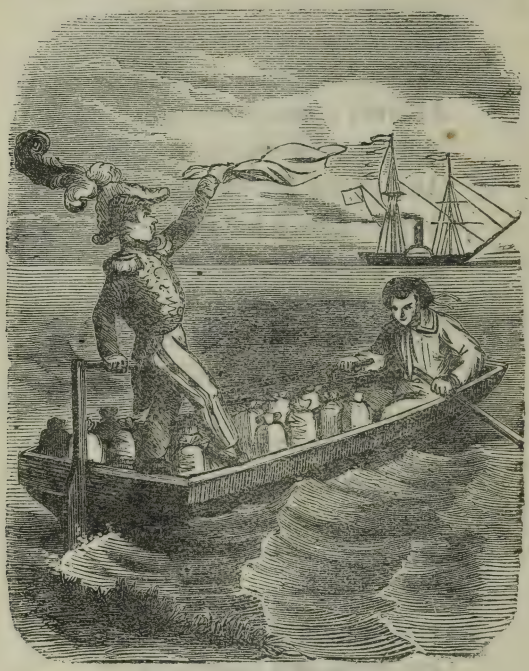
Pyrgop.—Por esto, socios amados,
De vosotros me retiro
Con lágrimas en los ojos,
En el pecho con suspiros.
Solo un dolor me atormenta
Lo mismo que un tabardillo,

Y es, que fusilar no pueda
Media docena de bichos,
De estos que se han hecho gefes
Del revoltoso partido,
Y en todas partes proclamen
De libertad el principio.

Min. 3.º —Vuestro dolor es justo,
Pues seria un buen castigo
Para escarmiento de todos,
Ahorcar á cuatro ó á cinco.
Mas no se apure su Alteza
Que yo les dejo un *huesito*
Que tendrán para roerlo
Que buscar nuevos colmillos
Dejo de comercio el código,
Derecho administrativo,
Código de bancarotas,
E. plan de estudios prolijo,
Y la libertad de imprenta,
Que no es poco laberinto,
Con que podrán enredarse
Sin encontrar nunca el hilo:
Consuélese vuestra Alteza.
Desde ahora profetizo
Que entre tanto periodista
Ha de haber escritorcillo,
Que por un triste periódico
De á cuartilla, un caramillo
Levantará prontamente
Al mas honrado individuo.

Pyrgop.—Todo esto algo me consuela:
Pero, amigos, es preciso

Que el pié de que uno cojea
No conozca el enemigo.
Aunque en un atolladero
Nos encontramos sumidos,
Es necesario echar *roncas*,
Bravatas y desafios;



No digais que yo por miedo
Me separo de este sitio;
Sino que voy á Jalapa
Y no mas, á ser padrino
De esto, de aquello, de lo otro,
Y á la Veracruz lo mismo:
Llegando me embarcaré

En el golfo cristalino,
Siempre con mis tecolines,
Que mas que á mi vida estimo,
Y me meteré en Turbaco
Por los siglos de los siglos.

Todos los M.—Amen, amen, y acabada
La historia del Gallo *juido*,
Público, solo te pido
Des una palmoteada.

G.—Así, señor Erasmo, acabó la comedia del Gallo y tambien acabo, porque ahora creo que sí me despedido para siempre de tí. Haz de cuenta que ya estoy en *Santa Paula.*

E.—Pero ¿por qué, querido Gallo, te das por muerto, ántes de que se te arranque?

G.—Porque ya falta poco para arrancárseme, y en el poco tiempo que me queda, apénas lo tendrémos para llorar tú y yo.

E.—¿Por qué unos pronósticos tan tristes?

G.—Porque no es nada alegre lo que estamos viendo.

E.—Yo no veo mas que paz octaviana por todas partes.

G.—Dí, mejor, como cierto amigo jocoso, *anárquía octaviana.* ¿No ves que esa que llamas paz, es una verdadera anarquía? ¿No vez la república casi desunida; ó á pique de desunirse? Muchas revoluciones ha habido y en ninguna se ha veri-

ficado quede la nacion acéfala por tanto tiempo. Amigo mio, aquí hay gato encerrado. Ya ves que no hay con quien entenderse en asuntos diplomáticos y generales. Se ha igualado al Distrito con cualquier territorio, qne es lo peor que puede haberse hecho. Está toda la república á merced de unos cuantos gefes: que no parece que estén en todo muy acordes. ¿Qué resultará de todo esto? Dios lo sabe. Si resulta un bien, que lo dudo, ¿para qué sirve el pobre Gallo? sí resulta un mal, que lo temo, no digo el Gallo, pero ni leones rampantes serán capaces de componerlo. Con que así, á Dios, y no te olvides de tu sincero amigo. Yo voy á vivir el poco tiempo que Dios quiera, y así que tuerza la colita, veré en donde me acomodo; Dios permita que ya entónces encuentre un verdadero y patriota mexicano en que pueda hospedarme.

E.—Pues á Dios, y no sabes el pesar con que me quedo, porque no sé cuando volverás á divertirme con tus conversaciones.

G.—Es preciso conformarse con el destino. Acuérdate de aquellos versos de Metastasio, que alguna vez te he dicho:

Cuando tan clara
Y terminante es la órden
Que de los Dioses viene,
Rendir la frente, bedecer conviene.

EL GALLO PITAGORICO.

(RELIGION Y FUEROS.)

DIALOGO ENTRE EL GALLO Y ERASMO LUJAN.

ERASMO.—¿Qué te ha sucedido, Gallo? De dónde vienes tan ridículamente vestido? Vienes de algun baile de Piñata?

GALLO.—¿Cómo es eso de ridículamente vesti-

do. No ves que vengo vestido de moda? Yo no vengo de ningun baile de Piñata, sino de conversar con grandes personajes, que me regalaron estos arneses, de que me ves adornado.

E.—Cuéntame qué personajes fueron, porque ya moviste mi curiosidad.

G.—Voy á satisfacerte. Encontré al *Omnibus* cargado de gente....

E.—¿Y esos son grandes personajes con quienes has conversado? Muy bien lo has hecho: iria cargado de *leperocracia*, *aristocracia*, *teocracia*, de tirios y troyanos, porque el *Omnibus* no se para en pelillos; á todo el que le suelta la bolsa, lo acoje como si fuera su hijo.

G.—Por vida tuya que te calles la boca, y me dejes hablar; si no, me iré.

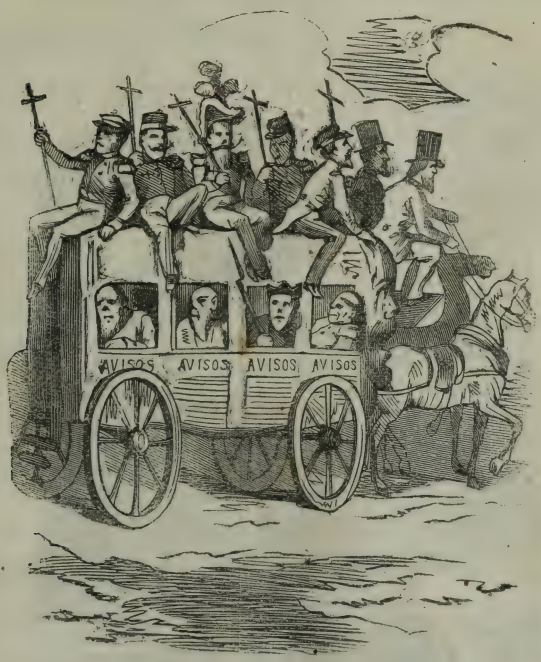
E.—No te enojes, Gallito, fué un arrebato de mi gênio, perdónamelo, y cuéntame lo que quisieres.

G.—Bien, te perdono, y vamos al caso. Encontré al *Omnibus* lleno de grandes personages, que si te los nombro quedarás confundido entre el respeto y la sorpresa.

E.—Quiénes eran: dímelo pronto, porque no me gustan circunloquios.

G.—Eran, en primero y principal lugar, el señor cura de Zacapoaxtla, y despues un número crecido de generales, cuya lista es mas larga que

la procesion de Córpus. Con decirte que iba apretado, y hasta en el techo de él iban tantos militares reaccionarios, que era preciso que fueran agarrados unos de otros, porque si no, en cu quier salto del *Omnibus* podian caer y hacerse pedazos



las cabezas. A mas de que el *Omnibus* no era de muy buena madera, y los caballos muy flacos.

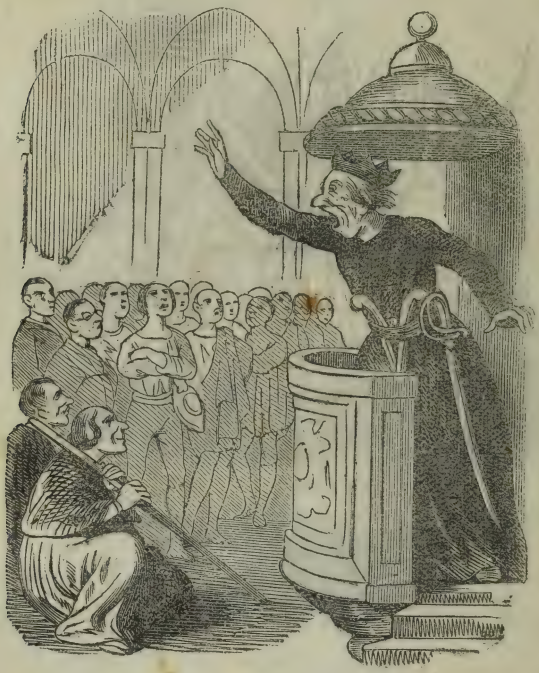
E—.Buen trabajo tendria el pobre cochero para dirigirlo.

G.—No amigo, si al cochero lo qué importa es

que ande, que paguen los viageros, y aunque se caigan y se los lleve Júdas, muy poco cuidado le dá.

E.—Muy filantrópico debe de ser el cochero.

G.—¡Filantropía! Conque hay curas que no la tienen, y quieres que la tengan los cocheros.



E.—¿Cómo es eso que hay curas que no tienen filantropía. No ves que aunque sean de génio irascible, su mismo carácter los contiene, y los hace pacíficos y caritativos?

G.—Pues ahí tienes al cura de Zacapoaxtla, y á los demas que se ingirieron en la ridiculísima revolucion de Puebla. *¡Bonita paz, bonita caridad!* Andar predicando para que los pobres indios sus feligreses, se espusieran á los peligros de la guerra y la muerte!

E.—Pero eso lo hacian por sostener una causa que reputaban religiosa.

G.—Yo quisiera que vdes. los católicos me indicasen un lugarcito del Evangelio, aunque fuera de un renglon, en que se designaran los casos en que puede hacerse una guerra para sostener algun punto de religion, y mucho ménos para que los eclesiásticos la anden capitaneando y armando. Acuérdate de lo que hicieron tantos mártires, y sobre todo el santo ejemplo de la legion Tebea.

E.—Como tú estás criado entre idólatras, nada sabes de nuestros moralistas. Dejemos ese punto y vamos á ver lo que platicaste con dichos señores; pero dime ¿quién era el cochero?

G.—Eran dos, no sé sus nombres; lo único que me dijeron fué que eran los dueños del *Omnibus*, y al mismo tiempo lo dirigian como sus conductores, y que á lo que aspiraban era á sacar sus ganancias *seguras*, y como tenian pocos pasageros que quisieran caminar en su carruage, cuando habia algunos que quisieran viajar lo llenaban de

gente, aunque se rompiera, y los caballos solo anduvieran á puros chicotazos.

E.—Bien, veamos la conversacion que tuviste con ellos.

G.—¡Oh! Es una conversacion muy larga.

E.—Mejor, pasarémos el rato, ya que no tenemos por ahora que hacer.

G.—Pues escucha este diálogo que pasó al pié de la letra.

E.—Diga vd., señor Gallo, que ya escucho.

G.—Ví venir el *Omnibus*, y lo conocí luego luego; la gente que venia en él tenia las caras bien cubiertas, apénas se le veian los ojos, y el bonete del cura, que sobresalia entre todas las cabezas. Yo les grité:—Cómo va, caballeros, ¿á dónde van vdes?—A Roma, me respondieron; ¿quiere vd. acompañarnos y echar un viage por Europa?—Muchas gracias. Yo nací mucho mas allá, porque soy griego, y me he venido enfadado. Vdes. dirán si tendré ganas de ir á Europa. A mas de que, si como dijo un señor escritor del periódico la *Cruz*, cuyos artículos se insertaron en un tal *Omnibus* que hay en la ciudad de México, los americanos son una nacion de primer órden, España de segundo, Italia de tercero, y Lóndres de cuarto, quinto ó vigésimo; ¿qué voy á ver allá, cuando aquí vivo en la mejor nacion del mundo civilizado? Por mal que me vaya aquí, estoy mejor que allá.—¿Pero ha creido vd. semejantes despropósitos? ¡Vd. que

ha visto tantas cortes!—Señores, *cuando el padre lo dice, sabido lo tiene.* Ademas, nos citó tantas autoridades de Maistre, de Gaune &c., que no dejó que responder, y así no hubo mas que creerlo ó reventar.—Mejor era reventar que creerlo.—Muchas gracias por tan buen consejo. Pero vdes. ¿á qué van á Roma?—A buscar narices.—¿Cómo á buscar narices?—Sí señor. ¿Pues no ve vd. como estamos? —Entónces, amigo Erasmo, se fueron descubriendo y ví, amigo mio, ví

Mens abit, et morior quoties lacrymantis imago.....

E.—Vaya: déjate de latines y sigue tu cuento en estilo llano.

G.—Pues ví unas caras muy largas que parecian bolsas de filtro en que se cuela el café, y lisas todas como las palmas de las manos, sin una gota de narices. Tal me pareció que estaba en un cementerio, y que las calaveras se habian animado.

E.—Pues ¿qué se contagiaron todos del mal de San Lázaro ó de San Antonio?

G.—¡Que mas San Lázaro ni San Antonio, que el pronunciamiento de religion y fueros!

E.—¿Qué tiene que ver el pronunciamiento con la falta de narices?

G.—¡Ay que no es nada! Que todos se quedaron *chatos* (1).

---

(1) Espresion vulgar con que se manifiesta que se salió mal de alguna empresa, pegándose chasco.

E.—¿Qué chulas estarian tantas caras largas y chatas?

G.—Ya conocerás la sorpresa que yo llevaría. Pero no pude ménos que preguntarles: ¿Por qué causa habian quedado en tan tristísima figura? A lo que me contestaron: ¡Que hagas tal pregunta! ¿No adviertes que hemos quedado *chatos* porque el diablo se llevó nuestro pronunciamiento? A lo que repliqué: Me alegro, porque vdes. se engañaron torpemente. ¿No advertian vdes. que ese pronunciamiento no tenia una causa racional: que era el interés de unos cuantos individuos contra toda la república? Hablemos claros; vdes. lo que querian era hacerse héroes, y tomaron ese pretesto, creyendo que el pueblo mexicano era tan fanático como en el año de 810.—Todo puede ser, decia D. Quijote; pero lo cierto es que hemos quedado *chatos*, y vamos á ver si en Roma encontramos narices.—Pero ¿no saben vdes. que hasta por refran se dice: que *á Roma se vá por todo, pero por narices no?*—¿Pues qué hemos de hacer? Es fuerza tirar patadas de *ahogado*.—Vean vdes., Virgilio dice:

Una salus victis nullam sperare salutem.

y vdes., variando las espresiones, pueden decir:

Una salus *chatis*, nullas sperare narices.

Ellos me dijeron muy sérios: Amigo mio, no se burle vd. de la desgracia de unos hombres que desean el bien de la patria.—No me burlo de su

desgracia, sino de su tontera. No veian vdes. que el bien que pretendian, era el suyo y el de unos cuantos individuos contra los intereses generales? —Nosotros no reflecsionamos eso; creimos que nuestro pronunciamiento merecería el voto general. Pero por qué persistieron vdes. en el pronunciamiento despues de tener el voto general en contra?—No sabemos todavía que teniamos el voto general en contra.—¡Ahora estamos en eso! ¿Pues en dónde encontraron apoyo, hombres cándidos? ¿Qué Estados, qué autoridades se adhirieron á vdes? ¿No andaban como quien juega á *casitas de alquilar*. Iban á Guadalajara, y preguntaban: ¿hay casitas que alquilar? y les respondian: *en casa de D. Juan Aguilar*. Iban con Vidaurri, lo mismo: en una palabra, á cualquiera autoridad que se dirigian, les contestaba lo propio. Aun uno ú otro gefe que se adhirió á vdes., mas valia que no se hubiera adherido porque sirvieron para acabar de desacreditar su causa; de suerte que aunque hubiera sido buena, se habria desprestigiado mucho por la clase de defensores: acuérdense de la fábula que dice:

Si el sábio no aprueba, malo;
Si el nécio aplaude, peor.

—Pues amigo ¿qué hemos de hacer? *Sic facta tulerunt:* así lo dispusieron los hados.—Siendo así, los hados quieran que encuentren narices; porque

hablando aquí en confianza, están vdes. feos como unos diablos.

E.—Buena molida les diste. ¿Por qué no los trataste con mas lástima? No sabes que al afligido no debe aumentarse la afliccion?

G.—Bastante lástima les tuve; pero mi conciencia me dice que yo no los molí; ellos solos fueron encadenando la conversacion, y las respuestas iban saliendo por sus pasos contados.

E. — Bien, ¿y aquí acabó todo? Cuenta lo demas.

G.—Los pobres volvieron á embozarse muy tristes, se despidieron de mí, y el cura de Zacapoaxtla me dijo: à Dios, Gallito, encomiéndanos á un santo que sepa hacer narices. En España ha habido hasta dinastías reales muy narigudas, puede ser que haya un santo entre ellas. Yo contesté: no me acuerdo de ninguno; vd., señor cura, que hace tantas cosas ¿por qué no canoniza alguno para que nos lo encomendemos, porque tienen tanta facultad aquí como en Roma? Ay, hijo mio, ojalá y pudiera, ya hubiera hecho que retoñaran las narices, y las tendriamos lo ménos de media vara; pero es necesario que nos conformemos con nuestra desgracia, y aquí, *inter nos*, me parece que nos vamos *chatos* á la sepultura.—Lo mismo creo yo; pero como vdes. dicen que es necesario tirar patadas de ahogado, pataleen cuanto gusten, y Dios

les dé *buena man derecha*, quiero decir, narices derechas.—Dios lo haga, y para que te acuerdes de mí, te regalo mi bonete.—Muchas gracias, señor cura.—Un general me regaló una charretera, otro me dió la otra, uno la banda, otro el baston, otro la espada, y otro su lanza: estas dos últimas piezas me las puse de navajas, aunque las veas truncadas, y heme aquí habilitado como me presento.

E.—Quedaste guapo, no hay duda.

G.—A lo ménos soy un tipo del pronunciamiento. Cualquiera que me vea dirá al momento: *religion y fueros.* ¿No es verdad?

E.—Lo es en efecto; ¿pero ya esos señores se habrán embarcado?

G.—¡Ah! se me olvidaba contarte lo que sobre esto pasó.

E.—Pues cuéntamelo; pero pronto y sin circunloquios.

G.—Cada cual tiene su modo de matar pulgas. Mi modo de contar cuentos es tal, como lo he hecho. Si no te gusta así, lo dejarémos.

E.—No; cuenta como quisieres.

G.—Adelante. Les dije en el tiempo de nuestra conversacion: ¿Cómo se atreven vdes. á ir á embarcarse ahora? ¿No ven que ha comenzado el calor muy fuerte? Tienen que permane-

cer algunos dias en Veracruz, están muy liciados, y si despues de *chatos* les pega un vómito, se volverán calaveras por los siglos de los siglos, y entónces hasta los muertos se reirán de unas calaveras tan calaverísimas.—Ellos me contestaron: ¡Bueno fuera que todo lo perdiéramos! Entónces que nos hagan de una vez nuestra sepultura y nos entierren. Mire vd., Sr. Gallo, sepa que puede ser que ni á Veracruz entremos, sino que llegando á la playa nos embarquemos luego luego.—Tendrán vdes. algun barco preparado?—No, señor, nos hemos de embarcar en el mismo *Omnibus*.—Ahora sé que el *Omnibus* es animal anfibio. Vdes. no solo están *chatos*, sino locos.—Vd. es el loco, porque no sabe lo que habla.—Pero, señores, ¿cómo no he de creer que están vdes. locos, cuando me dicen que van á embarcarse en ese miserable carruage?—Vd. cree eso porque no sabe que tenemos una maquinita, que no tiene otro defecto que ser algo *pesado;* pero es un asombro. ¡Si viera los descubrimientos que ha hecho! Ellos son tan raros, tan estupendos, que nadie, ni nosotros mismos, los creemos; como por ejemplo, que los americanos son una nacion de primera clase en punto de civilizacion, España de segunda, Italia de tercera, y Lóndres de vigésima. Vd. dirá qué serán entonces respecto de los americanos, Prusia, Rusia, Suecia, &c.; sin duda que no cambiariamos estas naciones por nuestro barrio de la Retama, ó de la

Candelarita. ¿Habrá habido en el mundo quien haya hecho un descubrimiento tan grande? Ni Colon, ni Vasco de Gama, ni Américo Vespucio, ni Hernan Cortés, ni nadie.—Es cierto, dije; pero la dificultad consiste en que sea cierto el descubrimiento.—¡Cómo no ha de ser cierto, si cuando el padre lo dice sabido lo tiene, á mas de que hace tantas citas, que es fuerza confesar que esa mentira se convirtió en verdad!—Dejemos eso, y vamos al caso: ¿qué ha de hacer ese gran maquinista?

E.—Eso mismo te digo, vamos al caso y deja los episodios.

G.—Ya te he dicho que cada uno tiene su modo de contar cuentos.

E.—Cuenta como quisieres, porque contigo es inútil entrar en disputas.

G.—Sigo mi cuento. Ahí tienes que esos señores me dijeron que ese maquinista, para quien los ingleses son unos pobres aprendices, llegando el *Omnibus* á la playa, le pondria instantáneamente una caldera, dos ruedas con aspas, y á los caballos flacos convertiria en caballos marinos, y navegarian con mas seguridad que si fueran en la concha de Anfítitre.

E.—¡Qué maquinista tan asombroso! Ese no sé por qué no se metia á conductor de los paquetes, pues con solo ese ramo se haria muy rico en un instante.

G.—Es verdad; pero la dificultad consistia en que no puede hacer lo mismo con todos los carruages, sino con cierto *Omnibus*, y nada mas.

E.—Entónces ¿la bondad consiste mas bien en el *Omnibus* que en el maquinista?

G.—Así parece que es, porque al carri-coche en que se paseaba un periodista no pudo hacerlo salir de su paso por mas diligencias que hizo. El carri-coche siempre caminaba sério, y con un paso muy asentado; el maquinista ya lo busca por aquí, ya por allí, unas veces para que anduviera, otras para que se parara; pero nada, el carri-coche no alteraba su marcha, por nada de esta vida.

E.—Buen carruage, ¿sin duda no se estaria desbaratando como el *Omnibus*?

G.—Ya se ve que no, si era de madera muy sólida, y bien construido.—Pero, señores, les dije, ¿en dónde llevan ustedes tanto carbon de piedra, que se necesita para hacer navegar ese *Omnibus* convertido en navío?—Qué carbon de piedra ni que nada, me respondieron, ¿acaso nosotros necesitamos de combustible?—¿Pues con qué hacen vdes. navegar al navío?—Con fuego.—¿Y de dónde cogen el fuego?—Eso es lo que vd. no sabe; pero le dirémos que ese señor maquinista hace unos artículos llenos de tanto calor, de tanto fuego, que basta poner uno debajo de la caldera para que hierva mejor que si la pusieran en la bo-

ca del Vesubio.—¡Oh! señores, si vdes. tienen ese espediente, entónces con razon no se apuran por carbon.—Amigo, me dijeron, es tanto el fuego de esos escritos, que si los pusieran encima de la nieve del Popocatepelt, arderia como si fuera de trementina.—Señores, les dije, pues yo los he leido, y no solo no me he quemado; pero ni aun siquiera me he entibiado.—Porque vd. no es materia bien dispuesta, y para que ese fuego haga su efecto, es preciso que la materia esté bien dispuesta, como sucede con el *Omnibus:* esa sí que es una materia escelente para recibir el calor de esos artículos.—Buen provecho haga á vdes. y Dios quiera que con ese chubasco, que les ha echado en Puebla á los pronunciados el Sr. Comonfort, no vaya á estinguirse el fuego de esos artículos, porque entónces se quedó el *Omnibus* varado, sin poder andar ni para adelante, ni para atras.—Su Magestad no lo permita, y adios, porque ya nos hemos detenido mucho.—Buen viage.

E.—Pues dejemos que cada uno camine ó navegue á su modo. ¿Concluyó la conversacion con los señores del *Omnibus?*

G.—Concluyó; pero nos falta un poco que añadir.

E—¿Qué es lo que falta?

G.—Esto, que vas á oir. Me despedí de los consabidos señores, y apénas habian partido cuan-

do ví venir jadeando y todo empolvado por el mismo camino, á un sugeto que tenia traza de estudiante. Llegando á mí me saludó, y me preguntó

muy agitado: ¿Amigo Gallo, ha visto vd. pasar por aquí un *Omnibus?* Sí señor, le respondí, y al decir esto conocí que era el catedrático de veinticuatro años (1) y no pude ménos que decirle:

(1) Todos los personages à quien se hace alusion y que no eran militares, son los escritores que se pusieron á impugnar á un periodista, y que en cuanto á opiniones, formaban terno completo con los pronunciados.

Señor catedrático de veinticuatro años, ¿qué anda vd. haciendo por acá, sudando, tan fatigado, tan empolvado?—Amigo mio, voy en busca del *Omnibus*.—¿Pues qué se le han caido á vd. tambien las narices?—No señor, pero ya se me campanean.—¿Pues por qué no se está vd. en su casa y se cura radicalmente?—Por eso voy á ver á mis camaradas del *Omnibus*, para ver si consigo curarme radicalmente.—¿Por qué no se fué vd. con ellos, que habria sido mejor?—Porque no necesito tanto como ir á echar una caminata hasta Europa. Mire vd., yo, un maquinista que ha de formar un navi o del *Omnibus*, y los cocheri-editores del mismo, no nos presentamos en el campo de batalla de cuerpo entero, *hoc est*, con el fusil al hombro, sino que solo sacábamos las narices por las rendrijas de las puertas de una imprenta, para oler como andaba el pronunciamiento de Uraga y el de Puebla, y estornudar cuando nos parecia; pero con tanto sacar las narices, nos dió un catarro y estamos á punto de perderlas; y para que no se me acaben de caer las mias, voy á encargar á mis amigos los del *Omnibus* que me busquen por allá un remedio con que volver á asegurármelas, así como hay reme dios para asegurar las muelas y los dientes.—Pues señor catedrático de veinte y cuatro años, camine vd. para que alcance al *Omnibus*, antes de que se convierta en navío. Pero dígame vd., ¿si vdes. no

sacaban mas que la punta de las narices, para qué van á buscarlas los editores cocheros del *Omnibus?* —Porqué alguna persona habia de dirigir el *Omnibus*, y ¿quiénes mas propios que ellos, que cuanto encontraban de su partido lo metian dentro, luego luego, como sucedió con la cocinera Catarina que va en el tal *Omnibus*, para que les haga la famosa *olla podrida?*—Tiene razon: ¡pobre de Catarina! Qué calavera tan horrorosa ha de hacer! Es verdad; pero, ¿qué remedio? cuando los tiempos se han mudado tanto.—¿Por qué no se han mudado vdes.? ¿No saben que:

Tempora mutantur, et nos mutamur in illis?

—Es cierto, me respondió; pero, ¿no sabe vd. que:

Quo semel est ibuta recens, servabit odorem.
Testa diu?

¿Quiere vd. que se olvide en un momento lo que se ha aprendido en veinte y cuatro años?—¿Cómo lo han olvidado otros catedráticos que solo tienen veinte años?—Porque esos hablarán con el diablo; pero nosotros que solo hablamos con nuestros ultramontanos ¿cómo hemos de olvidar lo que hemos estudiado?—Vaya, hable vd. la verdad, y no andemos con hipocresías. El catedrático á quien vdes. han atacado tiene cuatro años ménos de catedrático que vdes., y tiene ideas liberales.—Pues ¡ay! amigo mio. ¡Qué chasco hemos llevado! No-

sotros creiamos que estábamos en aquellos tiempos felices en que se quemaba á las brujas y á las hechiceras, en que habia duendes, espectros y fantasmas; esperábamos que quemaran al ministro que dió la ley en que quitó los fueros, y al consabido periodista, por hereges; que destituyeran y cuando ménos penitenciaran á los dos presidentes, propietario y sustituto, por fautores de dichos hereges; que entrara en la presidencia uno de los nuestros, con unos ministros pintiparados, como los de que hablaba el plan que cogieron en Puebla, escepto un sansculote á quien sin duda por yerro de cuentas lo encajaron en el tal plan; pero estos malditos liberales federalistas minan mejor que si fueran ardillas; en ninguna parte tuvieron eco nuestros sapientísimos escritos, y cuando creiamos hacer un gran papel, pasando por ser las columnas de la religion y del estado eclesiástico, nos hemos quedado con los brazos cruzados, diciendo: *miren que caso.* —Pero si vdes. no mentaron ni siquiera la palabra *fuero*, ¿cómo creian que habian impugnado al periodista?—Pues qué ¿somos simples? Esa cuestion tiene muchos colmillos, y lo que dijo ese escritorcillo no tiene respuesta, porque los documentos en que se funda, no admiten réplica; pero nosotros escudriñábamos las palabras del escritor y le atacábamos, principalmente el maestro maquinista, que parecia torero; ya lo busca por aquí, ya por

allí, ya le pide una aclaracion sobre esto, ya sobre aquello; mas siempre sin buen resultado.—Pero si vdes..... —Dispense vd., ahora que dije maquinista me acordé que tengo que alcanzar al *Omnibus*, y ya vd. me ha hecho mala obra con su conversacion: agur, agur.—Vaya vd. por donde no haga daño, señor mio.

E.—No ha estado tan sin interés la conversacion que tuviste con los que iban en el *Omnibus*, y con el catedrático de veinticuatro años. Pero á tí ¿qué te parece de la revolucion de Puebla? ¿qué juicio formas de ella?

G.—Que es la mas disparatada que se ha visto. ¿No ves que ningun apoyo tuvo, que ningun gefe de algun Estado se adhirió á ella? ¿Qué revolucion has visto que tenga ménos prestigio que esta? Un general que tenia ganas de pronunciarse por algo, porque todas sus operaciones habian salido frustradas, se pronunció sin saber por qué, cerca de Zacapoaxtla. El fué á defender á Santa-Anna contra Vidaurri, y este lo *descoló*. Se pronunció con Haro en San Luis Potosí, y tambien quedaron descolados; despues fué á hacer su tercer pronunciamiento, que no valía nada: se le unió D. Antonio Haro, fué á atacarlos cierto general, llevó una division florida, dinero y muchos recursos de guerra, cometió una de las mas torpes y criminales defecciones, se unió á los pronunciados, que hasta entonces comenzaron á levantar cabeza.

E.—Bien, eso es lo que de hecho ha sucedido; ¿pero tú qué piensas acerca del pronunciamiento, prescindiendo de si tuvo bueno ó mal resultado?

G.—Que fué un disparate por esencia, presencia y potencia.

E.—Esplícate, porque no te entiendo.

G.—Poco tiene que esplicar eso. Mira: lo primero, he dicho por esencia porque sustancialmente no tenia razon. Los pronunciados apelaron á la voz de religion para darle algun prestigio. Pero todo hombre sensato conoce que ninguna conecsion tiene la religion con los fueros. Con el militar por sentado ninguna, esto no es menester probarlo; con el eclesiástico tampoco, porque siendo el fuero una concesion graciosa de la potestad civil, ¿qué derecho hay para ecsigirla á fuerza de balazos? Por otra parte ¿en dónde se encuentra en el Evangelio una sola palabra que indique qne la religion se proclame con el alfange en la mano, à la manera de los turcos con el Alcoran?

E.—Pero no oías que proclamaban la libertad de la nacion?

G.—Ese era un sarcasmo; porque ¿cómo se proclama la libertad de la nacion cuando se le oprime? Si se atiende á la concesion de los fueros, es contra la libertad; porque todo privilegio es odioso, y es contra la utilidad comun, y así proclamar un privilegio y decir que se hace por la libertad de la

nacion, es una contradiccion manifiesta. Si esa libertad se referia á quitarnos estorsiones que nos causara el gobierno del Sr. Comonfort, ¿cuáles eran esas estorsiones? Si ni se acababa de sentar en la silla presidencial, ni lugar habia tenido para decir á la nacion; ¿cómo le vá á vd.? cuando ya estaba en planta el pronunciamiento. Ahora segun el mismo, queria poner un gobierno justo que durara no mas miéntras se constituia la nacion; y para que hubiera ese gobierno justo tres ó cuatro meses, se hacia una revolucion tan costosa? Si el Sr. Comonfort hubiera tratado de vender á la nacion ó de entregarla al estrangero ántes que se constituyera, habria estado bien el pronunciamiento; pero cuando ni una palabra se hablaba de esto, ningun motivo habia para pronunciarse.

E.—Estoy convencido de que el pronunciamiento fué un disparate por esencia. Veamos ahora por qué lo fué por presencia.

G.—¡Oh! eso es mucho mas fácil de probar. Con solo ver y ecsaminar los defensores, salimos del paso. Si se hubiera pronunciado un mayordomo de monjas, algunos sacristanes, ó cualesquiera otras personas devotas, habria tenido mas prestigio; pero pronunciarse en favor de la *religion* personas que no la conocen ni por el forro! Tú conoces personalmente á varios de ellos, y habrás observado cuál es la religion que profesan. Puede ser que

haya algunos que en efecto serán muy religiosos; pero otros hay *incertae fidei*, y que en mi concepto bastaban para desacreditar el tal pronunciamiento. Por ejemplo, cito entre estos al *muy timorato* presidente del *club de la Aguila Roja.*

E.—Vaya, tú haces juicios temerarios, y no te quiero ayudar á hacerlos, y así pasarémos á la tercera parte, ¿por qué era disparate por potencia?

G.—¡Hu! ¡hu! ¿No lo estás viendo, hombre de Dios? ¿Pues qué poder tuvieron? Estaban arrinconados en un pueblito, gritando arma, arma, guerra, guerra. Se fugó cierto sugeto y se les unió; hasta ahí estaban lo mismo que ántes, el gobierno comisionó á un general para que los atacara. Este se aprovechó de cuanto pudo, y se pasó á los pronunciados y fué el que les hizo la olla gorda. Si ese general no se pasa, y mucho mas si los bate, esta es la hora en que á buen conseguir, andan por esos montes, alborotando esa gente rústica, y procurando escaparse, hasta que no cayeran en alalguna ratonera, como sucedió al de la sierra. Despues tomaron á Puebla, pero con mucho trabajo; aunque el general que se les pasó se sacó cuantos pertrechos de guerra pudo, dejando á los liberales Traconis é Ibarra casi del todo inermes; sin embargo, se defendieron largo tiempo, y salieron de Puebla por medio de una capitulacion muy honrosa, cuando ya les fué imposible sostenerse.

E.—Sí; pero despues engrosaron sus filas.

G.—Con una ú otra partida de gefes sin lealtad que se pasaron, y algunos oficiales retirados y hambrientos, que se pronunciarian por Mahoma, si este les daba de comer. Mas qué personas de poder y de prestigio se les unieron, incluso el general de division ex-presidente y ex-gobernador de Toluca, á quien por una gracia especial y por empeños, se le acaba de espedir su licencia absoluta? Ninguna.

E.—Porque no tuvieron tiempo para ello.

G.—Hombre ¡que digas eso! ¿No has oido que aún se criticó al Sr. Comonfort por apático, en virtud de la lentitud con que dispuso su marcha? Yo digo que si lo hizo á propósito, ha manifestado mucho tino para gobernar, y si lo hizo por un defecto, quiere decir, que hasta sus defectos son favorables á la nacion.

G.—Por una friolera. Parece que el Sr. Comonfort adivinaba lo que iba á suceder. Estuvo disponiendo su marcha con mucha paciencia. Los pronunciados tuvieron tiempo para convidar hasta á las benditas ánimas del Purgatorio, sin que hubiera autoridad de un Estado que les dijera que sí, y ni aun siquiera que les diera esperanzas, diciendo que lo pensarian, sino que inmediatamente les daban calabazas. Fué despues á Puebla el Sr. Comonfort, se vieron apurados, y procuraron que

en otras partes se pronunciaran para llamar la atencion; pero nada de pronunciarse, parece que todos estaban mudos.

E.—¿Cómo es eso que no habia quien se pronunciara? ¿Y los del castillo de San Juan de Ulúa no se pronunciaron?

G.—Ahí me las dén todas; mas valia que no se hubieran pronunciado. ¿No ves que ese pronunciamiento desacreditó mas bien que justificó el tal plan revolucionario? ¿Quiénes se pronunciaron? Los delincuentes presos en el castillo. ¡Bonitos defensores tendrá la religion con unos hombres que no conocen ni han conocido la moral! *Y aquí paz y despues gloria.* Estos fueron los adictos que tuvieron los de Puebla; pero gente de alguna suposicion, ninguna. Ya te dije que no parecia sino que andaban jugando á casitas de alquilar.

E.—Quedo convencido de que era un disparate por potencia. Y la conclusion ¿qué te parece?

G.—Bien, hasta ahora.

E.—¿No crees que el Sr. Comonfort ha sido mas indulgente de lo que convenia?

G.—No; creo que ha obrado con mucha generosidad; pero con indulgencia que pueda tocar en defecto. Al principio no dejó de alarmar el artículo 4º del convenio; pero despues que hemos visto el desarrollo que le ha dado, ha cesado toda alarma. El gobierno está bien que ejerza mucha indulgen-

cia; los tribunales son los que se han de portar con titud. Cuando los que han faltado al convenio, ó los que no quisieron entrar en él sean presos, y puestos como debe ser, á disposicion de los jueces y tribunales, entónces estos son los que deben mostrarse inflecsibles; porque ya acabó el tiempo de misericordia, y es fuerza que venga y sufran el imperio de la ley.

E.—Está bien; ¿pero no te causan compasion tantos muertos que ha habido?

G.—¿No me han de causar? Respecto de los nuestros digo: Dios los haya perdonado por su misericordia infinita; y respecto de los muestros que han tenido los pronunciados, como dicen las viejas que murieron por una *santa causa*, puede aplicarse á cada uno aquella octava de Aristo, ó mejor dicho, de su continuador Nicolas Espinosa, que dice:

Bernardo aprieta el cuerpo valeroso
Con la furia mayor que allí ha podido,
Faltando el espíritu congojoso
De los mortales golpes que ha sufrido.
Desmaya el brazo que fué sanguinoso,
Que sobrado del Carpio fué vencido,
La alma del gran Orlando sube al cielo,
Que tan temido fué por todo el suelo.

E.—Muy poético estás.

G.—Es fuerza honrar los manes, auque sean enemigos.

E.—¿Y quienes son los que dices que no entraron en la capitulacion?

G.—Nueve individuos, que pueden compararse á los nueve de la fama.

E.—¿Quiénes son esos nueve de la fama?

G.—Que ignores quienes son! Qué hombre tan poco instruido!

E.—Por eso pregunto á quien mas sabe.

G.—Son tres judíos, á saber, Josué, David, y Judas Macabeo: tres gentiles, Alejandro, Héctor y Julio César; y tres cristianos, el rey Artus, Carlomagno, y Godofredo de Bouillon.

E.—Pues amigo Gallo, creo que nuestros nueve modernos, se encierran en dos de los antiguos, así como los mandamientos se encierran en dos.

G.—¿Cómo está eso que no lo entiendo?

E.—Creo qne los nueve modernos son Júdas, aunque no Macabeos, y que son bullones ó bulliciosos, aunque no Godofredos.

G.—Cuidado, amigo, con meterse á satírico.

E.—Yo no satirizo, sino que te dije una espresion que me ocurrió al vuelo, cuando te oí nombrar á los nueve de la fama.

G.—Pase por ahora y vamos adelante.

E.—¿Qué se hizo con los demas?

G.—Dime por quiénes preguntas; por los nuestros, ó por los capitulados?

E.—Por ambos te pregunto.

G.—Los nuestros se componian de tropas de línea y de ausiliares, que solo vinieron á prestar sus servicios al gobierno en esta espedicion. A estos se les despachó á sus respectivos hogares, dándoles primero las gracias el Sr. Comonfort, en una proclama muy noble y sentimental, y á mas dando á cada uno un diploma en que declara el gobierno que han *merecido bien de la patria,* y que ese documento les servirá para ser atendidos, cuando lo necesiten. Los de la tropa de línea regresarán á sus respectivos destinos despues de haber recibido las gracias del mismo Sr. Comonfort, y una junta popular y el ayuntamiento se ocupan de que todos esos buenos patriotas reciban recompensas dignas de su mérito y de la república.

E.—Esos son los nuestros, ¿y los pronunciados qué se ha hecho con ellos?

G.—Se ha condenado á los gefes y oficiales á servir de soldados rasos, unos por tres, otros por dos, y otros por un año, y se han mandado, lo mismo que á las tropas, à diversos puntos.

E.—Yo, la verdad, ni aun así los hubiera dejado en el ejército.

G.—¿Por qué?

E.—Porque ¿qué confianza pueden inspirar tales soldados? ¡No ves que estarán prontos para entrar en cualquiera revolucion, aunque sean mas

descabelladas que la que se ha acabado tan felizmente?

G.—Es verdad, y yo tambien digo lo propio; pero el gobierno tendrá sus razones muy fuertes para hacer lo que hizo, no nos metamos en averiguar los secretos del gabinete. A mas de que los tales oficialitos y soldaditos están bien custodiados. A unos los ha mandado al Sur, á otros al Norte, pero siempre puestos á buen recaudo.

E.—Y ya salieron á sus destinos?

G.—Sí señor, van caminando por ahí, *renegando del huevo, y de quien lo puso*, y quebrando corazones, y mas si han dejado por acá alguna persona amada, pueden sin duda decir:

¡Ay! que no hay amor sin ¡ay!
¡Ay! que el ¡ay! tanto me duele
Que muero por ver que no hay
Algun ¡ay! que mi ¡ay! consuele.

Pero, amiguito, *no hay mus.* Ustedes oirán muchos ¡ayes! mas ninguno los consolará; no hay mas sino paciencia y barajar, probablemente *hasta que otro lo ponga.*

E.—¡Quiera Dios que nadie vuelva à ponerlo!

G.—Así es de esperarse, porque me parece que ya hemos llegado al fin de nuestra historia.

E.—Esplícate, porque no te comprendo.

G.—Poco tiene eso que comprender. Para que la nacion quedara en paz y arreglara su marcha, era preciso que cayera enteramente en mano de los liberales, ó fuera completamente sojuzgada por los monarquistas: esto segundo no podia ser; luego era necesario lo primero.

E.—Pero por qué no podian sojuzgarla los monarquistas?

G.—Porque seria necesario una nueva conquista. Los monarquistas que habia aquí eran pocos para sojuzgarla por ellos mismos, y tenian que juntarse con algun otro partido, que al cabo cuando mas contentos estaban los dejaban *como el que chiflô en la loma*, ó como han quedado los pronunciados, *chatos*, *chatos*, *chatísimos*. No te acuerdas de lo que sucedió en la revolucion malhadada del general Paredes? Cuando los monarquistas creian estar ya con la rodilla en tierra, besando la mano al rey, fué saliendo el tal Paredes con una *pata de gallo*, diciendo casi con palabras claras y terminantes: *¡viva la federacion!*

E.—Buen chasco se pegaron entónces los monarquistas.

G.—Yo me alegro mucho, no tanto por ellos cuanto por el ministro poeta que se metió en la *bolada*, y que ya le parecia que era virey de México, ó grande de España de primera clase.

E.—Mas ya que ha sido imposible que los mo-

narquistas se salgan con la suya por qué no se han salido los liberales?

G. Aquí, hablando para entre los dos no mas, porque han sido muy tontos; pero no lo digas á nadie, porque me comprometes.

E.—Pierde cuidado, que á nadie lo diré; pero en qué ha consistido la tontera?

G.—En dos cosas: la primera, en que desde el año de 24 colocaron en el gobierno á personas que no eran republicanas, manifestando en esto una generosidad, que parecia tontera, ó una tontera que parecia generosidad. Y tu *ex illis est.*

E.—Es verdad. Yo tambien tuve parte en esta tontera.

G.—Pero qué causa tuvieron vdes. para ello?

E.—Como esos señores tenian tanta nombradía de sábios y prudentes, creímos que aunque tenian opiniones contrarias á las nuestras, las sacrificarian en obsequio del voto general. Pero no fué así. Cada monarquista procuró *hacer su agosto*, y nada mas.

G.—Me alegro que lo conozcas, y los conozcas. Ahí tienes que como esos señores monarquistas no podian obrar directamente, hacian y han hecho cuanto han podido por hostigar á la nacion, ya con sarcasmos, ya con invectivas, ya con providencias sérias, procurando que alguna vez enfadada, se echara en brazos de un rey déspota.

E.—Mas nunca han podido conseguirlo, aunque la nacion se ha visto algunas veces en *trapos pardos*.

G.—Así es verdad. ¡Ojalá y siempre se portaran los liberales como ahora se están portando.

E.—Y cuál es la otra causa que ha habido para que no progresen los liberales?

G.—Sus aberraciones, originadas naturalmente por la posicion en que se hallaban. En los pequeños intervalos en que tuvieron alguna entrada al gobierno, comenzaban á hacer algunas zapiroletas algo pesadas, que los volvian á hacer caer, y á comenzar la lucha.

E.—Y ahora ¿por qué no sucederá lo mismo?

G.—Porque están muy esperimentados. Muchos de ellos han padecido grandes trabajos: algunos en paises estrangeros, en donde no han encontrado hospitalidad; han conocido bien á los monarquistas, y es regular que á ninguno den enrada en los puestos púbicos, en lo que harán muy bien, y si no lo hacen, les irá mal; porque los monarquistas cuando están de baja, predican como unos santos padres que el *mérito se debe atender*, sea cual fuere la opinion política de las personas: los liberales *guajolotes* se dejan llevar de esta opinion, y *crian cuervos para que les saquen los ojos*, es decir, acomodan monarqui por la fama que

tienen, y que ellos mismos muy bien procuran darse mútuamente; pero en cuanto estos cuervos vuelan un poco, no dan cuartel á nadie, bandera negra contra todo liberal, y no solamente eso, sino que procuran desacreditar aún á las personas mas instruidas de los liberales; de suerte que, cuando ménos, hablan con desprecio de ellas. Esto mismo han de hacer los republicanos. Cuando mandan los monarquistas y se les presenta un liberal de mérito, dicen: fulano no deja de tener algun talento, alguna instruccion; pero es un sansculote intolerable: digan lo propio los liberales, pagándoles en la misma moneda. No persigan á ninguno sin causa justa; pero no los coloquen en algun puesto público. Cuando à ellos se les presentaba una competencia entre un liberal de mérito y un monarquista *chamboncillo*, preferian á este. Hé aquí el ejemplo que han de seguir los liberales.

E.—Bien pensado y bien dicho; porque *quod quisque juris in alium statuerii, eodem jure uti debet;* esto es, con la vara que uno mide será medido.

G.—Así es, mucho mas hoy, que todo el gobierno está en mano de los liberales; no hay mas que un temorcillo.

E.—¿Cuál es ese temorcillo?

G.—Que el congreso no vaya á hacer una *ca-*

tastrofada, porque entónces todo nos lo echa á perder, pues comienzan los pronunciamientos contra el congreso, se empieza á pedir otro, y de estas revoluciones sacan mucho partido los monarquistas, uniéndose á los liberales pronunciados, para despues sacar ellos un congreso que les acomode.

E.—Dios permita que el congreso se maneje con prudencia. Pero, por qué temes que haga una *catastrofada*, como tú dices?

G.—Porque aunque en el congreso hay muchos diputados de *correr y parar*, esto es, que saben hasta donde han de estirar y hasta donde aflojar, porque son liberales esperimentados, hay otros indómitos y han de querer *ganar a Zamora*, no en una hora, sino en un minuto; y si estos no se moderan y por desgracia forman mayoría, *malam curam te feci*, llevóse el diablo la carga de miel.

E.—Pero los diputados sensatos los contendrán en sus avances.

G.—Pues ahí está la dificultad, porque vienen algunos diputados que parecen *toritos de once*, embistiendo hasta su sombra, que no pasarán por ley alguna que no sea favorable á su Estado. Porque hay algunos que no parecen diputados de la nacion sino apoderados de sus ayuntamientos; jamas consideran el bien general, sinó el particular de sus localidades, y éstos han de dar mucha guerra.

E.—Espero en Dios que no será así. Pero aho-

ra que dijiste guerra, he reflecsionado que no hemos concluido con lo que tenias que decirme sobre la de Puebla.

G.—Pues ¿qué quieres que te diga? Las tropas reaccionarias van por esos mundos de Dios, unos para el Norte, otros para el Sur, quebrando corazones, principalmente los que dejan por acá alguna persona amada; y van cantando tristemente, acompañados de los pífanos que se tocan en la Semana Santa:

Adios, Elvira del alma,
Adios para siempre, adios.

E.—Amen. Bien merecido lo tienen, pues ya que son revoltosos debian considerar que perdiendo, habian de sufrir una suerte desgraciada; y así ellos tienen la culpa.

G.—Esa fué una equivocacion muy natural. Como están acostumbrados á que en todo pronunciamiento pierda el gobierno y ganen los pronunciados, ó cuando no ganen completamente, se acabe todo por un convenio favorable, dijeron: pues vamos metiéndonos en este; pero no les salió la cuenta.

E.—¡Oh! si así se hubiera hecho en todos los pronunciamientos, sin duda que no habria habido la mitad.

G.—Así es, en efecto; pero ya siquiera sabrán

los que se pronuncian, que si no ganan, la pagaràn bien pagada; á lo ménos si todos los gobiernos se manejan como el Sr. Comonfort.

E.—¡Hola! ¿Con que se ha manejado bien?

G.—Perfectamente. Hemos visto en S. E. un valiente á toda prueba y un ciudadano filantrópico. Supo con firmeza sostener su causa, ó mejor dicho, la causa de la república, y al mismo tiempo economizar el derramamiento de sangre. Procuró de todos los modos posibles llamar al órden á los revoltosos, que desecharon sus insinuaciones. Si hubiera querido, en pocas horas hubiera reducido á cenizas el pequeño recinto que ocupaban; pero prefirió molestarse y sufrir mas tiempo del que necesitaba para acabarlos, que mostrar la menor precipitacion en obrar, ejerciendo un rigor que pudo haber causado muchos males á la poblacion. Si estas mismas consideraciones hubieran tenido los pronunciados, se habrian salvado ellos, y hubieran evitado á Puebla desgracias lamentables, pero que fué necesario causarle.

E.—Con que segun eso, ¿el Sr. Comonfort ha merecido bien de la patria?

G.—Sí, señor, ha merecido bien, y muy bien. Así se lo manifestó la tarde que verificó su entrada á esta capital, despues del triunfo conseguido en Puebla.

E.—Qué! ¿Estuvo muy famosa?

G.—¡Oh! famosísima. Nunca se habia visto otra

igual en México. El entusiasmo fué general, los estrangeros lo manifestaron como jamas lo habian hecho. Las calles de Plateros estaban llenas de ellos, y hubo allí no dos, ni tres coronas presentadas, sino aguaceros de coronas de rosas, de ramos y de flores. En toda la carrera sucedió casi lo mismo; pero se esmeraron en esas calles. En la del Puente de San Francisco hubo otro aguacero de rosas y de papelitos con versos impresos.

E.—¿La concurrencia seria muy numerosa?

G.—Como no ha habido otra. Escuelas, colegios, órdenes religiosas, empleados, particulares, todos bajo las mazas del ayuntamiento, y este mismo que terminaba la concurrencia. De suerte que el Sr. Comonfort debe tener la satisfaccion de que ningun triunfo ha sido tan solemnizado como el suyo.

E.—Por sentado, nada de Lagarde, ni de pesetas á algunos léperos, para que gritaran, como algunas veces se ha hecho?

G.—Nada, nada de eso; la aclamacion era muy espontánea, y la prueba es que muchos mexicanos y estrangeros decentes gritaron ¡vivas! y á estos no se les ha de haber dado una peseta para que gritaran.

E.—Muy popular estuvo la funcion.

G.—Hasta la suerte favoreció la popularidad.

E.—Cómo la favoreció?

G.—Así: estaba levantada una tienda de campaña, sobre un tablado al lado de la Alameda; pero cargó tanto la gente que la escalera se quebró antes de que llegara á la tienda el Sr. Comonfort, y se determinó de improviso que se hiciera el recibimiento en la glorieta de la fuente principal de dicha Alameda; y en efecto allí sin adorno alguno, porque no hubo tiempo para prevenir el local, recibió el señor presidente las felicitaciones del señor comisionado del pueblo, de los artesanos y de otras personas, entre las que se presentaron seis niñas pequeñas, muy primorosamente vestidas, y le ofrecieron una corona cívica, con una arenga dicha por una de las niñas.

E.—¡Qué! No mas eso le dieron?

G.—No señor, le presentó el señor gobernador del Distrito á nombre de la ciudad, un baston esquisitamente trabajado, con puño guarnecido de brillantes; los inválidos le dieron otro de carey, con el puño de un solo topacio; el colegio militar una espada guarnecida de oro; y otras cosas las demas corporaciones:

E.—Tú lo viste todo perfectamente

G.—Pues si no lo hubiera visto de qué me servia ser Gallo. No ves que dando un volido, lo veia todo, y dar un volido no me cuesta mas que estender las alas.

E.—¡Dichoso tú! Porque habria algunos otros que serian bien apachurrados, y nada verian.

G.—Puede ser que algunos nada vieran; pero en cuanto á apachurrones me consta, porque cuando se quebró la escalera, cayó una porcion de gente; pero ninguna persona se lastimó.

E.—Sin duda la Providencia Divina vió con ojos de misericordia esa alegria justa y sincera de los mexicanos.

G.—Así fué ciertamente, porque la cosa no fué para ménos que para quebrarse una pierna, cuando uno podia decir, que habia salido bien librado.

E.—Bien, ya que lo viste todo, qué sucedió despues?

G.—La inmensa comitiva se dirigió á palacio, donde el Sr. Comonfort recibió las felicitaciones de las comisiones del congreso, de la suprema corte de justicia, y de las demas autoridades. Doce mil hombres de todas armas formaron la columna de honor, y concluida siguieron los fuegos.

E.—Aquí acabaria todo?

G.—No, porque la asistencia que habia quedado en palacio, se reunió en el gran salon de recibir, el que, hablando sin que nadie nos oiga, estaba muy destituido de adorno, porque quién sabe qué caritativo ha cargado hasta con la alfombra, que es hasta donde puede llegar la rapacidad de los rapaces, rapacistas, que no andan viendo mas que lo que hay que llevarse. Y lo peor es, que no se les quita la maña hasta que se haga con ellos un severo ejemplar.

E.—No hagas juicios temerarios. Acaso algun filantrópico se llevó los muebles á su casa para que no se llenasen de polvo y se maltraran.

G.—Así podrá ser; pero mas creible es, que se los llevaron para adornar sus casas, algunos personages de rapiña del tiempo de Santa-Anna.

E.—Vaya, dejemos esa cuestion del séptimo mandamiento y dime, qué se hizo en el salon, pues dejaste pendiente esta noticia por encajar lo de la rapacidad.

G.—Continuaré: en el salon habia una cantidad enorme de músicos y cantores, los cuales entonaron un himno á toda orquesta al Sr. Comonfort; y despues cantaron otras piezas y se fueron muchas personas al teatro, en donde se dedicó una comedia al señor presidente, el que no asistió sin duda porque estaba muy fatigado, y ciertamente que tendria razon, porque la cosa no era para menos.

E.—Y al dia siguiente qué funcion hubo en Catedral?

G.—La muy solemne misa de gracias. Porque el Sr. Comonfort á mas de ser valiente y generoso, es piadoso: ya habrás visto en sus partes que todos sus triunfos los atribuye, como debe, á la Providencia Divina.

E.—En efecto, he visto algunos, lo que le da mucha honra. Pero ya hemos hablado de cosas alegres, hablemos algo de tristeza. Y los *conservadores* qué hacian?

G.—No lo sé; porque por mas que volé, ya por aquí, ya por allí, ya por acullá, no ví á ninguno. Sin duda que estarian haciendo penitencia en sus casas metidos como ratones en sus agujeros. O mas bien habrán comenzado sus trabajos tenebrosos para desacreditar con calumnias al gobierno, al congreso y á todos los liberales. Mira, yo como Gallo suelo saber muchas cosillas de los tales conservadores. Ya se ha sabido que quisieron profanar los dias de la Semana Santa con un saqueo y un alboroto en nombre de la religion; pero Juan José Baz los metió en cintura. Por Guadalajara quisieron hacer lo mismo, y tambien en nombre de la religion habian resuelto asesinar al Sr. Degollado. Que no sean tus amigos los liberales muy confiados, porque los reaccionarios han de seguir procurando alarmar las conciencias con el pretesto de la religion, han de querer que haya protestas escandalosas contra el decreto que justamente interviene los bienes del clero de Puebla; han de escitar á los malos sacerdotes á que prediquen contra el gobierno, y han de seguir diciendo que todos los republicanos son hereges.

E.—Pero cómo se han de atrever á mentir con tanto descaro, cuando entre los republicanos abundan fervientes é ilustrados católicos, que no confunden las cosas temporales con las verdades eternas?

G.—Precisamente porque hacen esta distincion

es por lo que se les calumnia. La abolicion del fuero es heregía; que los clérigos no sean diputados y ministros, es otra heregía; que se castiguen á los culpables, es heregía..... ¿No has visto que á los periodistas liberales los llaman los conservadores *protestantes y luteranos*?

E.—Que lo prueben!

G.—No se meterán en eso. Lo que hacen es valiéndose de la influencia de los malos clérigos mandar circulares á los pueblos y alarmar á las viejas, haciendo creer que todos los periódicos republicanos son enemigos de la religion, para ver si así dejan de circular. Nadie les hace caso; pero ellos ven hasta á los estrangeros, amenazàndolos para cuando triunfe la reaccion, si siquiera leen papeles liberales. Es menester, pues, si se quiere que haya paz, acabar con los conservadores.

E.—¡Pobres! ¿No les tienes lástima?

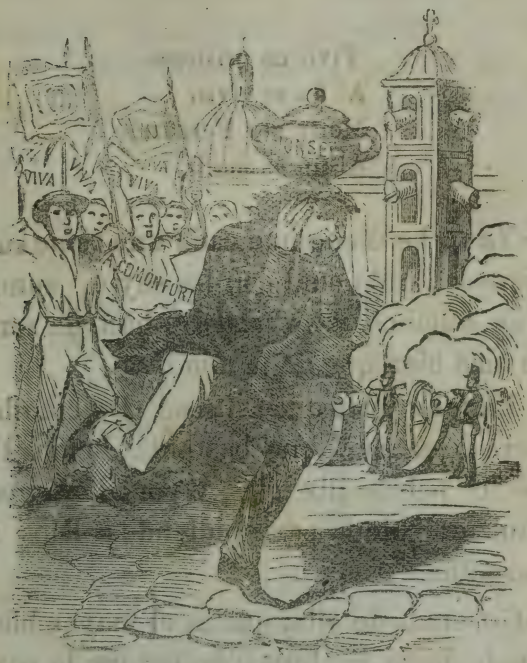
G.—Mucha, y seria bueno que los ahorcaran á todos, siquiera para que no estuvieran penando tanto.

E.—Mírate qué compasivo estás. Ellos ciertamente que no te agradecerán mucho tu compasion, á lo ménos si yo fuera *conservador* no te la agradecería.

G.—Porque eres un ingrato. Pero, dime, ¿no es una muerte prolongada estar oyendo tantos repiques, tantos cañonazos, tantos cohetes, tantos

vivas, que cada ruidito de estos harian en su corazon mas impresion que si les dispararan un tiro de fusil á la cabeza?

E.—Es verdad. Pero siempre es mejor vivir



que morir, aunque el emperador, como hacia Moctezuma, mandara como por un privilegio esquisito á las víctimas, el cordon del arco con que debian ser asaeteadas.

G.—Amigo mio, eso va en gustos, cada cual tiene los suyos, y buen provecho le hagan.

E.—¿No te acuerdas de cuando se trató allá ha-

ce algunos años, de la prision de Fernando VII, sobre lo que los españoles hicieron á los franceses una fuerte guerra, uno de nuestros génios jocosos, variaba la marcha que entónces se cantaba, y decía:

Vivir en prisiones
Al fin es vivir.
Morir por Fernando
Al fin es morir.

G.—Ya te he dicho que cada uno tiene sus gustos: dejemos á cada cual con los suyos; aunque yo creo que muchos *conservadores* han de ser de tu opinion mas bien que de la mia.

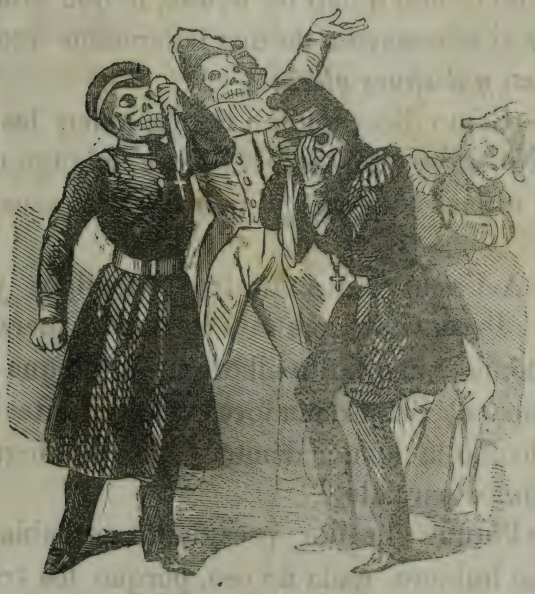
E.—Es muy justo que así sea. Dejémoslos que lloren su desgracia, que bastante hemos llorado nosotros los pobres liberales, y por ahora gocemos de las dulzuras de la paz, pidiendo á Dios nos la haga perpetua.

G.—Gocemos de ella; que es el mayor bien que Dios puede dar á los hombres, porque la paz es el orígen de toda felicidad, pues como cantó un poeta:

Prodit ab astrifero tandem opatissima cœlo
Laureola placidas pax, redimita comas.
Pax Cererem nutrit, Pacis amica Ceres.
Fecerat interea pacis, spes blanda sequestrœ
Utterris securus iter, pelagoque viator
Carperet, intrepidique secarem æquora nautæ.

E.—Pues, amigo, viva D. Ignacio Comonfort, que nos ha conquistado la paz, tan altamente perturbada. Dios quiera que jamas volvamos á oir el grito de guerra.

G.—Así lo esperamos, y mas ahora que han quedado tantos reaccionarios militares y no militares desnarigados, que es fuerza que les dé vergüenza permanecer delante de sus compatriotas hechos unos calaveras.



E.—Algunos de ellos siempre lo han sido, aun cuando tenian las narices del tamaño de un cuerno de unicornio.

G.—Yo mejor querria que hubieran quedado sin brazos, que sin narices; porque son tan imprudentes que no dejarán de meterse en otra, no digo *chatos*, sino aunque les hubieran convertido las cabezas en la de Medusa.

E.—Es verdad, porque la vergüenza no se hizo para cierta gente, que está acostumbrada á pronunciarse cada semana; pero algun tiempo se ha de pasar para que vuelvan á *levantar golilla*, pues aunque han quedado con brazos, de nada les sirven, si no tienen quien les ayude, lo que está *muy verde*, y si el congreso da una federacion racional, *aquí paz, y despues gloria.*

G.—¿Cómo dices que no tienen quien les ayude? ¿No sabes que toda la ilustre falange de poblanas, niñas, mugeres y nanitas, son zacapoaxtlecas?

E.—Así sean todos nuestros enemigos y enemigas. Pero, Gallo, me está haciendo fuerza una cosa; ¿cómo hubo tanto alboroto el dia que entró á México el Sr. Comonfort, cuando antes no se habia hecho la menor demostracion de alegría en sus triunfos parciales?

G.—Porque el señor presidente no habia querido que hubiera nada de eso, porque los triunfos en las guerras civiles son mas bien de *requiem aeternam* que de *alleluya.* ¿No ves que tirios y troyanos son lo mismo, esto es, son tirios ó troyanos en la opinion que defienden; pero unos y otros son

realmente mexicanos, y la pobre patria es siempre la que pierde?

E.—Así es, y por lo mismo debemos aborrecer la guerra civil mas que el cólera morbus.

G.—Con mucha razon canta Lucano:

¿Quis furor ó cives, quae tanta licentia ferri?
.....
¿Bella geri plaucit nullos habitura triumphos?

E.—Dios nos libre de ella por los siglos de los siglos.

G.—Amen, y nos dé un Comonfort, que deje sin narices á los que se atrevan á promoverla.

JUAN BAUTISTA MORALES.

APENDICE.

El pasage relativo al Lic. Barron, que se encuentra en la biografia de Morales que va al frente de este volúmen, ha dado motivo á la carta siguiente:

Pabellon, Enero 19 *de* 1857.

"Sr. D. Francisco Zarco.—Muy señor mio.—Creo que para enaltecer el mérito del Sr. D. Juan B. Morales, no habia necesidad de ultrajar la memoria de mi padre el Lic. Barron, que hace treinta años pasó á mejor vida. Si al escribir la biografia del Sr: Morales, vd. solo hubiera pintado á mi padre como un pobre leguleyo con fortuna, yo me habria ofendido; pero habria callado, porque es hasta ridículo cuestionar quién de dos abogados tenia mas talento é instruccion, cuando los dos han muerto ya. Mas cuando he visto que vd. por falsos informes pinta al Lic. Barron como un ava-

ro, aprovechándose del talento y de la instruccion del pasante Morales, me he llenado de indignacion, y digo que quien ha dicho eso de mi padre, miente. Si algun defecto tenia, era ser pródigo, y tener en nada el dinero. Para dar ese mentis, no me he dejado llevar únicamente del sentimiento que me ha causado el ultraje hecho á la memoria de mi padre, sino que he buscado documentos incontestables, y los he hallado. Entre otros muchos he escogido dos cartas que dicen:

Sr. Lic. D. Cárlos Barron.—México, Marzo 3 de 1819.—Mi estimado amigo, señor y maestro.—Tempora montantur, et nos mutamur in illis. Ya vd. se olvidó de todos nosotros, y aun de Filis y Dorila; sin embargo de que los estimó vd. tanto: —Mi suerte á peu prés es lo mismo todos los dias. el 10 del pasado cumplí mi pasantía; yo querria entrar á noche triste en este mismo mes, con la certificacion de vd. y de Miñon, del tiempo que falta á aquella. Este Sr. Lic. me aprecia mucho, y toma por mí un interés sumo, lo mismo que mi Sra. Doña Doloritas, quien me ha prometido el ambigú para despues del ecsámen, á que convido á vd., y apreciaria que lo pasásemos juntos.—Todo está muy bien dispuesto, pero no hay campanas; mas claro, no tengo blanca; por lo que ni en este mes ni en quien sabe cuál me recibiré, por lo que si vous avez de l'argent, je vous prie, Mr., de

m'en donner quelques piastres, et je benirai votre beneficence par tous les jours de ma vie.—Mi familia, lo mismo que siempre, y saluda à vd. lo propio que su afectísimo discípulo Q. B. á vd. L. M. —*Juan Bautista Morales.*"

"Sr. Lic. D. Cárlos Barron.—México, 23 de Febrero de 1820.—Mi estimado señor y maestro. —Despues de tanto tiempo que he guardado silencio, he abierto por fin mis lábios para quejarme con vd. y clamar á su generosidad por remedio: no lo haria á no estar convencido de la bondad de su corazon, y del particular amor que sin mérito mio me ha dispensado, y descansando en estos principios, espongo á vd. mi solicitud.—Al cabo de mil afanes y trabajos que vd. no ignora, he concluido el dia 3 del presente mis cuatro años de pasantía por el colegio de abogados, pues á pesar de ser estos en realidad siete, solo se me cuentan aquellos por el atraso que tuve en el grado de Bachiller por la Universidad, circunstancia indispensable para que valga la pasantía, es decir, que yo he practicado doble tiempo que los demas para que me valga sencillo. Todo esto entra en mi desgracia; pero en fin, me hallo en el límite de ella, si Dios me prospera.—Vd. sabe muy bien mi disposicion para la carrera (hablo sin vanidad con un amigo de confianza); de su ejercicio depende mi es-

tablecimiento y subsistencia: no falta mas que recibirme y situarme con decoro para esperar mi fortuna; pero ¡ay! que estoy como el paralítico de la piscina estaba á la orilla de esta milagrosa medicina: *Non habeo hominem.* En vano me presenta mi fantasía los mas lisongeros proyectos, si se me obstruye la entrada con la indigencia.

Vd. es el único que puede abrírmerla, y á vd. recurro para que lo haga. Ya se hará vd. cargo de que no es decoroso para un abogado mantenerse de escribiente en una casa particular; mas tambien conocerá vd. que en mi situacion actual dejar de sér escribiente y perecer seria una misma cosa. Es, pues, indispensable erogar los gastos de noche triste, los de matrícula y tener fondo para subsistir algunos dias independiente; mientras nos encarilla la fortuna.

Esto está hecho con un poco de dinero: y el resultado es seguro, hagámoslo pronto; pero, maestro mio, non habeo hominem. Si vd. no toma á su cuenta mi suerte, ésta será como hasta aquí, y el pobre Morales jamás se sobrepondrá á su desgracia. Apuremos por tanto los recursos y confiando en la Providencia, hagamos lo que esté de nuestra parte; yo manifestando à vd. mis ideas y vd. coadyuvando á ellas.

Confieso ingenuamente que á no tener el conocimiento de vd. que tengo, de ninguna manera me atreveria á proponerle la suma que necesito; mas

ta bien distante de asustarle cuando sepa que yo querria dos mil pesos para situarme completamente, y no haber menester en lo de adelante á nadie, pues vd. ha aprendido en las acciones de los héroes, á ver con desprecio este metal, que es el resorte del universo, y el dios de los avarientos.—Tampoco soy tan nécio, que ecsija de vd. esta cantidad íntegra, sino mediatamente, á saber, por influjo de sus respetos, vd. trata y es estimado de personas ricas y mineros en bonanza, á estos cuando están en este estado, no les duele gastar el dinero; pues he aquí mi proyecto: que valiéndose vd. de sus amistades me colecte esa cantidad, cuya distribucion es de esta forma: 500 pesos para pagar mis deudas, contraidas en mi subsistencia y la de mi familia: 500 para gastos de noche triste y de matrícula: y los 1000 para poner mi estudio y comer algunos dias, dejando mi oficio de escribiente, y sin necesidad de prostituir mi trabajo mientras pongo en corrieute mis créditos.—Estos no son escasos, porque sabe vd. muy bien que los tengo con abogados principales, como Flores Alatorre, Dominguez, Torres Cataño &c., por cuyo medio no es fuera de órden, sino muy conforme á él, que se aumenten con provecho mio.—No dudo un punto de que vd. tome el mayor empeño en practicar este arbitrio, y aunque por el amor que vd. me tiene y su natural generosidad, creo escusado recomendarle mucho este asunto, no omito re-

cordarle que tuvo un Rétegui, y que los hombres somos deudores á la Providencia de los favores que nos ha hecho, y debemos pagarle en la persona de los infelices. Ménos dudo del feliz écsito, porque ¿qué cosa podrá negarse á la elocuencia y dulzura de vd.? Creo de fé que si vd. toma empeño en mi solicitud, mi remedio será cierto y pronto: vd. es el autor de mi fortuna, ya que lo ha sido de mi ilustracion: complete vd. la obra para que yo diga con mas razon que su cliente:—Lenem te miseris dedit natura—y si vd. me niega sus ausilios, conoceré que aun está decretada de lo alto mi tribulacion y amargura, y diré con Metastasio:

Quando si chiaro,
Si preciso é commando,
Che degli alti Dies viene,
Piegar la fronte é ubbidir conviene.

Intereso á vd. de nuevo en mi felicidad: sea vd. el autor de ella, para obligar mas la gratitud de su afectísimo discípulo que se honra de serlo y B. S. M.—*Juan Bautista Morales.*

"P. D.—Hoy me ocurrió el pensamiento feliz de dirigir á vd. esta: lo puse inmediatamente por obra, creyéndolo inspiracion divina, y así no tuve lugar de copiarla, ni corregirla, remitiéndola segun salió del primer golpe: tanto mejor; pues quiero que hable la naturaleza y no el artificio; á mas de

esto no hay injuria; hombres muy respetables y muy dignos suelen no estimar en todo su valor el trabajo de los jóvenes, las tareas de sus subalternos.

Aceptamos con gusto las rectificaciones de la carta, en cuanto respecta al carácter del Licenciado Barron, y nos es grato manifestarlo así de una manera tan sincera como espontánea.

No queremos seguir una polémica que seria fútil, enojosa para nosotros, y que en verdad no se interesa nuestro amor propio.

Quisimos consignar un hecho simple fiando en narraciones de contemporáneos y condiscípulos de Morales, narraciones que bien pueden adolecer de ecsageradas y aun de inesactas.

Calificamos de muy buenas pruebas las cartas de Morales insertas en la del Sr. D. Cárlos Barron, aunque de la segunda no se deduce que Morales recibiera los favores que pedia; pero convenimos en que los términos en que se espresa indican que no era un avaro, ni un hombre sin corazon el abogado de quien fué pasante.

No podemos ser mas francos ni mas sinceros; confesamos que hemos podido ser engañados, ya por los informes que recibimos, ya por nuestra propia memoria al valernos de ellos para escribir la biografia, y que en este asunto no se interesa nuestro amor propio, ni mucho ménos nuestra va-

nidad de escritores públicos. Altamente protestamos que no tuvimos ánimo de injuriar; ni ultrajar el nombre del Lic. Barron.

Algun valor tiene esta confesion de quien, como dice el hijo de aquel señor, es un caballero que cree que nadie pierde con el conocimiento de la verdad.

Despues de tanta sinceridad, tenemos derecho para rechazar el cargo de haber obrado *con muy poca circunspeccion*, para convertirnos en verdugos y hacer una víctima ilustre. Jamas pensamos en este artificio literario, porque profesamos el culto de la verdad, ni quisimos hacer de la vida de Morales una novela. En cuanto á circunspeccion, creimos poder fiar en informes de personas respetables, veraces, que conocian íntimamente al personaje cuya vida escribiamos, y entre las que se encontraba el que ministró recursos á Morales para su recepcion de abogado, y desde el colegio dividió con él su fortuna.—No podemos hacer mas que convenir en que nuestra memoria puede habernos engañado, é insistir sobre todo en que no intentamos mancillar la reputacion de un hombre que no conocimos, y hácia quien por lo mismo no pudimos abrigar ningun resentimiento.

No hay, pues, ultrage; no hay reparacion que dar mas que la protesta sincera de nuestras intenciones, y al hacerla no cedemos mas que á la voz de

nue conciencia, y á la imparcialidad que nos dis que en nuestros pobres trabajos literarios.

. esta manifestacion tiene algo de tardía, con- te solo en que hemos querido que vaya junta con el escrito que la motiva. Creemos haber desvanecido todo cargo, sobre todo el de haber pretendido injuriar á un muerto. Tal cosa nunca estuvo á nuestro ánimo y repugna á nuestros sentidos.

Comprendemos muy bien el sentimiento que ha dictado la carta del Sr. D. Cárlos Barron; lo respetamos; sabemos que en igual caso procederíamos de la misma manera, y esto nos hace dar punto á este incidente, sin detenernos en los términos de la carta. Si procediéramos de mala fé, volveriamos polémica este negocio, que debe ser sencillo, y buscariamos razones para negar nuestra falibilidad. Pero tal cosa no seria digna de hombres honrados. No nos avergüenza confesar que pudimos equivocarnos, ni esplicar nuestras intenciones.

México, Junio de 1857.

FRANCISCO ZARCO.

INDICE.

El Sr. D. Juan Bautista Morales..... I
Prologo del Autor..... XLI
I—El Gallo Pitagorico.—*El periodista*..... 1
II.—El Gallo Pitagorico..... 23
III.—El Gallo Pitagorico.—*Diálogo entre Erasmo Lujan y el Gallo*..... 109
IV.—El Congreso de los Dioses..... 191
V.—Oracion Funebre..... 275
VI.—El Gallo Pitagorico.—*Funcion de teatro estraordinaria, ejecu tada en las Zahurdas de Pluton*..... 291
VII.—El Gallo Pitagorico..... 377
VII.—El Gallo Pitagorico.—*Juicio criminal celebrado ante los jueces Minos, Eaco y Radamanto*..... 389
IX.—Primera parte del Gallo Juido..... 457
X.—Segunda parte del Gallo Juido..... 505
XI.—El Gallo Pitagorico.—(*Religion y fueros*).—*Diálogo entre el Gallo y Erasmo Lujan*.. 555
—Apendice..... 603

INDEX.